



UN SENCILLO TRUCO MENTAL

MITCH CULLIN

Lectulandia

Corre el año 1947 y Holmes, de 93 años y ya retirado, vive en una lejana granja en Sussex, donde sus recuerdos e intelecto comienzan a ir a la deriva. Vive con un ama de llaves y su joven hijo, Roger, cuyo comportamiento paciente y respetuoso despierta el afecto paternal de Holmes. La rutinaria vida de Holmes se limita al cuidado de su colmena, a la escritura de su diario y a la lidia con la disminución de la capacidad de su afilada mente, hasta que Roger se tropieza con un caso desconocido hasta el momento. Se trata de la señorita Keller, el antiguo objeto del profundo (y nunca reconocido) amor de Holmes. Holmes («un genio cuya curiosidad científica se eleva a la categoría de pasión heroica») es famoso por su capacidad de deducción. Su mundo se compone de evidencias puras y hechos incontestables, de observaciones y conclusiones sin mancillar por sentimientos personales. Cullin traspasa la fría e insensible superficie y nos revela, por primera vez, el mundo interior de un hombre obsesivamente reservado. Esta sutil e inteligente obra es más que una simple reinvención de un personaje clásico. Es una profunda reflexión sobre la imperfección de la memoria y sobre como, a medida que envejecemos, se altera inevitablemente el modo en el que vemos el mundo.

Lectulandia

Mitch Cullin

Un sencillo truco mental

ePub r1.1

JMYuste 17.06.14

Título original: *A slight trick of the mind*

Mitch Cullin, 2005

Traducción: Eva González Rosales

Retoque de cubierta: JMYuste

Editor digital: JMYuste

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para mi madre, Charlotte Richardon,
fan acérrima de los misterios y el escenario,
y para el desaparecido John Bennet Shaw,
el cual me dejó a cargo de su biblioteca.*

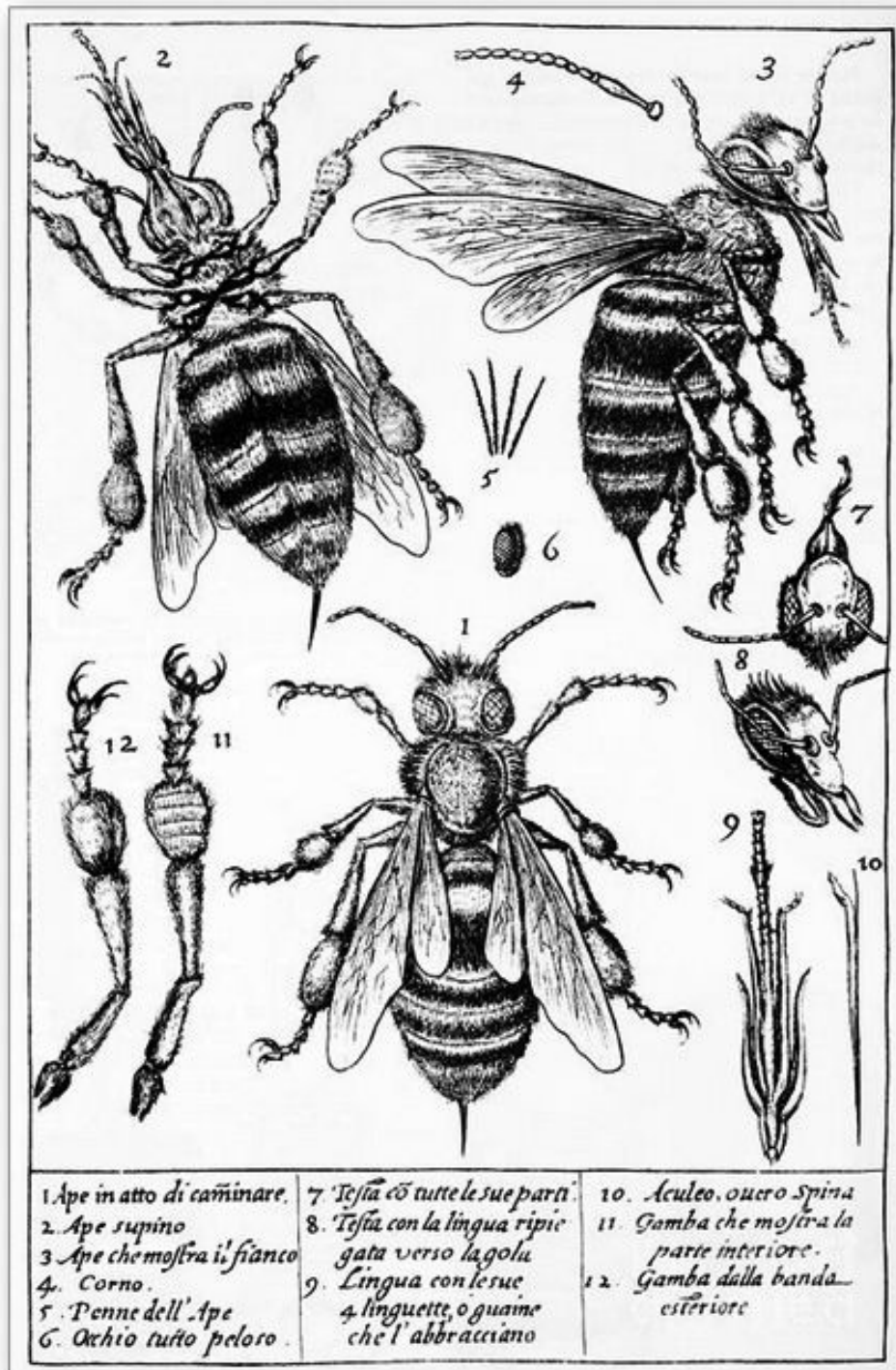
«Menos mal, y de esto estoy seguro, que finalmente vi una cara que jugó un papel esencial en mi vida, una cara más humana e infantil que en mi sueño, y ya no sé más, pues ha desaparecido de nuevo».

Fantasmas, Morio Kita

«¿Qué extraña voz es esa que le habla a las abejas, y nadie más puede oír?».

La reina debe morir, William Longgood

PRIMERA PARTE



1

Habiendo llegado de sus viajes, entró en su caserón de piedra de la hacienda, dejando que su ama de llaves se ocupara de su equipaje. Inmediatamente se retiró a la biblioteca, donde se sentó tranquilamente, feliz por fin de encontrarse rodeado de sus libros y la quietud de su hogar. Había estado fuera casi durante dos meses, viajando en un tren militar a lo largo y ancho de la India. Luego en un barco de la Armada Australiana y, finalmente, puso pie en tierra en las costas de un Japón ocupado tras la guerra. Yendo y viniendo, tomando siempre las mismas interminables rutas, normalmente en la compañía de los rudos hombres del ejército, de los cuales pocos sabían del anciano caballero que comía o se sentaba junto a ellos (al cual veían como a un viejo de lentos movimientos, quien siempre andaba buscándose en los bolsillos una cerilla que nunca encontraba para encender un cigarro jamaicano que se mecía lentamente en su boca, mientras esperaba ser encendido).

Tan solo en las raras ocasiones en las que un oficial anunciaba su identidad, aquellas rudas caras lo miraban sorprendidas, percatándose de quién se trataba solo entonces. A veces usaba dos bastones, mas su cuerpo permanecía aún recto, y el pasar de los años no había difuminado la inteligencia de sus ojos grises. Su pelo, del color blanco de la nieve, era fino y largo, al igual que su barba, siempre peinada hacia atrás al estilo inglés.

—¿Es cierto? ¿Es realmente usted?

—Mucho me temo que aún gozo de tal distinción.

—¿Es usted Sherlock Holmes? No puedo creerlo.

—Pues hágalo, aunque ni yo mismo pueda apenas hacerlo.

Pero finalmente, el viaje había concluido, aunque encontró difícil el recordar los puntos álgidos de sus días de travesía. En lugar de eso, todas las vacaciones al completo, si bien le habían resultado completas como una comida bien hecha, cayeron insondables en su interior, destacando aquí y allí en breves recuerdos que pronto se convirtieron en vagas impresiones que eran olvidadas invariablemente casi al instante.

Sin embargo, aún gozaba de las silenciosas habitaciones de su hacienda, el ritual de su ordenada vida campestre, la confiabilidad de su colmena; esas cosas no precisaban de mucha atención. Simplemente, habían ido arraigándose en su vida a lo largo de décadas de aislamiento.

Allí estaban las abejas que él criaba. El mundo seguía cambiando, al igual que él, pero ellas permanecían inmutables a todo. Y después de que cerrara los ojos, y su respiración empezara a resonar, una abeja le dio la bienvenida a casa. Una obrera le manifestó lo que pensaba, posándose sobre él, andando sobre su garganta y picándole. Por supuesto, sabía que cuando una abeja te picaba en la garganta, lo

mejor era beber agua con sal para evitar males mayores. Obviamente, el aguijón debía ser extraído de la piel antes, preferiblemente segundos después de la instantánea inyección del veneno. En sus cuarenta y cuatro años como apicultor en la ladera sur de Sussex Downs, viviendo entre Seaford y Eastbourne, con la pequeña Cuckmere Haven como pueblo más próximo, había recibido siete mil ochocientos dieciséis picaduras de abejas obreras (la mayoría en las manos y la cara, a veces en los lóbulos de las orejas, el cuello o la garganta. Las causas y consecuentes efectos de cada una de aquellas picaduras eran estudiados concienzudamente, y luego quedaban registradas en uno de sus muchos libros de notas que tenía en el ático de su estudio). Esas apenas dolorosas experiencias, con el tiempo, le habían hecho dar con una variedad de remedios, cada uno de los cuales lo utilizaba dependiendo de en qué partes del cuerpo había sufrido la picadura, y cuán profunda era. Por ejemplo, sal y agua fría, jabón líquido mezclado con sal, y luego media cebolla aplicada a la irritación. Cuando se carecían de los elementos necesarios, la arcilla o el barro húmedo podrían solucionar el problema, mientras se realizara una aplicación nueva cada hora, hasta que la hinchazón desapareciera. Sin embargo, para realizar una cura en condiciones, y además prevenir la inflamación, una aplicación de tabaco rubio empapado inmediatamente después de la extracción del aguijón sobre la piel parecía ser la mejor de las soluciones.

Aún ahora, mientras estaba confortablemente sentado en la biblioteca, durmiendo en el sillón que estaba junto a la chimenea, sintió pánico en el sueño que estaba teniendo, ya que era incapaz de recordar qué debía hacerse en el caso de sufrir una picadura súbita en la nuez del cuello. Se vio a sí mismo allí, en su sueño, de pie en un pequeño campo de caléndulas, agarrándose la garganta con sus largos y artríticos dedos. En realidad, los primeros síntomas de inflamación ya habían empezado a producirse, haciendo que tras sus manos apareciese una pulsante y pronunciada vena. El miedo lo paralizó, y así se mantuvo mientras que la hinchazón externa empezó a obstruir también interiormente, al tiempo que sus dedos se apartaban de la creciente protuberancia, mientras su tráquea empezaba a cerrarse sobre sí misma.

Y allí en medio del campo de caléndulas, se vio a sí mismo ahogándose con el rojo y el amarillo luciendo tras él. Desnudo, con su pálida piel expuesta sobre las flores, parecía un reluciente esqueleto cubierto por una fina capa de papel de arroz. Desaparecieron sus vestiduras de retiro, de lana y *tweed*^[1], el fidedigno traje que había llevado diariamente antes de la Gran Guerra, durante la Segunda Guerra Mundial, y hasta su cumpleaños noventa y tres. Su tupido pelo había desaparecido hasta mostrar el cuero cabelludo, y su barba se había reducido a una maraña de pelos en su barbilla y en sus ahora demacradas mejillas. Los bastones que lo mantenían en pie, los mismos que ahora estaban sobre su regazo en la biblioteca, habían desaparecido, pero aun así, se mantenía erguido, con la garganta cerrada,

imposibilitado para respirar. Tan solo sus labios podían moverse, y lo hacían en silencio en busca de aire. Todo lo demás, su cuerpo, las flores, las nubes del cielo, estaban inmóviles, todo congelado estáticamente, excepto sus labios y la solitaria abeja obrera, la cual movía sus negras y velludas patas por su arrugada frente.

2

Holmes despertó en un ahogo. Sus párpados se abrieron, y miró a su alrededor en la biblioteca mientras carraspeaba. Después respiró hondamente, percatándose de la inclinación de los rayos del sol que entraban por la ventana oeste de la habitación. Como resultado, se originaba una mezcla de luces y sombras a lo largo de las enceradas baldosas del suelo, que se movían lentamente en el sentido de las agujas del reloj, justo hasta rozar el borde de la alfombra persa que se extendía bajo sus pies. Todo eso le decía que eran exactamente las 5:18 de la tarde.

—¿Ya se ha despertado? —preguntó la señora Munro, su joven ama de llaves, la cual estaba tras de él.

—Casi —dijo él. Se fijó en su sinuosa forma. En su largo pelo recogido en un moño alto, rizado, y de un marrón oscuro, que se deslizaba por su cuello, con las tiras de su delantal atadas a su espalda. La muchacha cogió la correspondencia de una de las cestas de mimbre que había sobre la mesa de la biblioteca (cartas con sellos extranjeros, pequeños paquetes, y algunos sobres grandes) y, tal y como hacía una vez por semana, empezó a ordenarlos según su tamaño.

—Estaba durmiendo su siesta, señor. Esa tos es la misma que tenía antes de marcharse. ¿Le traigo un vaso de agua?

—No creo que sea necesario —dijo él, siendo casi sin darse cuenta los dos bastones.

—Como desee el señor.

Siguió ordenando la correspondencia. Las cartas a la izquierda, los paquetes en el medio, los sobres grandes a la derecha. Durante su ausencia, lo normal era que toda la mesa estuviera repleta de montones de correspondencia. Sabía casi a ciencia cierta que habría algún regalo, extraños objetos mandados desde muy lejos. También habría peticiones para realizar una entrevista para alguna revista o para la radio, y algunas súplicas de ayuda (una mascota extraviada, un anillo de bodas robado, un niño perdido, y otra serie de problemas desesperanzados que era mejor que permanecieran sin respuesta).

Asimismo encontraría manuscritos sin publicar. Engañosas y escabrosas obras de ficción basadas en sus aventuras pasadas, largos y densos tratados de criminología, recopilaciones de misterios, junto a lisonjeras cartas en busca de su aprobación, algún comentario positivo, una palmadita en la espalda, o, tal vez, una introducción al texto. Rara vez respondía a ninguna de ellas, y nunca lo hizo a periodistas, escritores o buscadores de publicidad.

Aun así, examinaba concienzudamente cada carta recibida, y revisaba el contenido de cada paquete enviado. Ese día de la semana, sin que importara qué mes fuera, realizaba la operación al calor de la chimenea, abriendo sobres con el

abrecartas, y estudiando el asunto del mensaje enviado antes de hacer una bola de papel con el mismo y tirarlo a las llamas.

Los regalos, sin embargo, eran puestos aparte, depositados cuidadosamente en otra cesta de mimbre, para que la señora Munro los donara a aquellos que realizaban obras caritativas en el pueblo.

Pero si una misiva mostraba un interés específico, si carecía de halagos serviles, y se ceñía a hablar de una fascinación, compartida, con aquello que más le interesaba, que no era otra cosa que los entresijos de la transformación de una reina a partir del huevo de una abeja obrera, de los beneficios de la jalea real, o tal vez un nuevo descubrimiento al respecto de botánica étnico culinaria, como lo era el fresno espinoso americano^[2] (rarezas de la naturaleza procedentes de lugares remotos, las cuales, como se creía de la jalea real, tenían la capacidad de apaciguar la atrofia que azota los cuerpos y mentes ancianas) la carta tenía una leve posibilidad de salvarse de las llamas. En lugar de eso, encontraba su salvación en el bolsillo de su chaqueta, permaneciendo allí hasta que Holmes se sentara frente al escritorio del ático del estudio, sujetando con sus dedos el documento para un estudio más profundo.

A veces, estas *cartas con suerte* lo llevaban a dirigirse a algún lugar. Un jardín de hierbas tras una abadía en ruinas cerca de Worthing, donde un extraño híbrido del *burdock* y la flor de sangre crecía de manera natural, una granja de colmenas a las afueras de Dublín, la cual producía una miel natural ligeramente ácida, pero no detectable por el paladar, producto de la humedad resultante al cubrir las colmenas en las estaciones particularmente calurosas. Más recientemente, incluso Shimonoseki, una aldea japonesa especialista en el arte culinario usando el fresno espinoso americano, que, junto a una dieta de pasta de miso y habas fermentadas, parecía concederle a la gente del lugar una longevidad sorprendente. La necesidad de tener documentación y conocimientos de primera mano de esta extraña manera de alargar los años de vida se convirtieron en el objetivo principal durante todo este tiempo de soledad.

—Se va a pasar un buen tiempo entre todo este desorden —dijo la Sra. Munro, señalando con la cabeza los montones de correspondencia. Después de dejar la cesta ahora vacía sobre el suelo, se volvió hacia él, y le habló de nuevo.

—Aún quedan más, frente al armario de la entrada principal. Cajas y cajas que me tienen toda la casa desordenada.

—Muy bien, Sra. Munro —dijo él secamente, intentando desbaratar cualquier retahíla por parte de su ama de llaves.

—¿Traigo el resto, o mejor espero a que el señor termine con ese montón?

—Pueden esperar.

Miró hacia la puerta, indicándole con los ojos que podía retirarse. Pero ella ignoró su mirada, deteniéndose antes, para alisar su delantal antes de continuar.

—Hay un montón enorme, en el armario de la entrada, como le he dicho. No se puede imaginar el montón tan enorme que es.

—Bien, veo que es el momento de que vaya a mirar qué es lo que hay allí entonces.

—Si desea el señor, yo puedo ayudarlo en lo que precise.

—Me podré ocupar por mí mismo, no se preocupe, gracias.

Esta vez con intención, volvió a mirar hacia la puerta, inclinando su cabeza en esa dirección.

—¿El señor tiene apetito? —preguntó ella, caminando esta vez hasta entrar en el haz de luz que iluminaba la alfombra persa.

La visión de un ceño fruncido detuvo su aproximación, pero se suavizó al alzar la vista.

—En lo más mínimo —contestó.

—¿El señor cenará esta noche?

—Si no queda más remedio, supongo que sí.

Tuvo una breve visión de la chica trabajando agobiada en la cocina, despedazando asaduras sobre la encimera, o dejando caer al suelo el pan junto con unas perfectas rebanadas de Stilton^[3].

—¿Tiene usted la intención de cocinar su sosa sopa de rana?

—Me dijo que no le gustó —dijo ella, con un tono de sorpresa.

—Y no me gusta, señora Munro, realmente, no me gusta, al menos, no su versión del plato. Su tarta de carne, por otro lado, es harina de otro costal.

Su expresión se iluminó, incluso se tocó la frente en un signo de claro nerviosismo.

—Bueno, veamos, tengo algo de ternera del asado del domingo, podría usar eso, excepto porque sé perfectamente que usted preferiría cordero.

—Los restos de ternera serán más que suficientes.

—Pastel de carne entonces —dijo ella, tomando su voz un tono de urgencia de repente.

—Como sabrá, ya he dispuesto de su equipaje. No sabía qué hacer con ese cuchillo tan bonito que ha traído, así que lo he dejado en su almohada. Tenga cuidado de no cortarse.

La miró exagerando el gesto, cerrando luego sus ojos completamente, incitándola a que desapareciera enseguida.

—Es una *Kusun-gobu*^[4], querida, gracias por su preocupación. Intentaré no apuñalarme en mi propia cama.

—¿Quién lo querría?

Con su mano derecha rebuscó en uno de los bolsillos de su chaqueta, intentando encontrar con sus dedos los restos de un jamaicano medio consumido. Pero, para su

desgracia, no hallaba lo que le quedaba del cigarro (tal vez extraviado cuando se bajó del tren, mientras tropezó intentando mantener sujeto uno de sus bastones que se le había resbalado. Es posible que en ese momento, el jamaicano se le cayera del bolsillo, hacia el suelo de la plataforma, para terminar aplastado bajo algún pie).

—Puede —masculló—. Puede...

Buscó en su otro bolsillo, prestando atención a las pisadas de la señora Munro que dejaban la alfombra para luego cruzar las tablillas del suelo entarimado, atravesar la puerta, y dar siete pasos exactos, los suficientes como para que se hubiera alejado de la biblioteca.

Sus dedos palparon un tubo cilíndrico, de aproximadamente la misma longitud y circunferencia que el medio jamaicano, pero notando su peso y firmeza, se dio cuenta de que no era un cigarro. Levantó sus párpados finalmente, y vio que frente a su palma abierta había un tubo de cristal. Un examen más exhaustivo, a la luz del sol que hacía brillar el tapón de metal del objeto, estudió a las dos abejas muertas que se encontraban selladas en su interior, una junto a la otra, con sus patas entrecruzadas, como si ambas hubieran sucumbido en un abrazo íntimo.

—Señora Munro...

—¿Sí? —replicó ella, tras haber atravesado casi el corredor al completo y haber vuelto a paso ligero—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Dónde está Roger? —preguntó él, devolviendo el tubo de cristal a su bolsillo.

Entró en la biblioteca, y volvió sobre los siete pasos que marcaron su marcha.

—¿Perdón?

—Su hijo, Roger. ¿Dónde está? Todavía no lo he visto desde que llegué.

—Pero, señor, él fue el que recogió su equipaje. ¿No se acuerda? Después le dijo que le esperara en las colmenas. Le dijo que lo necesitaba allí para una inspección.

Una mirada confusa atravesó su pálido rostro barbudo, y ese momento de vértigo que lo inundaba cuando sentía cómo perdía el control de su mente por un momento también recayó sobre él. ¿Qué más iba a caer en el olvido, que más se filtraría como la arena entre un puño fuertemente cerrado, y de que más iba a poder cerciorarse a partir de ahora? Aun así, siempre apartaba sus preocupaciones intentando encontrar una explicación razonable a lo que lo confundía de vez en cuando.

—Por supuesto, tiene razón. He tenido un viaje muy cansado. No he dormido mucho. ¿Hace mucho que espera?

—Un buen rato, no ha podido ni tomar su té. De todas formas, no creo que le importe. Desde su marcha, se ha preocupado más de las abejas que de su propia madre, si se me permite decirlo.

—¿Es eso verdad?

—Sí, desgraciadamente lo es.

—Bueno pues —dijo asiendo de nuevo sus bastones—, supongo que no puedo

hacer esperar más al chico.

Levantándose del sillón, los pies lo mantenían de pie, se dirigió hacia la puerta, contando cada uno de sus pasos en pleno mutismo. Uno, dos, tres, mientras ignoraba completamente a la señora Munro, que caminaba tras él.

—¿Quiere que lo ayude, señor? ¿Puede usted solo?

Cuatro, cinco, seis. No se percató de cómo ella fruncía el ceño mientras avanzaba en su lento caminar, ni tampoco se dio cuenta de cómo su ama de llaves descubrió el cigarro jamaicano segundos después de que él dejara la habitación, al agacharse junto al sillón; cogió con dos dedos el apestoso cigarro del cojín del asiento y lo tiró a la chimenea. Siete, ocho, nueve, diez. Once pasos lo condujeron al corredor. Cuatro más de lo que le había costado a la señora Munro, y dos más que su media personal.

Tomó aire frente a la puerta, sin tener prevista una leve marea de pereza por su parte. Había atravesado medio mundo y había vuelto, y en ese tiempo había carecido de su habitual desayuno mañanero de jalea real sobre tostadas. La jalea real, rica en vitamina B, contenía una sustancial cantidad de azúcares, proteínas, y ciertos ácidos orgánicos, que la hacían indispensable para mantener su vigorosidad y bienestar habitual. Sin su alimentación habitual, se sentía positivo, pero su cuerpo había sufrido, de alguna manera, le estaba pasando factura.

Pero una vez fuera, su mente se revigorizó mientras veía cómo la tierra era bañada por la luz de media tarde. La flora no suponía ningún problema, al igual que tampoco lo eran las sombras oscuras y los vacíos donde residían ciertas partes de su memoria. Todo estaba igual que hacía décadas, al igual que él.

Paseando, no sin cierto esfuerzo, caminó abajo a través del jardín, pasando junto a los narcisos y las camas de hierbas, las budleias púrpura, y los cardos gigantes que se alzaban enroscándose. Lo olía todo a su paso. Una suave brisa meció los pinos de alrededor, y saboreó los crujientes sonidos que producía la gravilla bajo sus pies y bastones. Si hubiera mirado hacia atrás, sabría que la hacienda estaría ensombrecida por cuatro enormes pinos. La puerta central y los ventanales adornados con rosas de enredadera, los marcos moldeados de las ventanas, los maineles de ladrillo de las paredes exteriores. Todo apenas visible entre el vaivén de las ramas de los pinos.

Más adelante, donde terminaba el camino, había una estrecha zona de pasto con una profusión de azaleas, laureles y rododendros, tras los que aparecían súbitamente un grupo aislado de robles, y pasados los cuales, dispuestas en fila recta en grupos de dos colmenas, su colmenar.

En poco tiempo se vio caminando a través del campo de colmenas, mientras que el joven Roger, ansioso por impresionarlo con lo bien que habían sido atendidas las abejas en su ausencia, mientras deambulaba de colmena en colmena sin protección alguna, y con los guantes recogidos, le explicaba cómo después de que el enjambre se hubiera establecido a principios de abril, tan solo unos días antes de que Holmes

partiera de Japón, ya habían creado la base de cera dentro de los cuadros, con los paneles de miel ya también hechos, y con las celdas hexagonales repletas. De hecho, para su deleite, el chaval ya había reducido los cuadros de nueve a seis por colmena, permitiendo así que las abejas prosperaran disfrutando de más espacio.

—Excelente —dijo Holmes—. Has criado a estas criaturas de Dios admirablemente, Roger. Estoy muy satisfecho con tus progresos.

Después, con el fin de recompensar al chico, sacó el tubo de cristal de su bolsillo, ofreciéndoselo mientras lo sujetaba con el anular y el pulgar.

—Esto es para ti —le dijo, mientras que Roger aceptaba el recipiente mirando su interior con un brillo especial en sus ojos.

—*Apis cerana japonica*. Las llamaremos, para simplificarlo, abejas japonesas. ¿Qué te parecen?

—Gracias, señor.

El chico le ofreció una sonrisa, y él miró dentro de los perfectos ojos azules de Roger, al que revolvió ligeramente el pelo rubio, mientras también le sonreía. Después, inspeccionaron juntos las colmenas, sin decir nada durante un tiempo.

Durante los silencios como este, el colmenar siempre lo satisfacía plenamente, y por lo que veía en el mirar de Roger, tras de él, también creía que el muchacho compartía su satisfacción.

A pesar de que rara vez disfrutaba de la compañía de los niños, no podía evitar el sentir cierto acercamiento paternal hacia el hijo de la señora Munro, preguntándose a veces cómo de aquella mujer podía haber salido una descendencia tan prometedora.

Peor incluso ya a su avanzada edad, le resultaba imposible explicar sus sentimientos reales, especialmente, a un chico de catorce años de edad, cuyo padre había sido una de las bajas del ejército británico en los Balcanes, y cuya presencia, según siempre había sospechado, Roger echaba en falta en la soledad.

De todas formas, siempre es aconsejable mantener cierto control sobre los sentimientos cuando se contrata a un ama de llaves con descendencia. El silencio que ambos guardaban mientras sus ojos pasaban de una colmena a otra ya decía lo suficiente, mientras estudiaban las ramas de los robles, y contemplaban el sutil cambio en el que el atardecer se convertía en anochecer. No pasó mucho tiempo antes de que la señora Munro los llamara desde el camino del jardín, requiriendo la ayuda de Roger en la cocina. Entonces, no sin cierta renuencia, él y el chico atravesaron la zona de pastos, tomándose con tranquilidad, parándose a mirar las mariposas azules que atravesaban las fragantes azaleas. Momentos antes de que el sol terminara su trayecto descendente, entraron en el jardín, con la mano del chico sujeta a su hombro, la misma mano que lo guio a través de la puerta de la hacienda, sujeta a él hasta que terminaron de subir las escaleras y llegaron al estudio de su ático. Subir escaleras se había convertido en una tarea dificultosa, aunque se sentía seguro mientras que el

muchacho estuviera junto a él como una muleta humana.

—¿Vengo a por usted cuando la sopa esté lista?

—Me harías un gran favor.

—Sí, señor.

Una vez llegó a la mesa se sentó esperando a que el chico lo ayudara una vez más a bajar las escaleras. Durante un rato, se entretuvo examinando unas notas previas a su viaje, mensajes crípticos garabateados en trozos de papel arrugados.

«La levulosa predomina, más soluble que la dextrosa».

El significado de los mismos se le escapaba. Miró a su alrededor, y se dio cuenta de que la señora Munro se había tomado ciertas libertades durante su ausencia. Los libros que normalmente estaban desparramados por el suelo, ahora permanecían apilados. El suelo había sido barrido, pero, tal y como él expresamente indicó, no se le había limpiado el polvo a nada. Sintiendo cada vez más la necesidad de fumar, abrió libros de notas y archivadores, con la esperanza de encontrar un jamaicano, o al menos un cigarrillo. Después de que sus esfuerzos resultaran inútiles, se resignó a mirar la correspondencia.

Llegó a una de las muchas cartas enviadas por el señor Tamiki Umezaki, la cual había recibido semanas antes de embarcarse.

Apreciado amigo:

Me siento extremadamente satisfecho con el hecho de que haya recibido mi invitación con tanto interés, y con el hecho de que haya aceptado el ser mi invitado en Kobe. Sin necesidad de que sea dicho, estoy impaciente por mostrarle los muchos jardines que nuestros templos albergan en esta parte de Japón, así como...

Ocurrió sin previo aviso. Tan pronto como se puso a leer, sus ojos se cerraron, y su barbilla, lentamente, fue inclinándose al encuentro con su pecho. Una vez dormido, no notó cómo la carta se deslizaba de sus dedos, ni la respiración estrangulada que emanaba de su garganta. Ni incluso cuando se despertó pudo recordar el campo de caléndulas en el que estaba de pie, ni el sueño que lo había llevado a aquel lugar de nuevo. En lugar de eso, se sobresaltó al ver a Roger sobre él, limpiándole la boca, y mirando fijamente la cara desconcertada del muchacho, balbuceaba aún no del todo despierto.

—¿Estaba dormido?

El chico asintió con la cabeza.

—Ya veo, ya veo...

—La sopa será servida enseguida.

—Sí, mi sopa va a ser servida enseguida —dijo en un murmullo, buscando sus

bastones.

Al igual que antes, Roger ayudó cuidadosamente a Holmes a levantarse de la silla, sujetándolo mientras atravesaban la puerta del estudio. El chico anduvo junto a él mientras atravesaban el corredor, y luego escaleras abajo, para llegar al comedor, donde, finalmente, se zafó de la ligera sujeción de Roger, y caminando por su propio pie hacia la enorme mesa victoriana de roble, se situó en el único sitio donde la señora Munro había puesto cubiertos.

—Después de que haya acabado aquí —dijo Holmes, dirigiéndose al chico sin mirarlo—, me gustaría discutir contigo todo lo referente al colmenar. Quiero que me pongas al día de todo lo que allí ha concurrido en mi ausencia. Espero que puedas ofrecerme un informe detallado al respecto.

—Sin falta, señor —respondió el chico desde la puerta, mientras que Holmes dejaba sus bastones sobre la mesa antes de sentarse.

—Muy bien, entonces —dijo Holmes finalmente, mirando a través de la habitación, en busca de Roger— nos reuniremos en la biblioteca, ¿de acuerdo? Suponiendo que para entonces, el pastel de carne de tu madre no haya acabado conmigo.

—Sí, señor.

Holmes cogió una servilleta, y la sacudió al aire para luego colgársela en el cuello por una punta. Derecho en la silla, tomó unos momentos para alinear los cubiertos, disponiéndolos ordenadamente. Después, colocando sus manos pulcramente a cada lado del plato vacío, dijo:

—¿Dónde está esta mujer?

—Ya voy —dijo la señora Munro, apareciendo de repente tras de Roger, y sosteniendo una bandeja de comida humeante.

—Échate a un lado, hijo —le dijo al chico—. No estás ayudando poniéndote por en medio.

—Perdón —dijo Roger, apartando su delgada figura del camino para que su madre pudiera pasar.

Una vez que su madre hubo pasado como una exhalación hacia la mesa, lentamente, dio un paso atrás, y otro, y otro más, hasta salir del comedor. Sabía que se había acabado el perder el tiempo por hoy. Seguramente, su madre le mandaría a casa, o, aún peor, le ordenaría limpiar la cocina. Intentando, de momento, evitarlo, su escapada fue lo suficientemente silenciosa, pues salió de la habitación mientras que su madre servía a Holmes, y desapareció antes de que lo llamara con una voz.

El chico no se dirigió hacia el colmenar, tal y como su madre hubiera supuesto, ni tampoco se dirigió a la biblioteca para preparar las preguntas que Holmes iba a hacerle al respecto de las colmenas. En lugar de eso, volvió a subir escaleras arriba, y entró en la habitación donde Holmes se enclaustraba, el estudio del ático. Durante las

semanas en las que Holmes estuvo de viaje, Roger pasó horas y horas explorando el estudio. En un principio, tan solo tomó algunos viejos libros, polvorientas monografías y alguna que otra publicación científica, leyéndolas con mucha atención mientras se sentaba en el escritorio. Cuando su curiosidad quedaba satisfecha, colocaba los ejemplares de nuevo en la estantería, asegurándose de no dejar ninguna prueba. En una ocasión, simuló incluso que era Holmes, reclinándose contra la silla del escritorio, con las yemas de los dedos de una mano apoyadas las unas contra las otras, mirando a través de la ventana, mientras inhalaba un humo imaginario.

Obviamente, su madre ignoraba completamente sus incursiones. De haberlo sabido, hubiera salido de aquella casa *ipso facto*. Cuanto más exploraba el estudio (al principio de manera discreta, incluso con sus manos en los bolsillos) más temerario se iba volviendo, husmeando en el interior de los cajones, sacando cartas de sobres ya abiertos, cogiendo, eso sí, con mucho respeto, la pluma, las tijeras y la lupa que Holmes solía utilizar habitualmente. Pasado un tiempo, empezó a escudriñar las montañas de folios escritos a mano que había sobre la mesa, intentando no dejar ninguna marca identificativa en las páginas, mientras que, al mismo tiempo, intentaba descifrar las notas y párrafos incompletos de Holmes, a pesar de que casi todo escapaba al entendimiento del chico, ya fuera por la forma de escritura sin sentido que tenía Holmes, o porque el asunto tratado en las notas fuera de alguna manera demasiado clínico y literal. Aun así, estudió cada una de las páginas, deseando poder aprender algo único o revelador de aquel hombre tan famoso que ahora reinaba sobre las colmenas.

Roger, de hecho, apenas descubrió nada que alumbrara algo nuevo sobre Holmes. El mundo de aquel personaje estaba hecho de evidencias claras y hechos irrefutables, de observaciones detalladas y hechos externos, y rara vez se podía discernir alguna frase contemplativa que fuera suya propia. Aun así, entre aquellos montones de notas y escritos, enterrado, casi oculto, el chico encontró algo de verdadero interés, un relato corto, sin acabar, titulado *El músico de las copas de cristal*. El puñado de páginas se mantenían unidas por una tira de goma. A diferencia de los otros manuscritos de Holmes que había esparcidos por la mesa, este, tal y como se había dado cuenta el chico nada más echarle un vistazo, había sido escrito con sumo cuidado. Las palabras eran fácilmente distinguibles, no había tachaduras, ni tampoco había anotación alguna en los márgenes, ni borrones de tinta. Lo que leyó entonces atrajo su atención, ya que era de fácil lectura, y, de alguna manera, de naturaleza personal, pues el texto rememoraba un momento anterior de la vida de Holmes. Pero para desdicha de Roger, el manuscrito terminaba abruptamente, tan solo dos capítulos después de haber comenzado, dejando en el misterio la conclusión del relato. Incluso así, el chico lo leyó y lo releyó, con la esperanza de poder descubrir algo que se le pudiera haber escapado anteriormente.

Y ahora, al igual que durante las semanas en las que Holmes no estaba en casa, Roger se sentó en la mesa del estudio, sintiendo los nervios en su estómago, extrayendo metódicamente el manuscrito de debajo de un montón de desorden organizado. Quitó la sujeción de goma con rapidez, y acercó las páginas a la luz de la lámpara de la mesa.

Estudió de nuevo el documento, esta vez comenzando por el final, revisando con rapidez las últimas páginas, mientras algo dentro de sí le decía que Holmes no había tenido la oportunidad de continuar el texto. Después, comenzó por el principio, inclinándose hacia delante mientras leía, pasando una página tras otra. Si se concentraba lo suficiente, sin ninguna distracción, Roger creía que podría terminar el primer capítulo aquella misma noche. Solo cuando su madre lo llamó por su nombre levantó momentáneamente la cabeza. Estaba fuera, buscándolo en el jardín de atrás. Cuando su voz se fue alejando, bajó la cabeza de nuevo, recordándose a sí mismo que no le quedaba mucho tiempo, tal vez menos de una hora de estancia en la biblioteca, según había previsto. Dentro de poco, el manuscrito debería ser dispuesto tal y como fue encontrado, en su ubicación exacta original. Hasta entonces, un dedo que servía como guía seguía las palabras de Holmes, mientras que dos ojos azules parpadeaban continuamente, pero sin perder la concentración, y unos labios se movían sin producir sonido alguno, al tiempo que las frases empezaban a convocar escenas que eran familiares en la mente del chico.

Música de cristal

Preludio

Una noche cualquiera, un intruso subirá por la escalera que conduce a este ático, deambulando durante unos instantes en la oscuridad, antes de llegar a la puerta cerrada de mi estudio. Incluso en esa negrura absoluta, una leve y tenue luz se escurrirá por debajo de la puerta cerrada, tal y como lo está haciendo ahora, y entonces, el intruso se quedará ahí de pie, preguntándose qué clase de preocupaciones tienen despierto a un hombre a esas horas... ¿Qué es exactamente lo que persiste en su interior cuando la mayoría de sus vecinos duerme? Si en ese momento, intentara girar el pomo de la puerta para satisfacer su curiosidad, el extraño se encontraría con que la puerta está cerrada, y la entrada a través de ella, prohibida. Y sí, por fin, se resignará a escuchar a través de la madera, y tan solo percibirá el sonido leve y rápido del movimiento de la pluma contra la superficie, las palabras precedentes secándose, mientras que los símbolos ortográficos siguientes humedecen el papel con la más negra de las tintas.

No es ningún secreto que permanezco voluntariamente ilocalizable en este momento de mi vida. La explotación crónica de mis logros pasados, a pesar de que por lo visto levantan una infinita fascinación por el público lector, no ha significado en absoluto una vivencia satisfactoria para mí. Durante los años en los que John escribía sobre las experiencias que vivimos juntos, vi que sus habilidosas, aunque a veces limitadas, descripciones eran exageradamente transformadas. En ciertas ocasiones, yo desprecié su predilección por los gustos del populacho, y le solicitaba que fuera más diligente con los hechos y los personajes, especialmente, desde que mi nombre se había convertido en un sinónimo de sus mundanas cavilaciones. Como respuesta, mi viejo amigo y biógrafo me pidió que me dedicara yo mismo a escribir.

—Si cree que cometo alguna injusticia con nuestros casos —recuerdo que me dijo en una ocasión—, ¡le sugiero que lo intente hacer usted mismo, Holmes!

—Puede que lo haga —le dije yo—, e incluso puede que entonces pueda usted leer una historia exacta de lo que pasó, carente de todos esos recursos de embellecimiento por parte del autor que suele aplicar.

—Pues le deseo suerte —dijo en un gruñido—, la necesitará.

Desde el lujo y la comodidad de mi retiro, sentí la inclinación de, finalmente, emprender la tarea que John me sugirió. Los resultados de la misma, si bien fueron bastante sorprendentes, no significaron ningún tipo de trascendencia personal, sino

más bien me mostraron que incluso una historia fidedigna precisa de ser presentada de una manera que entretenga al lector. Dándome cuenta de esa causa inevitable, dejé a un lado el estilo narrativo de John después de haber publicado dos historias, y, tras enviarle una breve nota al buen doctor, le ofrecí mis más sinceras disculpas por el escarnio ofrecido por mi persona hacia sus primeros relatos. Su respuesta fue clara y concisa: «Sus disculpas no son necesarias, viejo amigo. La lealtad lo absolvió hace ya años, y así sigue siendo, a pesar de mis protestas... J. H. W.».

Pensando de nuevo ahora en John, me gustaría aprovechar esta oportunidad para señalar algo que me ha molestado sobremanera. Me llama mucho la atención que mi antiguo ayudante haya sido expuesto bajo un foco de estupidez tanto por dramaturgos como por algunos mal llamados novelistas. Estos individuos de dudosa reputación, cuyos nombres no merecen ser mencionados aquí, han visto oportuno retratar a mi amigo como un lerdo de pocas luces. No puede haber nada más alejado de la realidad. La mera posibilidad de que yo estuviera acompañado por alguien de pocas entendederas podría resultar gracioso dentro de un contexto teatral, pero considero esas insinuaciones como un serio insulto hacia John y hacia mí. Es posible que de sus escritos pueda surgir algún error interpretativo, ya que él fue siempre generoso en subrayar mis habilidades a la par que dejaba pasar sus innegables cualidades con la más exagerada de las modestias. Incluso así, el hombre con el que trabajé mostraba una sagacidad y una astucia innatas, que fueron valiosísimas para nuestras investigaciones. No niego su esporádica costumbre de anunciar una conclusión obvia, o de no saber tomar la mejor dirección en algunas ocasiones, pero rara era la vez que actuaba de manera no inteligente a la hora de dar una opinión o conclusión. Además de todo esto, fue un placer pasar mis días de juventud en compañía de alguien que podía sentir la aventura en los casos más mundanos, y quien, con su particular sentido del humor, su paciencia, y su lealtad, indultara las muy frecuentes excentricidades de un amigo algo asocial. Por lo tanto, si los eruditos tienen que inclinar el título de imbecilidad hacia alguno de los dos, según es mi criterio, y sin lugar a dudas, deberían haberle otorgado tal deshonor a mi persona.

Últimamente, he notado que ha ido desapareciendo en mí la nostalgia que acompañaba siempre el leer mis vivencias en mi antiguo hogar de Baker Street. Ya no echo de menos el bullicio de las calles de Londres, ni el discurrir por los laberínticos lodazales de pistas creados por el criminal perseguido. Más aún, mi vida aquí en Sussex va más allá de la pura satisfacción, y la mayoría de las horas del día las paso en un pacífico y solitario enclaustramiento en mi estudio, o entre las metódicas criaturas que habitan mis colmenas. Debo admitir, sin embargo, que mi avanzada edad ha hecho disminuir de alguna manera mis habilidades retentivas, pero aún me siento más que ágil en lo que se refiere a aptitudes mentales o físicas. Casi cada semana, realizo un paseo de sobremesa camino abajo hacia la playa. Por las tardes

siempre se me puede encontrar deambulando por mis jardines, donde atiendo a mis lechos florales y herbales. Últimamente, gran parte de mi tiempo lo he consumido revisando la última edición de mi *Guía práctica de la sociedad de las abejas*, al mismo tiempo que le he dado los últimos retoques a mis cuatro volúmenes de *El arte de la deducción*. Esto último ha sido una tediosa y laberíntica tarea, a pesar de la seguridad de que será una colección indispensable una vez salga publicada.

Aun así, he sentido la necesidad de dejar mi obra maestra apartada por un tiempo, y, en estos momentos, me encuentro en la labor de transferir el pasado al papel, no sea que, si lo dejo para otro momento, olvide los detalles de un caso que, de una manera racionalmente inexplicable, volvieron a mi mente esta pasada noche. Puede darse el caso de que lo que ahora va a ser relatado y descrito no hubiese sido dicho o visto de la manera explicada, por lo que debo disculparme de antemano si uso algún tipo de licencia para rellenar los vacíos o zonas grises de mi memoria. Si bien se añadirá un cierto grado de ficción a los hechos que voy a pasar a relatar, aseguro y afirmo que en general, los sucesos así como aquellas personas que se vieron implicadas en el caso, han sido detallados al grado que me ha sido posible recordar.

El caso de la señora Ann Keller, de Fortis Grove.

Recuerdo que fue en la primavera de 1902, justo un mes antes del histórico vuelo en globo de Robert Falcon Scott sobre la Antártida, en la que recibí la visita del señor Thomas R. Keller, un joven encorvado y estrecho de hombros, muy elegante. El buen doctor aún no se había mudado a Queen Anne Street, pero por aquel entonces estaba de vacaciones, relajándose a las orillas del mar con la mujer que pronto se convertiría en la tercera señora Watson. Por primera vez en muchos meses, nuestra casa de Baker Street era toda mía.

Como era costumbre en mí, me senté dándole la espalda a la ventana, e invité a mi visitante a que se sentara en la silla de enfrente, donde, desde su punto de vista, yo quedaría oscurecido por el brillo del sol en el exterior, y desde mi punto de vista, él quedaría iluminado perfectamente por la claridad. En un principio, el señor Keller parecía poco cómodo, y no parecían salirle las palabras. No hice ningún esfuerzo por aliviar esa incomodidad, aprovechando sus silencios para observarlo más detenidamente. Siempre he visto como una ventaja el darle a mis clientes un sentido de su propia vulnerabilidad, así, habiendo visto lo visto, y llegando a mis propias conclusiones, instigué ese sentimiento en aquella visita con rapidez.

—Veo que el asunto guarda una gran preocupación con respecto de su esposa.

—Así es, señor —dijo él, algo desconcertado.

—De hecho, la mayor parte del tiempo, es una esposa atenta, y me atrevo a deducir, por lo tanto, que el problema no es de fidelidad.

—Señor Holmes, ¿cómo sabe todo eso?

Su mirada perpleja, a la par que estrábica, intentó discernir la respuesta antes de que yo se la diera, pero mientras mi cliente esperaba, me tomé mi tiempo encendiéndome un larguísimo cigarrillo John Bradley, uno de los pocos que hurté del escondite donde Watson los mantenía ocultos en el último cajón de su mesa de escritorio. Después, dejando al joven cavilando sin sentido el tiempo suficiente, exhalé el humo del cigarrillo deliberadamente en los rayos de sol que entraban por la ventana, dando a conocer lo que era tan evidente para mí.

—Cuando entra un caballero en mi habitación, en un estado de aprehensión tal, jugando inconscientemente con el anillo de casado de su dedo mientras se sienta ante mí, no es difícil de imaginar la naturaleza de su problema. Su ropa es nueva, y a la moda, pero no es de un sastre profesional. Por eso, seguramente, se habrá percatado de esa leve torcedura que tienen los puños de su camisa, o, tal vez, del hecho de que se haya utilizado hilo de color marrón oscuro en la pernera izquierda de su pantalón, e hilo negro en la pernera derecha, pero ¿se ha dado usted cuenta acaso de que el botón de en medio de su camisa es ligeramente más pequeño que el resto? Esto me sugiere que su esposa ha hecho el trabajo de manera concienzuda, a pesar de carecer de los materiales necesarios. Tal y como dije, es una esposa muy atenta. ¿Por qué creo que es un trabajo de costura de su esposa? Bueno, usted es un hombre joven, de maneras modestas, obviamente casado, y su tarjeta de presentación me ha dicho que trabaja como contable en Throckmorton & Finley's. Sería raro encontrar un contable con criada y ama de llaves, ¿no cree?

—No se le escapa nada, señor.

—Le aseguro que no tengo ningún poder o habilidad paranormal, simplemente he aprendido a prestar atención a lo que es obvio. Aun así, Sr. Keller, no creo que haya concertado una cita conmigo para comprobar mis capacidades. ¿Qué le ha acontecido el pasado martes que le ha traído hasta aquí desde Fortis Grove?

—Esto es increíble —dijo él, totalmente sorprendido, de nuevo con una mirada de incredulidad surgiendo de su rostro vacío.

—Mi querido amigo, cálmese. Usted mismo dejó un aviso de llegada en mi puerta, ayer miércoles, con su remitente correspondiente escrito por su puño y letra, y con fecha del martes pasado. Sin lugar a dudas, la carta fue escrita durante las horas nocturnas, de otra forma, la hubiera entregado en el mismo día en el que fue escrita. Ya que le urgía con tanto apremio el realizar este encuentro para hoy, jueves, es obvio que le surgió algún problema durante el mediodía o la tarde del martes.

—Así es. Escribí la carta el martes por la noche, después de llegar a palabras mayores con Madame Schirmer. No solo pretende entrometerse en mi matrimonio, sino que ha amenazado con hacerme arrestar.

—¿Hacerlo arrestar, de verdad?

—Sí, esas fueron las últimas palabras que dirigió hacia mi persona. Esta Madame Schirmer de la que le hablo es una mujer muy temperamental. Un talento y una maestra en el arte musical, pero con unas maneras muy intimidatorias. Yo mismo hubiera llamado a un agente de policía en aquel mismo instante si no fuera por la salud de mi querida Ann.

—Entiendo que Ann es su esposa.

—Así es.

El hombre tomó de uno de los bolsillos de su chaqueta una foto de medio cuerpo, ofreciéndosela a Holmes para que la observara.

—Esta es ella, señor Holmes.

Me tumbé sobre mi butacón. En un rápido examen, vi las facciones de una mujer de unos veintitrés años, con una de sus cejas levantada, y una reacia media sonrisa. El rostro mostraba severidad, lo que le daba el aspecto de aquellos que aparentan tener más años que los propios.

—Gracias —dije, mientras sostenía la fotografía—. Tiene una cualidad única. Y ahora explíqueme, tranquilamente y desde el principio, qué es lo que debo saber sobre la relación de su esposa con Madame Schirmer.

En el rostro del Sr. Keller apareció una visible muestra de enfado.

—Le contaré lo que sé —dijo, devolviendo la fotografía al bolsillo de su chaqueta—, y espero que sea capaz de encontrar alguna solución. Verá, desde el martes, no tengo la cabeza pensando en otra cosa que no sea este problema. No he dormido muy bien en los últimos dos días, así que le pido por favor que sea paciente si mis palabras no son lo suficientemente claras.

—Intentaré ser lo más paciente posible.

Fue muy inteligente al avisarme con antelación. Ya que no esperaba que la narrativa de mi cliente fuera, en su mayor parte, inconexa y confusa, temí que mi irritación provocara algún tipo de interrupción en breve. Así que me recliné sobre el butacón, mientras juntaba las yemas de mis dedos, y miré hacia el techo para de esta manera poder escuchar con la mayor de las atenciones.

—Puede empezar.

Inhaló profundamente antes de comenzar.

—Mi esposa, Ann, y yo nos casamos hace ahora justo dos años. Era la hija única del coronel Bane, muerto cuando todavía era una niña, abatido en Afganistán durante el alzamiento de Ayub Khan. Su madre la crio en East Ham, donde nos conocimos siendo aún niños. Le sería imposible encontrar una niña más encantadora, señor Holmes. Incluso entonces ya me quedé prendado de ella, y, con el tiempo, nos enamoramos, bajo el influjo de ese tipo de amor basado en la amistad y el compañerismo, y en el deseo de compartir la vida de ambos como si

fuera solo una. Nos casamos, por supuesto, y en poco tiempo nos trasladamos a una casa en Fortis Grove. Los primeros meses, parecía que nada podría alterar la armonía de nuestro pequeño hogar. No exagero un ápice al afirmar que formábamos una pareja ideal. Obviamente, también pasamos rachas malas, como lo fue la época de la enfermedad prostática de mi padre, o la muerte inesperada de la madre de Ann, pero nos teníamos el uno al otro, y aquello marcaba la diferencia. Nuestra felicidad no hizo más que crecer cuando conocimos la noticia del embarazo de Ann. Seis meses después, el embarazo se malogró. Al paso de otros cinco meses, quedó embarazada de nuevo, pero en poco tiempo lo perdió. Esta segunda vez, debido a la fuerte hemorragia, casi se me va de mi lado. En el hospital, nuestro doctor nos informó que había muchas probabilidades de que Ann no pudiera tener hijos nunca, y que nuevos intentos de embarazo podrían incluso llegar a matarla. Desde aquel momento, empezó a cambiar. Estos abortos le crearon un muy mal carácter, y una tremenda obsesión. En casa se volvió taciturna, señor Holmes, abatida, apática, y tal y como ella me dijo a mí, el perder esos dos hijos le creó el más grande de los traumas. Mi antídoto para tal mal fue la actividad terapéutica en nuevos quehaceres. Tanto por razones mentales, como emocionales, pensé que sería bueno que adoptara un *hobby* para rellenar el vacío que había en su vida, el cual vi con miedo cómo iba acrecentándose día a día. Entre las posesiones más preciadas de mi difunto padre se encontraba una antiquísima armónica de cristal^[5]. Tal y como me contó mi padre, había sido un regalo de su tío abuelo, el cual, según afirmaba mi progenitor, se lo había comprando a Étienne Gaspard Robertson, el famoso inventor belga. De cualquier modo, llevé la armónica a casa por Ann, y, si bien en un principio se mostró reticente, finalmente accedió a darle al instrumento una oportunidad. Nuestro ático era una habitación tranquila y confortable, incluso hubo veces que hablamos para convertirla en el cuarto de los niños, así que era el entorno natural perfecto para transformarla en una sala de música. Incluso llegué a pulir y restauré la cubierta de la armónica, reemplazando el viejo eje para que así el cristal girara con mayor seguridad uno dentro del otro. También arreglé el pedal del pie, ya que años antes había sufrido daños. Pero el poco interés que Ann había mostrado por el instrumento fue menguando casi desde el principio. No le gustaba estar sola en el ático, y le resultó muy dificultoso el crear cualquier tipo de melodía con la armónica. Las extrañas notas que producían sus dedos al deslizarse por el borde de los cristales le resultaban molestas, pues, según me explicaba, la resonancia que producían la hacían sentirse aún más triste.

Sin embargo, yo no lo creía así. De hecho, yo creía que lo extraordinario de la armónica eran sus notas, y eran esas notas las que superaban en belleza al sonido de cualquier otro instrumento. Si se tocaba de la manera correcta, sus tonos podían aumentar o disminuir a voluntad simplemente por la presión de sus dedos,

pudiéndose sostener durante todo el tiempo que se quisiera. No, no compartía su opinión, y de hecho estaba seguro de que si Ann pudiera oír aunque tan solo fuera una vez aquel instrumento tocado por otra persona, una que tuviera experiencia y capacidad con él, cambiaría de opinión respecto a la armónica de cristal. Y tal fue así, cuando uno de mis socios recordó haber asistido como público a un recital del adagio y rondó para armónica, flauta, oboe, viola y chelo de Mozart, pero tan solo recordaba que el recital tuvo lugar en un pequeño apartamento justo encima de la librería de la calle Montague, cerca del Museo Británico. Por supuesto, no necesité la ayuda de un detective para encontrar el lugar, y así, sin tener que darme una gran caminata, me hallé dentro de la librería y tienda especializada en cartografía de Portman. El propietario me indicó qué escaleras debía subir, para que me condujeran al mismo piso en el que mi amigo había escuchado el recital de armónica. No sabe lo que me arrepiento de haber subido aquellas escaleras entonces, señor Holmes. Pero por aquel entonces estaba ansioso por conocer a quien se iba a presentar una vez llamara a la puerta al final de las escaleras.

El Sr. Thomas R. Keller parecía pertenecer a ese tipo de personas con las que la gente se mete para divertirse un rato. Sus maneras un tanto infantiles avergonzaban, y su voz, temblorosa y débil, padecía encima de un leve ceceo que no hacía otra cosa que empeorarlo.

—Y es aquí donde, presumo, entra en escena Madame Schirmer —dije antes de encenderme otro cigarrillo.

—Casi. Ella fue la que abrió la puerta. Era una mujer recia, de maneras hombrunas, aunque no parecía corpulenta. Y a pesar de que era alemana, mi primera impresión sobre ella no fue mala. Sin preguntarme qué quería, me invitó a pasar al piso. Me sentó en su sala de estar, y me invitó a té. Creí que ella simplemente supuso que quería tomar clases de música, ya que toda la habitación estaba decorada con instrumentos musicales de todo tipo, entre los que se encontraban dos armónicas totalmente restauradas. Fue entonces cuando supe que había dado con el lugar correcto. Estaba embelesado por la gracia de Madame Schirmer, y su más que obvio amor por los instrumentos, así que le hice saber la razón de mi visita. Le expliqué el asunto de mi esposa, la tragedia de los abortos, y cómo había hecho llevar la armónica a mi casa para así aliviar un poco su sufrimiento. También le expliqué cómo el influjo de los cristales había resultado inútil en ella. Madame Schirmer me escuchó pacientemente, y cuando terminé, me sugirió que Ann empezara a tomar clases. Todo lo que yo quería era que Ann escuchara a alguien tocar el instrumento, así que su sugerencia superaba lo que yo había previsto. En un principio, acordamos que tomaría diez lecciones, dos por semana, los martes y los miércoles por la tarde. El pago se realizaría por adelantado, mas Madame Schirmer nos hizo un precio especial debido a, tal y

como ella me dijo, la situación especial de mi esposa. Todo esto sucedió un viernes. El martes siguiente, Ann comenzaría sus lecciones.

La calle Montague no estaba demasiado lejos de donde yo vivía. En lugar de coger un coche de caballos, decidí volver a casa caminando y hacerle saber a Ann la buena nueva. Sin embargo, al final terminamos peleándonos, y hubiese cancelado las clases si no hubiera creído que le iban a ser beneficiosas. Llegué a casa y me la encontré silenciosa, con las cortinas echadas. Llamé a Ann, pero no respondió. Después de buscar en la cocina y en nuestro dormitorio, me dirigí al estudio, y allí fue donde la encontré, vestida completamente de negro, como si fuera de luto, de espaldas a la puerta, mirando fijamente a la estantería de libros mientras permanecía completamente quieta. La habitación estaba en penumbra, y ella parecía una sombra. Cuando pronuncié su nombre, ni me miró. En aquel momento me percaté, señor Holmes, de que su estado mental estaba empeorando por momentos a un ritmo acelerado.

—Ya has llegado a casa —me dijo con una voz cansada—. No te esperaba tan pronto, Thomas.

Le expliqué que había salido antes del trabajo por motivos personales. Después le dije a donde había ido, y lo del asunto de las clases de armónica.

—Pero no deberías haber hecho eso sin pedirme permiso. Por supuesto, no te preocupaste de preguntarme antes si deseaba tomar o no esas lecciones.

—Supuse que no te importaría. Solo te pueden hacer bien, estoy seguro de ello, y lo que es cierto, es que no te perjudicará más que estar aquí encerrada todo el día.

—Supongo que no tengo opción.

Me miró, y entre aquella oscuridad, apenas pude vislumbrar su rostro.

—Por lo que no tengo nada que decir en este asunto, ¿verdad? —me preguntó.

—Por supuesto que lo tienes, Ann. ¿Cómo podría yo obligarte a hacer algo que no deseas? Pero al menos, podrías ir a una de las clases, y escuchar cómo Madame Schirmer toca para ti. Si después de eso, aún no deseas asistir, no insistiré.

Esta petición le hizo guardar silencio durante un momento. Lentamente, se giró hacia a mí, y luego bajó la cabeza, y se quedó mirando el suelo. Cuando finalmente alzó de nuevo la cabeza, vi la expresión de alguien que se sentía agotada de todo, rendida ante cualquier cosa, sin que le importaran sus verdaderas motivaciones.

—De acuerdo Thomas —dijo por fin—. Si lo que quieres es que tome lecciones, tomaré lecciones, no discutiré contigo por eso, pero espero que no esperes demasiado de mí. Eres tú, al fin y al cabo, el que adora tanto el sonido de ese instrumento, no yo.

—Yo te adoro a ti, Ann, y todo lo que quiero es que seas feliz de nuevo. Los dos nos merecemos eso al menos.

—Sí, sí, lo sé. Últimamente estoy causando muchas molestias. Sin embargo,

debo decirte, que no creo que pueda existir nada parecido a la felicidad para mí. Creo que cada individuo tiene una vida interior, con sus propias complicaciones, las cuales, a veces, no pueden evitarse, sin importar lo que uno haga o intente hacer para evitarlas. Así que todo lo que te pido es que seas tolerante conmigo, y que me permitas tomarme todo el tiempo preciso para entenderme a mí misma. Mientras tanto, recibiré esa lección que quieres que tome, Thomas, y rezaré para que pueda llegar a satisfacerte tanto como te satisface a ti.

Afortunadamente, o desafortunadamente, yo tenía razón, señor Holmes. Después de recibir la primera lección de Madame Schirmer, mi esposa empezó a ver la armónica desde otra perspectiva más favorable. Estaba encantado con esta nueva aptitud frente al instrumento musical. De hecho, ya recibida la tercera o cuarta lección, el cambio de ánimo de mi esposa resultaba ser casi milagroso. Su actitud funesta había desaparecido casi por completo, así como la apatía que había demostrado en los últimos tiempos en la cama. Lo admito, durante esos días, veía a Madame Schirmer como a alguien enviado por el Señor, y mi estima por ella no hacía más que acrecentar. Así, meses después, cuando mi esposa me pidió aumentar el horario de las clases en una o dos horas, acepté sin dudarlo, especialmente, por lo mucho que había mejorado a la hora de ejecutar piezas con el instrumento. Además, estaba encantado por las muchas horas que, a veces incluso tardes, noches, e incluso días enteros, había dedicado para dominar por completo los diferentes tonos de la armónica de cristal. Además de aprender la pieza *Melodrama* de Beethoven, desarrolló la increíble habilidad de improvisar sus propias piezas. Sin embargo, estas composiciones propias, eran un tanto inusuales, composiciones musicales melancólicas que nunca había escuchado. Estaban imbuidas de una tristeza tal que, a pesar de que practicaba en la soledad del ático, impregnaba con ella toda la casa.

—Todo esto es muy interesante, de una manera indirecta —dije interrumpiendo la charla— pero, y permítame que se lo pregunte, ¿cuáles son las razones por las que me ha requerido?

Pude percibir que mi cliente captó la indirecta. Lo miré de una manera enfática, luego me serené de nuevo, con mis párpados entreabiertos, y juntando de nuevo las yemas de mis dedos, preparado para oír los hechos relevantes del problema.

—Si me lo permite —dijo tartamudeando—, estaba llegando al asunto. Tal y como dije, desde que comenzó a tomar clases con Madame Schirmer, el estado mental de mi esposa había mejorado o, al menos, eso parecía al principio. Pero de repente empecé a notar una especie de distanciamiento en sus maneras, una especie de absentismo o incapacidad de entablar una conversación prolongada. Pronto me di cuenta de que Ann parecía progresar, pero solo superficialmente, y que había algo de ella que no percibía. Creía que era la simple preocupación por la armónica

la que la distraía, y mantuve la esperanza de que, con el tiempo, la cosa pasara. Pero eso nunca ocurrió.

Inicialmente, tan solo me percaté de pequeños detalles. Platos que esperaban ser lavados en el fregadero, comidas mal cocinadas, o directamente quemadas en el horno, las camas, dejadas durante todo el día sin hacer... Después, Ann empezó a pasar la mayor parte del día en el ático. A menudo podía oír el sonido del cristal que sonaba desde arriba, y cuando volvía del trabajo, el mismo sonido me daba la bienvenida a casa. Llegado ese momento, empecé a detestar las notas que antes tanto me embelesaron. Luego, aparte de nuestros almuerzos, había días y días que rara era la vez que podía verla. Venía a la cama cuando yo ya estaba dormido, despertándose antes del amanecer, y levantándose antes de que yo me levantara, pero la música siempre estaba presente, con esas notas lastimeras e interminables. Aquello era más que suficiente para perder el juicio, señor Holmes. Mi preocupación, en efecto, se convirtió en una malsana obsesión, y empecé a maldecir a Madame Schirmer por todo aquello.

—¿Por qué la hacía a ella responsable? —pregunté—. Seguramente, ella no era en absoluto consciente de los problemas domésticos que usted sufría. Después de todo, tan solo era una profesora de música.

—No, señor, no se equivoque, era mucho más que eso. Mucho me temo que ella es una mujer con peligrosas creencias.

—¿Peligrosas creencias?

—Sí, señor. Peligrosas para aquellos que buscan con desesperación un atisbo de esperanza, y que son susceptibles a creer cualquier superchería.

—¿Y su esposa entra dentro de ese tipo de personas?

—Sí, mucho me temo que así es, señor Holmes. Para mal suyo, Ann siempre ha sido una mujer muy sensible y confiada. Es como si hubiera nacido para sentir el mundo que la rodea de una manera más intensa que el resto de nosotros. Esa es su virtud, y a la vez, su debilidad. Si esta debilidad es percibida por alguien de intenciones torcidas, puede explotar con facilidad tan delicada cualidad, y eso es lo que hizo Madame Schirmer. Por supuesto, no me di cuenta de todo esto, como es obvio, hasta hace poco.

Verá, era la típica tarde. Tal y como era nuestra costumbre, Ann y yo cenamos tranquilamente, y, habiendo comido tan solo algunos bocados, se excusó rápidamente para ir a practicar al ático, lo cual se había convertido también en una costumbre. Pero algo ocurriría poco después. Antes, temprano, en mi oficina, como premio por resolver unas complicaciones en una cuenta privada, un cliente me había mandado una valiosísima botella de vino Comet. Mi intención era sorprender a Ann con el obsequio durante la cena, excepto que, tal y como he mencionado, ella se ausentó de la mesa antes de darme la oportunidad de sacar la botella. Así

que, en lugar de esto, decidí tomar el vino con ella arriba. Con la botella y dos copas en la mano, subí las escaleras del ático. Ella ya había comenzado a tocar la armónica, y su sonido, notas extremadamente bajas, monótonas y sostenidas, surcaban un camino a través de todo mi cuerpo.

Cuando me aproximé a la puerta del ático, las copas de cristal que sostenía en mi mano comenzaron a vibrar, y un agudo dolor surcó mis oídos, pero aun así podía oír claramente. No se trataba de la pieza musical que estaba ejecutando, ni de ningún experimento que estuviera realizando con el instrumento. Era un ejercicio deliberado, señor, una brujería de algún tipo. Digo brujería porque luego escuché la voz de mi mujer, refiriéndose a alguien, en un tono tan bajo como el de las notas que estaba creando.

—¿Se refiere, señor, a que no estaba escuchándola cantar?

—Hubiera rogado al Espíritu Santo que así fuera, señor Holmes. Sin embargo, le aseguro que estaba hablando. Muchas de sus palabras escaparon a mi oído, pero lo que oí fue más que suficiente para que un sentimiento de terror creciera en mi interior.

—Estoy aquí, James —dijo ella—. Gracia, ven a mí. Estoy aquí. ¿Dónde te escondes? Deseo verte de nuevo.

Fue entonces cuando levanté una mano, y le hice callar.

—Señor Keller, mi paciencia es un bien preciado, y muy limitada. En un intento de dar viveza y color a su relato, continuamente, y de manera errada, está prolongando la revelación del problema que desea que resuelva. Si es posible, por favor céntrese en los hechos importantes y que me sean de utilidad.

Mi cliente se quedó mudo durante unos segundos, evitando que su mirada se encontrara con la mía.

—Si nuestro hijo hubiera sido varón —dijo finalmente—, su nombre hubiera sido James. Si hubiera sido hembra, su nombre hubiera sido Gracia.

Sobrecogido por una fuerte emoción, dejó de hablar de repente.

—¡Ta, ta, ta! —dije—. No hay necesidad de caer en la emoción en este momento. Le ruego continúe con lo que me estaba contando.

Asintió, apretando sus labios. Se enjugó la frente con un pañuelo, y fijó su mirada en el suelo.

—Dejando la botella y los vasos en el suelo, abrí la puerta de golpe. Sobresaltada, dejó de tocar el instrumento, lanzándome una mirada oscura, con los ojos muy abiertos. El ático estaba iluminado únicamente por un grupo de velas, dispuestos en círculo alrededor de la armónica, iluminándola con una luz parpadeante. Con esa luz, y el pálido color de su piel, su figura se asemejaba enteramente a la de un fantasma. En aquel momento poseía otra extraña cualidad, señor Holmes. No se trataba en absoluto de un simple efecto de las velas el que me

dio esta impresión. Sus ojos, y la manera como la que estaba mirando, me sugerían que carecían totalmente de algo esencial, algo humano. Incluso cuando finalmente me habló, su voz sonó vacía y falta de emoción.

—¿Qué es lo que pasa, cariño? —preguntó—. Me has asustado.

Me acerqué hacia ella.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —dije a voz en grito—. ¿Por qué estás hablando como si ellos estuvieran aquí?

Se levantó lentamente de la armónica, y a medida que me acercaba a ella, vi cómo una sonrisa iba apareciendo en su rostro.

—Todo va bien, Thomas. Ahora, todo va bien.

—No entiendo —dije—. Estabas llamándolos por sus nombres, a nuestros hijos nonatos. Hablabas como si ellos estuvieran aquí, vivos, en esta misma habitación. ¿Qué es todo esto, Ann? ¿Desde cuándo estás haciendo todo esto?

Ella, cogiéndose amablemente de mi brazo, empezó a caminar alejándonos de la armónica.

—Debo permanecer sola mientras toco. Por favor, respeta eso.

Me estaba conduciendo hacia la puerta, pero yo quería respuestas.

—Mira todo esto —dije—. No me iré de aquí hasta que me des una explicación. ¿Desde cuándo viene ocurriendo todo esto? Insisto. ¿Por qué haces esto? ¿Sabe Madame Schirmer lo que estás haciendo?

Entonces, no pudo volver a mirarme a los ojos. Es como si se tratara de una mujer a la que habían sorprendido mintiendo. Su respuesta fue una frase inesperada y fría que pasó finalmente por sus labios.

—Sí —dijo—, Madame Schirmer sabe perfectamente lo que estoy haciendo. Me está ayudando, Thomas, tú mismo dijiste que así sería, Thomas. Buenas noches, cariño.

Y con esto, cerró la puerta, echando la llave por dentro.

Me quedé lívido, señor Holmes. Puede imaginarse que bajé las escaleras en un estado bastante alterado. La explicación de mi esposa, a pesar de lo ambigua que fue, me condujo a la siguiente conclusión: Madame Schirmer estaba enseñándole a mi Ann algo más que lecciones de música, o, al menos, estaba incentivándola a realizar algún tipo de rituales antinaturales. Era una situación desconcertante, especialmente si mis sospechas eran correctas, así que pensé que la única manera de conocer la verdad era a través de Madame Schirmer. Mi intención era la de dirigirme a su apartamento esa misma tarde y discutir con ella el asunto. Sin embargo, intentando conservar mis nervios en calma, me bebí gran parte de la botella de Comet. Por lo tanto, no pude mantener un encuentro con ella de manera apropiada hasta la mañana siguiente. Pero una vez llegué a su apartamento, señor Holmes, estaba tan sobrio como determinado puede estar un hombre en esas

circunstancias. Madame Schirmer me abrió la puerta cuando me dispuse a enfrentarme a ella.

—¿Qué clase de necesidades ha estado enseñándole a mi esposa? —le pregunté—. Quiero que me diga ahora mismo por qué habla con nuestros hijos nonatos, y por favor, no intente aparentar no saber nada, porque Ann ya me lo ha contado todo.

—Su esposa, Herr Keller, es una mujer infeliz y desgraciada —dijo ella—. Las lecciones que yo le he impartido realmente, no le interesan en absoluto. Dedicar todos sus pensamientos a sus bebés, sin importar cuál sea el tema, siempre van dirigidos a los bebés, y, en efecto, los bebés son el problema. ¿No? Pero por supuesto, lo único que usted desea es que ella toque, y ella lo que quiere son a sus hijos, así que lo único que he hecho es satisfacer los deseos de ustedes dos. Ella, ahora, toca de manera sublime, y además, creo que es más feliz, ¿verdad?

—No la entiendo. ¿Qué es eso que usted dice que ha hecho por nosotros dos?

—No ha sido nada difícil, Herr Keller. Esa es la naturaleza del cristal, los ecos de la divina armonía, eso en lo que la he instruido.

No puede ni imaginarse los sinsentidos que esgrimió para intentar darme una explicación.

—Oh, por supuesto que puedo —dije—. Señor Keller, tengo algunos conocimientos básicos en lo que respecta a las insólitas capacidades de ese instrumento. Hubo un tiempo en el que se le adjudicaban cierto tipo de alteraciones a la vibración del cristal. Esto producía terror entre el populacho europeo, y por eso el prestigio de la armónica decayó entre el vulgo. Por esto encontrar el instrumento, y no ya alguien que sepa tocarlo, es una oportunidad única.

—¿A qué tipo de alteraciones se refiere?

—Desde depresiones, a daños nerviosos, así como disputas domésticas, partos prematuros, y cierto número de afecciones mortales. Incluso hubo casos de convulsiones entre los animales domésticos. Sepa que incluso tengo conocimiento de decretos policiales vigentes en algunos estados germánicos en los que se prohíbe la utilización de este instrumento por el bien de la salud pública. Naturalmente, ambos sabemos que la melancolía de su esposa precedía a la utilización de este instrumento, por lo que podemos descartarlo como la fuente de los problemas que ella sufre.

—Sin embargo, hay otro cariz en lo que respecta a la historia de este instrumento, uno sobre el que Madame Schirmer nos dio claras pistas mencionando a los *ecos de la divina armonía*. Hay ciertas personas, compenetradas con las idealistas reflexiones de hombres como Franz Mesmer, Benjamin Franklin, y Mozart, que piensan que la música procedente del cristal promueve la armonía de la humanidad. Otros tienen la ferviente creencia de que escuchar los sonidos que

produce el cristal puede curar males sanguíneos, mientras que otros, y sospecho que Madame Schirmer se encuentra entre ellas, sostienen que las firmes y penetrantes notas viajan de este mundo al más allá. Los hay de la opinión de que un ejecutante del cristal especialmente dotado puede de hecho invocar a los muertos, dando esto, como resultado, que los vivos puedan mantener una comunicación con los que ya han partido. Es eso lo que le explicó, ¿verdad?

—Exactamente fue eso —dijo mi cliente, con una expresión de sorpresa.

—Y fue ahí cuando decidió cancelar sus servicios.

—Sí. ¿Pero cómo sabe...?

—Amigo mío, es obvio. Usted creía que la señora era responsable del comportamiento ocultista de su esposa, así que la intención de despedirla, seguramente, ya estaba presente en su pensamiento antes de ir a verla aquella mañana. De cualquier modo, si hubiera estado aún cobrando de su bolsillo, difícilmente le hubiera amenazado con llamar a las autoridades. Ahora, por favor, disculpe estas ocasionales interrupciones. Son necesarias para agilizar lo que de otra manera sería redundante para mi mente. Continúe.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho, señor? No tenía otra opción. Siendo como soy justo y educado, no insistí en que me devolviera lo abonado por las lecciones que quedaban, y ella, por otro lado, no se ofreció a devolver el dinero. Sin embargo, me quedé perplejo por su compostura. Le dije que no requeríamos más de sus servicios, y ella sonrió, y asintió conforme.

—Bueno, señor —dijo ella—, si usted cree que eso será lo mejor para Ann, entonces yo también lo creeré. Usted es su marido, después de todo. Espero que los dos sean felices juntos.

—Debería haber desconfiado de su palabra. Cuando llegué a su apartamento aquella mañana, sabía que ella conocía la influencia que su persona ejercía sobre Ann, y que mi esposa no se resignaría a olvidarla. Ahora me doy cuenta de que es una mujer confabuladora del peor tipo. A posteriori, me ha resultado evidente. La manera en la que ella me ofreció inicialmente aquel descuento por el precio de las clases y, luego, una vez que la pobre Ann estuvo bajo su influjo, cómo sugirió el extender las horas de clase con el fin de sacar más dinero de mi bolsillo. Aún más, temo que haya puesto el ojo en la herencia que Ann recibió de su madre, la cual, si bien no es sustanciosa, sigue siendo una suma de consideración. De eso estoy completamente convencido, señor Holmes.

—¿Y no se le ocurrió todo eso en aquel momento? —pregunté.

—No —contestó—. Mi única preocupación era cómo respondería Ann a las nuevas. Pasé todo el día sin estar en mí, sopesando la situación en el trabajo, y meditando las palabras apropiadas que utilizaría para darle la noticia. Después, al volver a casa aquella noche, le pedí a Ann que viniese conmigo a mi estudio, y,

sentada delante de mí, le expliqué de forma calmada mi parecer. Le hice saber que la forma negligente en sus labores y responsabilidades, y su obsesión con la armónica, esta era la primera vez que la calificué de aquella manera, estaban poniendo en riesgo nuestro matrimonio. Le expliqué que los dos teníamos obligaciones para con el otro. Las mías, eran proveerle un ambiente seguro; la suya, mantener al día las labores del hogar para mí. Además, como he dicho, estaba muy preocupado por lo que había visto en el ático, pero que no le reprochaba en absoluto el mantener un luto por los nonatos. Después saqué a colación mi visita a Madame Schirmer. Le expliqué que ya no habría más lecciones de armónica, y que Madame Schirmer había estado de acuerdo por su bien. Tomé su mano, y la miré directamente a su rostro inexpresivo.

—Te prohíbo que veas a esa mujer de nuevo, Ann, —le dije— y mañana sacaré la armónica de esta casa. No es mi intención ser cruel o irracional en este asunto, pero necesito que mi esposa vuelva a mi lado. Quiero que vuelvas, Ann. Quiero que seamos como una vez fuimos. Necesitamos poner en orden nuestras vidas.

En ese momento empezó a llorar, pero con lágrimas de remordimiento y no de ira. Me arrodillé ante ella.

—Perdóname —le dije, y puse mis manos sobre sus hombros.

—No —me dijo en un susurro—, soy yo la que te debo pedir perdón. Estaba tan confusa, Thomas. Me siento como si no pudiera hacer nada correctamente nunca más, y no entiendo por qué.

—No debes pensar eso, Ann. Simplemente, si confías en mí, verás que todo va a salir bien.

Entonces, señor Holmes, me prometió que se esforzaría por ser una mejor esposa. Y de hecho pareció que realmente lo prometió en serio. Nunca antes la había visto cambiar de parecer de aquella manera. Por supuesto, hubo veces en los que me percataba de que los momentos oscuros volvían a ella de manera sutil. En ocasiones, su humor se tornaba melancólico y lúgubre, como si algo que la oprimiera se hubiera infiltrado en sus pensamientos, y al menos hubo dos ocasiones en las que tuvo una exagerada obsesión por mantener limpio el ático. Pero por aquel entonces, la armónica había desaparecido, así que no me preocupé demasiado. ¿Por qué hubiera debido? Todas las labores estaban correctamente acabadas para cuando volvía del trabajo. Después de la cena, disfrutábamos de la compañía del otro, tal y como lo hacíamos en los buenos tiempos, sentándonos juntos y hablando durante horas en la puerta principal de la casa. Parecía que la felicidad había vuelto a nuestro hogar.

—Me alegro por usted —dije de manera insípida mientras me encendía mi tercer cigarrillo, pero aún ignoro la razón por la que me ha elegido para esta consulta. En verdad es una historia intrigante, dentro de cierto nivel, pero parece

intranquilo por alguna otra razón, la cual no entiendo. Parece que puede ocuparse de sus propios asuntos sin ningún problema.

—Por favor, señor Holmes, necesito su ayuda.

—Me va a ser imposible ayudarlo sin conocer la verdadera naturaleza de su problema. Por lo que usted me expone, aquí no hay ningún *puzzle* sin resolver.

—¡Pero es que mi esposa sigue desapareciendo!

—¿Qué sigue desapareciendo? Por lo que deduzco, siempre termina reapareciendo, ¿no?

—Sí.

—¿Cuántas veces ha sucedido?

—Cinco veces.

—¿Y cuándo comenzaron estas desapariciones?

—Hace dos semanas.

—Ya veo. Un martes, por lo visto. Y nuevamente al siguiente miércoles. Corríjame si me equivoco, pero a la semana siguiente supongo que sucedió lo mismo, y este último martes también, por supuesto.

—Exactamente.

—Perfecto. Ahora estamos llegando a algún lado, señor Keller. Claramente, su historia termina justo delante de la puerta de Madame Schirmer, eso es obvio, pero aún hay uno o dos detalles que se me escapan. Si fuera tan amable de empezar a relatarme los momentos de la primera desaparición, facilitaríamos las cosas, a pesar de que creo que no es en absoluto exacto describir como tal el comportamiento de su esposa.

El señor Keller me lanzó una tristísima mirada. Después, dirigió su atención hacia la ventana, agitando su cabeza con solemnidad.

—He pensado mucho en esto —dijo—. Ya que durante mis quehaceres diarios tiendo a estar muy ocupado, es el chico de los recados el que me suele traer la comida. Pero aquel día salí antes del trabajo, así que decidí volver a casa y almorzar con Ann. Cuando descubrí que no estaba, tampoco me preocupé demasiado. De hecho, últimamente había animado a Ann a que saliera de la casa regularmente, y supuse que, tomando mi consejo, había empezado a realizar paseos vespertinos. Creí que eso era lo que estaba haciendo, así que le dejé una nota y volví a la oficina.

—¿Y adónde la dirigían esos paseos?

—Al carnicero, o al mercado. También había empezado a visitar el parque público de la Sociedad de Física y Botánica, ya que, según me decía, gustaba de pasar horas y horas leyendo entre las flores.

—De hecho, sin lugar a dudas, es un sitio ideal para ese tipo de entretenimientos. Continúe con su exposición, por favor.

—Volví a casa esa misma tarde, tan solo para descubrir que todavía no había vuelto. La nota que dejé en la puerta principal todavía estaba allí, y no había ningún signo de que hubiera vuelto a casa. Llegados a ese punto, empecé a preocuparme. Lo primero que se me pasó por la cabeza era salir en su busca, pero tan pronto como me disponía a salir, Ann atravesó la puerta. Señor Holmes, parecía tan cansada... y el mero hecho de verme pareció ponerla nerviosa. Le pregunté que de dónde venía tan tarde, y me explicó que se había quedado dormida en la Sociedad de Botánica y Física. La excusa era extraña, pero posible, así que rehusé seguir haciéndole preguntas. Con franqueza, simplemente estaba aliviado de que hubiera vuelto a casa sana y salva.

Dos días después, sin embargo, ocurrió exactamente lo mismo. Llegué a casa y Ann no estaba. Llegó poco después, dando como excusa que nuevamente se había quedado echando la siesta bajo un árbol en el parque. A la semana siguiente, volvió a ocurrir, exactamente igual que la vez anterior. Esto solo ocurría los martes y los jueves. Si los días hubieran sido alternos y diferentes, mis dudas no hubieran surgido tan rápidamente, y tampoco hubiera ido a verificar la situación con mis propios ojos el pasado martes. Sabiendo que sus anteriores clases de armónica comenzaban a las cuatro y terminaban a las seis, salí del trabajo temprano y me posicioné de manera oculta en la calle que cruzaba la tienda de Portman. Aproximadamente a las cuatro y cuarto, me embargó una vaga sensación de alivio, pero justo cuando iba a abandonar mi posición de vigilancia, la divisé. Caminaba a lo largo de Montague Street, al otro lado de la calle, sosteniendo en su mano el parasol que le regalé por su cumpleaños. Mi corazón saltó, y allí me mantuve quieto, sin llamarla ni ir tras ella, solo mirando cómo cerraba el parasol y entraba en la librería.

—¿Daba la impresión de que su mujer llegaba tarde a una cita?

—Al contrario, señor Holmes. Ella siempre ha creído que la puntualidad es una virtud, y hasta hoy en día, lo es.

—Ya veo. Siga, por favor.

—Supongo que puede imaginarse el enfado que iba creciendo en mí. Segundos después, yo galopaba hacia las escaleras del apartamento de Madame Schirmer. De hecho, pude oír claramente a Ann tocando la armónica, con esas tristes y apagadas notas tan peculiares suyas, y el mero sonido del instrumento hizo acrecentar mi ira, así que fui y aporreé con todas mis fuerzas la puerta.

—¡Ann! —grité—. ¡Ann! Pero no fue mi esposa la que me recibió. Fue Madame Schirmer. Abrió la puerta y me lanzó la más venenosa de las miradas que jamás he presenciado.

—¡Quiero ver a mi esposa inmediatamente! —exclamé—. ¡Sé que se encuentra aquí!

Y al decir esto, la música que procedía del interior del apartamento cesó abruptamente.

—Vuelva a casa si quiere ver a su esposa, Herr Keller —dijo en voz baja, cerrando la puerta tras de sí—. Ann ya no es mi alumna.

Mientras hablaba, mantenía una de las manos sobre el pomo, con su enorme cuerpo cubriendo la entrada, impidiéndome entrar.

—Usted me ha engañado —le dije, hablando lo suficientemente alto para que Ann pudiera oírme—. Ambas lo han hecho, ¡y eso no lo consiento! ¡Es usted una persona vil y ruin!

Madame Schirmer se puso hecha una furia, y, de hecho, yo mismo estaba tan enfurecido que mis propias palabras salieron de mi boca como si fueran puro veneno. Mirándolo ahora fríamente, me doy cuenta de que mi comportamiento fue irracional, a pesar de que aquella pérfida mujer me hubiera engañado, y de que yo temiera por mi esposa.

—Yo simplemente estoy realizando mi trabajo —dijo ella—, pero usted me lo está imposibilitando. Es usted un borracho, y cuando se acuerde de todo esto mañana, usted mismo se verá como un perturbado. No voy a hablar más con usted, Herr Keller, así que no se le ocurra volver a llamar a mi puerta de esa manera.

En ese momento, mi temperamento se desbordó, señor Holmes, y me temo que levanté mi voz más allá de lo debido.

—¡Sé que ha venido hasta aquí, y estoy seguro de que usted la sigue confundiendo con sus demoníacas supercherías! No tengo ni idea de lo que pretende ganar con todo esto, pero si es su herencia lo que busca, ¡le aseguro que haré todo lo humanamente posible para evitar que toque un solo chelín! Deje que le advierta una cosa, Madame Schirmer, hasta que mi esposa esté completamente libre de su influencia, se encontrará conmigo a sus espaldas allá donde vaya, y no voy a dejar que me tome usted por idiota durante más tiempo, haga usted lo que haga para impedírmelo.

La mano de la mujer dejó el pomo, y sus dedos formaron un puño, haciendo el amago de golpearme. Tal y como dije, era una enorme y fornida germana, y no tengo ninguna duda de que hubiera podido tumbar a más de un hombre. Sin embargo, reprimió su hostilidad y dijo:

—La advertencia se la hago yo, Herr Keller. Váyase y no vuelva más. Si vuelve a aparecer por aquí con problemas, haré que lo arresten.

Después giró sobre sus talones, y volviendo a meterse en su apartamento, cerró de un portazo.

Sumamente alterado, dejé el lugar y volví a mi casa, con la plena intención de castigar a Ann a su vuelta. Estaba seguro de que ella había oído toda mi discusión con Madame Schirmer, y aún me enfadaba más el hecho de que hubiera

permanecido escondida en el cuarto de instrucción de la mujer en lugar de salir a mi encuentro. Por mi parte, yo no tenía ninguna razón para negar el hecho de que la estuviera espiando. Ella, a partir de aquella tarde, tenía pleno conocimiento de este hecho. Sin embargo, para mi más profunda sorpresa, ya estaba en casa cuando llegué. Y eso es lo que no me explico. Era imposible que hubiera dejado la casa de Madame Schirmer antes que yo, ya que el apartamento estaba en una segunda planta. Incluso si lo hubiera conseguido de algún modo, no hubiera sido capaz de tener la cena preparada a mi llegada. Estuve, y todavía estoy, perplejo ante tal hecho. Durante nuestra cena, esperé a que mencionara algo sobre mi discusión con Madame Schirmer, pero ella no dijo una palabra al respecto. Cuando le pregunté dónde había estado esta tarde, contestó:

—He empezado a leer una nueva novela, y antes, he ido a dar una vuelta por la zona de la Sociedad Botánica y Física.

—¿Nuevamente? ¿No estás cansada de visitar ese lugar?

—Cómo podría. Es un lugar precioso.

—¿No te habrás citado con Madame Schirmer en esos paseos tuyos, no, Ann?

—No, Thomas, por supuesto que no.

Le pregunté si había la posibilidad de que se estuviera equivocando y, visiblemente enojada por mi insinuación, insistió en que no la había visto.

—Entonces le estaba mintiendo —dije—. Algunas mujeres tienen un talento innato para hacer creer a los hombres lo que ellos ya saben, a ciencia cierta, que es falso.

—Señor Holmes, no me entiende. Ann es incapaz de urdir una mentira conscientemente. No es natural en ella. Y si lo fuera, yo así lo hubiera visto y se lo hubiera dicho allí mismo, pero no, no estaba mintiéndome. Lo vi en su cara, y estaba completamente seguro de que no tenía idea alguna de mi enfrentamiento con Madame Schirmer. Cómo era posible está más allá de mi conocimiento. Estoy completamente seguro de que ella estaba allí, de igual manera que estoy seguro de que me estaba diciendo la verdad, pero soy incapaz de encontrarle sentido a cualquiera de las dos cosas. Por esta razón le escribí con tanto apremio aquella noche, con la intención de que me diera consejo y ayuda.

Este fue el enigma que mi cliente me presentó. Insignificante y, sin embargo, con muchos puntos que atraían mi atención. Utilizando mi, por otro lado conocido, método de lógica analítica, empecé a eliminar conclusiones enfrentadas, hasta que una de ellas permaneció, ya que parecía que había muy pocas posibilidades que pudieran determinar la realidad del asunto.

—En aquella tienda de libros y mapas —pregunté— ¿vio usted, y para esto necesito que me conteste con total seguridad, a algún otro empleado aparte de su propietario?

—Tan solo recuerdo al propietario, y a nadie más. Creo que regenta la tienda por sí solo, a pesar de que parece que está pasando una mala época.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a que no parece gozar de buena salud. Tiene una tos crónica, una tos que no suena nada bien, y su vista le falla. La primera vez que fui al local le pregunté por la ubicación del apartamento de Madame Schirmer, y se puso unas enormes gafas de aumento para poder hablar conmigo. Esta última vez que fui, ni tan siquiera se percató de que había entrado en la tienda.

—Tal vez, demasiados años encorvado sobre manuscritos a la luz de una lámpara, sospecho. A pesar de que conozco Montague Street y sus inmediaciones como la palma de la mano, debo admitir que esta tienda en particular me es muy poco familiar. Supongo que será un local amplio repleto de material, ¿me equivoco?

—Más bien es un sitio bastante pequeño, señor Holmes. Creo que con anterioridad fue el hogar de alguna familia. Cada habitación contiene pilas y pilas de libros. Los mapas, por lo que parece, están almacenados en otro lugar. Hay un cartel en la entrada de la tienda en la que se avisa de que las consultas de mapas se deben hacer directamente al señor Portman. De hecho, no recuerdo haber visto un solo mapa en la tienda.

—Por casualidad, no le preguntaría al señor Portman, suponiendo que el nombre de la tienda coincida con el del propietario, si había visto alguna vez entrar a su mujer en la tienda, ¿verdad?

—No tuve la necesidad. Tal y como le dije, aquel hombre casi estaba ciego. De cualquier forma, yo mismo vi cómo ella entraba en el local, y mi visión es más que buena.

—No lo pongo en duda, señor Keller. De hecho, el pormenor carece de importancia, pero hay un par de cosas que deben ser confirmadas en persona. Ahora mismo nos pondremos en marcha hacia Montague Street.

—¿Ahora mismo?

—Es jueves por la tarde ¿Verdad?

En un rápido vistazo a mi reloj, determiné que eran las tres y media.

—Y, si partimos ahora mismo, llegaremos a Portman antes de que lo haga su esposa.

Levantándome para coger mi gabán, dije:

—Debemos ser circunspectos a partir de ahora, ya que estamos tratando con la complejidad emocional de, al menos, una mujer con problemas. Esperemos que su esposa sea tan fiable y firme en sus acciones como mi reloj. Al menos, tendremos algo de ventaja si nuevamente acude tarde, y conseguimos llegar al lugar antes que ella.

Entonces, con algo de prisa, salimos calle abajo por Maker Street, y no pasó mucho tiempo antes de vernos inmersos en el bullicio de la vía pública londinense. Mientras nos encaminábamos hacia Portman's, empecé a cerciorarme de que el problema para el que el señor Keller me requería era, considerando los detalles, de poca, o incluso ninguna, importancia. De hecho, no creo que pudiera atraer la atención ni siquiera de las inquietudes literarias del buen doctor. Era, dándome cuenta ahora, de ese tipo de males menores en los que me hubiera metido de lleno en mis años de formación como detective, pero ahora, ya en el ocaso de mi carrera, veía más apropiados para otros. Muy a menudo, me refería a este tipo de asuntos como material a tratar por alguno de esos jóvenes y presuntuosos nuevos valores, como podían ser Seth Weaver, Trevor de Southwark, o Liz Pinner, y otros que ya habían demostrado meter el pie dentro del negocio del detective privado.

Sin embargo, debo confesar que mi interés en el caso del señor Keller no concluía en su prolija cuenta, sino única y exclusivamente en dos puntos que, a pesar de no guardar ninguna conexión el uno con el otro, me mantenían fascinado de manera privada: las asombrosas capacidades musicales que podía general la desacreditada armónica de cristal, un instrumento del que siempre he querido poder disfrutar; y el atrayente a la par que curioso rostro que divisé en la fotografía. Sin necesidad de mención, puedo obviar mi predilección por uno de estos puntos más que por el otro, y desde entonces decidí que mi vocación, de vida corta, todo hay que decirlo, por el sexo débil nació de la creencia que John solía sostener sobre los saludables beneficios que otorgaba la compañía femenina.

Aparte de asumir tales sentimientos irracionales en mi persona, aún sigo sin concebir la atracción que sentí por la fotografía sin importancia de una mujer casada.

4

Cuando Roger le preguntó cómo había hecho con las dos abejas japonesas, Holmes se mesó la barba en toda su longitud y, después de sumirse en sus propios pensamientos por unos momentos, mencionó el descubrimiento de un panal en el centro de Tokio.

—Fue un hallazgo producto de la pura suerte, si hubiera ido en coche con mi equipaje, no hubiera dado con el lugar, pero viniendo como vine enclaustrado en el barco, necesitaba ejercitar mis extremidades.

—¿Caminó durante mucho tiempo?

—Así lo creo, de hecho, estoy completamente seguro de haber dado una larga caminata, aunque no puedo recordar exactamente la distancia.

Estaban en la biblioteca de la casa, sentados uno al lado del otro. Holmes estaba reclinado con un vaso de brandy en su mano, mientras que Roger se inclinaba intentando ver mejor el vial que sostenía en sus manos.

—Fue una ocasión perfecta para dar un paseo. Hacía un tiempo idóneo, muy agradable, y me apetecía mucho ver la ciudad. Holmes estaba relajado y contento, y miraba con atención al chico mientras rememoraba su mañana en Tokio. Por supuesto, omitiría los embarazosos momentos, como cuando se perdió en medio del distrito comercial de Shinjuku mientras buscaba la estación de trenes, ya que mientras deambulaba por las calles contiguas, su infalible sentido de la dirección le abandonó por completo. No había razón tampoco para contarle al chico cómo había perdido el tren a la ciudad portuaria de Kobe, y cómo encontró cierto alivio al encontrar el panal después de ver los peores aspectos del Japón de la postguerra... Hombres y mujeres viviendo en improvisadas barracas hechas de cajas y chatarra en las zonas más bulliciosas de la ciudad, amas de casa con sus bebés cargados a las espaldas, formando interminables filas para comprar arroz y patatas, transportes públicos abarrotados, con pasajeros sentados en los techos del vehículo, o descolgadas incluso en las rejas de los motores, y las incontables figuras famélicas yendo y viniendo a lo largo de la calle, con los ojos brillantes de odio mientras miraban con los ojos del hambre a la desorientada figura del caballero inglés que caminaba a su lado, el cual se sostenía sobre dos bastones, y cuyo rostro era imposible de discernir tras su espesa barba y larga melena.

Pero en aquella ocasión, a Roger solo se le relató el fortuito encuentro con las abejas urbanas. El chico permaneció igualmente fascinado, con sus ojos azules siempre atentos a la figura de Holmes. Su rostro permanecía en calma, sus ojos abiertos de par en par, con las pupilas fijas en aquellos ojos venerables, brillantes, como si el chico estuviera observando unas luces distantes y militantes en un horizonte opaco, un parpadeo oscilante de algo que existía justo más allá de lo que

podía divisar. A cambio, aquellos ojos grises que se centraban justo sobre él, penetrantes y amables al mismo tiempo, hacían de nexo entre la edad que los separaba. Como un brandy que se toma a sorbos, como el cristal del vial que se iba calentando en la palma de sus manos; aquella voz añeja, pero viva, hacía que Roger se sintiera mucho más maduro y versado de lo que le correspondía a su edad.

Holmes le contó cómo se adentró más y más en Shinjuku, explicando de qué forma las abejas obreras atrajeron su atención mientras forrajeaban aquí y allá, zumbando alrededor de algunas agrupaciones de flores que crecían al lado de los árboles que se alzaban en la calle, y en las macetas que se encontraban en el exterior de las casas. En un intento de seguir la ruta de las obreras, perdía el rastro, pero casi inmediatamente divisaba otra y, pronto, le fueron conduciendo a un oasis en el interior de la ciudad. Según pudo contar, en aquel lugar había al menos veinte colonias, cada una de las cuales era capaz de producir una cantidad de miel considerable. «Qué hábiles criaturas», pensó para sí. Seguramente, los sitios de forraje de las colonias de Shinjuku cambiaban con cada estación. Puede que las abejas recorrieran grandes distancias en septiembre, cuando es raro ver una flor crecida y, a su vez, es posible que estas mismas abejas recorrieran distancias mucho menores en verano y primavera, cuando era la época de floración, y ya que en septiembre florecían los cerezos, allí se encontraban rodeadas de un ambiente rico y saludable. Aún más, aquel corto radio de forraje incentivaba la eficiencia de almacenaje de las colonias. Así, considerando que la competencia por el polen y néctar que ejercían los polinizadores, tales como los avispones, las mariposas y los escarabajos, había más lugares de comida a los que dirigirse y explotar dentro de la zona de Tokio que en las zonas periféricas.

Las primeras preguntas que Roger hizo al respecto de las abejas japonesas no recibieron una respuesta inmediata (y el muchacho era demasiado educado como para insistir). No es que Holmes hubiera olvidado la pregunta del muchacho. Sin embargo, la respuesta se hizo esperar, como si fuera un nombre que se intentara recordar teniéndolo en la punta de la lengua. Sí, las abejas venían del Japón y sí, eran un regalo para el chico, pero Holmes no recordaba la forma en la que se había hecho con ellas. Tal vez fuera en aquel panal de Tokio (aunque lo dudaba, porque en aquel momento estaba más preocupado en encontrar la estación de trenes), o tal vez fue durante los viajes realizados con el señor Umezaki (ya que realizaron muchos desde el momento en que llegó a Kobe). Estos momentos de lapsus, temía, eran el resultado de los cambios sufridos en su lóbulo frontal a causa de la edad. Si no, ¿de qué otra manera cabría la explicación de que algunos de sus recuerdos permanecieran intactos, mientras que otros hubieran ido desapareciendo paulatinamente? Extraño era también el hecho de que pudiera recordar con una claridad cristalina algunos momentos de su niñez, como la mañana en la que entró en el salón de esgrima de Maître Alphonse

Bencin, aquel enjuto francés que no paraba de atusarse el bigote, mientras miraba al tímido y delgado chico que tenía frente a él, si bien ahora, por ejemplo, tenía que comprobar continuamente el reloj de su bolsillo para saber en qué hora del día se encontraba.

Aun así, al contrario de lo que pudiera parecer por no poder recurrir a todos aquellos conocimientos, tenía el pleno convencimiento de que aún conservaba la mayoría de sus recuerdos y en las tardes siguientes a la vuelta a casa, se sentaba en su mesa del ático, alternando el tiempo de trabajo en su obra magistral, *El arte de la deducción*, y revisar su *Guía práctica sobre la cultura apícola*, que escribió hacía treinta y siete años, y que estaba preparando para una reedición para Beach & Thompson, aunque siempre terminara recordando en los distintos lugares en los que había estado.

Así pues, era probable que se encontrara en el andén de tren de Kobe después de un largo viaje, buscando al señor Umezaki entre el gentío de oficiales y soldados americanos que transitaban entre los hombres de negocios, familias y viandantes japoneses que había a su alrededor, con la cacofonía de aquella algarabía de voces diferentes, mezclada con el sonido de los pasos que se dirigían hacia la noche, resonando en el suelo del andén.

—¿Sherlock-san?

Como si se hubiera materializado de ninguna parte, una delgada figura vestida con un sombrero alpino, pantalón corto, zapatillas deportivas y camisa blanca de cuello abierto apareció a su lado. Iba acompañado de otro hombre, algo más joven, vestido exactamente igual. Los dos hombres le miraban a través de unas gafas de alambre, y el más viejo de los dos, de una edad que rondaría los cincuenta, según dedujo Holmes, a pesar de no poder asegurarlo con exactitud dado que se trataba de un asiático, se puso frente a él, inclinándose. El otro repitió el saludo de la misma manera.

—Supongo que usted es el señor Umezaki.

—Así es, señor —dijo el más viejo, aún inclinado—. Bienvenido al Japón, y bienvenido a Kobe. Es un honor el conocerle por fin. Estamos igualmente honrados porque nos permita tenerlo como huésped en nuestra casa.

Si bien las cartas del Umezaki habían demostrado que el hombre tenía ciertas nociones de inglés, Holmes quedó gratamente sorprendido del acento *britanizado* que poseía su anfitrión, sugiriendo el hecho de que seguramente habría recibido una educación más allá de las tierras del Sol Naciente. Todo lo que realmente sabía era que compartían la misma pasión por el *aria spinosa*^[6], o, tal y como se la llamaba en Japón, *hire sansho*. Era este interés común el que inició su extensa y continuada correspondencia. Fue el señor Umezaki quien le envió la primera misiva después de leer un monográfico que Holmes había publicado años atrás, titulado *El valor de la*

jalea real, y *Los beneficios del aria spinosa*, pero ya que el arbusto crecía mayormente en la zona costera de su Japón natal, nunca había tenido la oportunidad de verlo en persona, o de paladear los platos culinarios preparados con sus hojas. Además, durante los viajes que realizó en su juventud, nunca aprovechó la oportunidad de visitar Japón. Cuando recibió la invitación del señor Umezaki, se dio cuenta de que posiblemente aquella sería la última ocasión de ver los fantásticos jardines sobre los que tanto había leído, y sobre todo, tendría la oportunidad de tomar una muestra de aquella especie tan especial de arbusto que lo había fascinado durante tanto tiempo, una hierba de la cual sospechaba que tenía unas cualidades especiales que permitían prolongar la vitalidad de la misma manera que lo hacía su adorada *jalea real*.

—El honor es mutuo.

—Sí —dijo Umezaki, poniéndose de nuevo derecho—. Por favor, señor, permítame presentarle a mi hermano. Este es Hensuiro.

Hensuiro seguía inclinado, con los ojos medio cerrados.

—*Sensei*, hola. Usted ser un gran detective, gran, gran detective.

—Hensuiro, ¿verdad?

—Gracias, *sensei*, gracias, usted ser muy grande.

De repente, aquella pareja se le hizo muy extraña. Uno de los hermanos hablaba inglés sin problemas, mientras que el otro apenas conocía el idioma. Poco después, mientras salían de la estación de tren, Holmes se percató del curioso balanceo que realizaba el hermano más joven con las caderas al caminar, como si el peso del equipaje que portaba Hensuiro le hiciera tener unos andares de algún modo femeninos, concluyendo que tan solo se trataba de una disposición natural, más que una afección, ya que, después de todo, el equipaje no era tan pesado. Cuando finalmente llegaron a la parada del tranvía, Hensuiro soltó las maletas y le ofreció un cigarrillo de un paquete.

—*Sensei*.

—Gracias, —dijo Holmes, tomando uno, y llevándoselo a la boca. Iluminado por la luz de las farolas, Hensuiro encendió una cerilla, cubriendo la llama con una mano. Cuando le acercó las manos, Holmes se fijó en las delicadas manos del hombre, salpicadas de pintura roja, en su tersa piel, en sus cuidadas uñas, algo sucias en el borde. Asumió que eran las manos de un artista, y las uñas de un pintor.

Saboreando el cigarrillo, miró en dirección a la oscura calle, y vio a lo lejos las figuras de la gente que paseaba por una de las zonas del barrio, iluminada por carteles de neón. En algún lugar sonaba música de jazz, suave, pero alegre, y entre calada y calada del cigarrillo, percibió un olor a carne asada.

—Imagino que estará hambriento —dijo Umezaki, quien, desde que salieron de la estación, había permanecido en silencio, caminando a su lado.

—De hecho lo estoy —dijo Holmes—. También estoy bastante cansado.

—En ese caso, por qué no se instala en casa. La cena estará servida enseguida.

—Una sugerencia perfecta.

Hensuiro comenzó a hablar en japonés con Umezaki, gesticulando con sus refinadas manos abiertamente. Por un momento, se tocó su sombrero alpino, y después hizo un gesto con uno de sus dedos en la zona de su colmillo, de donde sobresalía su cigarrillo. Después, Hensuiro sonrió abiertamente, asintiendo hacia Holmes, e inclinándose levemente.

—Mi hermano se pregunta si ha traído con usted su famoso sombrero —dijo Umezaki, mostrándose algo avergonzado—. Creo que su nombre es *deerstalker*^[7], así como su pipa. ¿La ha traído?

Hensuiro, aún asistiendo, se señaló a la vez su sombrero y su cigarrillo.

—No, no —dijo Holmes—. Me temo que ya no llevo nunca el *deerstalker*, y tampoco sigo fumando en pipa. Aquellos eran meros detalles de los ilustradores, intentando darme un toque distintivo, supongo, y sobre todo, para vender revistas. La verdad es que no hay mucho más que comentar sobre el asunto.

—Oh, —dijo Umezaki, con un gesto de desilusión en el rostro. El mismo gesto que pronto apareció en la cara de Hensuiro cuando le comunicaron la noticia. El hombre, al enterarse, se inclinó de nuevo rápidamente, visiblemente avergonzado.

—Por favor, no hay ninguna necesidad de hacer eso —dijo Holmes, quien en verdad estaba habituado a esa reacción, pero gustaba de desmitificar esa parte de la leyenda—. Dígale que no tiene ninguna importancia.

—Desconocíamos por completo esa circunstancia —explicó Umezaki, antes de calmar a Hensuiro.

—Pocos lo saben —dijo Holmes en tono bajo, exhalando el humo.

Al poco tiempo llegó el tranvía, avanzando de manera traqueteante en su dirección desde la zona donde brillaban los carteles de neón. Mientras que Hensuiro cogía de nuevo el equipaje, Holmes miró de nuevo calle abajo.

—¿Eso que suena es música? —le preguntó a Umezaki.

—Sí, de hecho, suele haber música en esta zona durante la noche. No hay muchas vistas panorámicas en Kobe, así que intentamos disimularlo con algo de la vida nocturna.

—¿De verdad? —preguntó Holmes, enfocando los ojos, en un intento sin éxito de tener una mejor visión de las luces de los clubs y los bares lejanos, aunque ahora era imposible escuchar la música con la ruidosa llegada del tranvía. Finalmente, se subieron al transporte y se alejaron de la zona de neones, al tiempo que se dirigían a través de un distrito de tiendas, ahora cerradas, aceras vacías y esquinas oscuras. Segundos después, el tranvía entró en un reino de ruinas, compuesto de zonas devastadas durante la guerra, formando un panorama carente de iluminación, repleto

de siluetas derruidas, perfiladas tan solo por la luz de la luna llena.

Entonces, como si las avenidas de Kobe hubieran caído encima de su propio cansancio, los párpados de Holmes se cerraron, dejando caer su cuerpo definitivamente en el asiento del tranvía. Aquel día tan largo lo terminó consumiendo, y, minutos después, empleó las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse, y subir por una empinada calle, con Hensuiro en cabeza de la marcha, y el señor Umezaki sosteniéndolo del codo. Mientras que sus bastones golpeaban el suelo, una vaharada de aire cálido procedente del mar le sobrevino, trayéndole las esencias del salitre del mar. Respirando aquella brisa nocturna, se le vino a la mente la granja de Sussex que él mismo apodó como La Paisible, (el lugar del sosiego, tal y como la llamó una vez en una misiva enviada a su hermano Mycroft), y la escarpada costa de acantilados que eran visibles a través de la ventana del ático de su estudio. Deseando llegar para poder dormir, imaginó su pulcro dormitorio, con las sábanas de su cama limpias y estiradas.

—Ya estamos llegando —dijo Umezaki—. Pronto estará en mi propiedad.

Justo enfrente, donde la calle terminaba, se alzaba una casa de dos plantas muy poco usual en un país donde la costumbre eran las casas tipo *minka*^[8]; sin embargo, la residencia del señor Umezaki era de estilo claramente Victoriano. Estaba pintada de rojo, circundada por una cerca de madera, y con un patio en la entrada muy parecido a un jardín inglés.

Si bien los alrededores de la propiedad estaban sumidos en una profunda oscuridad, un ornamentado foco de cristal tallado proyectaba una luz a lo largo del amplio porche, haciendo de la casa un faro bajo el cielo nocturno. Sin embargo, Holmes estaba demasiado exhausto para comentar nada, ni tan siquiera cuando siguió los pasos de Hensuiro a lo largo de un pasillo ya en el interior de la casa, con una exposición impresionante de objetos de cristal estilo Art Nouveau y Art Déco.

—Coleccionamos piezas de Lalique, Tiffany, y Galle, entre otras —dijo Umezaki, guiándolo.

—Es evidente —comentó Holmes, fingiendo interés. Poco después, se empezó a sentir casi etéreo, como si estuviera a la deriva en un tedioso sueño. Luego no recordaría nada de esa primera noche en Kobe, ni la comida, ni la conversación que mantuvieron, ni el momento en el que le mostraron la habitación. Tampoco pudo recordar el momento en el que le presentaron a una huraña mujer llamada Maya, a pesar de que le sirvió la cena y la bebida, y le deshizo el equipaje. Sin embargo, allí estaba a la mañana siguiente, corriendo las cortinas, y despertándolo. No era una mujer que llamara la atención, y si bien estaba semiconsciente cuando la conoció, su rostro sí que le resultó familiar, aunque también adusto.

«¿Sería la esposa del señor Umezaki? —se preguntó Holmes—. ¿Tal vez el ama de llaves?».

La mujer iba vestida con un kimono, con el pelo gris recogido al estilo europeo. Parecía mayor que Hensuiro, pero no mucho mayor que el refinado Umezaki. Aun así, era una mujer bastante poco atractiva, más bien pueblerina, con la cabeza redonda, nariz chata, y unos ojos sesgados en dos finos cortes, dándole un aspecto de topo miope. Sin lugar a dudas, concluyó, debía ser el ama de llaves.

—Buenos días —dijo, observándola desde la cama. Ella no le hizo caso. Abrió la ventana, dejando que la brisa marina inundara la habitación. Después salió de la habitación, entrando de repente de nuevo con una bandeja, en la que portaba una humeante taza de té como desayuno, junto a una nota escrita por el señor Umezaki. Usando una de las pocas palabras japonesas que sabía, murmuró un «*Ohayo*^[9]», mientras que la mujer disponía la bandeja en uno de los lados de la cama. Una vez más, ella lo ignoró, se fue al cuarto de baño adyacente y empezó a prepararle un baño. Se sentó, no sin demostrar cierto disgusto, y bebió el té mientras leía la nota:

Preciso atender ciertos asuntos. Hensuiro le espera escaleras abajo. Volveré antes del anochecer. Tamiki.

«*Ohayo*», dijo para sí mismo, con la preocupación de que su presencia allí pudiera haber interrumpido la quietud de un hogar, ya que tal vez no esperaban que aceptara la invitación, o incluso pudiera ser que el señor Umezaki se sintiera algo decepcionado por quien era finalmente aquel caballero inglés al que tanto había admirado. Se sintió aliviado cuando Maya abandonó la habitación, pero el sentimiento quedó eclipsado por la idea de tener que pasar el día con Hensuiro, y los problemas de comunicación que eso conllevaría, así como la más que segura necesidad de tener que gesticular cualquier cosa que fuera importante, comer, beber, lavabo, siesta. No podía visitar Kobe por sí solo, y aún menos cuando eso significaría insultar a su anfitrión por escabullirse de aquella manera.

Mientras tomaba un baño, una sensación de malestar le fue embargando por momentos. A pesar de que era un hombre mundano, había pasado la mitad de su vida en las colinas de Sussex, y ahora se sentía como pez fuera del agua para poder desenvolverse en un país extranjero como aquel, especialmente, con un guía que no supiera hablar inglés.

Pero después de vestirse y encontrarse con Hensuiro escaleras abajo, sus preocupaciones desaparecieron.

—Bu... *Buino* día, *sensei* —dijo Hensuiro, tartamudeando, mientras sonreía.

—*Ohayo*.

—Ah, sí, *Ohayo*, bien, mucho bien.

Después, mientras Hensuiro asentía repetidamente en un gesto de aprobación ante la habilidad que Holmes demostraba con los palillos, este engulló un desayuno muy

simple, consistente en un té verde, y arroz con huevo crudo. Antes del mediodía ya caminaban por la calle, disfrutando de una hermosa mañana envuelta en un cielo azul. Hensuiro, al igual que el joven Roger, lo sujetaba por el codo, caminando a su lado y sintiéndose vigorosamente recuperado después de un sueño tan descansado y un baño, veía Japón con otros ojos. Durante el día, Kobe era una ciudad completamente diferente al solar desolado que había visto a través de la ventana del tranvía. Los edificios en ruinas ahora no estaban a la vista. Las calles bullían de transeúntes. Los puestos de vendedores ocupaban toda la plaza central, mientras que los niños correteaban arriba y abajo. Los cazos bullían con agua hirviendo en los puestos de fideos. En las colinas más al norte de la ciudad, pudo divisar una barriada compuesta únicamente por casas góticas y victorianas, las cuales, sospechaba, deberían haber pertenecido originariamente a comerciantes y diplomáticos extranjeros.

—Si se me permite preguntarlo, ¿a qué se dedica su hermano?

—¿Sensei?

—Su hermano, a qué se dedica, ¿en qué trabaja?

—No entiendo, solo poquito, no entiendo mucho.

—Gracias, Hensuiro.

—Sí, gracias, muchas gracias.

—Es usted una compañía excelente para disfrutar de este día tan maravilloso, a pesar de sus carencias.

Sin embargo, a medida que el paseo seguía su curso, e iban girando esquinas y cruzando calles abarrotadas, empezó a notar los signos del hambre. Los niños descamisados no corrían por los parques como lo haría cualquier otro niño de otro país. Permanecían de pie, inertes, casi lánguidos, con el torso surcado por unas pronunciadas costillas y unos brazos definidos por los huesos. Había mendigos frente a las tiendas de fideos, e incluso aquellos que parecían bien alimentados, como lo eran los tenderos y sus clientes de las tiendas, tenían una igual expresión de anhelo, aunque, obviamente, en menor grado.

Después tuvo la impresión de que el flujo de la vida diaria enmascaraba una desesperación muda. Bajo las sonrisas, las inclinaciones, los asentimientos de cabeza, y aquella compostura y educación general, yacía el espíritu de la malnutrición.

Durante sus viajes, en alguna ocasión, Holmes volvía a sentir cómo un constante sentimiento de insana curiosidad impregnaba la existencia humana, proveniente de lo profundo de su naturaleza, la cual no podía comprender. Y viendo que este inefable sentimiento colindaba con su vida campestre, a veces este tenía a bien visitarlo, haciéndose más y más evidente en la presencia de los visitantes casuales que traspasaban, cada vez con más frecuencia, su propiedad. En los primeros años, los visitantes eran una mezcla de estudiantes borrachos deseosos de reírse de él, investigadores procedentes de Londres buscando ayuda para algún crimen sin resolver, algún joven procedente de Gables, una escuela a medio kilómetro de la propiedad de Holmes, o incluso familias enteras de excursión, con la única esperanza de poder ver momentáneamente al famoso detective.

—Lo siento —les decía a todos sin excepción—, pero mi privacidad merece el máximo de los respetos. Les pediría por favor que abandonaran mi propiedad inmediatamente.

La Primera Guerra Mundial le trajo algo de paz al lugar, y el repiqueteo a la puerta de su casa fue disminuyendo cada vez más y más. Ocurrió lo mismo cuando la Segunda Guerra Mundial arrasó Europa. Pero durante el periodo que hubo entre las dos guerras, los molestos moscones volvieron con más fuerza que nunca, y aquel típico conglomerado fue sustituyéndose por otro de peor calaña: los buscadores de autógrafos, los periodistas y los grupos de lectura de Londres y de otros lugares. Aquellos invasores contrastaban con los miembros mutilados de los veteranos, los cuerpos contorsionados en chirriantes sillas de ruedas, las diferentes mutaciones de respiración ahogada, o incluso con cestas de mimbre que aparecían de vez en cuando como sarcásticos regalos en el pórtico de su casa.

—Lo siento, realmente lo siento...

Lo que buscaban ciertos grupos, unos minutos de conversación, una fotografía, un autógrafo, podía negárseles fácilmente. Lo que otros solicitaban, sin embargo, eran peticiones sin sentido, pero muy difíciles de rehusar. Una imposición de manos, unas cuantas palabras susurradas al oído a modo de encantamiento curativo, como si los misterios de su mal pudieran ser resueltos con solo eso. Aun así, se mantenía firme en sus negaciones, normalmente amonestando a aquellos que, empujando aquellas mismas sillas de ruedas, habían ignorado sin consideración los avisos de: «PROPIEDAD PRIVADA, NO PASAR».

—Por favor, salgan de aquí en este mismo instante. De otra manera, me veré obligado a dar parte al agente Anderson de la comisaría de Sussex.

Últimamente, ha empezado a ablandar sus propias reglas, sentándose en la compañía de la madre y su hijo. La primera persona que la vio fue Roger, en cuclillas

junto al jardín herbal, con su hijo envuelto en un chal de color crema, y con su cabeza puesta sobre su pecho izquierdo. Apoyado en el chico, Holmes incrustaba sus bastones en el suelo del camino, gruñendo para que ella pudiera oír que la entrada a sus jardines estaba prohibida. Pero una vez la vio, su ira desapareció, vacilante de acercarse más. Ella lo miró con unas pupilas grandes y tranquilas. Su cara sucia revelaba sus carencias. Su blusa amarilla, desabotonada, mugrienta, mostraba la cantidad de kilómetros que había andado para encontrarlo. Después se abotonó la blusa apartándose de él, ofreciéndole su hijo con las manos sucias de tierra.

—Vuelve a casa —le dijo a Roger en voz baja—. Llama a Anderson, dile que es una emergencia, y dile también que lo esperamos en el jardín.

—Sí, señor.

Miró lo que el chico no había visto aún. El pequeño cadáver que su madre sostenía en sus manos, con sus mejillas de color púrpura, y los labios de un azul oscuro, y las numerosas moscas que caminaban y revoloteaban alrededor del chal tejido a mano. Una vez que Roger partió, apartó los bastones y, no sin algo de esfuerzo por su parte, se sentó junto a la mujer. Una vez más, ella le ofreció el chal con el cuerpo, el cual aceptó gentilmente, sosteniendo al bebé contra su pecho.

Para cuando Anderson llegó, Holmes ya le había devuelto al pequeño. Durante un momento, estuvo al lado del agente en el camino, mirando el bulto que la mujer sostenía contra su pecho, mientras que ella apretaba repetidamente su pezón contra los labios del bebé. Procedente del este, se oyó la sirena de una ambulancia, que se acercaba cada vez más, y que se detuvo cerca de la puerta de entrada a la finca.

—¿Cree usted que ha sido un secuestro? —susurró Anderson, mesándose su curvo bigote, y quedándose embobado por la visión del pecho de la mujer.

—No —contestó Holmes—, creo que no se trata de ningún acto criminal.

—¿De verdad? —contestó el agente, notando Holmes un cierto tono de decepción en su voz. Al final, no habría un gran misterio que resolver, y no podría trabajar codo a codo en un caso con el héroe de su niñez.

—¿Entonces, qué cree que es lo que ha pasado?

—Mire sus manos —le dijo Holmes—. Mire la suciedad y el barro que hay bajo sus uñas, en su blusa, en su piel y en sus ropas.

Según suponía, había estado arrodillada en la tierra, desenterrando algo.

—Mire sus zapatos llenos de barro, parecen nuevos, casi sin uso. Aun así, parece que han recorrido una gran distancia, tal vez no más lejos de Seaford. Mire su cara, y reconocerá los rasgos de una madre que acaba de perder a su hijo recién nacido. Contacte con sus colegas de Seaford. Pregunte si ha habido alguna profanación de alguna tumba durante esta noche, y que si el cuerpo de su interior ha sido extraído, y también pregunte si la madre del niño muerto ha desaparecido. También puede finalmente preguntar si el nombre del chiquillo muerto era Jeffrey.

Anderson miró de repente a Holmes, como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Cómo sabe usted eso?

Holmes se encogió de hombros, con pesar.

—No lo sé, al menos, no con certeza.

La voz de la señora Munro sonó desde la granja, indicando a los hombres de la ambulancia adónde dirigirse.

Anderson parecía preocupado, mientras levantaba una ceja y seguía atusándose el bigote.

—¿Por qué ha venido hasta aquí? —dijo—. ¿Por qué ha acudido a usted?

Una nube tapó durante unos instantes el sol, proyectando una larga y oscura sombra sobre los jardines.

—Esperanza, supongo —dijo Holmes—. Parece que soy más que conocido por encontrar respuesta a sucesos que en principio carecen de esperanza. Más allá de esto, no me atrevo a especular.

—¿Y cómo sabe que se llama Jeffrey?

Holmes se explicó. Le preguntó por el nombre del crío mientras sostenía el chal. «Jeffrey», creyó oírle decir. Le preguntó por su edad. Miró penosamente al suelo, y no dijo nada. También le había preguntado por el lugar de nacimiento del bebé. Tampoco dijo nada. ¿Desde dónde había viajado?

—Seaford —dijo en un murmullo, espantándose una mosca de la cabeza.

—¿Tiene hambre?

No obtuvo respuesta.

—¿Le gustaría comer algo?

Siguió sin obtener respuesta.

—Me parece que debe estar usted bastante hambrienta, señorita, y sedienta.

—Este es un mundo estúpido —dijo finalmente, cogiendo de nuevo el chal.

Y en el caso de que se hubiera dirigido directamente a Holmes, él no podría haber estado más de acuerdo.

6

En Kobe, y, subsecuentemente, en sus viajes hacia el oeste, el señor Umezaki a veces realizaba preguntas sobre Inglaterra, acerca de, entre otras cosas, si Holmes había visitado alguna vez el lugar de nacimiento del Bardo^[10] en Stratford-upon-Avon, o si había paseado entre las misteriosas piedras del círculo de Stonehenge, o si había visitado la costa de Cornwall, la cual había inspirado durante tantos siglos a cantidad de artistas.

—Sí, sí lo he hecho —contestaba normalmente tras meditar durante unos momentos.

¿Habían sobrevivido las grandes ciudades anglicanas a la devastación de la guerra? ¿Se mantenía indomable el espíritu del pueblo inglés tras el bombardeo de la Luftwaffe?

—En su mayor parte, sí. Somos gente de carácter indomable, ya lo sabe.

—La victoria depende de mantener ese precepto, ¿no cree?

—Sí, supongo.

Luego, una vez de vuelta al hogar, era Roger el que hacía preguntas sobre Japón (a pesar de que las realizaba de una manera menos específica de como las hacía el señor Uzemaki).

Durante los atardeceres, en los que sesgaba el pastizal de alrededor de las colmenas, o quitando las hierbas altas para que así las abejas pudieran ir y venir sin obstáculos, el chico lo acompañaba a los acantilados cercanos, donde, midiendo cada paso con cuidado, bajaban por el sinuoso y largo sendero que terminaba en la playa. Allí, a ambos lados, se extendían kilómetros de agrupaciones de rocas y pequeñas dunas, interrumpidos tan solo por ensenadas poco profundas, y pequeñas zonas de aguas estancadas, que se vaciaban y volvían a llenar con cada golpe de olas, convirtiéndolos en lugares ideales para darse un refresco. A lo lejos, en los días claros, se podía ver la pequeña caleta que había en Cuckmere Haven.

Aquel día, con sus ropas dispuestas pulcramente en una de las rocas, el hombre y el chico disfrutaban de un baño en uno de los estancamientos, reclinándose cada vez que el agua emergía hacia su pecho. Allí asentados, con sus hombros justo por encima de las aguas, el sol del atardecer brillaba sobre el mar que se extendía. Roger miró por encima de Holmes y, haciéndose una visera con la mano, dijo:

—Señor, ¿se parece el océano japonés al canal?

—De alguna manera, al menos, lo que pude ver. El agua salada es agua salada. ¿No es así?

—¿Había muchos barcos?

Haciéndose una visera también, Holmes se dio cuenta de que el chico lo estaba mirando fijamente.

—Eso creo, —dijo, no estando seguro de si la cantidad de buques, pesqueros, y barcasas que pasaban por su memoria pertenecían a un puerto japonés, o a uno australiano.

—Es un país formado por islas, al fin y al cabo —dijo—. Ellos, al igual que nosotros, nunca están lejos del mar.

El chico dejó que sus pies flotaran en el agua, meneando sus dedos gordos sobresalientes sobre la espuma del mar.

—¿Es cierto que son gente de baja estatura?

—Me temo que sí.

—¿Cómo los enanos?

—No, más altos. Digamos que su media de altura es la tuya, chico.

Los pies de Roger se hundieron, y los dedos desaparecieron bajo el agua.

—¿Son amarillos?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Si su piel es amarilla. ¿Tienen los dientes delanteros grandes, como los conejos?

—Su piel es de un color más oscuro que el amarillo.

Presionando su dedo sobre el bronceado hombro de Roger, dijo:

—De este color ¿Ves?

—¿Y sus dientes?

Holmes rio y dijo:

—No sabría decirte. Por otro lado, sí puedo recordar que había un predominio en lo que se refiere a grandes incisivos, así que sospecho que es más que cierto el decir que sus dientes eran muy parecidos a los tuyos o los míos.

—¡Oh! —dijo Roger en un murmullo y, durante un rato, se quedó callado.

El regalo en forma de abejas que le había traído, pensó Holmes, habían avivado la curiosidad del chico. Las dos criaturas encerradas en el vial, similares, pero a la vez diferentes a las abejas inglesas, sugerían una especie de mundo paralelo, donde todo era comparable, pero a su vez, no igual.

Tan solo más tarde, cuando empezaron a subir de nuevo por el camino, volvieron las preguntas. Ahora, el chico quería saber si las ciudades japonesas aún mostraban las cicatrices del bombardeo aliado.

—Sí, en algunos lugares —contestó Holmes, conociendo el interés de Roger en lo que respecta a los ataques aéreos y la crudeza de la muerte, como si algún detalle del destino final de su padre pudiera encontrar algún tipo de resolución en los sórdidos detalles de la guerra.

—¿Estuvo en el sitio donde cayó la bomba?

Habían parado para descansar, sentándose durante unos minutos en un banco que marcaba la mitad del camino. Estirando sus piernas hasta llegar al borde del

acantilado, Holmes le echó un vistazo al canal, pensando en La Bomba. No era de la variedad incendiaria, ni de la antipersonal. Se trataba de la bomba atómica.

—La llaman *pika-don* —le dijo a Roger—. Significa «explosión cegadora», y sí, vi donde cayó.

—La gente de aquel lugar... ¿Parecía toda enferma?

Holmes siguió mirando hacia el mar, viendo cómo las antes grises aguas se enrojecían mientras el sol descendía.

—No, visiblemente, la mayoría no parecía enferma. Sin embargo, había algunos que sí. Es una cosa un tanto difícil de explicar, Roger.

—Oh —replicó el chico, mirándolo con una expresión de extrañeza, pero no dijo nada más.

Holmes terminó considerando cuál era el más desafortunado evento que podía sufrir una colmena: la pérdida repentina de la reina, cuando se carece de recursos para tener una nueva. ¿Cómo, aun con esa consideración, podía explicar el profundo padecimiento que se ve en una desolación inexpresiva, aquel empeño tan impreciso que albergaba la masa japonesa? Para la mayoría de los que visitaban el lugar, era una sensación difícil de explicar, pero allí estaba, siempre deambulando por las calles de Tokio y Kobe, visible de alguna manera en los serios rostros de los jóvenes repatriados, en las miradas vacías de las madres y los hijos desnutridos, en el sentimiento de una frase que se hizo popular el año anterior... «*Kamikaze mo fuki kokone*».

En la segunda tarde que pasó con sus anfitriones en Kobe, durante una toma de sake dentro de un pequeño establecimiento, el señor Umezaki le tradujo a Holmes el significado de aquella frase: «El viento divino ya no sopla», básicamente.

Esto lo dijo después de que un cliente visiblemente ebrio, vestido de manera desarrapada con atuendo militar, el cual caminaba zigzagueando de mesa en mesa, terminara con sus huesos en la calle, despedido del establecimiento, y gritando mientras se lo llevaban «¡*Kamikaze mo fuki sokone!* ¡*Kamikaze mo fuki sokone!* ¡*Kamikaze mo fuki sokone!*!».

Mientras esto sucedía, justo antes del exabrupto del borracho, había estado discutiendo sobre el Japón rendido. O mejor dicho, Umezaki, saliendo abruptamente de una conversación referente a su itinerario de viaje, le había preguntado a Holmes si él también pensaba que la retórica de los invasores aliados sobre la libertad y la democracia chocaba frontalmente con la continua supresión de los poetas, escritores y artistas japoneses.

—¿No encuentra desconcertante, por llamarlo de alguna manera, que algunos estén muriendo de hambre, pero que, a su vez, no se nos permita criticar a las fuerzas de ocupación abiertamente? En este asunto no podemos llorar a nuestros muertos, ni portar su luto como una nación unida, ni incluso realizar elogios públicos por los

caídos. Todo eso se contempla por estos invasores como un ensalzamiento del espíritu militar.

—Francamente —admitió Holmes, llevando su copa a sus labios—, sé muy poco de ese asunto. Lo siento.

—No, por favor. Siento el haberlo mencionado.

El rostro de Umezaki se encendió, y luego se relajó, como preludio de la intoxicación.

—De todas formas... ¿Dónde estábamos?

—En Hiroshima, creo.

—Cierto, usted estaba interesado en visitar Hiroshima.

—*¡Kamikaze mo fuki sokone!* —comenzó a gritar de nuevo el borracho, alarmando a todos los clientes menos a Umezaki—. *¡Kamikaze mo fuki sokone!*

Sin inmutarse, Umezaki se sirvió otro trago, y otro para Hensuiro, quien no había dejado de beberse sus copas de sake de un solo trago. Después del griterío formado por el borracho, y su expulsión, Holmes comenzó a estudiar al Sr. Umezaki, y este, con un humor cada vez más sombrío tras cada bebida, tenía la mirada fija en la mesa, con el ceño alicaído y el rostro compungido, como el de un niño haciendo pucheros (una expresión más propia para Hensuiro, cuya apariencia jovial y alegre se había tornado en una mirada neutra y lúgubre).

Finalmente, Umezaki lo miró.

—Bueno... ¿A dónde íbamos? Ah, sí, al oeste. Usted tenía interés en saber si Hiroshima está en nuestro camino. Bueno, pues sí, está en nuestro camino.

—Me gustaría visitar el lugar, si está usted de acuerdo.

—Desde luego, también me gustaría visitarlo. Para ser honesto, no he estado allí desde la guerra, solo he cruzado la zona en tren.

Holmes detectó un atisbo de aprensión en la voz de Umezaki, o, posiblemente, pensándolo mejor, tal vez solo fuera una exageración en su tono como anfitrión. Después de todo, el señor Umezaki que lo había recibido aquella tarde parecía un tanto disperso, atento a otros asuntos, totalmente opuesto al atento y afable compañero que le había recibido en la estación de tren la noche anterior. Ahora, después de haberse echado una breve siesta tras explorar la ciudad junto a Hensuiro, era su turno de estar bien despejado durante la tarde, mientras que ahora era Umezaki el que portaba sobre sus hombros una carga pesada y que lo agotaba (una lasitud que se hacía menos agobiante con una carga de alcohol y nicotina).

Holmes ya se había percatado de aquello al principio del día, cuando abrió la puerta del estudio de Umezaki, encontrándolo de pie frente a su mesa, perdido en sus pensamientos, con el pulgar y el índice presionando sus lagrimales, y con un manuscrito abierto a su lado. Puesto que Umezaki aún tenía puesto su sombrero y su chaqueta, se le hizo evidente que acababa de llegar a casa.

—Discúlpeme —dijo, sintiéndose de repente como un intruso. Sin embargo, se sentía intranquilo en aquella casa tan silenciosa, donde las puertas permanecían cerradas, y no se oía ni veía a nadie. Aun así, sin pretenderlo, había violado su propio código. A lo largo de su vida, siempre tuvo la firme convicción de que el estudio de un hombre era un lugar sagrado, un santuario donde ir a reflexionar y a retirarse del mundo exterior, ya fuera para realizar un importante trabajo, o para tener una comunión privada con los textos escritos de otras personas. Por lo tanto, el estudio del ático de su hogar en Sussex era la habitación a la que más aprecio le tenía, y si bien nunca lo había especificado concretamente, tanto la señora Munro como Roger entendían que nunca debían cruzar la puerta si esta se encontraba cerrada.

—No pretendía interrumpirlo. Parece que mi edad me hace errar por las habitaciones sin ningún motivo aparente.

El señor Umezaki levantó la vista, poco sorprendido, y dijo:

—Al contrario. Me alegro de que esté usted ahora mismo aquí. Pase, por favor.

—¿De verdad? No quisiera molestarle.

—Verdaderamente, creía que estaba usted dormido. De otra manera, le hubiera invitado a que acudiera aquí conmigo. Así que, por favor, entre y acomódese, mire cuanto quiera. Dígame qué es lo que piensa de mi biblioteca.

—Si insiste... —dijo Holmes, avanzando a través de las hileras de las estanterías, las cuales cubrían toda la pared, no sin darse cuenta de lo que estaba haciendo Umezaki mientras él realizaba su labor de inspección. Primero, puso el manuscrito justo en el centro de la mesa pulcramente ordenada, y luego, con disimulo, colocó su sombrero sobre él.

—Discúlpeme por haber tenido que atender mis obligaciones, pero espero que mi hermano haya sido un buen anfitrión.

—Oh, sí, hemos tenido un agradable día de paseo, aparte de los obvios obstáculos, debido a las barreras del lenguaje.

Justo entonces, Maya los llamó desde el salón, abajo. En su tono se atisbaba una leve irritación.

—Discúlpeme —dijo Umezaki—, tan solo será un minuto.

—No se preocupe —dijo Holmes, mientras vislumbraba las enormes hileras de libros.

Una vez más, Maya llamó desde abajo, y Umezaki aceleró el paso escaleras abajo en su dirección, olvidando cerrar la puerta tras de sí. Por unos momentos, después de que Umezaki se hubiera ido, Holmes miró los libros, con sus ojos saltando de estantería en estantería. Muchas de las ediciones eran ediciones en tapa dura, la mayoría con caracteres japoneses en sus lomos. Pero había una estantería que solo albergaba ediciones occidentales, organizadas en categorías. Literatura americana, literatura inglesa, ensayos. Había una gran parte de espacio dedicado a la poesía, con

volúmenes de Whitman, Pound, Yeats, y varios libros de textos de Oxford referentes a la poesía romántica. La estantería de abajo estaba dedicada casi exclusivamente a Karl Marx, a pesar de que también había varios ejemplares de las obras de Sigmund Freud al final, bastante apretados.

Mientras que Holmes paseaba y observaba, se dio cuenta de que el estudio del señor Umezaki, a pesar de que era pequeño, estaba perfectamente dispuesto. Tenía una silla de lectura, una lámpara de suelo, unas cuantas fotografías, y lo que parecía ser un diploma enmarcado colgado tras el escritorio. Después, escuchó por encima la incomprensible bravata que se estaba produciendo escaleras abajo entre Maya y Umezaki, una discusión que fluctuaba entre el debate acalorado y el silencio repentino, y ya estaba dispuesto a salir y echar un vistazo al salón, cuando Umezaki volvió.

—Hemos tenido una pequeña discusión en lo que respectaba al menú de la cena, así que me temo que tendremos que comer más tarde de lo usual. Espero que no le importe.

—En absoluto.

—Mientras tanto, creo que podríamos ir a tomar una copa. Hay un bar no muy lejos de aquí, bastante acogedor, probablemente, el mejor sitio para discutir nuestro plan de viaje, si le parece bien.

—Suenan perfecto.

Así que salieron durante un rato, caminando tranquilamente hacia el establecimiento pequeño, mientras el cielo se oscurecía, y permaneciendo allí mucho más tiempo del que en un principio tenían previsto; se fueron cuando la masa de gente se volvió demasiado numerosa y demasiado ruidosa.

A su vuelta, tan solo encontraron una cena simple consistente en pescado, algo de verdura, arroz, y sopa de miso. Cada uno de los platos fue servido sin ceremonia alguna en el comedor por Maya, quien rehusó unirse a ellos en la cena. Las articulaciones de los dedos de Holmes se resistieron al forzarlas al utilizar los palillos, y tan pronto como los bajó, Umezaki sugirió que se retiraran a su estudio.

—Si desea acompañarme, allí tengo algo que enseñarle.

Y con esto, los dos se levantaron de la mesa, recorrieron juntos el salón, dejando a Hensuiro solo, mientras acababa el resto de su cena.

El recuerdo de aquella noche en el salón del señor Umezaki permanecía vivido, a pesar de que, en aquel momento, el alcohol y la comida lo habían abotargado bastante. Mas, contrariamente a lo que había visto antes, el señor Umezaki volvía a ser el hombre alegre que, sonriente, le ofreció a Holmes su silla de lectura, para luego encender una cerilla ante un jamaicano que no pudo rechazar. Allí, sentado confortablemente en la silla, con los bastones cruzados sobre su regazo y el cigarro encendido en sus labios, Holmes miró cómo Umezaki abría un cajón de su escritorio,

para sacar un volumen encuadernado en lapa dura.

—Es una edición rusa —le dijo a Holmes, quien aceptó el volumen, percatándose casi inmediatamente de las florituras imperiales que adornaban la cubierta. No había ningún otro indicativo ni en la cubierta ni en el lomo. Estudiándolo más detenidamente, mientras pasaba los dedos por la encuadernación rojiza y los detalles dorados de las aristas de su tapa, hojeó rápidamente sus páginas, para descubrir finalmente que se trataba de una edición extremadamente rara de una novela muy popular: *El perro de los Barskerville*^[11].

—Supongo que se trata de una edición descatalogada.

—Sí —dijo Umezaki, con bastante orgullo y placer—. Adornada especialmente para la colección privada del zar. Con esto entiendo que era un gran aficionado a sus historias.

—¿Lo era? —dijo devolviendo el volumen.

—Oh sí, sí que lo era —dijo Umezaki, volviendo tras su escritorio. Al depositar de nuevo el volumen a su lugar, añadió:

—Como puede imaginar, este es el máspreciado volumen de mi biblioteca. Mereció la pena el precio que pagué por él.

—Por supuesto.

—Usted también posee muchos libros referentes a sus aventuras... Diferentes ediciones, traducciones de edición limitada...

—En realidad, no poseo ninguno, ni tan siquiera las ediciones baratas. Si le digo la verdad, tan solo he leído un par de ellas, y de eso hace muchos años. Nunca pude hacerle ver a John la diferencia entre inducción y deducción, así que dejé de intentarlo, así como dejé de leer esas versiones *prefabricadas* de la verdad, pues las imprecisiones me crispaban los nervios. ¿Sabe, por ejemplo, que nunca le llamé Watson? Para mí, él era John. Simplemente John. Pero en realidad era un escritor de talento, muy imaginativo, mejor con la ficción que con los hechos reales, me atrevería a decir.

El señor Umezaki lo miró con cierto desconcierto.

—¿Cómo puede ser esto posible? —le preguntó, sentándose lentamente tras su escritorio.

Holmes se encogió de hombros, exhalando el humo de su cigarrillo, y diciendo simplemente:

—Esa es la pura verdad, me temo.

Pero fue justo después de eso cuando quedó claro para él. El señor Umezaki, todavía algo afectado por la bebida, aspiró con profundidad, como si él también estuviera fumando, y se tomó una larga pausa antes de decir lo que pensaba. Después, sonriendo ampliamente, confesó que tampoco le sorprendía mucho el conocer que las historias no eran exactas a los hechos que habían ocurrido realmente.

—La habilidad, o tal vez debería referirme a la habilidad del personaje de las historias, para dar con conclusiones definitivas de observaciones, a menudo algo tenues, siempre me parecieron algo *imaginativas*, ¿no cree? Me refiero a que usted no se parece en nada al personaje del que tanto se ha hablado. ¿Cómo podría decirlo? Usted es menos extravagante, más *apagado*.

Holmes lo miró con reproche, haciendo un aspaviento con la mano, como si estuviera despejando el humo de su cigarro.

—Bien, usted se está refiriendo a la arrogancia de la que hacía uso en mi juventud. Ahora soy un viejo y estoy retirado desde antes de que usted fuera un niño. Viéndolo con perspectiva, todo aquello es algo vergonzoso, con toda esa presunción digna de un yo mucho más joven. Realmente eso es lo que pienso. ¿Sabía que echamos a perder un cierto número de casos importantes? Un hecho realmente lamentable. Por supuesto, ¿quién quiere leer sobre los fracasos? Yo no querría. Pero le puedo decir, con casi toda certeza, amigo mío, que puede que los éxitos pudieran haber sido exagerados de alguna manera. Sin embargo, esas conclusiones que usted ha calificado como *imaginativas* no lo han sido.

—¿De verdad? —dijo Umezaki, tomándose otra pausa, y realizando otra larga aspiración, para decir luego—: Me pregunto qué es lo que usted sabe de mí, ¿o también está su talento *de retirada*?

Era posible, consideró Holmes después de unos segundos de reflexión, que el señor Umezaki no hubiera utilizado las palabras exactas. No obstante, recordó cómo cabeceó hacia atrás, fijando su mirada hacia el techo. Con el cigarro en una mano, comenzó hablando lentamente:

—¿Qué es lo que sé de usted? Bien, sus conocimientos de inglés indican una formación académica, y viendo esas viejas ediciones de Oxford en su estantería, diría que ha estudiado en Inglaterra. El diploma del muro no hace sino confirmar este hecho. Supongo que su padre era un diplomático con fuertes preferencias por el mundo occidental. ¿Cómo si no hubiera sentido este favoritismo por una morada tan poco tradicional como esta, su herencia, su propiedad, o, por otro lado, cómo hubiera permitido si no que su hijo hubiera ido a estudiar a Inglaterra, un país donde, sin lugar a dudas, tendría algún tipo de negocio?

En ese momento, cerró los ojos.

—Y en lo que respecta específicamente a usted, mi querido Tamiki, puedo discernir con facilidad que es usted un hombre letrado y culto. De hecho, es sorprendente cuánto se puede aprender sobre una persona simplemente mirando los libros que posee. En su caso, hay un interés por la poesía, especialmente, en la obra de Whitman y en la de Yeats, lo cual me indica cierta afinidad por el verso. No solo es aficionado a leer poesía, sino que también la escribe. De hecho, lo hace de manera tan frecuente, que probablemente no se ha dado cuenta de que la nota que me ha

dejado esta mañana junto al desayuno estaba dispuesta en forma de *haiku*, de la variedad cinco-siete-cinco, según creo. Y si bien no voy a tener manera de descubrirlo a no ser que lo mire, imagino que el manuscrito que está sobre su mesa contiene algún trabajo sin publicar. Digo sin publicar porque ha tomado las suficientes precauciones para ocultarlo bajo su sombrero hace unos momentos. Lo cual nos conduce a su viaje de negocios, el cual sospecho realizó esta mañana. Pero ¿qué tipo de negocios hacen que un escritor lleve consigo un texto sin publicar? ¿Y por qué volvería de ese humor, con el manuscrito aún en la mano? Presumo que ha tenido que ver con una cita con algún editor, la cual seguramente no ha ido demasiado bien. Así que si bien se puede asumir que ha sido la calidad del manuscrito lo que ha impedido su publicación, yo pienso que hay otro motivo. Pienso que el mensaje del texto es el motivo, no la calidad. ¿Cómo si no hubiera usted expresado, querido amigo, su indignación sobre la continua supresión de los poetas, escritores y artistas japoneses, ejercida por los censores aliados? Un poeta que dedica gran parte de su biblioteca a Marx difícilmente puede ser un seguidor del espíritu militarista del Emperador. De alguna manera, señor, es usted algo así como un dirigente comunista, lo cual, por supuesto, le va a hacer caer bajo el ojo censor tanto por las fuerzas de ocupación como por aquellos que todavía tienen al Emperador en gran estima. El mismo hecho por el que usted se refirió a Hensuiro como «camarada» esta tarde, una extraña palabra para referirse a su propio hermano, son meras pistas de su ideología, así como de sus ideales. Por supuesto, Hensuiro no es su hermano ¿verdad? Si así lo fuera, su padre, sin lugar a dudas, hubiera hecho que siguiera sus mismos pasos en Inglaterra, ofreciéndome a mí de paso el beneplácito de tener una mejor manera de comunicación. Curiosamente, entonces, ustedes dos comparten esta misma casa, visten de la misma manera, y continuamente sustituyen el pronombre «mi» por «nuestro», al igual que hacen las parejas casadas. Naturalmente, nada de eso es de mi incumbencia, aunque estoy convencido de que crecieron juntos como un solo niño.

Un reloj de péndulo empezó a sonar, y Holmes abrió los ojos, fijándolos de nuevo en el techo.

—Para finalizar, y ruego por favor que no se ofenda, me pregunto cómo ha conseguido seguir viviendo de esta manera tan confortable durante estos tiempos tan duros. No muestra ningún signo de pobreza, tiene un ama de llaves, y se siente bastante orgulloso de su colección de orfebrería Art Déco. Esto le sube uno o dos grados por encima de la burguesía estándar, ¿no está de acuerdo conmigo? Por otro lado, el hecho de que un comunista tenga tratos en el mercado negro es algo más que simple hipocresía, especialmente, si está consiguiendo beneficios a precios más que beneficiosos a expensas de las hordas capitalistas que están invadiendo su país. — Mirando al vacío, Holmes se mantuvo en silencio. Finalmente, dijo:

—Hay otros detalles, estoy seguro, pero por ahora, escapan a mi percepción. Como verá, no soy tan retentivo como lo era hace un tiempo.

En este punto, bajó su cabeza, llevó el cigarro a sus labios, y lanzó a Umezaki una mirada cansada.

—Increíble. —Umezaki sacudió su cabeza en un gesto de incredulidad—. Absolutamente increíble.

—No hay necesidad de...

Umezaki intentó aparentar imperturbabilidad. Sacó un cigarrillo de su bolsillo, y lo sostuvo entre sus dedos, sin llegar a encenderlo.

—Aparte de uno o dos errores, ha desnudado mi alma por completo, señor. Es cierto que tengo ciertos asuntos con el mercado negro, pero solo con vendedores ocasionales. En realidad, mi padre era un hombre muy rico, y se aseguró de que su familia permaneciera así, pero eso no significa que no pueda tener afinidad con los ideales marxistas. Además, no es del todo exacto el afirmar que tenga ama de llaves.

—La mía no se puede decir que sea una ciencia exacta, como bien sabe.

—De todas formas, no puedo negar que su actuación ha sido impresionante. Sus observaciones sobre mí y Hensuiro son muy sorprendentes. Sin llegar a ser demasiado brusco, usted mismo era un soltero, que vivió durante mucho tiempo en la compañía de otro soltero.

—Puramente platónico, le puedo asegurar.

—Si usted lo dice —dijo Umezaki, un tanto intimidado—. Realmente ha sido una demostración sorprendente.

La expresión de Holmes se tornó interrogativa.

—Si no me equivoco, la mujer que cocina y atiende su casa, Maya, es su ama de llaves, ¿no?

El señor Umezaki era soltero, pero aun así, chocaba que Maya lo tratara más como una sobreprotectora esposa que como una empleada del hogar.

—Es cuestión de semántica, si así lo desea, pero prefiero no pensar en mi madre como un ama de llaves.

—Naturalmente.

Holmes frotó sus manos, intentando disimular lo que en realidad era, una metedura de pata en toda regla por su parte. Había olvidado la relación de Umezaki y Maya, algo que seguramente quedó claro durante la primera noche, en las presentaciones. O puede que el descuido fuera de su anfitrión, tal vez nunca se lo dijo desde un principio. De todas formas, no era algo por lo que preocuparse ahora, al fin y al cabo, era un error comprensible. La mujer parecía demasiado joven para ser la madre de Umezaki.

—Ahora, si me disculpa —dijo Holmes, sosteniendo el cigarrillo a pocos centímetros de sus labios—, estoy algo cansado, y mañana tenemos cosas que hacer

por la mañana temprano.

—Sí, yo me retiraré en breve. Pero antes quería decirle que le estoy muy agradecido por tenerlo aquí.

—Tonterías —dijo Holmes, levantándose sobre sus bastones, y con el cigarro a un lado de su boca—. Soy yo el que le está agradecido. Que duerma bien.

—Le deseo lo mismo.

—Gracias, y buenas noches.

—Igualmente.

Y con eso, Holmes se encaminó a través del estrecho corredor, caminando por el salón con las luces apagadas, donde todo parecía estar en penumbra. Sin embargo, un atisbo de luminosidad surgía de entre toda aquella oscuridad, procedente de una puerta entreabierta que estaba justo delante de él. Se acercó lentamente a la fuente de luz, y se paró justo delante. Atisbando su interior, vio cómo Hensuiro trabajaba. Sin camisa, y en un habitáculo escasamente amueblado, se encorvaba frente a un lienzo que, desde el punto de vista de Holmes, mostraba algo parecido a un paisaje ensangrentado con una multitud de figuras geométricas (realizadas con trazos de color negro, círculos azules, y cuadrados amarillos). Fijándose un poco más, consiguió ver alguna de las obras finalizadas, de distintos tamaños, colgadas en las paredes desnudas. Sobre imprimaciones en rojo, según podía observar, se alzaban lóbregos y deprimentes ambientes repletos de edificios en ruinas, pálidos cadáveres que se extendían sobre el fondo escarlata, miembros retorcidos, piernas dobladas, manos apretadas y cabezas sin rostro apiladas de una manera desordenada. Por todo el suelo de madera, esparcidas y desperdigadas de manera azarosa, había incontables goterones de pintura, semejantes a un rastro de sangre dejado por una herida.

Más tarde, mientras estaba sentado en la cama, Holmes meditó acerca de la sorprendente relación del poeta con el artista. Dos hombres, haciéndose pasar por hermanos, viviendo bajo el mismo techo, bajo las mismas sábanas, juzgados por la crítica y desaprobadora mirada de la, por otro lado, leal Maya. Seguramente, mantenían una vida clandestina, bajo la más sutil de las discreciones. Pero también sospechaba que allí había otros secretos, posiblemente, uno o dos asuntos que tratarían en breve. Las cartas del señor Umezaki, tal y como ahora sospechaba, albergaban motivos que iban más allá de los evidentes. Se le había ofrecido una invitación, sí, la cual aceptó. A la mañana siguiente, comenzarían los viajes planeados, dejando a Hensuiro y Maya solos en el caserón. De qué manera más engañosa he sido atraído hasta aquí, pensó antes de dormirse. Después, por fin, cerró sus ojos, y comenzó a soñar mientras un zumbido bajo, con el que estaba familiarizado, empezó a susurrar junto a su oído.

Holmes se despertó en un jadeo ahogado. ¿Qué había pasado?

Sentado en su escritorio, miró a través de la ventana del ático. Fuera, el viento soplaba de forma monótona y firme, aullando contra los cristales, recorriendo las canaletas, meciendo las ramas de los pinos del campo, y, sin lugar a dudas, azotando las flores del jardín. Aparte de las sucesivas ráfagas que se sucedían fuera de los ventanales cerrados del estudio al surgir de la noche, todo en el estudio permanecía tal y como lo había dejado antes de su partida. Las cambiantes tonalidades del atardecer que se atisbaban a través de las cortinas habían sido sustituidas por una oscuridad completa, y la lámpara de su mesa lanzaba el mismo haz de luz a lo largo del escritorio. Y allí, frente a él, desparramados sin orden, estaban las notas escritas a mano de *El arte de la deducción*, página tras página de pensamientos, a menudo con anotaciones garabateadas en los márgenes, dispersos entre línea y línea, y, de alguna forma, careciendo de un orden preconcebido. Si bien los dos primeros volúmenes habían podido llevarse a cabo sin ningún esfuerzo supremo (ambos habían sido escritos en un periodo que albergaba los quince años de depuración), en este último volumen había algo que le impedía concentrarse por completo. Se sentaba, y solía caer dormido, con el bolígrafo en la mano o, si no, se sentaba y se ponía a mirar por la ventana, a veces durante lo que parecían horas. Otras se sentaba y comenzaba a escribir erráticamente frases sin sentido, la mayoría sin relación las unas con las otras, como si algo palpable pudiera surgir de una mezcolanza de ideas «¿Qué había pasado?».

Se palpó el cuello, restregándose la garganta ligeramente. «Solo el viento —pensó—. Ese aullar contra la ventana se había infiltrado en su sueño, despertándolo».

«Solo el viento».

Su estómago rugió, y fue entonces cuando se dio cuenta de que se había saltado la cena de nuevo, el habitual asado de cordero de los viernes de la señora Munro, con *pudding* de Yorkshire. Estaba seguro de encontrarse una bandeja en el pasillo (con las patatas frías, a pesar de que la puerta del ático había permanecido cerrada). «Qué amable joven este Roger —pensó—. Qué buen chico». Durante toda la semana pasada, mientras había permanecido enclaustrado en el ático, saltándose las cenas y sus quehaceres habituales en los panales, y la bandeja siempre había terminando apareciendo arriba en las escaleras, hasta ser encontrada justo cuando él saliera al pasillo.

Ese mismo día, unas horas antes, Holmes se había sentido de algún modo culpable por haber olvidado los cuidados de su colmena, así que una vez terminó de desayunar, se adentró en la zona de las colmenas, viendo cómo Roger estaba ventilando los panales. Anticipándose a la temporada de calor, y con el néctar

fluyendo vigorosamente, el chico, de manera sabia, compensaba las zonas superiores de cada panal, permitiendo que el aire discurriera para despejar la zona de entrada y que rebosara por arriba, ayudando así el trabajo ya realizado por el aleteo de los insectos, el cual, además de refrescar la colmena, evaporaba el néctar almacenado en las zonas altas. Ante tal visión, cualquier atisbo de culpabilidad de Holmes desapareció. Las abejas estaban siendo correctamente atendidas, y era más que evidente que el casual, tal vez incluso deliberado, tutelaje que había recibido Roger había dado su fruto. Los cuidados de la zona de colmenas, que tanto disfrutaba de observar, estaban en las atentas y más que capaces manos del chico.

Pronto Roger sería capaz de recolectar la miel por sí mismo, sacando los panales uno a uno con cuidado, calmando a las abejas con el humo, y usando unas pinzas para quitar las capas de cera de las celdas, y en los días venideros las pequeñas cantidades de miel se filtrarían a través de un colador en un recipiente para la miel, para seguir luego cada vez más grandes cantidades.

Desde donde ahora mismo miraba el camino hacia el jardín, Holmes recordaba cómo le dio las primeras instrucciones a Roger sobre lo simple del método por el que las abejas novicias construyen los panales.

Después de disponer el armazón en una colmena, le había contado con anterioridad al chico, era mejor usar ocho paneles extraíbles en lugar de diez, disponiéndolos únicamente cuando el néctar empezaba a fluir. Entonces, los dos paneles restantes debían colocarse en el medio del armazón, asegurándose de utilizar parrillas sin alambre. Si todo se hace siguiendo estas instrucciones, la colonia creará los pilares de estas parrillas, llenándolos de miel. Una vez que las parrillas de miel estén llenas, deberán ser reemplazadas por otras, asegurándose, como es normal, de que el fluir del néctar sigue manando como es esperado. En el caso de que este fluir disminuyese, es aconsejable reemplazar las parrillas sin alambre por unas que sí tengan alambre. Obviamente, apuntó, las colmenas deben ser inspeccionadas con asiduidad a fin de conocer qué método de extracción es el más apropiado.

Holmes había instruido al chico a través de todo el proceso, mostrándole cada paso, y sintiendo que, en el momento en que la miel debiera ser recolectada, el chico seguiría sus instrucciones al pie de la letra.

—Entiende, mi joven alumno, que te estoy confiando esta tarea porque creo que eres totalmente capaz de realizarla sin equivocación.

—Gracias, señor.

—¿Tienes alguna duda?

—No, señor, creo que no —replicó el chico, hablándole con cierto entusiasmo, el cual daba la falsa impresión de que estaba hasta sonriendo, a pesar de que su expresión era seria.

—Muy bien —dijo Holmes, al tiempo que movía su vista del rostro de Roger a

las colmenas que los rodeaban. En ese momento no se dio cuenta de que el chico lo seguía mirando a él, y que lo estaba haciendo con el mismo tipo de reverencia con el que él mismo miraba al colmenar. En lugar de eso, se fijó en las idas y venidas de las habitantes de las colmenas. Aquella diligente, activa y siempre ocupada comunidad de las colmenas.

—Muy bien —repitió, susurrándolo en aquel atardecer de un pasado reciente.

Dándose la vuelta hacia el camino del jardín, se dirigió lentamente de nuevo hacia la casa. Holmes sabía que la señora Munro habría hecho su parte, llenando jarra tras jarra con el sobrante de miel, mandando parte a la vicaría, otra parte a la misión de caridad y otra parte al Ejército de Salvación, mientras realizaba sus quehaceres por la ciudad. Dando estos regalos en forma de miel, Holmes también creía que cumplía su parte, que no era otra que el repartir el producto de sus colmenas, un bien que él consideraba como una forma de promocionar sus verdaderos intereses: informar sobre la cultura apícola y los beneficios de la jalea real, ofreciéndosela a aquellos que apenas podrían permitirse aquellas jarras sin etiqueta (una condición que impedía que su nombre estuviera envuelto en aquello que estaba regalando), y otorgando un dulce beneficio a aquellos menos afortunados de la zona de Eastbourne y, con suerte, incluso de más allá.

—Señor, Dios le bendiga por lo que está haciendo —le dijo una vez la señora Munro—. Seguro que es su voluntad la que usted está siguiendo, y la forma en la que usted ayuda a los necesitados.

—No sea usted ridícula —respondió Holmes con desdén—. Si algo estoy haciendo, es seguir mi propia voluntad. Vamos a dejar a Dios fuera de esta ecuación, ¿de acuerdo?

—Como usted diga —dijo ella con un tono de humor—, pero si me preguntan, yo diré que es la voluntad de Dios.

—Mi querida señora, para empezar, a usted nadie le ha preguntado.

¿Qué es lo que sabía ella sobre Dios, después de todo? La personificación de su Dios, según él imaginaba, era la más común y popular de todas. Un viejo y desvencijado hombre sentado omnisciente en un trono de oro, reinando sobre su creación allá en las algodonosas nubes, hablando con gracia y potestad a la vez. Su Dios, sin lugar a dudas, lucía largas barbas. Para Holmes, era sorprendente pensar que el creador de la señora Munro probablemente se asemejaría bastante a él mismo, excepto que ese Dios existía como un producto de su imaginación, y él no (al menos, no completamente, pensó razonando).

Sin embargo, referencias esporádicas divinas aparte, la señora Munro nunca había manifestado filiación con ninguna iglesia o religión, ni tampoco había realizado ningún esfuerzo obvio en inculcar la existencia de Dios en la educación de su hijo. El chico, estaba claro, albergaba sentimientos muy seculares y, bien era sabido en

aquella casa que Holmes se sentía bastante orgulloso del carácter pragmático del muchacho. Así que ahora, en aquella ventosa noche, sentado en su escritorio, escribiría algunas líneas para Roger, unas cuantas frases que quería que leyera pasado un tiempo.

Disponiendo una hoja de papel frente a él, e inclinando su rostro sobre la mesa, empezó a escribir:

«No será a través de los dogmas de arcaicas doctrinas por los que ganarás tus entendimientos más profundos, sino por la continua evolución de la ciencia, y por la observación de tu entorno natural a través de la ventana de tu cuarto. Para comprender tu ser completamente, que a su vez es comprender el mundo en toda su complejidad, no necesitarás mirar más lejos de las lindes de tu propia vida, de la pradera creciente, de los bosques vírgenes. Sin que estos sean los verdaderos objetivos de la humanidad, no puedo prever qué edad será la que nos descubra la verdadera iluminación».

Holmes dejó su pluma sobre la mesa. Por dos veces, consideró lo que había escrito, leyendo el texto en voz alta, sin cambiar nada. Después dobló el papel formando un cuadrado perfecto, sopesando qué sitio sería el adecuado para guardar aquella nota para el futuro, un lugar que no pudiera olvidar, un lugar donde ocultarlo con facilidad. Los cajones del escritorio quedaban descartados, ya que la nota se perdería rápidamente entre sus papeles. Igualmente, los archivadores, tan desorganizados y sobresaturados como estaban, eran un lugar demasiado arriesgado, así como los intrincados enigmas que eran sus bolsillos (a menudo repletos de pequeños objetos como trozos de papel, cerillas usadas, cigarros, briznas de hierba, alguna piedra o concha que hubiera encontrado en la playa, las cosas que solía encontrar durante sus paseos, solo para que terminaran desapareciendo más tarde, casi como si fuera por arte de magia). Debía haber algún lugar mejor. Algún lugar más apropiado...

«¿Dónde entonces? Piensa...».

Miró por encima los libros apilados en una de las paredes.

—No...

Giró sobre el eje de la silla, y miró las estanterías que estaban junto a la puerta del ático, echando su ojeada hacia uno de los estantes reservados única y exclusivamente para sus propias ediciones publicadas...

«Sí, puede...».

Momentos después, estaba ante aquellos primeros volúmenes, monografías propias, con el dedo índice haciendo las veces de guía a través de una línea horizontal de los lomos de libros cubiertos de polvo... *Sobre las marcas y tatuajes, Sobre las huellas y pisadas, Sobre las distintas formas de ceniza de 140 tipos de tabaco, Estudio sobre las profesiones según la forma de la mano, Enfermedades, La máquina*

de escribir y su relación con el crimen, *Cifras y la escritura oculta*, *Sobre los motetes*^[12] *polifónicos de Lassus*, *Estudio sobre las raíces arameas en el antiguo lenguaje de Cornish*, *El uso del perro en las labores detectivescas...* hasta que llegó a su último *magnum opus*^[13]: Guía práctica de la apicultura, con algunas observaciones sobre la segregación de la reina.

Entre el capítulo cuatro (El pastoreo de la abeja) y el capítulo 5 (*Propolis*^[14]) pegó la nota para Roger como si fuera un marca páginas, porque, tal y como decidió Holmes, aquella rara edición sería el próximo regalo de cumpleaños del chico. Por supuesto, siendo como era tan olvidadizo con aquel tipo de aniversarios, debería preguntarle a la señora Munro qué día del calendario se celebraba el auspicio, ya que no sabía si el día había pasado, o si su celebración era inminente.

Imaginó la cara de sorpresa de Roger cuando le diera el libro, y luego imaginó los dedos del chico pasando lentamente hoja por hoja en la soledad de su dormitorio, donde, tarde o temprano, descubriría la nota oculta, una manera prudente, aunque poco oficiosa, de enviar un mensaje.

Asegurándose de que la nota permaneciera en un lugar del que no se moviera, Holmes volvió a colocar el libro en la estantería. Luego, volvió hacia el escritorio, aliviado de poder volver a concentrarse en el trabajo. Una vez en su silla, leyó con atención las páginas escritas a mano que cubrían la mesa, cada una de las cuales estaban repletas de multitud de palabras escritas de manera apresurada, formadas por caracteres de tinta dignos de ser meros garabatos de niño, pero en ese momento, los momentos varados de su memoria empezaron a desenmarañarse, haciendo que no supiera con exactitud qué páginas pertenecían a qué recuerdos. En poco tiempo, esos momentos flotaron y desaparecieron en la noche como hojas empujadas por la corriente a través de las canaletas del tejado, y por un momento, se quedó mirando las hojas, sin recordar, pensar o preguntarse nada.

Sus manos aún se mantenían ocupadas, a pesar de que su mente estaba perdida. Sus dedos rebuscaban por el escritorio, pasando las muchas hojas que había ante él, subrayando frases al azar, hurgando a través de los montones de papeles sin razón aparente. Era como si sus dedos actuaran por cuenta propia, buscando algo que había olvidado hacía tan solo unos momentos. Apartaba a un lado páginas y páginas, una tras otra, hasta que, por fin, sus dedos alzaron un manuscrito sin terminar, sujeto por una única goma elástica: *La armonicista de cristal*. Por un momento, se quedó mirando el manuscrito sin reaccionar, aparentando cierta indiferencia frente a su descubrimiento. Tampoco descubrió que Roger había releído repetidamente el texto, las veces que el chico se había colado en el ático para ver si el texto había sido actualizado o incluso finalizado. Pero fue el título del manuscrito el que sacó a Holmes de su estupor, haciendo que apareciera una curiosa y modesta sonrisa tras su barba. Si las palabras no hubieran sido escritas claramente al principio, sobre el

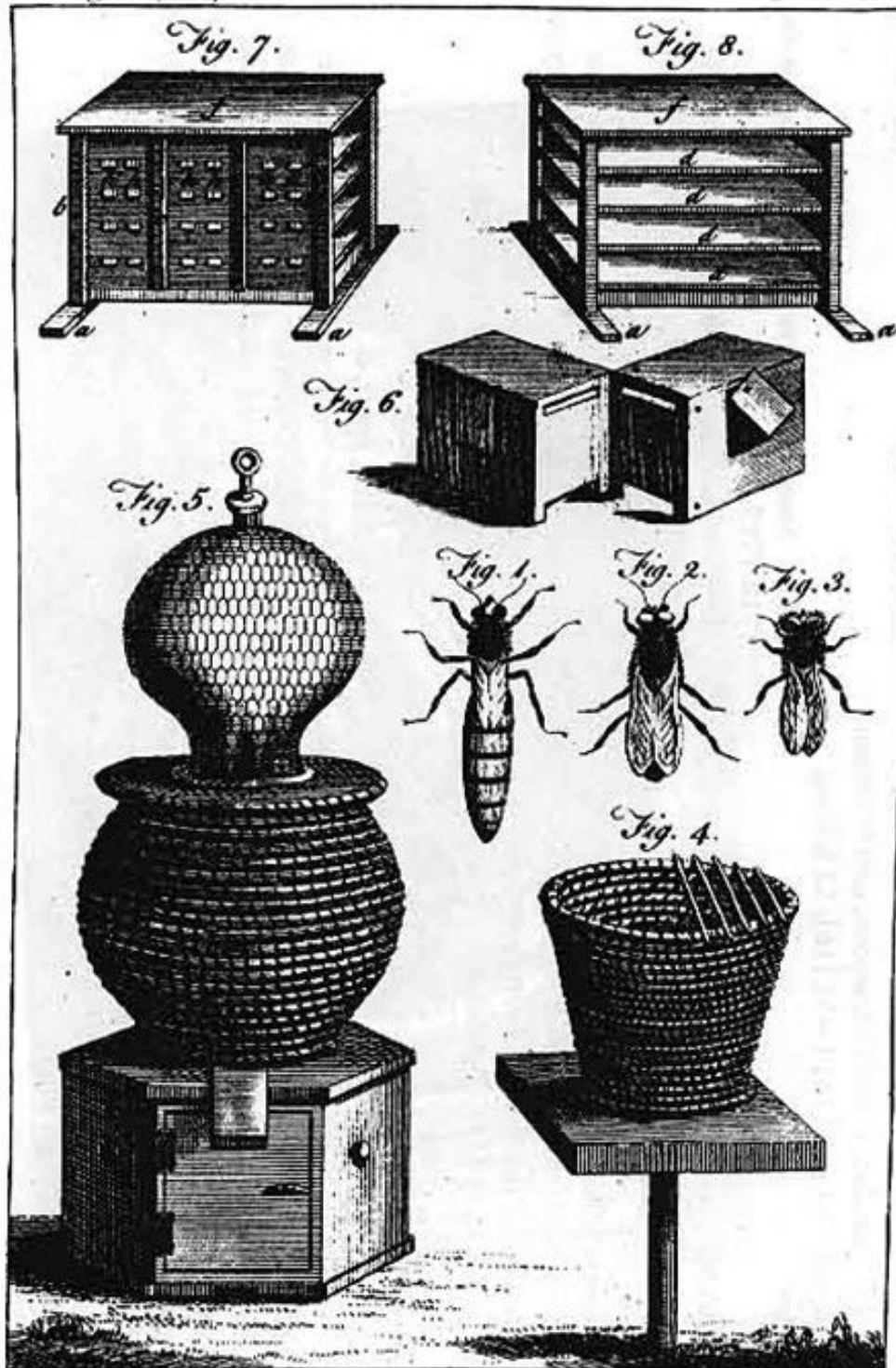
primer párrafo, hubiera puesto el texto sobre el nuevo montón, donde hubiera terminado desapareciendo bajo nuevos montones de apuntes y anotaciones.

Sus dedos sacaron la goma elástica que sujetaba las hojas, dejando que cayeran sobre la mesa. Seguidamente, se reclinó sobre su silla, leyendo la historia incompleta como si la hubiera escrito otro. No obstante, los recuerdos sobre los sucesos de la señora Keller de repente afloraron con total claridad. Aún podía recordar su fotografía. También podía recordar a su enfurecido marido, sentado frente a él en Baker Street. Incluso, si se detenía a pensar por unos segundos, mirando hacia el techo, podía trasladarse en el tiempo, aventurándose de nuevo en el extraño caso de la señora Keller, volver a Baker Street, mezclándose en la densa multitud de Londres, mientras que avanzaban hacia la tienda de Portman. Aquella noche, estuvo más en el pasado que en el presente, mientras que el viento murmuraba incesantemente en las ventanas del ático.

SEGUNDA PARTE

Management of Bees.

Plate I.



Disturbios en la calle Montague

Exactamente a las cuatro en punto de la tarde, mi cliente y yo estábamos posicionados junto a la tienda de lámparas, esperando en la calle donde está situada la tienda de Portman, pero la señora Keller no llegaba. Mientras tanto, también estuvimos echando un vistazo en aquellos apartamentos donde estuve de alquiler cuando llegué a Londres, en 1877. Obviamente, no había necesidad de compartir estos hechos de mi vida privada con mi cliente, como dar a conocer mis vivencias de juventud en aquel barrio. En aquel entonces, por ejemplo, la tienda de Portman era una pensión de dudosa reputación. Desde aquellos días, todo había cambiado sustancialmente a partir de que me alojara allí. En su mayoría, el barrio se componía de los mismos edificios de aspecto común, con los suelos de piedra blanca, y con tres pisos de pared de ladrillo.

Allí, mis ojos viajaban en el tiempo del pasado al presente mientras miraba aquellas ventanas, como tocado por un cierto grado de sentimentalismo por los tiempos pasados: mi anonimato durante mi formación como detective privado, la libertad de ir y venir sin que nadie me reconociera. Así, mientras que para la calle había pasado el tiempo sin cambio alguno, entendí que mi ser más maduro difería de alguna manera con el hombre que había estado viviendo allí.

Al principio, el uso del disfraz solo era empleado como método de infiltración y vigilancia, una manera de inmiscuirse sin esfuerzo en diferentes partes de la ciudad con el fin de recabar información. De entre los numerosos papeles que interpreté, había varios, como el de un desenfadado y jovial fontanero llamado Escott, el de un sacerdote italiano, el de un *ouvrier* francés e incluso el de una vieja anciana. Sin embargo, casi al final de mi carrera, resolví llevar conmigo a todas horas un mostacho falso y un par de lentes, con el único fin de esquivar a toda esa ola de seguidores de los relatos de John. De otra manera, no podía realizar mis labores a la vista de todos, ni podía comer en lugares públicos sin ser identificado, y acosado, por desconocidos deseosos de conversar conmigo y darme la mano, realizándome las más descaradas preguntas que de ningún modo les concernían. Por lo tanto, fue un descuido muy grave, tal y como me di cuenta, mientras avanzaba con celeridad por Baker Street con el señor Keller, el haber empezado a trabajar en el caso, olvidando el uso de mi *álder ego*, porque mientras íbamos hacia la tienda de Portman, fuimos interceptados por un tipo de la variedad *obrero afable y simplón*, al cual debería haber despachado con un par de palabras cortantes.

—¿Sherlock Holmes? —preguntó, uniéndosenos mientras avanzábamos a través

de Tottenham Court Road—. ¿Es usted, verdad? He leído todas sus historias.

Mi respuesta fue un simple gesto con la mano, con el que le pedí que se marchara. Pero aquel individuo no se dio por aludido. Miró sin motivo alguno al señor Keller:

—Y supongo que usted debe ser el doctor Watson.

Sorprendido por las preguntas de aquel hombre, mi cliente me miró con un gesto de incomodidad.

—Qué estupidez de situación —dije con disimulo—. Si yo fuera Sherlock Holmes, señor, ¿cómo podría explicarse que este joven caballero fuera el doctor Watson?

—No lo sé, señor, pero estoy seguro de que usted es Sherlock Holmes, a mí no se me engaña con facilidad, no, señor.

—¿Es usted una mente privilegiada, no?

—Bueno, yo no diría tanto señor.

La respuesta del hombre sonó con un tono de duda y confusa, y el hombre se quedó atrás mientras nosotros seguimos andando.

—¿Está investigando un caso? —dijo por detrás de nosotros enseguida.

De nuevo, hice un gesto en el aire con la mano, indicándole que la charla se había acabado. Así es como suelo tratar a los extraños que me molestan. Además, si verdaderamente aquel obrero hubiera sido un habitual de los escritos de John, hubiera sabido que nunca pierdo mi tiempo ni discuto mis cavilaciones mientras estoy enfrascado en un caso.

Mi cliente se vio un poco afectado por mi brusquedad en las formas, a pesar de que no mencionó nada sobre el asunto, así que los dos continuamos en silencio nuestra aventura por la Montague Street.

Una vez ocupada nuestra posición cerca del establecimiento de Portman, comencé a formular una pregunta que había pasado por mi mente unos momentos antes, mientras nos dirigíamos a nuestro destino.

—Tengo una última pregunta que hacerle respecto al pago de...

Mi pregunta se vio interrumpida por la voz del señor Keller, quien hablaba con la misma urgencia que hubiera tenido al pillarse los dedos con la puerta.

—Señor Holmes, cierto es que dependo de un salario muy modesto, pero haré lo que sea con tal de poder pagarle sus servicios.

—Querido amigo, mi profesión ya es suficiente pago —dije sonriendo—. Si debo realizar cualquier tipo de gastos, lo cual no creo probable, es usted libre de fragmentarlos de la manera que vea apropiada para poderlos abonar con su sueldo.

Y ahora, si puede contenerse por un momento, le ruego me permita terminar la pregunta que estaba realizando:

—¿Cómo es que su esposa podía pagar las clases clandestinas que estaba tomando?

—No sabría decirle —respondió—, supongo que tendría sus propios medios.

—Se está refiriendo usted a su herencia.

—Sí.

—Muy bien —dije, vigilante al tráfico humano que había al otro lado de la calle. Mi punto de vista quedaba continuamente obstruido por coches de caballo, carromatos y, al menos por dos veces, por lo que venía siendo ya casi una cosa habitual durante estos días, los glamurosos transportes de la clase alta: automóviles.

Viendo el caso casi finalizado, esperé expectante a que la señora Keller apareciera. Cuando al pasar de muchos minutos no hizo acto de presencia, empecé a preguntarme si ya habría llegado al piso antes de la hora convenida, o incluso cabría la posibilidad de que estuviera completamente al tanto de las sospechas de su marido, y que hubiera decidido no ir. Mientras estaba considerando esta última posibilidad, mi cliente fijó la vista al final de la calle entrecerrando los ojos y, finalmente, afirmando con la cabeza, dijo en voz baja:

—Ahí está.

Diciendo esto, intentó salir a su encuentro.

—Quieto —le dije sujetándolo por el hombro—. Por el momento, debemos mantener la distancia.

Y entonces, yo también pude divisar cómo ella se aproximaba a la tienda de Portman, una forma menuda moviéndose entre el tumulto de gente. El parasol amarillo que flotaba encima de ella no conjuntaba en absoluto con la mujer que tenía debajo. La señora Keller era una mujer de constitución pequeña, vestida con el gris convencional de un traje de diario. El austero corsé adelgazaba la línea hasta la cintura, acentuando la curva en forma de S de la pieza de ropa. También llevaba guantes blancos, y en una de sus manos portaba un pequeño libro de cubierta marrón. Al llegar a la puerta de Portman, cerró el parasol y se lo guardó, sujetándolo bajo el brazo.

Mi cliente se resistió a mi asidero, pero conseguí impedir que saliera corriendo delante de mí preguntándole:

—¿Acostumbra su esposa a llevar perfume?

—Sí, lo hace.

—Excelente —dije, liberándolo de mi sujeción y adentrándome con él en la callejuela.

—Veamos qué se esconde tras todo esto...

Mis sentidos, tal y como mi buen amigo John reflejó, son extremadamente agudos, y desde hace tiempo mantengo la creencia de que las primeras pistas de un caso siempre pueden venir por el reconocimiento olfativo de un perfume. De esta forma deberían ser instruidos los expertos criminales para distinguir a sus perseguidos. En lo que se refería a la elección de perfume de la señora Keller, era una

sofisticada mezcla de rosas complementada con una pincelada especiada, que fue la esencia que detecté a la entrada de la tienda de Portman.

—El perfume es Carne Rose, ¿verdad? —le susurré a mi cliente, pero él me había sobrepasado en el paso, y no recibí respuesta.

Así, cuanto más avanzábamos en nuestra persecución, más fuerte se hacía el olor, hasta que, deteniéndome para discernir qué camino seguir, ya que sabía que la señora Keller estaba cerca de nuestra posición. Mis ojos recorrieron el desordenado y polvoriento establecimiento. Desvencijadas estanterías cubrían las paredes de toda la tienda de principio a fin, repletas de volúmenes, que en ciertos puntos vacíos yacían apilados unos encima de otros. Sin embargo, no había rastro de la mujer, ni del anciano propietario, el cual esperaba que estuviera tras el contador en la entrada, con su nariz metida dentro de algún texto. De hecho, en lo referente tanto a dueño como a empleados, la tienda de Portman daba la extraña impresión de estar de vacaciones. No había terminado de pasar ese pensamiento por mi mente cuando, como para resaltar el extraño ambiente que había en aquel lugar, comenzó a sonar levemente una melodía, la cual procedía de escaleras arriba.

—Es Ann, señor Holmes. ¡Está aquí, y está tocando!

Calificar a aquella abstracción etérea como música era del todo inexacto. Los delicados sonidos que llegaban a mis oídos carecían de forma, ritmo, o de la más básica melodía. Sin embargo, el magnetismo del instrumento ejercía su efecto. Los diferentes tonos convergían en una única armonía sostenida que era a su vez discordante, pero atractiva, lo suficiente como para obligarnos a dirigirnos en esa dirección.

Con el señor Keller en cabeza, pasamos entre las estanterías, llegando a un tramo de escaleras situado casi en la parte trasera del establecimiento.

Pero mientras subíamos por las escaleras hacia el segundo piso, me di cuenta de que la esencia a Cameo Rose no había pasado del primer piso. Miré hacia atrás, observando de nuevo la tienda desde aquella nueva perspectiva, aunque seguí sin ver a nadie, así que me agaché para tener una mejor percepción, sin ningún éxito, puesto que desde allí tan solo veía la parte de arriba de las estanterías.

Esta vacilación de mi parte me impidió detener el fervor del señor Keller, quien empezó a aporrear la puerta de Madame Schirmer, unos golpes que duraron poco tiempo, pero que resonaron por todo el corredor y enmudecieron el sonido del instrumento. Mas el caso ya había llegado a su conclusión para cuando me uní con él, delante de la puerta. Sin ningún lugar a dudas, sabía que la señora Keller estaba en algún lugar, y quienquiera que estuviera tocando la armónica solo probaría que no se trataba de ella. Creo que revelo demasiado con esta, mi narrativa. No puedo ocultar la resolución tal y como hacía John, ya que no poseo su talento para mantener ocultos los puntos relevantes con el fin de conseguir un final emocionante para los sucesos de

conclusión superficialmente significantes.

—Cálmese amigo —le dije amonestándolo—. No hay razón para este comportamiento.

El señor Keller frunció gravemente su gesto y fijó su mirada en la puerta.

—Discúlpeme.

—No hay nada que disculpar, pero dado que su furor puede entorpecer nuestro avance, deberá dejarme hablar en su nombre a partir de ahora.

El silencio que siguió al furioso golpeteo de mi cliente fue sustituido por el rápido sonido de los pasos de Madame Schirmer. La puerta se abrió de golpe, dejando ver la figura de la señora, con un gesto inflamado por la furia, y unas maneras bastante toscas, brusca como nunca antes había visto a una mujer. Antes de que pudiera proferir cualquier palabra acalorada, me adelanté y le ofrecí una de mis tarjetas de visita, dirigiéndome hacia ella:

—Buenas tardes, Madame Schirmer. ¿Tendría usted la gentileza de otorgarnos algo de su tiempo?

Captando su atención momentáneamente con una interrogativa mirada, procedió casi inmediatamente a lanzarle una terrible mirada a mi acompañante.

—Le prometo que tan solo serán unos minutos —dije a continuación, señalando con mi dedo la tarjeta que estaba sujetando—, puede que me conozca.

Ignorando por completo mi presencia, Madame Schirmer habló con rudeza:

—Herr Keller. ¡No vuelva más por aquí! ¡No más interrupciones! ¿Por qué viene a crearme problemas? Y en cuanto a usted, señor, —añadió, mirándome fijamente—. ¡Lo mismo le digo a usted! ¡Pues eso! Son amigos, ¿no? ¡Pues váyase con él y no vuelvan a molestar! ¡No tengo paciencia para gente como ustedes!

—Mi querida señora, por favor —dije, quitándole la tarjeta de las manos y poniéndosela delante del rostro.

Para mi sorpresa, mi nombre provocó una sacudida de cabeza inesperada de su parte.

—No, no, no, usted no es esa persona —dijo.

—Le aseguro señora que soy yo.

—No, no, no lo es. No, yo lo conozco, ¿sabe?

—Le ruego me indique cómo puede usted...

—¡En la revista, por supuesto! En la revista es mucho más alto. Con el pelo negro, la nariz, y la pipa. Usted no es.

—¡Ah, la revista! Qué falsa representación más molesta. En eso estamos de acuerdo, señora. Me temo que no hago justicia a mi caricatura. Si la mayoría de las personas con las que me encuentro me percibieran de una manera tan equívoca como lo hace usted ahora, Madame Schirmer, mi libertad sería transgredida en muchas menos ocasiones.

—¡Es usted ridículo! —y diciendo esto, estrujó mi tarjeta, lanzándola luego a mis pies—. ¡Váyanse, o la policía vendrá a por ustedes!

—No me iré de aquí hasta que no vea a mi Ann con mis propios ojos —dijo el señor Keller firmemente.

Nuestro inconveniente antagonista golpeó entonces el suelo con el pie, haciéndolo de manera tan repetida que el sonido reverberó detrás de nosotros.

—¡Herr Portman! —gritó ella hacia la parte baja del edificio, con una voz empática que resonó por todo el corredor.

¡Aquí *haber* problemas! ¡Vaya en busca de los agentes de policía! ¡Hay dos vagabundos molestándome! ¡Herr Portman!

—Madame Schirmer, sus esfuerzos son inútiles —dije—. Parece que el señor Portman ha salido.

Dicho esto, me giré hacia mi cliente, el cual parecía bastante enfadado.

—Debería estar al tanto, señor Keller, de que Madame Schirmer está en pleno derecho y que nosotros no tenemos permiso legal alguno para entrar en el apartamento. Sin embargo, ella debería entender que sus acciones están conducidas únicamente por la preocupación por su mujer. Me aventuro a decir que si se nos permitiera charlar tan solo dos minutos en el interior del apartamento, acabaríamos de una vez por todas con este problema.

—La esposa no está aquí conmigo —dijo la enojada señora—. Herr Keller, ya se lo he dicho muchas veces. ¿Por qué sigue viniendo para traerme problemas? ¡Voy a hacer que lo detenga la policía!

—No hay razón para tal cosa —dije—. Soy plenamente consciente del hecho de que el señor Keller la está acusando de manera injusta, Madame Schirmer, pero la interferencia de la policía solo complicaría aún más las cosas, y en verdad sería una adversidad.

En ese momento, me incliné hacia delante, y le susurré unas palabras en el oído a la mujer.

—Verá —le dije mientras me apartaba de ella—, por lo que opino que su ayuda en esta situación sería de lo más apreciada.

—¿Cómo podía saber yo esa circunstancia? —dijo ella quedándose sin aire, sustituyendo la ira de su rostro por un gesto de arrepentimiento claro.

—Cómo hubiera podido... —contesté en tono simpático—. Mi profesión, debo decirle no sin pesar, querida señora, es a veces un negocio muy triste.

Mientras que la cara de mi cliente me miraba fijamente sumida en la confusión, Madame Schirmer se quedó en silencio pensando, con sus brazos en jarras. Después, asintió con la cabeza, y se hizo a un lado, indicándonos con un gesto que podíamos pasar:

—Herr Keller, no es culpa *de tú*. Pase, si quiere verlo con *tus* propios ojos, pobre

hombre.

Fuimos invitados a entrar en un estudio iluminado, aunque escasamente decorado, de techo bajo, y con las ventanas abiertas hasta la mitad. En uno de sus rincones se alzaba un piano, mientras que en el contrario había un arpa y una buena cantidad de instrumentos de percusión, y dispuestas la una frente a la otra, dos magníficas armónicas restauradas, junto a una de las ventanas más cercanas. Estos instrumentos, los cuales estaban rodeados por unas pocas sillas de mimbre, eran el único mobiliario del cuasi vacío estudio, a excepción de un carrito con bandejas de metal del centro. El suelo, sin embaldosar, mostraba las tablillas descoloridas que lo componían. Las paredes, de color blanco, estaban también desnudas de cualquier tipo de adorno, permitiendo así que las ondas del sonido rebotaran creando algún eco tan distintivo.

Sin embargo, no eran las singulares características de aquel estudio lo que atrajo directamente mi atención, ni tampoco lo hizo el olor a flores primaverales que entraba por las ventanas. Lo que llamó mi atención fue la figura nerviosa y enjuta que estaba sentada frente a una de las armónicas. Se trataba de un chico, de no más de diez años, pelirrojo, con las mejillas cubiertas de pecas, que se movía inquieto en su asiento viendo cómo entrábamos en la habitación. Viendo a aquel niño, mi cliente se detuvo. Sus ojos recorrieron la habitación mientras que Madame Schirmer esperaba en la entrada, con los brazos apoyados aún en su cintura. Yo, por otro lado, me acerqué al chico, al cual, con mi tono más amistoso, le dije:

—Hola, muchacho.

—Hola —dijo el chico, algo avergonzado.

Mirando a mi cliente, le sonreí y le dije:

—Presumo que este joven caballero no es su esposa.

—Ya sabe que no lo es —dijo mi cliente en un tono crispado—, pero no lo entiendo. ¿Dónde está Ann?

—Paciencia, señor Keller, paciencia...

Acerqué una de las sillas hacia la armónica, y me senté junto al chico, mientras mis ojos estudiaban el instrumento, memorizando todos los detalles del diseño.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Graham.

—Muy bien, Gram —dije, observando cómo los cristales de aquel extraño objeto eran más delgados en la clave de sol para así facilitar su entonación.

—¿Te está instruyendo bien Madame Schirmer?

—Así lo creo, señor.

—Hum —dije pensativo, mientras pasaba ligeramente mis dedos a través de los diferentes cristales.

Aquella oportunidad de inspeccionar la armónica, especialmente aquel modelo en condiciones tan óptimas, no volvería a repetirse. Lo poco que sabía del instrumento

era que uno debía sentarse justo enfrente del juego de cristales, haciéndolos girar gracias a un pedal de pie, humedeciéndolos de vez en cuando con una esponja. También recordaba que era necesario utilizar ambas manos, permitiendo así tocar distintas partes de la composición a la vez. Sin embargo, mientras estudiaba de cerca la armónica, observé cómo a los espejos les habían dado forma de semiesfera a la hora de fundirlos, dejando a cada uno de ellos un hueco vacío en el centro. El cristal más grande, y el más abierto, era el correspondiente a la nota sol. Para distinguir los cristales, cada uno, excepto los semitonos que eran blancos, estaban por su interior con uno de los siete colores primarios. Así, do era de color rojo; re, naranja; mi, amarillo; fa, verde; sol, azul; la, índigo; si, de color púrpura; y volvíamos de nuevo al rojo de do. Los treinta cristales variaban de tamaño, yendo del más grande, de unos veintidós centímetros de diámetro, al más pequeño, de unos siete centímetros y medio de diámetro, todos ellos atravesados por un eje, dentro de un compartimento de unos noventa centímetros, el cual había sido estrechado en toda su longitud para que se acoplara a la forma cónica de los cristales, todo ello sujeto en un caballete de cuatro patas, unidas por bisagras en la parte media del instrumento. El eje estaba hecho de hierro forjado para que girara sobre unas sujeciones de bronce situadas a ambos lados del instrumento, y que lo atravesaba a lo largo. En la parte más ancha del compartimento había un saliente de forma cúbica, en el que había incrustada una especie de rueda de caoba. Era esta rueda la que servía para mantener a los cristales girando, gracias a la acción del pedal que se hace rotar con la fuerza del pie. Tenía una tira de cuero oculta alrededor de su circunferencia. La rueda parecía tener unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, y aproximadamente unos diez centímetros de eje, con una vara de ébano insertada en el centro de uno de sus lados. Sobre la superficie de esta vara, había un trozo de cuerda, que partía desde el pedal, y era el que ejercía toda la función para mantener el movimiento rotatorio.

—Qué artificio tan interesante —dije—. ¿Debo entender que los tonos son más claros cuando giran sobre el final de los dedos, y no cuando estos son apoyados con fuerza contra ellos?

—Sí, así es —dijo Madame Schirmer desde detrás de nosotros.

El sol se estaba ocultando en el horizonte, con su luz reflejándose en la superficie de los cristales. Los abiertos ojos miedosos de Gram se habían ido entrecerrando, y los desconsolados suspiros de mi cliente sonaron por toda la habitación gracias a su acústica. Desde fuera, el *bouquet* de narcisos importunó a mi nariz, un olor como a cebollas mezclado con el del moho. No soy el único al que no le gustan las sutiles cualidades de las flores. A los alces también les repelen.

Así, dándole a los cristales un toque final, dije:

—Si las circunstancias fueran diferentes, le pediría que tocara una pieza, Madame Schirmer.

—Por supuesto, eso siempre se puede arreglar, señor. Estoy disponible para audiciones privadas. Eso es lo que hago a veces.

—Naturalmente —dije, levantándome de mi silla. Con gentileza, apoyándome en el hombro del chico, continué—: Creo que ya hemos entorpecido lo suficiente tu lección, Gram, así que os dejaremos a ti y a tu maestra en paz.

—¡Señor Holmes! —dijo mi cliente en protesta.

—Créame, señor Keller, aquí no hay nada más que podamos hacer, aparte de por los servicios que Madame Schirmer oferta por un precio.

Y diciendo esto, giré sobre mis talones y crucé el estudio, seguido por la mirada muda de la mujer. El señor Keller se apresuró a unirse a mí en el pasillo, y cuando salimos del apartamento, me volví para hablarle de nuevo mientras cerraba la puerta:

—Muchísimas gracias, Madame Schirmer. No la molestaremos más, aunque pienso que deberíamos concertar una cita más tarde para que me impartiera una o dos lecciones. Adiós.

Pero una vez que comenzamos a caminar por el pasillo, la puerta se volvió a abrir.

—¿Es usted? ¿El hombre de la revista?

—No, querida, no lo soy.

—¡Ah! —dijo, dando un portazo.

No fue hasta que mi cliente y yo llegamos al final de las escaleras cuando me tomé unos segundos para calmarlo. Por su cara diría que se sentía avergonzado y decepcionado por encontrar al niño en lugar de a su esposa en aquel estudio. Sus cejas estaban arqueadas, sus ojos, excepcionalmente apagados; las aletas de su nariz, dilatadas debido a su enorme disgusto; y su mente andaba tan sumamente confusa respecto a la situación de su mujer que todo su aspecto ofrecía una muestra general de su estado de ánimo actual.

—Señor Keller, le aseguro que todo esto no es ni mucho menos tan grave como usted cree. De hecho, si bien es cierto que hay ciertas contradicciones por su parte, su esposa ha sido de lo más honesta con usted.

Su adusta expresión se alivió un poco.

—Usted ha visto ahí arriba más de lo que yo he podido ver, como es obvio —dijo.

—Es posible, pero apuesto a que usted vio exactamente lo mismo que yo. Incluso así, debe concederme una semana para llevar todo esto a un final feliz.

—Estoy en sus manos.

—Muy bien entonces. Ahora lo que le voy a pedir es que vuelva a Fortis Grove lo antes posible, y cuando lo haga su esposa, no debe mencionar nada de lo que hoy ha ocurrido aquí. Es esencial, señor Keller, que usted siga a pie juntillas esta última petición.

—Sí, señor. Haré lo que me pide.

—Excelente.

—Pero antes, señor Holmes, quiero saber algo. ¿Qué es lo que le dijo a Madame Schirmer, que nos permitió la entrada a su apartamento?

—Oh, eso —dije, quitándole importancia con un movimiento de mano—. Una mentira sencilla, pero muy efectiva, una que he utilizado en otras ocasiones similares. Le comenté que usted era un hombre muy enfermo al borde de la muerte, y le dije que su esposa le había abandonado en un momento de tanta necesidad. El hecho de que comentara esto en un susurro debería haber bastado para mostrar que era mentira, pero aun así, rara vez falla como llave maestra para entrar en cualquier sitio.

El señor Keller se me quedó mirando con un gesto de disgusto.

—Vamos, vamos —dije, y lo adelanté en el paso.

Después, frente a la tienda, por fin nos encontramos con el anciano propietario, un sujeto pequeño y arrugado, el cual estaba situado tras el contador. Sentado allí, con un delantal de jardinería que apestaba a tierra mojada, encorvado sobre un libro, con una lupa que utilizaba para leer, y que sujetaba con una temblorosa mano. Justo delante de él había dos guantes marrones, que aparentemente se acababa de quitar, y había dejado en el mostrador. Por dos veces, el hombre tosió de una forma de lo más áspera, al tiempo que nos miraba a ambos. Levanté un dedo sobre mis labios y miré a mi acompañante, indicándole con el gesto que guardara silencio. El hombre, tal y como había dicho el señor Keller anteriormente, pasaba desapercibido a cualquiera que hubiera entrado en la tienda, incluso acercándome hacia él a pocos metros, fijándome en el enorme libro que estaba leyendo, un ejemplar que hablaba del arte canópico^[15]. Las páginas que pude divisar estaban ilustradas con grabados de árboles y arbustos que se confundían con las formas de un elefante, un cañón, un mono, y lo que parecía ser un cofre canópico^[16].

Intentamos salir del establecimiento lo más tranquilamente posible, bajo el menguante resplandor del sol de media tarde. Antes de separarnos, le pedí otra cosa a mi cliente.

—Señor Keller, tiene usted en posesión algo que puede que me fuera de bastante utilidad en el futuro.

—Dígame cualquier cosa que necesite.

—La foto de su mujer.

Mi cliente asintió con la cabeza con renuencia.

—Ciertamente, es posible que la necesite.

Se rebuscó en el interior de su chaqueta y sacó la fotografía, ofreciéndomela a pesar de que parecía reticente a hacerlo.

Sin vacilar, introduje la fotografía en uno de mis bolsillos, y le dije:

—Gracias, señor Keller. Con esto hemos acabado por hoy. Le deseo que pase una buena tarde.

Y así me separé de él. Con la fotografía de su mujer en mi bolsillo, no perdí el

tiempo a la hora de volver a mi casa. Junto a la calzada había una marea de tranvías, coches de caballos, que llevaban a sus ocupantes a sus hogares o a algún otro lugar, mientras esquivaba a los peatones que llenaban la acera, deambulando a un paso marcado y deliberado por todo Baker Street.

Por mi lado pasaron un par de carros de pueblo, portando los restos vegetales de los cargamentos que habían sido acarreados a la metrópolis por la mañana. En poco tiempo, suponía, la vía pública se quedaría tan vacía como la de cualquier otro pueblo al anochecer y, para entonces, yo estaría reclinado en mi silla, mirando cómo el humo azul de mi cigarrillo ascendía hacia el techo.

Al amanecer, la nota que había escrito para Roger había escapado por completo de la memoria de Holmes. Se quedaría dentro del libro hasta que, muchas semanas después, recabó de nuevo en el volumen con el fin de encontrar algún dato para una investigación, y terminó encontrando la hoja doblada entre los capítulos (un curioso mensaje escrito de su puño y letra, pero del cual no podía recordar que lo había escrito). También terminó encontrado otras hojas igualmente dobladas, todas escondidas entre los muchos libros que poblaban su ático... misivas urgentes que nunca fueron enviadas, viejos recordatorios, listas de nombres y direcciones, y algún que otro poema ocasional. Se encontró con una carta personal a la reina Victoria que no recordaba tampoco haber escrito, ni tampoco la factura de su breve colaboración con la Compañía Shakesperiana Sasanoff (en la que interpretó a Horacio en el montaje de Hamlet que se llevó a cabo en Londres, en 1879). De igual manera, no recordaba haber ocultado para mantenerlo a buen recaudo un crudo, pero detallado dibujo de una abeja reina entre las páginas de *Los misterios del cuidado de las abejas, expuestos*, de M. Quinby. El dibujo había sido realizado por Roger cuando tenía doce años, y lo recibió por debajo de la puerta del ático hacía ya dos veranos.

A pesar de todo esto, Holmes no se estaba dando cuenta de que la falibilidad que su mente sufría desde hacía un tiempo iba en aumento. Creía, erróneamente, que era capaz de recordar hechos pasados, especialmente si la realidad de aquellos hechos estaba más allá de su alcance. Así, a veces se preguntaba qué eran recuerdos, y qué era realidad. ¿De qué podía estar seguro de saber entonces? Y aún más importante ¿qué era exactamente lo que había olvidado? Para él era imposible saberlo.

Se apoyaba en los momentos tangibles. Sus tierras, su hogar, su jardín, sus colmenas, su trabajo. Disfrutaba de sus cigarros, sus libros, y su ocasional vaso de brandy. Saboreaba la brisa del atardecer, y las horas después de la medianoche. Sin ningún lugar a dudas, sabía que la parlanchina presencia de la señora Munro le sacaba de sus casillas, mientras que su callado hijo siempre había resultado una agradable compañía, pero, aun en este caso, sus recuerdos y revisiones mentales habían cambiado la realidad, la verdad. Según él, el primer contacto que tuvo con el chico no fue cómodo. Recordaba al muchacho como un avergonzado y poco elegante niño que lo miraba asustado a través de las faldas de su madre. En el pasado, se había hecho la firme promesa de no contratar a ningún ama de llaves con hijos, pero la señora Munro, viuda reciente y en una necesidad imperiosa de encontrar un empleo, vino con las más altas recomendaciones. Además, encontrar ayuda útil se estaba convirtiendo en una tarea muy difícil, particularmente, en aquella zona tan aislada del país, así que aceptó sus servicios con la clara condición de que podría quedarse, mientras las actividades del niño quedaran restringidas a la residencia para

invitados, y mientras no sufriera las molestias e interrupciones que su hijo pudiera producir.

—Por eso no debe preocuparse, señor, se lo prometo. Mi Roger no le causará ningún problema. Yo me ocuparé de que no los cause.

—¿Entonces, queda completamente claro? Puede que esté retirado, sin embargo, aún soy un hombre muy ocupado. No toleraré distracciones de ningún tipo.

—Sí, señor, ha quedado clarísimo. No se preocupe lo más mínimo en lo que respecta al chico.

—No lo haré, querida, aunque sospecho que usted sí lo hará.

—Sí, señor.

Después de ese encuentro, pasó casi un año antes de que Holmes viera a Roger de nuevo. Una tarde, mientras deambulaba por la zona oeste de su propiedad, cerca de la residencia de invitados donde vivía la señora Munro, atisbó al chico a lo lejos, viendo cómo entraba en la zona con un cazamariposas en su mano. Con el pasar del tiempo, vio al solitario niño con más frecuencia, de paseo por el prado, haciendo tareas escolares en el jardín, o estudiando conchas y cantos rodados en la orilla de la playa. Pero no fue hasta que se encontró con Roger en el colmenar, con una mano sujetando la muñeca del otro brazo, e inspeccionando una picadura que tenía en la palma de la mano libre, cuando Holmes interactuó con el chico directamente. Sujetando la mano que había recibido el picotazo, usó las uñas para extraerle el aguijón de la abeja, mientras le explicaba:

—Ha sido una suerte que no hayas intentado extraerte por ti mismo el aguijón. Si lo hubieras hecho, hubieras vaciado el saco de veneno que hay en tu herida, así que a partir de ahora, utiliza las uñas, sácatelo de esta manera, y no aprietes el saco. ¿Has entendido, muchacho? Menos mal que lo hemos extraído a tiempo. ¿Ves aquí? Seguramente, se te hubiera inflamado.

Habría sido mucho peor, te lo aseguro.

—No me duele mucho —dijo Roger, mirando a Holmes con los ojos entrecerrados, como si el sol de repente le estuviera dando de cara.

—Pues pronto lo hará, pero solo un poco, según preveo. Si ves que empeora, usa agua con sal, o un poco de zumo de cebolla; normalmente, con eso suele bastar.

—Oh.

Y mientras Holmes esperaba ver alguna que otra lágrima cayendo por las mejillas del chico (o, al menos, algo de miedo por haber sido visto cerca del colmenar) le sorprendió ver cuánta atención había puesto Roger a su explicación sobre cómo tratar las picaduras de las abejas, extasiado, por lo que podía ver, en la vida apícola, con la luz reflejada en los centenares de abejas que zumbaban antes de entrar o salir volando de las colmenas. Si alguna vez el chico hubiera llorado, o si alguna vez hubiera mostrado la menor carencia de coraje, Holmes nunca le hubiera pedido que lo

acompañara, ni hubiera levantado la tapa de uno de los panales para que Roger pudiera ver cómo era ese mundo por dentro (con los cubículos de miel y sus celdas de cera blanca, las celdas más grandes que se utilizaban para la crianza de zánganos, las celdas más oscuras, donde la casta de las obreras vivía), y tampoco hubiera perdido ni uno más de sus pensamientos en el chico, ni considerado en ningún aspecto. Este es el caso, pensó, en el que los chicos excepcionales resaltan por encima de sus mundanos padres. Si el chico hubiera llorado, no lo hubiera invitado a regresar la tarde siguiente, permitiendo que fuera testigo de primera fila de las *obligaciones de marzo*, en las que se comprueba semanalmente el peso de cada colmena, asegurándose de que hay bastante comida para los nidos de crianza.

Subsecuentemente, el chico fue convirtiéndose de un curioso espectador a una ayuda estimable. Holmes le dio a Roger los ropajes que él ya no utilizaba, que no eran sino unos guantes de brillante color y un gorro con velo, los cuales le permitieron crecer sintiéndose cómodo a la hora de tratar con las abejas. Pronto, estas reuniones se convirtieron en una innata asociación. Cada día, después del colegio, especialmente por la tarde, el chico se reunía con Holmes en el colmenar. Durante el verano, Roger se levantaba temprano para ocuparse de las colmenas hasta que Holmes llegara. Cuando estaban atendiendo las colmenas o, a veces, sentados tranquilamente en la pradera, la señora Munro les llevaba sándwiches, té y, a veces, algún que otro pastel que hubiera horneado por la mañana.

Durante los días más calurosos, después de cualquier trabajo que se hubiera estado realizando, y cuando las zonas estancadas estaban llenas de refrescante agua, bajaban por el serpenteante camino del acantilado, con Roger siempre caminando junto a Holmes, apartando las piedras del camino y mirando continuamente al océano que oleaba abajo, parándose de vez en cuando para estudiar algo que hubieran encontrado durante el camino (algún trozo de concha, o un escarabajo, o algún fósil en la roca del acantilado). Un cálido aroma a sal iba en aumento a medida que iban descendiendo por la senda. A Holmes le embelesaba la continua inquisición del chico. Una cosa es que a cualquier niño le pudiera llamar la atención un objeto cualquiera, pero una mente inteligente, como la de Roger, le obligaba a inspeccionar y tocar con cuidado cualquier cosa que hubiera atraído su atención. Holmes estaba seguro de que no había nada de interés en todo el camino, pero aun así, siempre se inclinaba con Roger cada vez que este se paraba, contemplando aquello que el chico quería mirar de cerca.

La primera vez que bajaron por el camino juntos, Roger se quedó mirando la roca escarpada que se alzaba sobre sus cabezas y preguntó:

—¿Este acantilado está compuesto tan solo de piedra caliza?

—De caliza y de arenisca.

Entre los estratos de caliza, —explicó Holmes mientras seguían bajando—, hay

partes de arcilla, arena verde, y algo de arena de Melden, en ese orden. La arcilla sirvió de cimiento, y las sucesivas capas de arenisca quedaron cubiertas por la piedra caliza, de nuevo la arcilla, y los miles de pedruscos que han traído épocas de incontables tormentas.

—Oh —dijo Roger, abstraído, y saliéndose casi por el borde del camino.

Soltando uno de los bastones, Holmes lo cogió y le obligó a retroceder.

—Cuidado chico. Debes mirar dónde pones los pies. Toma mi brazo.

El camino en sí casi no era lo suficientemente ancho como para albergar a un adulto, pero sí lo era para un anciano y un chico caminando uno al lado del otro. El camino apenas tenía un metro de anchura, y en las zonas erosionadas aún se estrechaba más, pero ellos dos se las arreglaron para poder avanzar de esta manera sin muchos problemas. Roger iba casi por el borde, Holmes iba pegado al acantilado, mientras que el chico asía firmemente el brazo del anciano. Después de un rato, la senda se abría en un punto, creando así un lugar magnífico para divisar las vistas. A pesar de que la intención de Holmes era continuar hasta abajo, (las zonas de agua estancada solo estaban llenas durante el día, ya que durante la noche toda la orilla quedaba inundada por la marea), vio aquel mirador como un lugar perfecto para detenerse, descansar y conversar un rato. Sentándose allí con Roger, Holmes sacó un jamaicano de uno de sus bolsillos, pero pronto se dio cuenta de que no llevaba cerillas, así que resolvió masticar el tabaco, mientras saboreaba a su vez la brisa marina, siguiendo la vista fija del muchacho, que miraba cómo las gaviotas volaban en círculos planeando y graznando.

—Anoche escuché a los chotacabras. ¿Los escuchó usted?

—¿Has escuchado a los chotacabras? Qué afortunado eres.

—La gente los llama así, aunque yo no creo que se alimenten de esos animales.

—De hecho, se alimentan de insectos, en su mayor parte. Los atrapan gracias a sus alas.

—Oh.

—También tenemos búhos.

De repente, el rostro de Roger se iluminó.

—Nunca he visto uno. Me gustaría tener uno como mascota, pero mi madre no es de la opinión de tener a los pájaros como mascotas. Sin embargo, a mí me parece que estaría muy bien tener a uno volando alrededor de la casa.

—Bueno, entonces tal vez podamos atrapar a algún búho alguna noche. Tenemos una multitud por toda la propiedad, así que no nos costará mucho.

—Sí, me encantaría.

—Por supuesto, tendremos que disponer a tu búho en algún lugar donde tu madre no pueda encontrarlo. Tal vez mi estudio sea el lugar apropiado.

—¿Ahí no miraría?

—No, no creo que osara. Pero si lo hiciera, yo le podría decir que el animal era de mi propiedad.

Los labios del muchacho formaron una picara sonrisa.

—Seguro que a usted le creería.

Dejando ver un poco que tampoco estaba hablando muy en serio respecto al búho, Holmes le guiñó un ojo al chico. Al mismo tiempo, apreciaba aquellas confianzas con el chico. El compartir un secreto, las alianzas que suelen formarse durante las amistades. Aquello agradaba tanto a Holmes, que se vio haciendo una oferta que en otro caso no se hubiera producido:

—De todas formas, Roger, hablaré con tu madre. Sospecho que tal vez sí te deje tener un periquito.

Y aún para remarcar más su camaradería, le prometió que terminarían su trayecto al día siguiente, que empezarían antes la caminata y llegarían a las zonas de agua estancada antes de que anocheciera.

—¿Quedaremos entonces, señor? —preguntó Roger.

—Claro. Podrás encontrarme en el colmenar.

—¿A qué hora, señor?

—Con que quedemos a las tres será más que suficiente. ¿No crees? Eso nos permitirá ampliar el tiempo de caminata, el baño, y la vuelta. Creo que ese ha sido nuestro fallo, hemos comenzado nuestro paseo muy tarde.

De hecho, el sol se estaba ocultando, y la brisa del océano ya los envolvía. Holmes aspiró profundamente, entrecerrando sus ojos mientras miraba al sol. Con su vista nublada, el océano de abajo parecía una oscurecida llanura bordeada por una erupción.

Debemos volver a casa, pensó, pero Roger parecía no tener prisa, ni Holmes tampoco, quien miró de reojo y contempló aquel joven rostro que miraba hacia el cielo, con aquellos claros ojos azules, fijos en las gaviotas que volaban en círculos por encima de ellos. Un poco después, Holmes recordó el momento, sonriendo mientras observaba al chico que miraba con la boca abierta al cielo, como con una extraña fascinación, impertérrito ante el brillo del sol, o el azote persistente del viento.

Muchos meses después, Holmes entró en la pequeña habitación de Roger (fue la primera y la última vez que estuvo entre las pocas pertenencias del chico).

En una encapotada y gris mañana, sin que ninguna otra alma anduviera por la zona de invitados, abrió los sombríos alojamientos de la señora Munro, adentrándose en las habitaciones donde las cortinas permanecían aún echadas, manteniendo todo a oscuras. Se aferró con más fuerza a sus bastones, como anticipando que alguna forma vaga e inimaginable surgiera de las sombras. Luego continuó su camino, con el repiqueteo de sus bastones sonando con más fuerza que sus propios pasos, hasta que llegó hasta la puerta de la habitación de Roger, la cual estaba abierta, y así entró en la única habitación de aquella parte de la zona de invitados que no permanecía cerrada la mayor parte del día.

La habitación estaba muy recogida, lejos del desconcierto caótico de la vibrante vida diaria de un chico que Holmes esperaba encontrar. Así que terminó deduciendo que el hijo de un ama de llaves tendería mucho más que el resto de niños a mantener sus cosas ordenadas, a menos que, por supuesto, su habitación también fuera atendida por el ama de llaves. Aun así, ya que el chico era concienzudo por naturaleza, Holmes vio con muy buenos ojos el hecho de que el chico fuera tan ordenado y tan trabajador. Además, el persistente olor de la naftalina no se había filtrado a la habitación, lo que sugería que la señora Munro no pasaba mucho por allí. Sustituyendo ese hedor, había un olor a humedad, que no era desagradable.

«Como el olor del campo durante una tormenta, —pensó—. Como el de un puñado de tierra en las manos».

Durante un rato, se sentó al borde la pulcra cama del chico, fijándose en los detalles que lo rodeaban. Las paredes pintadas de azul, las ventanas tras unas finas cortinas de encaje, el diferente mobiliario de roble (la mesita de noche, la estantería, la cajonera). Mirando a través de la ventana, con la mesa de estudio justo debajo, miró el mecer de las ramas de los árboles de afuera, lo que le pareció etéreo tras la tela de encaje, como si acariciara silenciosamente los cristales de la ventana.

Poco después, las pocas pertenencias personales que Roger había dejado por la habitación atrajeron su atención. Seis libros de texto, apilados en el escritorio, una andrajosa maleta para la escuela colgada del pomo del armario, el cazamariposas, dispuesto de pie sobre el mango en uno de los rincones. Finalmente se puso de pie, caminando lentamente y pasando de una pared a otra, como el que mira respetuosamente las obras exhibidas en un museo, deteniéndose para mirar algunas cosas más de cerca, y resistiéndose a tocar ciertas pertenencias.

Pero lo que allí vio no le sorprendió, ni tampoco le hizo saber nada nuevo sobre el chico. Había libros de estudio y de pájaros, sobre las abejas, sobre la historia bélica,

algunas revistas de ciencia ficción, una buena cantidad de ejemplares de *National Geographic* (dispuestos cronológicamente en dos estantes), junto a unas pocas rocas y conchas recogidas en la playa, ordenadas por tamaño y preferencia, alineadas en filas iguales sobre la cajonera. Aparte de los seis libros de texto, en el escritorio había cinco lápices bien afilados, rotuladores, papel negro, y el vial con las dos abejas japonesas. Todo estaba en perfecto orden, en su lugar correcto, alineado. Igualmente, los objetos que había sobre la mesita de noche estaban asimismo ordenados: unas tijeras, un bote de pegamento y un libro de recortes de portada negra, sin adornos.

No obstante, los que parecían ser los objetos más relevantes estaban en la pared, colgados o pegados. Los coloridos dibujos de Roger, que mostraban anónimos soldados disparando sus rifles de color marrón unos contra otros, con tanques de color verde saltando en pedazos, y violentos garabatos de color rojo surgiendo del pecho o de las cabezas de ojos bizcos, con los del fuego antiaéreo de los cañones amarillos dirigidos sobre un bombardero de color azul y negro. Las decenas de figuras masacradas estaban desparramadas sobre un sangriento campo de batalla, mientras que un anaranjado sol sale, o se pone, sobre un horizonte rosa.

En la pared también había tres fotografías enmarcadas, retratos de color sepia, que mostraban a una sonriente señora Munro sosteniendo a su hijo de pocos años en sus brazos mientras que su padre estaba de pie, orgulloso, detrás de la pareja; al chico posando con su padre de uniforme en una estación de tren, y un jovencísimo Roger corriendo a los brazos de su padre. Cada una de las fotografías, una junto a la cama, una junto al escritorio y una junto a la estantería, mostraban a un hombre fuerte, fornido, con un corte de cara cuadrado, rubicundo, pelo rubio peinado hacia atrás, y con los ojos benevolentes de alguien que se ha ido y al que se le echa de menos terriblemente.

Aun así, de todas las cosas que allí había, fue el libro de recortes lo que, al final, atrajo durante más tiempo la atención de Holmes. Volviendo a la cama del chico, se sentó y, mirando la mesita de noche, observó el libro de recortes, las tijeras y el pegamento.

«No, —se dijo a sí mismo—, no abriría aquel libro. No husmearía más de lo que ya había husmeado. Mejor sería que no, —se dijo en una advertencia, mientras cogía el libro de recortes, y con ese gesto, hizo caso omiso a sus pensamientos».

Unos momentos después, ya estaba pasando las páginas del libro lenta y pausadamente, con sumo cuidado, fijando luego su vista en una serie de intrincados *collages* (fotografías y palabras recortadas de diferentes revistas, siendo luego pegadas de manera conjunta). El primer tercio del libro de recortes mostraba un interés del chico por la naturaleza, la vida salvaje y el verdor. Un oso rugía en el bosque alzado sobre sus dos patas, mientras era observado por unos leopardos que yacían bajo los árboles africanos. Las caricaturas de unos cangrejos ermitaños se

escondían de unos pumas que gruñían bajo los girasoles de Van Gogh. Un zorro, un búho y un jurel acechaban bajo un montón de hojas secas. Lo que siguió a esto, sin embargo, fue mucho menos escénico, aunque de igual diseño. La vida salvaje se transformó en soldados americanos y británicos, los bosques mutaron en ciudades ruinosas a causa de los bombardeos, y las hojas secas fueron sustituidas por cadáveres, o incluso las palabras Derrota, Fuerzas, Retirada, dispuestas al azar por las páginas.

La Naturaleza siempre se complementa a sí misma. El hombre siempre está enfrentado consigo mismo. Holmes pensó que esa era la visión ying-yang mundial que tenía el muchacho. Supuso que los primeros *collages*, los del principio del libro de recortes, habían sido realizados hacía años, cuando el padre de Roger aún estaba vivo (el aspecto de alguno de los recortes, arrugados y amarillentos por el borde, así lo indicaba, así como la ausencia de olor a pegamento). El resto, dedujo después de oler las páginas, y de haber examinado los bordes de tres de los cuatro *collages*, habían sido confeccionados poco a poco a lo largo de estos meses pasados, siendo un trabajo mucho más complicado, artístico y metódico dentro de su línea.

Incluso con esto, la última obra de Roger parecía estar inconclusa. En realidad, tan solo había una única imagen en el centro de la página, así que parecía que el *collage* estaba recién empezado. O, tal vez, se preguntó Holmes, el chico pretendía que la obra fuera contemplada así, tal cual. Una desolada y monocromática fotografía flotando en un vacío negro. Una solitaria, misteriosa, pero emblemática conclusión de todo lo que le había precedido (la vivida imaginería solapada, la fauna y la flora, y los nefastos momentos de los soldados en la guerra). La fotografía en sí no albergaba ningún misterio. Holmes conocía el lugar bastante bien, gracias a la visita que realizó a Hiroshima con el señor Umezaki. Era el antiguo edificio de la prefectura del gobierno reducido a un esquelético resto de lo que fue por la bomba atómica. (La cúpula de la bomba atómica, tal y como lo llamó Umezaki).

Pero allí, solitario en la página, el edificio expresaba una especie de resonancia interior de aniquilación, mucho más intensa que cuando la vio en persona. La fotografía había sido tomada semanas, tal vez solo días después del lanzamiento de la bomba, mostrando una inmensa ciudad de escombros. Sin personas, sin tranvías ni trenes, nada reconocible salvo el fantasmal caparazón de la prefectura sobre un desolado escenario calcinado. Lo que precedió a esta obra final, páginas y más páginas negras del libro sin usar, simplemente remarcaron el inquietante impacto de aquella única imagen.

De repente, mientras cerraba el libro, Holmes se dio cuenta de que se había deshecho de la intranquilidad que le había invadido al entrar en la residencia para invitados.

«Algo está pasando con el mundo —pensó—. Algo ha cambiado hasta la médula,

y no me siento capaz de encontrarle sentido.

—¿Así que, dígame, qué es la verdad? —le preguntó en una ocasión Umezaki—. ¿Cómo llega hasta ella, señor? ¿Cómo desteje la verdadera naturaleza de algo que no quiere ser descubierto?».

—No lo sé —dijo Holmes en voz alta, allí, en la habitación de Roger—. No lo sé —dijo de nuevo, poniendo su cabeza sobre la almohada del chico, y cerrando los ojos, con el libro de recortes apretado contra su pecho.

—No tengo las suficientes pistas...

Holmes empezó a adormecerse, pero no en el tipo de reposo en el que uno se hunde después de caer exhausto, o el reposo sin descanso en los que el sueño y la realidad se confunden, sino en un estado ensimismado que lo sumió en una inmensa quietud. Este sueño profundo y extenso lo llevó lejos de allí, lejos del dormitorio donde su cuerpo descansaba.

Una vez dejado el equipaje, Holmes y el señor Umezaki subieron a bordo del tren de la mañana (ambos compartían maleta, ya que habían decidido llevar poco equipaje para aquel viaje tan corto). Se habían encontrado con Hensuiro en la estación, donde, sujetando fuertemente las manos de Umezaki, le susurró algo al oído de su compañero. Entonces entraron en el vagón desde el andén, se puso frente Holmes e inclinándose exageradamente dijo:

—De nuevo hablaremos, mucho de nuevo, sí.

—Sí —dijo Holmes, divertido—. Mucho, mucho de nuevo.

Cuando el tren salió de la estación, apretujado entre un montón de soldados australianos, Hensuiro estaba todavía en el andén moviendo sus brazos levantados y, sin moverse, se iba haciendo más y más pequeño, hasta desaparecer.

En poco tiempo, el tren pasó junto al monumento de la parte oeste, y tanto Holmes como Umezaki se sentaron de manera rígida en sus asientos adyacentes de segunda clase, mirando a ambos lados cómo los edificios de Kobe iban dando paso gradualmente a la exuberante vegetación, que pasaba en rápidas ráfagas por la ventanilla.

—Hace una mañana estupenda —señaló Umezaki, un comentario que repetiría muchas veces a lo largo de todo aquel primer día de viaje (la estupenda mañana dio paso a una estupenda tarde y, finalmente, a una estupenda noche).

—Verdaderamente —contestó Holmes.

Sin embargo, durante el comienzo del viaje, los dos apenas dijeron una palabra. Se sentaron tranquilamente, ausentes y pensativos, cada uno en su respectivo asiento. Durante un tiempo, el señor Umezaki se entretuvo escribiendo un pequeño diario de viaje de color rojo, (más *haiku*, supuso Holmes) mientras que Holmes, con un jamaicano en la mano, contemplaba el borroso paisaje de fuera. Tuvo que pasar un tiempo hasta que llegaron a la estación de Akashi, cuando el traqueteante movimiento del tren hizo que a Holmes se le cayera el cigarro de los dedos, rodando por el suelo, para que comenzaran una verdadera conversación, iniciada por la incesante curiosidad de Umezaki, que abarcaba un montón de temas antes de su llegada a Hiroshima.

—Permítame —dijo Umezaki, levantándose para coger el cigarro.

—Gracias —dijo Holmes, quien para entonces había hecho el ademán de levantarse; se sentó otra vez, y apoyó los bastones en su regazo.

De nuevo en sus asientos, viajando con la pradera rápidamente a su lado, Umezaki pasó sus dedos sobre la madera barnizada de uno de los bastones.

—Han sido tallados de manera muy pulcra, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo Holmes—. Han estado conmigo los últimos veinte años, si no

más. Son mis compañeros de confianza, ¿sabe usted?

—¿Siempre ha utilizado los dos para caminar?

—No, hasta hace poco tiempo, poco tiempo desde mi perspectiva, se entiende. De hecho, creo que lo llevo haciendo desde hace cinco años, si la memoria no me falla.

Entonces, Holmes, sintiendo la necesidad de explayarse, dijo:

—En realidad, cuando camino solo necesito el bastón derecho. Sin embargo, el izquierdo tiene un doble propósito: como apoyo en el caso de que se me cayera el derecho y tuviera que agacharme a recogerlo, o para poder seguir permaneciendo de pie, usándolo como sustituto si perdiera el bastón derecho de una manera irrecuperable.

Por supuesto, continuó indicando que, si no fuera por las beneficiosas facultades de la jalea real, los bastones no le servirían de nada, pues estaba seguro de que entonces se vería confinado a una silla de ruedas.

—¿Es eso cierto?

—Incuestionablemente.

Con esto, se enzarzaron en una larga discusión, ya que ambos estaban ansiosos por hablar sobre los beneficios de la jalea real, especialmente, en lo que se refería a frenar o atenuar el proceso de envejecimiento. El señor Umezaki había entrevistado a un herbolario chino antes de la guerra, al que preguntó sobre las eficientes cualidades de aquella secreción blanca.

—El hombre era de la firme opinión de que la jalea real era la más clara ayuda para la menopausia y el climaterio^[17] masculino, así como para las enfermedades del hígado, la artritis reumática y la anemia.

—Flebitis, úlcera gástrica y diferentes condiciones degenerativas —dijo Holmes—, y para tratar también la mayoría de las carencias físicas o mentales. También es buena para la piel, ya que elimina fácilmente las manchas e imperfecciones faciales, las arrugas, así como para los signos del envejecimiento, o incluso para la senilidad prematura.

Lo más increíble de todo, según comentó Holmes, era el hecho de que, una sustancia tan poderosa, y cuya composición química no era del todo conocida, pudiera ser producida por las glándulas faríngeas de una abeja obrera, creando reinas de una ordinaria larva, y curando multitud de enfermedades humanas.

—Sin embargo, por mucho que lo he intentado —dijo Umezaki—, no he encontrado apenas evidencias que apoyen sus usos terapéuticos.

—Ah, amigo, pero las hay, las hay —replicó Holmes, sonriendo—. Hemos estado estudiando la jalea real durante mucho, mucho tiempo, ¿verdad? Sabemos que posee una gran cantidad de proteínas y lípidos, ácidos grasos y carbohidratos. Dicho esto, ninguno de nosotros ha sido capaz de descubrir todo lo que contiene, así que dependo de la única evidencia que poseo, que no es otra que mi propio estado de salud. Asumo

que usted no es un consumidor habitual.

—No. Aparte de escribir uno o dos artículos en revistas, mi interés es puramente casual. Sin embargo, me temo que tal vez debería posicionarme en el bando escéptico en lo que respecta a este asunto.

—Qué pena —dijo Holmes—, realmente esperaba que me pudiera ceder un tarro para mi viaje de vuelta a Inglaterra. Hace algún tiempo que no tomo. Nada que no pueda remediar una vez llegue a mi casa, pero me gustaría haber recordado el incluir uno o dos tarros en mi equipaje. Afortunadamente, tengo más que suficientes cigarrillos jamaicanos, así que no carezco de todo lo que necesito.

—Tal vez podamos encontrar durante nuestro viaje.

—Qué molestia.

—No lo considero molestia alguna.

—En realidad tiene razón. Consideremos el precio que nos impongan como el precio que debo pagar por el olvido. Parece ser que ni la jalea real previene de la inevitable pérdida de memoria.

Y esto fue, una vez más, otro trampolín para su conversación, porque ahora fue Umezaki quien, acercándose a Holmes y hablando en voz baja, como si su pregunta fuera de suma importancia, le preguntó sobre sus renovadas facultades, específicamente, quería saber cómo Holmes había conseguido tal maestría en la habilidad de percibir con facilidad lo que a los ojos de los demás era imposible de ver.

—Soy consciente de que usted cree que es producto de la más pura observación como una herramienta definitiva para conseguir respuestas, excepto que no consigo descifrar la manera en la que estudia una situación en concreto. Por lo que he leído, así como por lo que he visto en primera persona, parece que usted no se limita a observar, sino que tiene una habilidad especial para recordar, casi con una calidad fotográfica, y, de alguna forma, es así como llega a la verdad.

—¿Qué es la verdad?, preguntó Pilatos —dijo Holmes, suspirando—. Francamente, amigo mío, he perdido mi apetito por la verdad. Para mí, simplemente existe lo que existe, llámelo verdad, si así lo prefiere, o mejor diga, y yo entiendo esto viéndolo con bastante perspectiva, si se me permite decirlo, simplemente veo lo que se me muestra con claridad, intentando recabar toda la información posible de lo que me rodea, sintetizándola luego en algo con valor. Las implicaciones universales, místicas, o temporales a largo plazo, implicaciones en las que tal vez la verdad reside, no me son de interés.

—¿Y sus recuerdos? ¿Cómo los utiliza?

—¿A qué se refiere, en términos de la formación de una teoría, o alcanzando una conclusión?

—En eso exactamente.

Cuando era joven, Holmes le hubiera dicho entonces que los recuerdos visuales eran fundamentales en su capacidad para solventar problemas. Cada vez que examinaba un objeto o investigaba una escena de crimen, todo quedaba convertido automáticamente en palabras y números, que correspondían a las cosas que veía. Una vez que esta conversión había formado una constante en su mente (una serie particular de frases o ecuaciones las cuales podía desechar o visualizar), las dejaba grabadas en su memoria, y mientras estos datos permanecían aletargados cuando él estaba ocupado en otras consideraciones, emergerían con rapidez cada vez que su atención se centraba en los hechos que los habían generado.

—Con el tiempo, me di cuenta de que mi mente ya no funcionaba de aquella manera tan fluida —continuó Holmes contando—. El cambio fue gradual, pero ahora puedo ver claramente la diferencia. Mi método para recordar, ese que le acabo de explicar respecto a la agrupación de números y palabras, no era de tan fácil acceso como lo había sido tiempo atrás. Viajando por la India, por ejemplo, bajé del tren en mitad de algún país, una parada corta en un sitio en el que nunca había estado. Pronto fui acosado por un pedigüeño danzarín semidesnudo, una compañía de lo más divertida. En otros tiempos, hubiera grabado en mi mente todo lo que me rodeaba al detalle, la arquitectura de la estación de tren, las caras de la gente que pasaban a mi lado, los comerciantes en sus puestos de venta, pero en aquella ocasión, no ocurrió. No recuerdo nada de la estación de tren, y no podría decirle si había vendedores o tan siquiera gente a mi alrededor. Todo lo que recuerdo era a aquel desdentado vagabundo de piel marrón que bailaba para mí con un brazo alargado para recibir un par de peniques. Lo único que retengo es un perfecto recuerdo de aquel hombre. Del lugar donde ocurrió el suceso, no recuerdo nada. Esto ocurrió hace dieciséis años, debería estar consternado de no ser capaz de recordar aquel sitio hasta el más mínimo detalle. Pero ahora solo recuerdo lo que es necesario. Los detalles menores no son esenciales, lo que aparece en mi mente son impresiones básicas, no todos los frívolos e inútiles detalles que rodean la escena, y estoy agradecido por ello.

En aquel momento, Umezaki no dijo nada, pero en su cara apareció la mirada distraída y pensativa de alguien que está procesando información. Después, asintió con la cabeza, y su gesto se suavizó. Cuando habló de nuevo, su voz sonó casi tentadora.

—Es fascinante, me refiero a la manera como lo describe.

Pero Holmes ya no lo escuchaba. Pasillo abajo, la puerta del vagón de pasajeros se abrió y entró una joven con gafas de sol. Iba vestida con un kimono gris y llevaba un parasol cerrado. Avanzó hacia donde ellos estaban sentados, y cada pocos pasos se detenía para aguantar el equilibrio. Aún en el pasillo, se quedó mirando por una de las ventanillas, aturdida por un momento por el paisaje borroso que pasaba a toda velocidad. De repente, al girar su rostro, Holmes pudo ver una horrible cicatriz que

desfiguraba uno de los lados de su cara, ya que subía como tentáculos reptantes desde su clavícula, a lo largo de su cuello, atravesaba su mandíbula, y se dirigía directamente al lado derecho de su cara, para desvanecerse en su immaculado pelo negro. Cuando por fin llegó a la parte delantera, pasó por su lado sin fijarse en ellos. Holmes se perdió en sus pensamientos.

«Fuiste una vez una atractiva joven. No hace mucho, eras la más bella visión que nadie pudiera disfrutar».

Llegaron a la estación de Hiroshima recién comenzada la tarde, salieron del tren y se sumergieron en una zona atestada, llena de puestos comerciales ilegales, y animada con el griterío de los regateos, el pasar de la mercancía ilegal, y el berrinche ocasional de algún niño cansado de caminar, pero después del monótono retumbar y las continuas vibraciones del viaje en tren, aquel clamor humano se convirtió en una cálida bienvenida. Tal y como Umezaki iba indicando, fueron entrando en una nueva ciudad renacida en los principios de la democracia, y así, el pasado mes, había sido elegido el primer alcalde por votación popular durante las primeras elecciones de posguerra; pero por lo que Holmes pudo ver a medida que el tren pasaba por las afueras de la ciudad, no había casi nada que indicara que se estaban aproximando a una ciudad bulliciosa. En lugar de eso, Holmes se fijó en los grupos de barracas de madera, aldeas improvisadas a una distancia muy corta las unas de las otras, separadas tan solo por amplios campos de altas ambrosías^[18]. Cuando el tren se fue acercando a la dilapidada estación, se dio cuenta de que las ambrosías, que crecían densamente en las partes oscuras, en suelo no uniforme y tierras calcinadas, o en las ruinas de hormigón y cemento, estaban de hecho medrando en una zona totalmente arrasada donde anteriormente se alzaban edificios de oficinas, distritos comerciales e incluso barrios enteros.

Normalmente, detestaba las ambrosías, pero lo que Holmes aprendió del señor Umezaki fue una especie de bendición que apareció después de los crueles tiempos de guerra. En Hiroshima, las plantas sufrieron una súbita capacidad de emerger, ofreciendo así un sentido de esperanza y renacer, que hizo que desapareciera la teoría ampliamente aceptada que decía que la ciudad permanecería estéril durante al menos diecisiete años.

Aquí y allá, la enorme cantidad de crecimientos de flora impedían que la hambruna causara estragos en la población.

—Las hojas y las flores se han convertido en un ingrediente habitual en las comidas —dijo Umezaki—. No es que hagan los platos más apetecibles o sabrosos, pero créame, aquellos que no pueden seguir con el estómago vacío, se las comen para aliviar el hambre.

Holmes seguía mirando a través de las ventanillas, buscando signos más evidentes de la ciudad, pero, a medida que el tren iba avanzando por las vías, tan solo podía ver agrupaciones de barracas, las cuales iban aumentando en número, con algunas de las parcelas vacías convertidas en modestos jardines vegetales, y el río Enko, que se extendía paralelo a las vías.

—Si mi estómago estuviera vacío, yo también cocinaría mis platos con lo que tuviera más a mano, es la manera más personal de cocinar.

El señor de Umezaki asintió mostrando estar de acuerdo.

—De hecho, es una manera muy personal de hacerlo, en el mejor de los sentidos.

—Aun así, debe de ser interesante.

Para cenar, Holmes esperaba algún plato o guiso de ambrosía, pero, en su lugar, degustó otra especialidad local: un crep al estilo japonés cubierto de una salsa dulce, y relleno de lo que el cliente eligiera de una lista. Este plato lo ofrecían los vendedores ambulantes, o en los puestos de fideos de alrededor de la estación de Hiroshima.

—Lo llamamos *okonomi-yaki* —le explicó Umezaki más tarde, mientras estaban sentados en un puesto de fideos, viendo cómo el cocinero confeccionaba aquel plato con gran habilidad sobre una larga parrilla de hierro, a la vez que su apetito aumentaba ante los aromas que se estaban cocinando delante de ellos.

Entretanto, Umezaki también comentó que la primera vez que probó aquel plato era tan solo un crío, durante unas vacaciones que pasó en Hiroshima junto a su padre. Desde aquel viaje de su niñez, había vuelto a aquella ciudad muy pocas veces, quedándose tan solo el tiempo suficiente para realizar un cambio de tren, pero aun así, algunas veces algún vendedor de *okonomi-yaki* aparecía por la estación.

—Siempre me ha resultado imposible el resistirme, el mero olor me lleva de nuevo a aquel fin de semana con mi padre. Me traslada a la visita del Jardín de Shukkei-en. Rara es la vez que recuerde ese viaje con mi padre, sin que esté presente el olor del *okonomi-yaki* en el ambiente.

Durante su cena, Holmes se detenía de vez en cuando entre bocado y bocado, escarbando en el interior del crep con un palillo, intentando discernir entre la mezcla de carne, fideos y vegetales. En una de las ocasiones dijo:

—Es un plato muy sencillo, pero a su vez bastante exquisito ¿verdad?

Umezaki primero se ocupó del trozo de crep que mantenía sujeto con los palillos. Parecía más preocupado en masticar, y no contestó hasta que engulló el bocado.

—Sí —dijo por fin—. La verdad es que sí.

Más tarde, siguiendo las vagas indicaciones del ocupado cocinero, se dirigieron al Jardín de Shukkei-en, un refugio floral del siglo xvii que Umezaki imaginaba que Holmes iba a disfrutar. Cargando su maleta de equipaje en una de sus manos, y caminando a través de calles repletas de viandantes, atravesadas por palos de teléfono y pinos, fue como revivir el pasado, extrayendo los recuerdos que de su niñez albergaba sobre aquella ciudad. El jardín, le contó a Holmes, era un paisaje en miniatura, con un estanque inspirado en el famoso lago Xi Hu de China, consistente en pequeños arroyos, isletas y puentes que parecían mucho más grandes de lo que eran en realidad. Un oasis insólito, pensaba Holmes cuando intentaba imaginarse el lugar, imposible de concebir, tal y como parecía, en una ciudad arrasada en la que luchaba por renacer, (con el tronar de los martillos hidráulicos, el rugir de la

maquinaria pesada a su alrededor, mientras que los obreros iban calle arriba y abajo con troncos cargados sobre sus hombros, en medio del tapiz de coches y caballos).

En cualquier caso, Umezaki admitió con todo su pesar que la Hiroshima de su juventud ya no existía, y temía que el jardín hubiera sido dañado seriamente por la bomba. Al mismo tiempo, creía que algo de su encanto original todavía permanecía intacto. Tal vez fuera aquel puente de piedra sobre aquel pequeño estanque, tal vez fuera esa farola de piedra esculpida a la imagen de Yang Kwei Fei.

—Supongo que lo sabremos pronto —dijo Holmes, ansioso por dejar aquellas calles llenas de gente y agobiante sol, y cambiarlo por el ambiente sereno y relajado, donde tomar un descanso a la sombra de los árboles, y enjugar el sudor de su frente.

Pero andando ya cerca del puente que atravesaba el río Motoyasu, en el mismo centro de la ciudad, Umezaki se percató de que habían girado mal una esquina, o que, por alguna razón, había entendido mal las instrucciones del cocinero. Pero en lugar de detenerse, decidió seguir más allá, camino de lo que les esperaba delante.

—La cúpula de la bomba atómica —dijo Umezaki, señalando una cúpula de hormigón armado que había quedado partida en dos después de la explosión. Su dedo índice siguió subiendo más allá de la altura del edificio, señalando el cielo azul. Fue allí, según dijo él, donde se produjo el resplandor, la explosión, el inexplicable *pika-don* que envolvió a la ciudad en una tormenta de fuego, y que amainó trayendo varios días lluvia, lluvia negra, radioactividad mezclada con las cenizas de las casas, los árboles, y los cuerpos que habían sido barridos por la onda expansiva y que ahora subían en remolinos hacia la atmósfera.

Mientras se aproximaban al edificio, la brisa del río empezó a soplar de manera más fuerte, y el caluroso atardecer refrescó de repente. Los sonidos de la ciudad, solapados por el viento, embotaban mucho menos cuando se pararon para echar un cigarrillo. Umezaki dejó la maleta en el suelo antes de darle fuego Holmes, y ambos se sentaron sobre una columna caída (una ruina muy conveniente, alrededor de la cual habían crecido varias hierbas salvajes). Como sitio donde se acababan de plantar árboles, la zona no disponía de nada parecido a una sombra. Era un trozo de tierra abierto, que, con nadie presente si exceptuamos a una anciana acompañada de dos muchachas, parecía una orilla que había sido barrida por un huracán. Allí a lo lejos, en la verja que circundada el lugar donde se levantaba el edificio de la cúpula de la bomba atómica, podían ver a las tres mujeres, arrodilladas, dejando con sumo cuidado un collar adornado con una grulla de papel de entre los miles que ya había depositados allí.

Sentados, hipnotizados por el panorama de la estructura de hormigón armado, inhalaron y expulsaron el humo de sus cigarrillos a través de los labios entrecerrados. El monumento era un símbolo destrozado justo sobre la zona cero, un amenazador recuerdo de la muerte. Después de la explosión, fue uno de los pocos edificios que no

quedó reducido a un montón de restos derretidos. La estructura de acero de la cúpula se alzaba prominentemente por encima de ruinas hacia el cielo, mientras que casi todo lo demás por debajo de esta cúpula estaba destrozado, carbonizado, o simplemente había desaparecido. Dentro del edificio no había suelos, ya que la onda expansiva había hecho que todo el interior se derrumbara hasta el sótano, dejando tan solo las paredes de pie.

Aun así, a Holmes le dio la impresión de que aquel edificio transmitía esperanza, aunque no estaba seguro de por qué. Puede que fuera, dijo musitando, la esperanza que manifestaban los gorriones que se posaban sobre las vigas calcinadas, o los parches de cielo azul que se podían ver en el interior de la cúpula hueca, o puede que fuera debido a que, después de la insondable destrucción causada por la bomba, aquel edificio se mantenía de pie, perseverante y desafiante, como si él mismo fuera una atalaya de esperanza.

Muchos minutos antes, cuando atisbó a ver por primera vez el edificio, la misma proximidad de la cúpula sugería muertes violentas, provocando en Holmes un profundo resentimiento contra la ciencia moderna que tan de uso estaba últimamente en la humanidad. Esta era verdaderamente una era incierta de alquimia atómica. Recordó las palabras de aquel físico londinense al que una vez interrogó. Un individuo que, sin motivo aparente, había matado a su mujer y a sus tres hijos con estricnina, y quien, seguidamente, había prendido fuego a su casa.

Cuando, en repetidas ocasiones, se le preguntó por las causas de tan horrible crimen, el físico, rehusando hablar, escribió finalmente tres frases en un trozo de papel:

«Hay un gran peso que ejerce una presión terrible sobre nuestro mundo por todos sus lados al mismo tiempo. Por causa de esta presión, debemos detenernos. Debemos parar. Si no lo hacemos, nuestro planeta llegará a una parada inerte y completa, y dejará de rotar debido a la presión que ejercemos sobre ella».

Hasta hoy, muchos años después, no había podido encontrarle un mínimo sentido a aquella críptica declaración, por tenue que pudiera ser.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el señor Umezaki, tirando la colilla de su cigarrillo al suelo, para aplastarla luego con el pie. Luego echó un vistazo a su reloj.

—Me temo que no, no nos queda mucho tiempo. Si vamos a ver el jardín, y tomar el ferry a Miyajima, deberíamos irnos ya, así podremos estar en el *spa* cerca de Hofu al anochecer.

—Por supuesto —dijo Holmes, preparando sus bastones.

Mientras se alejaban de la columna, Umezaki se excusó con su amistosa y a la vez inquisitiva voz transportada por la brisa al pasar a través de las mujeres, para así poder seguir el camino correcto hacia el Jardín de Shukkei-en. Todavía saboreando su cigarro, Holmes miró a Umezaki y a las tres mujeres, los cuatro junto a aquel sombrío

edificio, sonriendo ante el sol del atardecer. Pudo ver el rostro arrugado de la anciana, quien sonreía de una manera inusualmente alegre, traicionada por la inocencia infantil que a veces resurge entre la gente de avanzada edad. Después, como si estuvieran sincronizadas, las tres se inclinaron en una reverencia, y Umezaki, tras hacer lo mismo, dio una media vuelta marcial, y caminó alejándose de ellas, mientras que su sonrisa se disolvió rápidamente en una austera y estoica expresión.

Al igual que la cúpula de la bomba atómica, el jardín de Shukkei-en estaba rodeado por una alta verja que impedía el acceso libre. Sin embargo, Umezaki siguió adelante sin inmutarse, y, tal y como parecía haber hecho en anteriores ocasiones, se dirigió a una abertura de la verja (realizada con un par de alicates, según sospechó Holmes, y abierta después con la ayuda de unos guantes, para crear así un hueco lo suficientemente ancho como para poder dejar pasar un cuerpo humano).

Al poco tiempo estaban deambulando por el circuito entramado de sendas interconectadas de polvo gris que se extendían a través de negros y estériles agujeros que antes eran estanques, ahora sin vida, y de restos de madera calcinada de lo que antes eran cerezos y ciruelos. Siguiendo un paso lento y calmado, a menudo se detenían para discernir qué camino seguir, avanzando a través de las cenizas calcinadas de lo que antes era un jardín histórico —los restos ennegrecidos de varios salones para la ceremonia del té—, un minúsculo grupo de azaleas había crecido en el mismo lugar donde antes posiblemente hubiera cientos de ellas, si no miles.

El señor Umezaki mantuvo el silencio mientras observaban, y para consternación de Holmes, ignoró cualquier pregunta con respecto al antiguo esplendor del jardín. Además, sin saber Holmes por qué, mostraba una frustrante necesidad de mantenerse junto al detective. A veces caminaba justo delante, o a veces se ponía justo detrás, deteniéndose, sin previo aviso, y dejando que Holmes siguiera avanzando solo. De hecho, desde que les pidió las indicaciones a las tres mujeres, el humor de Umezaki había cambiado, sugiriéndole al detective que algo se le había escapado. Holmes imaginó que el jardín que recordaba se había vuelto un lugar restringido y poco hospitalario, un lugar donde estaba prohibido el acceso público. Excepto que tal y como era evidente, no eran los únicos visitantes del jardín. Justo ahora iba a cruzarse un hombre de aspecto sofisticado, de cincuenta y pocos años, con las mangas de la camisa vueltas hasta el hombro. En sus manos cargaba a un pequeño niño que parecía muy contento de estar allí, vestido con unos pantalones cortos azules y una camiseta blanca. Mientras se aproximaban, el hombre saludó amablemente a Umezaki inclinando su cabeza, y diciéndole algo en japonés. Cuando Umezaki le replicó, inclinó de nuevo su cabeza. Parecía que el hombre iba a añadir algo, pero el niño le cogió de la mano, urgiéndole a seguir el paseo, así que el hombre simplemente volvió a inclinar la cabeza y siguió su camino.

Cuando Holmes le preguntó respecto a la charla que habían mantenido, Umezaki sacudió su cabeza y se encogió de hombros. Según dedujo Holmes, aquellas palabras tuvieron un efecto desagradable en Umezaki. Parecía distraído, miraba muy a menudo por encima de su hombro, andaba cerca de Holmes, y sujetaba la maleta con los nudillos de la mano blancos debido a la fuerza que ejercía sobre el asa, con el

rostro de alguien que ha visto una aparición. Así, justo antes de adelantarse de nuevo, dijo:

—Es raro... pero juraría que las personas con las que nos hemos cruzado eran mi padre, aunque el niño no era mi hermano pequeño, me refiero a mi verdadero hermano, no a Hensuiro. Tal y como usted dijo, me crie como hijo único, y he pasado la mayor parte de mi vida sin el disfrute de un hermano o hermana. No vi la necesidad de mencionarle su existencia. Murió de tuberculosis. De hecho, murió justo un mes después de que camináramos por esta misma senda.

Miró hacia atrás mientras aceleró el ritmo de sus pasos.

—Es muy extraño, Sherlock-san. Ha pasado tanto tiempo y, sin embargo, esos recuerdos no parecen lejanos en absoluto.

—Tiene usted razón, amigo —dijo Holmes—. El pasado a veces me sobresalta con vívidas escenas e impresiones inesperadas, momentos que apenas recordaba antes de que volvieran a mi mente sin previo aviso.

El camino los llevó a un estanque algo más largo, que se curvaba al pasar bajo un puente que se arqueaba sobre las aguas. Había multitud de pequeñas islas que moteaban el estanque, cada una de las cuales tenía restos de salones de té, cabañas, e incluso pequeños puentes que las unían. De repente, el jardín parecía enorme, lejos de cualquier ciudad. Caminando por delante, el señor Umezaki se detuvo, esperando a que Holmes lo alcanzara. Después, los dos hombres se detuvieron a observar a un monje que estaba sentado con las piernas cruzadas en una de las islas. Su anciano cuerpo estaba perfectamente derecho y quieto, como una estatua, y su cabeza, afeitada, estaba inclinada mientras rezaba.

Holmes se detuvo cerca de Umezaki, y cogió una pequeña piedra de color turquesa del camino para guardarla a continuación en su bolsillo.

—No creo que exista una cosa parecida al destino en Japón —dijo Umezaki sin previo aviso, con su mirada fija en el monje—. Tras la muerte de mi hermano, vi cada vez menos a mi padre. Viajaba mucho durante aquellos días, de Londres a Berlín. Con Kenji muerto, Kenji era el nombre de mi hermano, y el dolor de mi madre imperando por toda la casa, deseaba poder acompañarle en sus viajes. Pero era un simple niño, entiende, y mi madre me necesitaba más que nunca. Mi padre, sin embargo, era alentador. Me prometió que si aprendía inglés y sacaba buenas notas, algún día iría con él. Así que puede imaginar qué es lo que hizo un chaval de mi edad. Pasaba mis horas libres aprendiendo a hablar y escribir inglés. Supongo que, de alguna manera, esa clase de diligencia hizo que me convirtiera en escritor.

Cuando comenzaron a andar de nuevo, el monje levantó su cabeza, mirando ahora hacia el cielo. Salmodió en voz muy baja, con un sonido gutural y monótono que sonó por todo el estanque como un murmullo.

—Un año después más o menos —continuó relatando Umezaki—, mi padre me

envío un libro desde Londres. Era una cuidada edición de *Estudio en escarlata*^[19]. Fue el primer libro que leí de principio a fin en inglés, y fue mi introducción a la obra del doctor Watson en lo concerniente a sus aventuras. Lamentablemente, no tuve la oportunidad de leer sus otros libros en su edición inglesa durante un tiempo, hasta que salí del Japón para asistir como alumno en la escuela inglesa. Verá. A causa del estado mental de mi madre, no permitió que leyera ningún libro que tuviera que ver con usted, o con Inglaterra. De hecho, se deshizo del ejemplar que me mandó mi padre, sacándolo del lugar donde yo lo había escondido, y disponiendo de él sin mi permiso. Por suerte para mí, había acabado el último capítulo la noche anterior.

—Una reacción un tanto exagerada por su parte —dijo Holmes.

—De hecho lo fue —dijo Umezaki—. Estuve enfadado con ella durante semanas. Me negaba a hablar con ella, o a comer lo que ella cocinaba. Fue una época difícil para todos.

Llegaron a unas lomas situadas en la orilla norte de la laguna, donde, pasada lo que era toda la propiedad del jardín, se abría paso un río, que junto a las colinas que se levantaban a lo lejos, ofrecían un hermoso panorama. Una piedra dispuesta allí a propósito hacía las funciones de asiento de descanso natural, ya que su parte alta había sido nivelada y pulida. Así que Holmes y Umezaki se sentaron, disfrutando de las vistas del jardín desde aquel punto aventajado.

Allí sentado, Holmes se sintió tan desgastado como aquella piedra, y reposó sobre la loma, que perduró de alguna manera mientras que todo lo demás había terminado por desaparecer.

A lo largo de la laguna, en la orilla opuesta, se divisaban las extrañas formas de los árboles calcinados, con las ramas retorcidas, estériles, que ya no podían cubrir al jardín del ruido de la ciudad y sus calles atestadas.

Se quedaron allí durante un rato, sin decir casi nada, contemplando la vista, hasta que Holmes, meditando sobre lo que Umezaki le había contado, dijo:

—Espero no estar siendo demasiado inquisitivo, pero asumo que su padre ya no está entre nosotros.

—Mi madre tenía menos de la mitad de sus años cuando se casaron —dijo Umezaki—, así que estoy bastante seguro de que ha fallecido, aunque desconozco cuándo o dónde lo hizo. Para ser honesto, esperaba que usted me lo pudiera decir.

—¿Cómo se supone que puedo saber yo tal cosa?

Inclinándose hacia delante, Umezaki presionó las yemas de sus dedos, las uñas contra las otras; mirando a Holmes con los ojos absortos.

—Durante nuestro cruce de correspondencia ¿no le era mi nombre familiar?

—No, no podría decir que fuera así. ¿Debería?

—El nombre de mi padre, por aquel entonces, era Umezaki Matsuda, o Matsuda Umezaki.

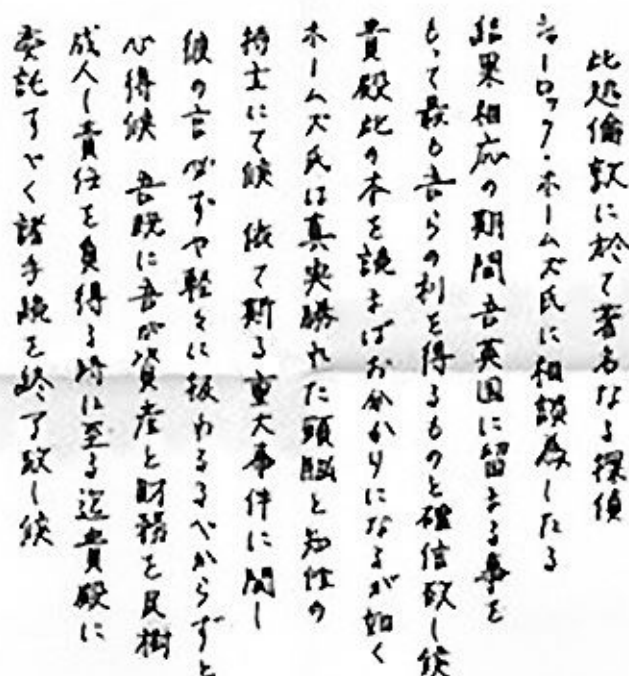
—Me temo que sigo sin comprender lo que me quiere decir.

—Parece ser que usted trató con mi padre mientras éste estuvo en Inglaterra. No sabía cómo tratar este asunto con usted, ya que temía que entonces juzgase los motivos por los que lo invité a mi casa. Supuse que usted mismo haría las conexiones pertinentes por su cuenta, y que todo esto sería un poco más cómodo.

—¿Y cuándo se produjo este encuentro que me comenta con su padre? Porque le aseguro que no recuerdo en absoluto haberlo tenido.

Umezaki, inclinando su cabeza de manera exagerada, abrió la maleta de viaje que tenía a sus pies, rebuscando deliberadamente entre su ropa y, sacando por fin una carta del sobre en el que estaba envuelta, se la cedió a Holmes.

—Esto llegó con el libro que me mandó mi padre. Era una carta para mi madre. Holmes puso la carta pegada a su nariz, escudriñando todo lo que pudo.



此起倫敦に於て著名なる探偵
サーロウ・ホームズ氏に相談爲したる
結果相成り期間吾英國に留まり事
もて最も有利を得るものと確信致し候
貴殿此の本を讀まばお分かりにたふが如く
ホームズ氏は真実勝れた頭腦と知性
持士にて候 依て斯る重大事件に關し
彼の言必ずや軽々に扱わらざるべからずと
心得候 吾既に吾が資産と財務と及樹
成人し責任を負得る時に至る迄も貴殿に
委託すべく諸手續を終了致し候

—Fue escrita hace cuarenta, tal vez cuarenta y cinco años, ¿verdad? Observe cómo se ha amarilleado el papel considerablemente en los bordes, y cómo la tinta negra se ha ido azulando.

Holmes le devolvió la carta a Umezaki.

—Su contenido, desgraciadamente, escapa a mi entendimiento. Así que si me hiciera el favor...

—Haré lo que pueda.

Con la expresión perdida, y casi transfigurada, Umezaki empezó a traducir.

—Después de consultárselo al gran detective Sherlock Holmes aquí en Londres, me he dado cuenta de que lo mejor para todos es que permanezca aquí en Inglaterra

indefinidamente. Como podrás comprobar en este libro, es un hombre muy sabio e inteligente, y su opinión al respecto de este asunto no debe ser tomada a la ligera. Ya he dispuesto para que mi propiedad y mis finanzas queden a tu entera disposición, hasta que Tamiki pueda hacerse cargo de esas responsabilidades como adulto.

Al terminar, Umezaki empezó a doblar la carta de nuevo, añadiendo mientras lo hacía:

—La carta tiene fecha del 23 de marzo. El año era 1903, lo que significa que yo tenía once años, y él cincuenta y nueve. No volvimos a oír hablar de él nunca más, ni tampoco obtuvimos ninguna pista de por qué decidió quedarse en Inglaterra. En otras palabras, esto es todo lo que sabemos.

—Eso es lamentable —dijo Holmes, viendo cómo la carta volvía a la maleta. No era posible, en aquel momento, decirle al señor Umezaki que sospechaba que su padre era un embaucador. Pero podría arreglar un poco aquel desconcierto, dando como explicación que no estaba muy seguro de que hubiera tenido nunca una entrevista con Matsuda Umezaki.

—Es concebible que tal vez nos hubiéramos conocido un día, pero, le repito, no lo recuerdo. No tiene ni idea de la cantidad de gente que acudía a nosotros durante aquellos tiempos. Literalmente, podrían ser miles, pero si bien muy pocos han quedado en mi memoria, yo creo que me acordaría de haber conocido a un japonés en Londres, ¿no cree? De todas maneras, de una forma u otra, la verdad, todo esto se me escapa. Lo siento, no soy de mucha ayuda.

Umezaki gesticuló con la mano en un gesto de disculpa, el cual, como si hubiera sido pretendido, le produjo un súbito cambio de humor.

—Es muy duro enfrentarse a los problemas —dijo, con un cordial tono de voz—. Mi padre no entra dentro de mis preocupaciones. Desapareció hace muchos años, ¿me entiende?, y para mí está enterrado desde mi niñez, junto con mi hermano. Es por mi madre por lo que le pregunto, porque ella siempre se quedó con la duda. De hecho, hasta hoy día, sigue en esa agonía. Me doy cuenta de que debería haber hablado de este tema con usted antes, pero era tan difícil sacar el tema delante de ella... Por eso sugerí realizar estos viajes con usted.

—Su discreción y su devoción por su madre son dignas de halago.

—Agradezco sus palabras —dijo Umezaki— y, por favor, este pequeño asunto no debería empañar las verdaderas razones por las que usted está aquí. Mi invitación era sincera, quiero dejar eso claro. Tenemos mucho que ver y de lo que hablar.

—Naturalmente —dijo Holmes.

Y, sin embargo, nada de interés se dijo durante un buen rato después de aquella charla, aparte de algunas banalidades dichas en su mayoría por Umezaki:

—Mucho me temo que tenemos que ir pensando en irnos, o perderemos nuestro ferry.

Ninguno de los dos hombres hizo amago por comenzar una conversación, ni cuando salieron del jardín, ni cuando se subieron al ferry que les llevaría a la isla Miyajima, manteniendo ese silencio incluso cuando vieron el gran *torii*^[20] rojo que se alzaba sobre el mar. Más tarde, su embarazoso silencio solo hizo que alargarse, manteniéndose mientras viajaban en autobús a Hofu, y cuando se sentaron por la tarde en el *spa* de Momijiso, un lugar donde, acorde con la leyenda, un zorro blanco guardó reposo en los baños termales para curar su pata herida, y donde, al meterse uno en las famosas aguas, tal vez pueda vislumbrar la cara del zorro flotando entre el vapor de las aguas. El silencio finalmente quedó roto justo antes de la cena, cuando Umezaki miró fijamente a Holmes y, sonriendo, le dijo:

—Está siendo una tarde preciosa.

Holmes le devolvió la sonrisa, y le dijo, mas sin entusiasmo:

—Verdaderamente.

Pero si bien Umezaki había cerrado el asunto de la desaparición de su padre levantando levemente la mano, ahora era Holmes el que estaba preocupado por la incógnita del paradero de Matsuda. El nombre del hombre, tal y como se fue convenciendo a medida que pasaba el tiempo, tenía un timbre vagamente reconocible. ¿O tal vez, simplemente, se le hacía familiar por el apellido?

Así, durante su segunda noche, mientras comían sake y pescado en la posada de Yamaguchi, Holmes le hizo más preguntas a Umezaki respecto a su padre, a pesar de que la primera de estas preguntas fuera recibida con una mirada incómoda, y una larga pausa.

—¿Por qué me pregunta eso ahora?

—Siento decir que únicamente es porque mi curiosidad me supera.

—¿Solo es eso?

—Mucho me temo que sí, amigo mío.

A partir de entonces, todas las preguntas fueron contestadas con respuestas muy meditadas, con una efusividad que aumentaba tras cada copa, la cual, repetidamente, se vaciaba y llenaba. Para cuando los dos hombres cruzaron el umbral de la intoxicación, a veces, Umezaki se detenía en mitad de una frase, incapaz de acabar lo que estaba diciendo. Durante un momento, miró con desesperanza a Holmes, al tiempo que sus dedos apretaban el vaso. Al cabo de un rato dejaron de hablar entre ellos, y, por una vez, fue Holmes el que finalmente ayudó a Umezaki a levantarse, apartarse de la mesa, andar tambaleándose hacia el fin de la noche, y retirarse a sus respectivas habitaciones.

A la mañana siguiente, mientras visitaban tres aldeas cercanas y algunos templos, no mencionaron la charla de la noche anterior.

El tercer día de viaje quedó marcado con Holmes como foco del viaje. Tanto él como Umezaki, mientras pasaban los desagradables efectos secundarios de haber bebido demasiado alcohol, mantenían un espíritu excelente, y el tiempo acompañaba con un maravilloso día de primavera. Ya fuera sentados en un autobús, o atravesando la campiña, su conversación saltaba de un tema a otro de una manera sencilla y despreocupada. Hablaron de Inglaterra y de apicultura, de la guerra, y de los viajes que Umezaki había realizado en su juventud. Holmes se sorprendió al oír que el japonés había estado en Los Ángeles, y que le había dado la mano a Charles Chaplin. A su vez, Umezaki quedó fascinado por la narración de las aventuras de Holmes en el Tíbet, su vista a Lhasa y los días que pasó con el Dalai Lama.

Aquella charla animada y amigable duró toda la mañana hasta bien entrada la tarde, mientras buscaban algo que comprar en las tiendas de una aldea (Holmes se hizo con el abridor de cartas ideal, una espada corta *Kusun-gobu*), y asistían a un

inusual festival de la primavera en una de las aldeas que visitaron. Los dos hablaron discretamente; a la vez que la procesión de sacerdotes, músicos, y aldeanos que iban vestidos como demonios avanzaba calle abajo. Los hombres sostenían enormes falos erectos hechos de madera, y las mujeres llevaban pequeños penes recortados de papel rojo; los espectadores tocaban el extremo superior de los falos al paso de la procesión para asegurarles la buena salud a sus hijos.

—Qué interesante —comentó Holmes.

—Supuse que encontraría esto de interés —dijo Umezaki.

Ante el comentario, Holmes sonrió ladinamente.

—Amigo mío, creo que esto es mucho más de su interés que del mío.

—Supongo que tiene razón —dijo Umezaki, sonriendo mientras tocaba el extremo de uno de los falos.

La noche fue igual que la noche anterior. Otra posada, otra cena juntos, rondas de sake, cigarros y cigarrillos, y más preguntas respecto a Matsuda. Ya que era imposible para Umezaki el saberlo todo de su padre, especialmente cuando las preguntas fueron de lo general a lo específico, sus respuestas fueron siempre indefinidas, o simplemente se limitaron a un encogimiento de hombros, mientras decía:

—Eso no lo sé.

Aun así, el señor Umezaki no se resistía al interrogatorio, a pesar de que las preguntas de Holmes trajeran de vuelta infelices recuerdos de su niñez, así como la agonía que supuso la amargura de su madre.

—Destruyó gran parte, si no todo lo que mi padre había tocado alguna vez. Por dos veces, intentó prenderle fuego a la casa, y también intentó persuadirme para que le acompañara en un pacto de suicidio. Quería que camináramos juntos hacia el mar, y que nos ahogáramos juntos. Esa era su idea de venganza contra mi padre por habernos abandonado.

—Presumo entonces que su madre alberga cierta antipatía en mi contra. La buena señora apenas puede evitarlo, lo sentí justo desde que llegué a su casa.

—No, en realidad no le guarda rencor, pero, honestamente, no se lleva demasiado bien con nadie, así que no se lo tome como si fuera algo personal. Ella apenas acepta la presencia de Hensuiro, y no admite el camino que he elegido como vida. No me he casado, vivo con mi compañero, y ella le echa la culpa de todo eso al abandono de mi padre. Es de la firme creencia de que un chico no se convierte en un hombre hasta que su padre no le enseña cómo hacerlo y qué significado tiene.

—Pero, finalmente, ¿tengo o no tengo algo que ver en su decisión de abandonarlos?

—Ella cree que sí.

—Entonces, tengo que tomarme todo este asunto como si fuera algo personal.

¿De qué otra forma podría tomármelo? Le ruego no me comente lo que realmente piensa.

—No, de ninguna manera. Somos criaturas de diferente razonamiento. Me refiero a mi madre y a mí. Yo no le guardo ningún rencor. Usted es, si me permite decirlo, un héroe para mí, y un amigo recién descubierto.

—Le agradezco el elogio —dijo Holmes, alzando su copa para realizar un brindis—. Por los amigos recién descubiertos.

Durante toda la noche, Umezaki mostró un rostro atento y confiado. De hecho, Holmes percibió que su expresión era la misma que la de alguien que alberga una gran fe. Era como si Umezaki, al hablar de su padre, al hablar de todo lo que recordaba, tuviera la esperanza de que el anciano detective retirado pudiera dar con alguna pista sobre su desaparición, o, al menos, dar su opinión personal al respecto una vez que el interrogatorio hubiera concluido.

Solo después, cuando le quedó claro que Holmes no tenía nada que contar, su expresión cambió, llenándose de tristeza, de decaimiento.

Triste y melancólico, pensó Holmes, al ver cómo Umezaki reprendía a una camarera que había derramado sin querer algo de sake sobre la mesa.

Así, durante la última etapa de su viaje, hubo momentos de introspección entre ellos dos, subrayados únicamente por el exhalar del humo del tabaco. Una vez a bordo del tren que los llevaba a Shimonoseki, Umezaki se mantuvo ocupado escribiendo su diario rojo, mientras Holmes, con sus pensamientos ahora ocupados en lo que sabía de Matsuda, miraba por la ventana y seguía el curso de un delgado riachuelo que bordeaba las abruptas montañas. A veces, el tren hacía una parada cerca de los pueblos del lugar. Cada una de las casas tenía un barril de unos cien litros junto a la vereda del río (las palabras que marcaban cada uno de los barriles significaban: «Prevención de Incendios», según tradujo Umezaki). A lo largo del camino, Holmes vio también pequeños poblados, rodeados de elevadas montañas. Estar en la cima de aquellas montañas, imaginó, sería como estar por encima de la prefectura, divisando el sobrecogedor panorama que se extendía debajo, los valles, los pueblos, las ciudades a lo lejos, tal vez todo el mal interior.

Mientras divisaba todo el terreno, Holmes recordó todo lo que Umezaki le había dicho sobre su padre, formando en su mente un retrato del desaparecido, casi conjurando su presencia desde el pasado. Su constitución delgada, la altura, la distintiva forma de la cara de una persona de poco peso, la perilla típica de un intelectual de Meiji. Matsuda había sido diplomático, sirviendo a las órdenes de uno de los ministros de exteriores que tuvo Japón, antes de que la desgracia acabara con sus obligaciones. Incluso entonces, se revelaba como un personaje enigmático, conocido por su habilidad para la lógica y en el debate, y por sus amplios conocimientos de política internacional. Tal vez, el más notable de sus logros fue un

libro que documentaba ampliamente la guerra de Japón contra China, escrito mientras residía en Londres, y detallando, entre otras cosas, los secretos diplomáticos que ocurrieron justo antes del estallido de la guerra.

Ambicioso por naturaleza, las aspiraciones políticas de Matsuda surgieron durante la Restauración Meiji, al entrar al servicio del gobierno a pesar de sus deseos paternos. A pesar de estar considerado un inadaptado por no estar asociado con ninguno de los cuatro clanes del oeste, sus habilidades destacaban tanto que con el paso del tiempo se le ofreció la dirección de varias prefecturas, y mientras realizaba su trabajo en este puesto, llevó a cabo su primera visita a Londres, en 1870. Al borde de la dimisión de esta posición gubernamental, fue seleccionado para que se uniera al Ministerio de Asuntos Exteriores, durante la expansión del mismo, pero su prometedora carrera finalizó tres años después cuando el clan dominante del gobierno, con el cual estaba del todo disconforme, lo encontró conspirando en su contra a favor de su derrocamiento. Esta conspiración lo llevó a prisión durante un largo tiempo, donde, en lugar de languidecer tras los barrotes, continuó con importantes empresas, tales como la traducción al japonés del tratado *Introducción a los principios morales y de legislación*, de Jeremy Bentham.

Después de salir de prisión, Matsuda se casó con su novia de toda la vida, y en poco tiempo le dio dos hijos. Mientras, pasó muchos años viajando de aquí para allá, entrando y saliendo de Japón con frecuencia, haciendo de Londres su base europea, a la vez que viajaba con frecuencia a Berlín y Viena. Para él, estos fueron tiempos de estudio, centrándose en el derecho constitucional.

A la vez que se le creía un erudito con un profundo conocimiento de occidente, sus creencias fueron siempre las de un autócrata.

—Sin cometer ningún fallo —dijo Umezaki durante la segunda tarde de preguntas—. Mi padre siempre creyó en un único poder absoluto que gobernara a su gente. Creo que por eso prefería Inglaterra a los Estados Unidos. También creo que ese pensamiento dogmático le hacía ser demasiado impaciente para tener éxito en la política, no hablemos ya de ser un buen padre o marido.

—¿Y cree que se quedó en Londres hasta el día de su muerte?

—Es lo más probable.

—¿Nunca intentó verse con él cuando estuvo usted estudiando allí?

—Durante un tiempo breve, sí, pero la empresa se mostró imposible. Francamente, no lo intenté mucho tampoco, era un hombre joven y estaba envuelto en mi nueva vida, con mis nuevos amigos, sin sentir la urgencia de contactar con el hombre que me había abandonado hacía tanto tiempo. Al final, desistí deliberadamente de realizar ningún esfuerzo para localizarlo, sintiéndome, de alguna manera, liberado de aquella tarea. De todas formas, aquella decisión de encontrarlo era una decisión tomada en otra vida, en otro mundo. Ahora, allí, él y yo éramos

extraños.

Décadas después, confesó Umezaki, se arrepentiría de aquella decisión: ahora, a sus cincuenta y cinco años, tan solo cuatro años más joven que la edad que tenía su padre cuando lo vio por última vez. Durante todo aquel tiempo, había empezado a albergar un vacío creciente en su interior, un espacio oscuro donde yacía la ausencia de su padre. Además, estaba convencido de que su padre debía compartir ese mismo vacío en su interior, por la familia que nunca más volvió a ver.

Sin embargo, con Matsuda desentendido de la situación, fue su hijo el que recibió aquella lóbrega y vacua herida, convirtiéndose con el tiempo en un enconamiento que se transformó en una fuente de consternación y angustia, persistiendo como el problema sin resolver de un corazón que estaba envejeciendo.

—¿Así que no es tan solo por el bien de su madre por lo que precisa de respuestas a sus preguntas? —preguntó Holmes, con unas palabras atacadas súbitamente por el alcohol y el cansancio.

—No, supongo que no solo es eso —contestó Umezaki, con cierto grado de desesperación.

—¿Está usted buscando respuesta a esas preguntas desesperadamente, verdad? Diciéndolo de otra manera, es importante que usted dé con la verdad de los hechos por el propio bien de su salud.

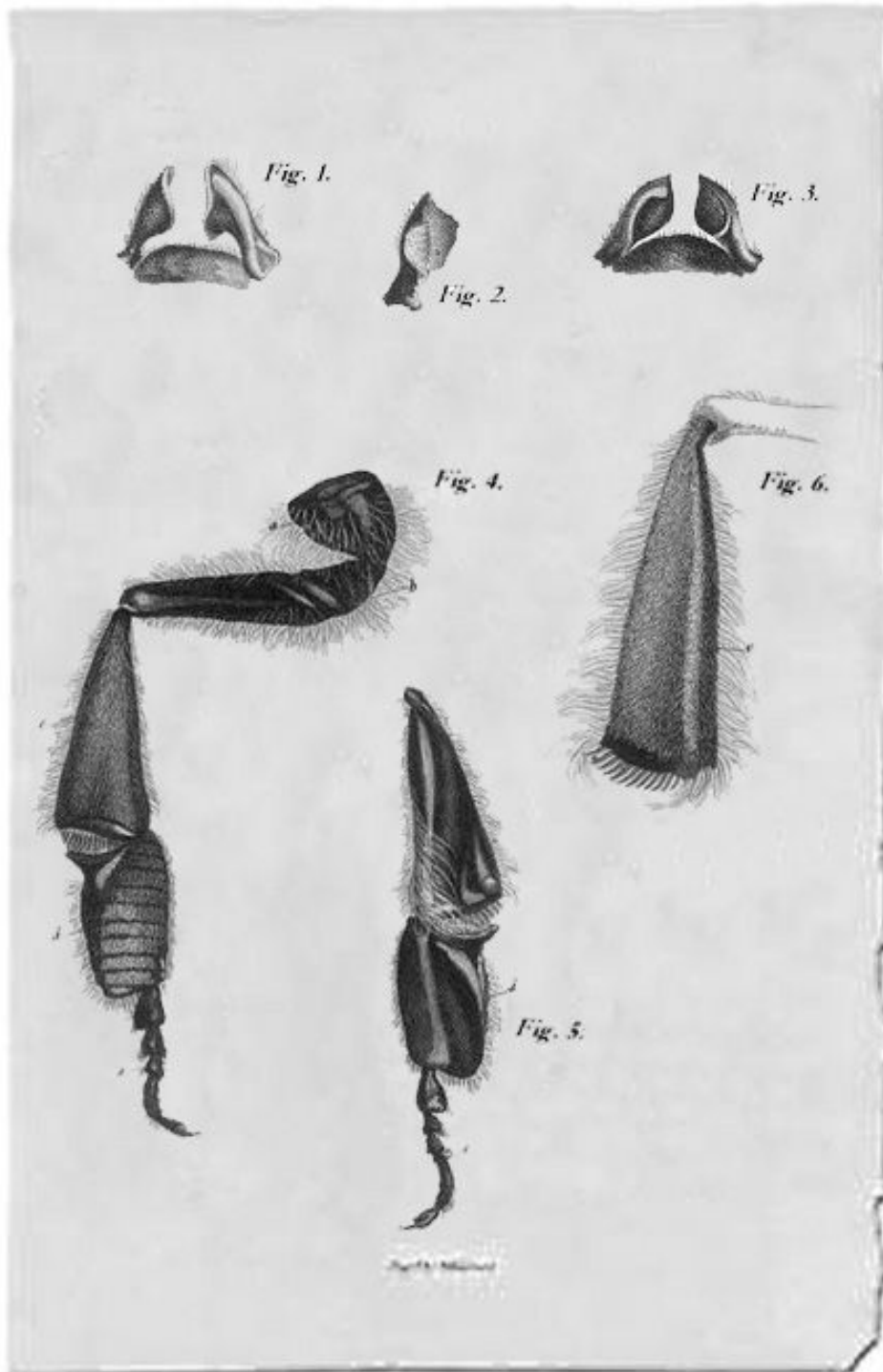
—Sí —Umezaki reflexionó durante unos instantes, mirando el interior de su taza de sake antes de volver a mirar a Holmes.

—¿Y cuál es esa verdad? ¿Cómo hace usted para dar con ella? ¿Cómo desenreda el significado de algo que desea permanecer oculto?

Mantuvo la mirada sobre Holmes, a la espera de que aquellas preguntas provocaran un punto desde el cual empezar. Si Holmes respondía, la desaparición de su padre, y el mayor mal de su niñez puede que empezaran a aclararse. Pero Holmes permaneció callado, como perdido en sus pensamientos. La expresión adoptada mientras permanecía allí sentado provocó una chispa de optimismo en Umezaki. Sin lugar a dudas, Holmes estaba consultando el amplio índice de su memoria. Como el contenido de un archivador enterrado en el fondo de un armario. Los hechos específicos que ahora conocía sobre el abandono de Matsuda para con su país y familia, deberían abrir una vía hacia una buena cantidad de valiosísima información. Pronto, los ojos de Holmes se cerraron, ya que la rumiante mente del anciano detective, pensó Umezaki, estaría llegando a las secciones más oscuras de su archivador.

Casi imperceptiblemente, empezó a oírse un ligero ronquido.

TERCERA PARTE



Holmes, después de despertarse en el escritorio de su estudio, con los pies entumecidos, decidió dar un paseo para poner en marcha la circulación de sus miembros. Al final de la tarde se encontró con Roger, casi oculto en la mitad de los pastos de hierbas altas adyacentes al colmenar. El chico estaba tumbado boca arriba, con los brazos en reposo, mirando hacia las nubes, que, en cámara lenta, se movían en el firmamento. Y antes de acercarse más al chico, o de llamarlo por su nombre, Holmes fijó su vista también en esas nubes, preguntándose qué es lo que lo atraería de una manera tan continuada, ya que no había nada extraordinario que divisar, nada excepto el nacimiento de un grupo de cúmulos^[21], y la expansión de las sombras de las nubes que periódicamente bloqueaban la luz del sol, deslizándose sobre los pastos como olas que van a morir a la orilla.

—Roger, muchacho —dijo finalmente Holmes, bajando su mirada y apartándose un poco hacia atrás—, tu madre, desafortunadamente, requiere de tu presencia en la cocina.

Holmes no tenía intención de ir a la zona del colmenar. Simplemente había pensado en dar un paseo por los jardines, revisar los lechos florales y los nuevos crecimientos, alisando la tierra con el bastón aquí y allí.

Sin embargo, se encontró con la señora Munro justo al pasar por la puerta de la cocina, limpiándose el delantal de harina, y esta le pidió por favor que avisara al chico por ella. Holmes aceptó, pero no sin cierta desgana, porque todavía había trabajo por hacer en el ático, y aquel paseo hasta los jardines se convertiría en una prolongada, aunque por otro lado bienhallada, distracción (ya que sabía que una vez pusiera el pie en el colmenar, se quedaría allí hasta el anochecer, verificándolo todo, atendiendo los nidos, y retirando los paneles que ya no fueran necesarios).

Algunos días después, sin embargo, se dio cuenta de que aquel recado de la señora Munro fue, de alguna manera, fortuito y desdichado a la vez. Si hubiera sido ella la que hubiera ido a buscar al chico, no hubiera mirado más allá del colmenar, al menos, no en un principio; nunca hubiera visto las pisadas frescas en los pastos de hierbas altas; o, caminando a lo largo de aquel estrecho camino con forma de curva, no hubiera visto a Roger descansando inmóvil, mirando hacia aquella gran cantidad de nubes. Sí, seguramente habría gritado su nombre a lo largo del camino del jardín, pero seguro que no habría recibido ninguna respuesta, y se hubiera imaginado que estaría en cualquier otro sitio (leyendo en su cuarto, persiguiendo mariposas en el bosque, a lo mejor incluso cogiendo conchas en la playa). La preocupación no hubiera crecido en su interior ni en su rostro, mientras sus piernas atravesaran la hierba, ni mientras repitiera su nombre sin parar.

—Roger —dijo Holmes—, Roger —susurró, de pie junto al chico, presionando

cuidadosamente su hombro con su bastón.

Más tarde, encerrado en su estudio, solo recordaría los ojos del chico, aquellas dilatadas pupilas que atravesaban el cielo, de alguna manera perdidas, ya que poco más le dio tiempo a pensar de lo que había sucedido allí, justo en medio de aquella pradera de pastos. Los labios, mejillas y manos hinchadas de Roger, la multitud de marcas en forma de gota que, formando patrones irregulares, le cubrían el cuello, la cara, las orejas y la frente. Tampoco recordó las pocas palabras que articuló mientras se agachaba junto a Roger, unas palabras tan graves que, si las hubiera escuchado otro, le hubieran sonado terriblemente frías, y horriblemente hoscas.

—Mi buen niño... Muerto, me temo que estás muerto...

Pero Holmes estaba habituado a la desagradable llegada de la muerte, o al menos, quería pensar eso, y era muy difícil que sus visitas inesperadas lo sorprendieran más veces. Durante su larga vida, se había arrodillado junto a muchos cuerpos: mujeres, hombres, niños y animales, en la gran mayoría, desconocidos, aunque a veces sí lo había hecho junto al de un conocido o allegado, viendo cómo la parca había dejado su tarjeta de visita (moretones de color negro y azul por todo el cuerpo, piel descolorida, los dedos rígidos y retorcidos por el rígor mortis, el malsano olor dulzón que detecta la nariz de los vivos. Múltiples variaciones de un mismo tema).

«La muerte, al igual que el crimen, es una vulgaridad, —escribió una vez—. La lógica, por otro lado, es un bien extraño. Por lo tanto, mantener una mentalidad lógica, especialmente cuando se encara la mortalidad, puede resultar una tarea dificultosa. Sin embargo, es en el lado de la lógica y no en el de la muerte donde uno debe asentarse».

Así, en medio de aquellas hierbas altas, Holmes asió la lógica como un escudo de una armadura brillante para evitar el dolor de haber encontrado el cuerpo del chico muerto (pasando por alto el leve mareo que sufrió al agacharse, o el temblor de sus dedos, y aquella confusa angustia que estaba empezando a nacer en el interior de su mente).

«El hecho de que Roger se hubiera ido no era de importancia en ese momento, —pensó intentando convencerse—. Lo que importaba era saber cómo había muerto, pero sin tan siquiera haber examinado el cuerpo del chico, sin haber estudiado su inflamado y abotargado rostro, él ya había comprendido perfectamente la muerte de Roger».

El chico había sido picado por una abeja, por supuesto. Repetidas veces. Holmes lo supo al primer vistazo. Antes de que Roger pereciera, su piel había adquirido una tonalidad rojiza, acompañado de un dolor como de quemazón, y un picor generalizado. Puede que huyera de sus atacantes. En cualquier caso, avanzó desde el colmenar hasta la pradera, desorientado, perseguido por el enjambre. No había ningún rastro de vómito en su camisa, o alrededor de sus labios, ni en la barbilla,

aunque es seguro que el chaval sintiera pinchazos en el abdomen, y náuseas. Luego, su presión sanguínea bajaría considerablemente, causándole una debilidad general en todo el cuerpo. La garganta y la boca se le inflamarían, impidiéndole tragar, o pedir ayuda. Después le seguirían las alteraciones del ritmo cardíaco, la dificultad para respirar y, probablemente, la noción de que su suerte estaba echada (era un chico inteligente y, seguramente, sabría que su fin había llegado). Enseguida, como si se cayera a través de una trampilla, se derrumbaría en la hierba, inconsciente, aunque muriendo con los ojos abiertos de par en par.

Anafilaxia^[22], murmuró, a la vez que limpiaba de suciedad las mejillas del chico. Una reacción alérgica generalizada, dijo concluyendo. Demasiados agujones. El extremo del espectro alérgico, una muerte casi inmediata, pero muy desagradable. Finalmente, su mirada desesperada quedó fija en el cielo, mirando cómo las nubes avanzaban en el firmamento y cómo el anochecer se iba abriendo paso al final del día.

¿Qué había ocurrido? Se terminó preguntando, luchando con sus bastones por mantenerse de pie. ¿Qué es lo que el chico había hecho para provocar un ataque por parte de las abejas? El colmenar parecía tan tranquilo como siempre. Hacía un rato, cuando lo cruzó buscando al chico llamándolo por su nombre en voz alta, no vio ni rastro de ningún enjambre, ni actividad en las entradas de las colmenas, nada fuera de lo ordinario. Además, no había una sola abeja en las proximidades de Roger. A pesar de todo eso, precisaría hacer un examen más exhaustivo a las colmenas, ya que necesitaban una inspección apropiada. Necesitaría el traje de protección, máscara, guantes, y un velo, a menos que quisiera sufrir el mismo destino que el chico. Pero primero, las autoridades debían ser informadas, avisar a la señora Munro, y que el cuerpo del chico fuera trasladado.

El sol ya estaba casi hundido en occidente, y tras los campos y los árboles, lejos, en el horizonte, surgía un leve resplandor blanco.

Dejando finalmente a Roger, Holmes cruzó el prado, creando un surco curvo en las hierbas altas intentando no pasar por el colmenar, atravesando el espesor hasta llegar al camino de gravilla del jardín. Allí se detuvo y miró hacia atrás, en dirección al tranquilo colmenar y la zona donde el chico yacía, invisible. Esas dos zonas estaban ahora bañadas por la luz dorada de los últimos momentos del día. Solo entonces habló en voz alta, sintiendo vergüenza por la insignificancia de sus anteriores palabras en silencio.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —dijo de repente a gritos, clavando sus bastones en la gravilla—. ¿Qué es... lo...? —Una abeja obrera pasó volando, seguida por otra, y sus zumbidos lo sobresaltaron.

Su cara se tornó pálida, y sus manos se removieron mientras intentaba sujetar los mangos de sus bastones. Intentando recuperar la compostura, inhaló profundamente y

se dirigió a paso ligero hacia la hacienda; pero, de repente, no pudo continuar. El jardín, la casa, los caminos, los pinos. Todo se le tornó vagamente desconocido. Por un momento se quedó completamente quieto, confundido por todo lo que le rodeaba. ¿Es posible —se preguntaba—, perderme en un sitio que es mío? ¿Cómo he llegado a este lugar?

—No —dijo—. No, no, estás equivocado.

Cerró sus ojos, y aspiró profundamente. Tenía que concentrarse, no solo para recobrase, sino también para hacer desaparecer aquella sensación de pérdida, de falta de familiaridad, ya que el camino lo había diseñado él mismo, así como el jardín. Cerca, había un lecho de narcisos salvajes. Aún más cerca, estaban las budleias púrpuras. Si abriera sus ojos, y de eso Holmes estaba seguro, podría reconocer los abrojos gigantes, vería sus lechos herbales, y con el rabillo del ojo, vería los narcisos, las budleias, los abrojos, y más lejos, los pinos. Obligó a sus piernas a moverse hacia delante, con la ayuda de la determinación que se saca de la rabia.

—Por supuesto —murmuró—. Por supuesto.

Esa noche, Holmes estaba de pie delante de la ventana del ático, mirando hacia la oscuridad. Y casi por elección propia, se le había pasado examinar los hechos que precedieran a su retiro al estudio, los momentos específicos sobre todo lo que se había hecho y dicho. La breve conversación con la señora Munro después de que volviera a la hacienda, su voz llamándolo desde la cocina...

—¿Lo ha encontrado?

—Sí.

—¿Y ya está en camino?

—Sí, me temo que sí.

—Pues parece que tarda.

O la serena llamada telefónica notificando a Anderson el fallecimiento del chico, en la que le contó al agente de policía dónde podría encontrar el cuerpo, y la advertencia de que sus hombres no deberían entrar en el colmenar.

—Hay problemas con mis abejas, así que tengan cuidado. Si se ocupa del chico e informa de todo a su madre, yo me ocuparé de las colmenas y le informaré mañana de todo lo que descubra.

—En ello estaremos. Siento mucho su pérdida, señor, de verdad que lo siento.

—No se preocupe, Anderson.

O sus casi reproches por haber evitado a la señora Munro, mejor que tratarla directamente, por su incapacidad para conllevar su propio remordimiento, de compartir su dolor con ella, de estar a su lado cuando Anderson y sus hombres entraran en la casa. En lugar de eso, estupefacto aún por la muerte de Roger y la mera idea de tener que encararse a la madre del chico para contarle la verdad, subió las escaleras que lo conducían a su estudio, cerró con llave la puerta, y se olvidó de

volver al colmenar, tal y como pensó en un principio. Después se sentó tras su escritorio, y se dispuso a revisar nota tras nota, apenas reconociendo qué es lo que ponía en aquellas frases escritas a prisa, prestándole algo de atención a lo que sucedía fuera, y al súbito llorar de la señora Munro con sollozos guturales y respiración sin aliento. Un profundo lamento que atravesaba suelos y muros, cuyos ecos resonaban por los corredores, y que terminó tan abruptamente como empezó. Minutos más tarde, Anderson tocó a la puerta del estudio de Holmes, diciendo:

—Señor Holmes... Sherlock...

Holmes finalmente le permitió la entrada, no sin mostrar desgana, aunque tan solo por un momento. De todas formas, los entresijos de su conversación, como lo eran las cosas que Anderson sugería, y algunas con las que Holmes estuvo de acuerdo, habían desaparecido también de su mente. Y en el silencio que siguió a todo aquello, una vez que Anderson y sus hombres se hubieron ido de su casa, llevándose a la señora Munro en un vehículo y al chico en una ambulancia, subió a la ventana del ático, y miró a la más absoluta oscuridad. Aun así, percibió algo, una imagen desasosegante que no podía borrar completamente de su memoria: los ojos azules de Roger en el prado, con aquellas dos anchas pupilas, absortas en lo que estaban viendo, aunque insoportablemente vacías.

Al volver a su escritorio, descansó durante un rato en su silla, echado hacia delante, con los pulgares presionando sus párpados.

—No —dijo en voz baja, moviendo su cabeza.

—¿Es verdad entonces? —dijo ahora, levantando la voz mientras alzaba la cabeza—. ¿Cómo puede ser?

Abrió los ojos, y miró a su alrededor como si esperase que hubiera alguien cerca, pero, como siempre, estaba solo en el ático, sentado en su escritorio, sosteniendo un bolígrafo en una de sus manos.

Su mirada recayó sobre el trabajo que había encima del escritorio. Los montones de papeles, las pilas de notas, y aquel manuscrito sin acabar, recogido con una goma elástica. En las horas subsecuentes al amanecer, no pensó mucho más en Roger. Nunca sabría cómo se sentaba el chico en aquella misma silla, leyendo el caso de la señora Keller, deseando que la historia algún día tuviera un fin.

Aun así, aquella noche, de repente, sintió que estaba obligado a terminar la historia, a coger las hojas de papel y empezar a imaginar un final donde antes no lo había. Entonces empezaron a llegarle las palabras de sus propios pensamientos, y llenó las páginas con facilidad. Las palabras salían lanzadas de su mano mientras él viajaba hacia atrás, atrás, atrás en el tiempo, más allá del verano que pasó en Sussex, más allá de su viaje a Japón, más atrás de las grandes guerras, a un mundo que prosperaba a finales de un siglo y en los albores de otro. No dejaría de escribir hasta el amanecer. No pararía hasta que el tintero estuviera vacío.

En los jardines de la Sociedad de Física y Botánica

Tal y como queda reflejado en los relatos de John, yo solía ser poco escrupuloso a la hora de trabajar en un caso, y tampoco es que mis acciones fueran siempre desinteresadas. Por ello, para ser honesto sobre mis intenciones en lo concerniente a la fotografía de la señora Keller, debo confesar que no precisaba de ella para nada en absoluto. De hecho, el caso había quedado cerrado antes de ir a la tienda de Portman aquella tarde de jueves, y tal vez debería haberle revelado todo al señor Keller y quizá solo entonces el rostro de aquella mujer hubiera dejado de cautivar-me. Pero prolongando lo que estaba por venir, sabía que podría verla en persona, pero desde un punto de vista aventajado. Yo quería aquella fotografía por motivos propios, tenía el deseo de quedármela para mí como adelanto por mis servicios, y más tarde, aquella misma noche, sentado junto a una de las ventanas, aquella mujer seguiría paseando por entre mis pensamientos, con su parasol abierto contra el sol, sirviéndole de escudo contra la blancura alabastro de su piel, mientras que su apocada imagen me miraba desde mi escritorio.

Pero pasaron muchos días antes de que tuviera la oportunidad de poderle asignar toda mi atención. Durante ese tiempo, empleé mis energías en una materia de suma importancia que el gobierno francés le había encargado a mi persona. Un asunto muy sórdido que tenía que ver con un pisapapeles de ónice que había sido robado de la mesa de un diplomático en París. Finalmente, descubrí que había sido escondido bajo las tablas de un escenario en el West End. Aun así, durante esos días, la imagen de la mujer continuaba en mis pensamientos, pero de una manera muy imaginativa y fantasiosa, y si bien todo era de mi invención, era seductor a la par que desconcertante. De todas formas, nunca perdí la perspectiva, y siempre supe que aquellos pensamientos eran producto de mi fantasía, y que, por lo tanto, probablemente no fueran del todo exactos. Si bien no puedo negar los complicados impulsos que surgían cuando reflexionaba en aquellas tontas fantasías, ya que la ternura que despertaba en mí se extendía, por primera vez en mi vida, más allá de mi sentido de la razón.

Así que al martes siguiente, me disfracé acorde con las circunstancias, teniendo muy en cuenta qué tipo de personaje encajaría mejor con la inefable señora Keller. Me decidí por Stefan Peterson, un intachable bibliófilo de mediana edad, con una disposición, si no definitiva, sí de alguna manera, afeminada. Miope, con gafas, vestido con buenos ropajes, con la manía de pasarse la mano por su pelo despeinado, y de estirarse de manera ausente su corbata.

—Le ruego me disculpe, señorita —dije, mirándome fijamente en el espejo, decidiendo que aquellas serían las primeras palabras que mi distinguido, aunque algo tímido personaje le dirigiría a la señora Keller—. Excúseme, le ruego me disculpe, señorita.

Ajustándome la corbata, me di cuenta de que su predisposición por la flora delataba su interés por todas las cosas que crecían. Atusando mi pelo, supuse que su fascinación por la literatura romántica debería ser también profunda. Después de todo, yo (él) era un ávido lector, prefiriendo la soledad de un libro a la mayoría de las interacciones humanas. Si bien su corazón era el de un hombre solitario, a medida que pasaba el tiempo, había empezado a contemplar el valor de disfrutar de la compañía de alguien. Con este fin, estudiaba el sutil arte de la quiromancia, más como una manera de hacer contacto con otras personas que como manera de adivinar eventos futuros. Si la palma de la mano correcta reposaba un corto espacio de tiempo entre sus manos, imaginaba que el calor humano que salía desprendido de ellas podía permanecer en él durante meses. Y era en este punto en el que no podía visualizarme tras mi propia creación. En cambio, recordando los hechos de aquella tarde, Sherlock Holmes quedó fuera de todo aquel asunto inmediatamente. En su lugar, Stefan Peterson caminaba hacia la luz crepuscular del día, con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre su pecho, con su esmirriada y torpe figura moviéndose a paso holgado en dirección a la calle Montague. Nadie se quedó mirándolo, ni nadie se percató de su presencia. Era, para aquellos que pasaban junto a él, un alma perdida y olvidable.

Aun así, estaba resuelto a acabar su misión, caminando hasta la tienda de Portman antes de la llegada de la señora Keller. Al entrar en la tienda, pasó silenciosamente junto al contador, donde, como antes, el propietario estaba inmerso en un libro, con la lupa en mano y la cara pegada al texto, sin percatarse de la presencia de Stefan. Solo cuando se dirigió hacia el pasillo, empezó a dudar de las capacidades auditivas del propietario, ya que aquel viejo no se había ni inmutado ante el chirrido de las bisagras de la puerta de la tienda, o del golpeteo de la placa que señalaba que la tienda estaba ABIERTA contra el cristal, después de que se cerrara la puerta. Anduvo entre los oscuros corredores de estanterías, cruzando entre las motas de polvo que revoloteaban entre los rayos del sol. Cuanto más se adentraba en la tienda, más oscuro se tornaba el ambiente, hasta que todo lo de su alrededor estuvo cubierto de sombras.

Llegando al tramo de escaleras, subió siete escalones y allí se agazapó, para poder ver sin problemas la entrada de la señora Keller a la tienda. Y, por lo visto, los sucesos comenzaron a producirse de esta manera. Procedentes de la planta superior comenzaron a oírse las lastimosas vibraciones de la armónica. Los dedos del chico se estarían deslizando por los cristales. Momentos después, la puerta de la tienda se abrió, y tal y como había sucedido en los martes y jueves anteriores, la señora Keller

entró de la calle con su parasol cerrado y bajo el brazo, y con un libro en sus manos enguantadas. Sin prestarle atención al propietario, ni él a ella, se metió por los corredores, deteniéndose de vez en cuando para examinar las estanterías, tocando de manera ocasional los lomos de algunos ejemplares como si sus dedos hubieran tenido la necesidad de hacerlo. Durante unos momentos, pudo ver su figura desde donde estaba situado, pero solo del hombro para adelante. Vio cómo se introducía cada vez más en las zonas más oscuras, y cómo poco a poco iba desapareciendo a la vista, pero no antes de que viera cómo colocaba el libro que llevaba consigo sobre el estante superior de una de las librerías, y cómo lo cambió por otro ejemplar, el cual parecía que había elegido al azar.

No es que sea una ladrona, pensó Stefan. No, es una usuaria de la biblioteca.

Cuando desapareció de su vista, solo tuvo la opción de suponer su localización exacta. Algún lugar cercano, sí, ya que aún percibía su perfume. Seguramente, algún lugar cercano a su posición, a algunos segundos de distancia.

Stefan esperaba lo que iba a ocurrir a continuación, así que no fue ninguna sorpresa, si bien sus ojos no estaban preparados para aquello. De repente, un resplandor blanco iluminó la parte de atrás de la tienda, inundando con un fulgor los corredores durante un instante, desapareciendo con la misma rapidez con la que surgió. Stefan bajó rápidamente los escalones, con los restos del resplandor que había surgido y envuelto a la señora Keller, aún parpadeando en sus retinas.

Avanzó rápidamente a través de un estrecho pasillo entre la doble fila de estanterías, inhalando la esencia de su fragancia, deteniéndose entre las sombras de la pared más lejana. Mientras estaba allí de pie, frente a la pared, sus ojos empezaron a ajustarse a la luz de aquella zona, mientras susurraba en voz muy baja:

—Justo aquí, es justo aquí.

El sonido apagado de la armónica seguía resonando en su oído. Miró a su izquierda, y solo vio libros precariamente amontonados. Y allí, justo delante de él, estaba el sitio por el que la señora Keller había desaparecido. Una salida trasera, una puerta cerrada enmarcada por la misma luz que lo había cegado. Avanzó dos pasos y abrió la puerta. Hizo acopio de todo su autocontrol para no salir corriendo tras la mujer. Con la puerta abierta de par en par, la luz inundó de nuevo la tienda. Dudó por unos instantes si traspasar o no el umbral, y, con sumo cuidado, entornó los ojos frente al entramado de cuadrados que formaban la acera de una calle, en la que comenzó a avanzar con un andar cauteloso y tranquilo.

En poco tiempo, su perfume quedó solapado por la fragancia de los tulipanes y los narcisos. Después, apremió el paso hasta el final del pasaje, donde, con los ojos entrecerrados, miró a través de un enrejado cubierto de enredaderas, hacia un pequeño jardín del más elaborado diseño. Tenía lechos herbales que crecían junto a un recién podado topiario^[23], procedente de un denso seto. También había árboles

perennes y rosas cubriendo el muro que circundaba el jardín. Era un oasis de ensueño que el dueño había dispuesto justo en el centro de Londres, uno que había visto casi de reojo desde la ventana de Madame Schirmer. El anciano, al igual que en los años que precedieron a su paulatina pérdida de visión, habituó las diferentes partes de su jardín en distintos microclimas de su patio. Allí donde la azotea del edificio impedía que los rayos del sol llegaran durante mucho tiempo a cualquier sitio, el propietario plantaba una variedad de follaje con el fin de iluminar las zonas más oscuras. De esta manera, los lechos perennes tenían dedaleras, geranios y lilas.

Un camino de piedra giraba alrededor del centro del jardín, concluyendo en la zona cuadrangular de césped que estaba rodeado por un seto de boje. En la zona de césped había un pequeño banco, y junto a él, una enorme urna de terracota, pintada con pintura dorada. Y sentada en el banco, con su parasol cerrado en su regazo, y el libro que había cogido de la biblioteca sujeto con las dos manos, la señora Keller, bajo la sombra del edificio, estaba leyendo mientras el sonido de la armónica surgía de la ventaba de arriba hacia el jardín, como si fuera una enigmática brisa.

Por supuesto, pensó Stefan, al mismo tiempo que la señora Keller dejaba de mirar su libro, doblando su cabeza hacia un lado, escuchando con atención, mientras el sonido reducía su intensidad durante unos momentos, y, después, volvía a subir en un tono más refinado y menos disonante.

Madame Schirmer, de eso Stefan estaba seguro, había tomado en aquel momento el lugar de Graham en la armónica, instruyendo al chico en cómo debían ser manipulados los cristales, y mientras aquellos dedos magistrales extraían aquellos tonos exquisitos del instrumento, transformando el mismo aire en una bruma adormecedora. Stefan, desde lejos, estudió a la señora Keller, observando el sutil embelesamiento que mostraba su expresión, la forma en la que exhalaba el aire entre sus labios entreabiertos, la pérdida de rigidez en su postura, el lento cerrar de sus ojos, y la presencia invisible de una quietud que surgió de ella misma y que, por unos minutos, estuvo acorde con la música.

Es difícil recordar durante cuánto tiempo estuvo allí, contra el enrejado, mirándola, cautivado también por todo lo que embellecía el jardín, hasta que esta ensoñación quedó quebrantada por el rechinar de la puerta trasera, seguida de una violenta tos, que hizo que el propietario del jardín se adentrara con algo de torpeza por el umbral. Llevaba el traje de jardinero, con guantes incluidos, y una vez dentro, caminó a través de la senda que cruzaba el jardín; en su mano llevaba una regadera cogida por el asa. No pasó mucho tiempo antes de que el propietario pasara junto a la figura que estaba agazapada junto al enrejado del jardín. Pasó junto a ella, sin prestarle atención, como al resto de los visitantes, y llegó a los lechos florales justo cuando las últimas notas de la armónica se desvanecían, vaciando el contenido de la regadera justo en la zona que tenía a su lado.

El momento había finalizado. La armónica había enmudecido. El dueño del jardín estaba encorvado sobre el lecho de rosas. La señora Keller recogió sus pertenencias y se levantó del banco, dirigiéndose hacia el hombre con aquellas finas maneras a las que ya se estaba acostumbrando. La sombra le tocó mientras se inclinó sobre sus alargadas manos, intentando cogerle la regadera. El propietario, sin haberse percatado de la presencia de la mujer, asustado, agarró con fuerza el asa de la regadera, mientras tosía. Después, como la sombra de una nube que pasa sobre la tierra, la mujer se dirigió hacia una pequeña puerta de hierro que estaba situada en la parte de atrás del jardín. Allí, giró la llave que estaba colocada en la cerradura, haciendo así que la verja se abriera lo suficiente como para permitirle salir. La verja se abrió y cerró con el mismo sonido chirriante. Parecía como si nunca hubiera estado en el jardín. De algún modo, su presencia quedaba meramente como un hecho nebuloso en su mente, convirtiéndose rápidamente como las notas finales procedentes del instrumento de Madame Schirmer.

En lugar de salir tras ella, Stefan se dio la vuelta y entró en la librería, la atravesó y salió de nuevo a la calle. Anocheciendo como estaba, Stefan volvió sobre sus pasos hacia mi apartamento. En el camino, maldijo la parálisis de voluntad que había sufrido, la cual le hizo mantenerse a distancia, atado a aquel jardín, incluso cuando la perdió de vista. Tan solo más tarde, con el disfraz de Stefan Peterson pulcramente guardado en la cómoda, pude contemplar la verdadera naturaleza de mi fracaso. «¿Cómo —me pregunté— puede un hombre versado y con conocimiento verse desmontado por aquella minucia de mujer?». El eterno gesto de pasividad de la señora Keller ayudaba poco a la hora de descubrir qué había de tan extraordinario en ella. ¿Acaso la soledad y el aislamiento que llenaban sus horas de vida estudiosa, todas aquellas horas empleadas en absorber todos los modos del comportamiento humano, habían impedido que tuviera la suficiente perspicacia en lo que se requería en aquel momento?

«Debes ser fuerte. Quería impresionarte. Debes pensar más, como hago yo».

Ella es real, sí, pero también es inventiva, una extensión formada a raíz de tus necesidades. En tu soledad, te has quedado prendado de la primera cara que has visto. Podría haber sido cualquiera. Tú, después de todo, eres un hombre, querido amigo. Ella es tan solo una mujer, y hay miles como ella a lo largo de toda la ciudad.

Tenía todo un día por delante para planear cuál sería el mejor modo de proceder de Stefan Peterson. Al jueves siguiente, decidí, permanecería fuera de la tienda de Portman, y, desde allí, vigilaría hasta que ella entrara en la tienda. En aquel punto, se dirigiría al callejón que había tras el jardín, y esperaría, oculto, a que la puerta trasera se abriera.

Llevé a cabo mi plan al día siguiente. Aproximadamente a las cinco de la tarde, la señora Keller entró por la puerta trasera con el parasol abierto y el libro en una mano.

Empezó a caminar sin detenerse, Peterson detrás de ella, manteniendo la distancia. Incluso cuando quería acercarse, algo lo mantenía a distancia. Aun así, sus ojos fueron capaces de ver las horquillas que recogían su pelo negro, o los diminutos encajes de las piezas de ropa de sus caderas. De vez en cuando, la mujer se detenía y alzaba su cabeza hacia el cielo, permitiéndole ver su perfil al completo. La línea de su mandíbula, la casi transparente suavidad de su piel. Después pareció que estuviera hablando por debajo de su propio aliento, ya que su boca se movía sin producir ningún sonido. Luego siguió hacia delante. Siguió caminando a lo largo de Russell Square, Guilford Street, giró a la izquierda en Gray's Inn Road, y se dirigió hacia King's Cross, caminando durante un corto espacio de tiempo por una calle contigua, donde, se salió de la calzada para peatones y empezó a transitar junto a las vías del ferrocarril, cerca de Pancras Station. Era un recorrido indirecto y tortuoso, pero observando el mero movimiento de sus pies, Stefan comprendió que, para la señora Keller, aquello no era un simple paseo. Y cuando, finalmente, atravesó la verja de la Sociedad de Física y Botánica, la tarde se empezó a transformar en un atardecer.

El parque donde se encontraba mientras seguía a aquella mujer más allá de los altos muros de ladrillo rojo, contrastaba notablemente con aquella parte de la ciudad. Fuera, en una gran arteria que abarcaba el tráfico de la ciudad, la carretera bullía en cualquier dirección, mientras que las aceras estaban atiborradas de peatones, pero una vez pasadas las verjas, donde los olivos se alzaban en medio de los sinuosos caminos de gravilla y los crecimientos de vegetales, hierbas y flores, había veinticinco mil metros cuadrados de terreno frondoso e idílico, rodeando una mansión que, en 1722, había dejado en herencia para el pueblo sir Philip Sloane. Oculta por los árboles, la señora Keller se dirigía tranquilamente allí mientras daba vueltas de manera ociosa al parasol. Virando a la derecha en el camino principal, eligió una senda más estrecha, pasando junto a algunas virboreras, otras pocas *atropa belladonna*, equisetáceas e incluso algunas pocafiebres, parándose de vez en cuando para tocar las flores, susurrando mientras lo hacía. Por supuesto, él también estaba allí, pero aún no quería acortar la distancia entre ellos, incluso cuando se dio cuenta de que eran las únicas personas que estaban atravesando la senda.

Siguieron entre las flores de lis, los crisantemos, dispuestos unos después de los otros, hasta que, por un momento, la perdió de vista justo donde el camino quedaba oculto tras un seto, tan solo el movimiento del parasol, que flotaba sobre el follaje, era visible. Entonces el parasol también desapareció de la vista, y sus pisadas en la gravilla enmudecieron. Cuando él por fin dio la vuelta en el recodo, estaba mucho más cerca de ella de lo que pensaba en un principio. Sentada en un banco que marcaba una bifurcación en el camino, había recogido su parasol en el regazo, y estaba leyendo un libro. Pronto, según podía adivinar él, el sol quedaría por debajo de los muros del parque, creando un ambiente azul oscuro.

Ahora es cuando tienes que actuar, se dijo. Ahora mientras hay luz.

Ajustándose su corbata, se aproximó nerviosamente a la mujer, diciéndole:

—Discúlpeme.

Le preguntó sobre el ejemplar que sostenía en sus manos, explicándole educadamente que era un coleccionista de libros, un ávido lector, y que siempre estaba interesado en lo que los demás estaban leyendo.

—Lo acabo de empezar —dijo ella, mirándolo con cautela cuando él se sentó a su lado.

—Maravilloso —dijo él, hablando con entusiasmo, como para ocultar su propia torpeza—. Este es en verdad un lugar encantador en el que disfrutar de cosas nuevas. ¿No está usted de acuerdo?

—Sí que lo es —contestó ella, con una voz serena.

Sus cejas eran extremadamente finas, casi inexistentes, dándole a sus ojos azules una apariencia dura y austera. Parecía enfadada por algo. ¿Era la imposición de su presencia, o simplemente la reticencia de una mujer cautelosa?

—Si me permitiera... —dijo, señalando con la cabeza el libro.

Antes de que ella le ofreciera el libro para que lo cogiera, se mostró algo renuente, y, después de marcar la página con su dedo índice y de dárselo, Stefan leyó el lomo del ejemplar.

—Ah, *Las vísperas del otoño* de Menshov. Muy bien. Yo también les tengo bastante apego a los escritores rusos.

—Ya veo —dijo ella.

Entonces se produjo un largo silencio, roto tan solo por el golpeteo de sus dedos sobre la tapa del libro.

—Una bonita edición, el ejemplar está muy bien cosido además.

Su mirada se posó sobre él mientras este le devolvía el libro, quedando impactado por su rostro asimétrico y extraño, de cejas alzadas que casi forzaban aquella media sonrisa que había visto en la fotografía.

Ella se levantó y cogió su parasol.

—Deberá disculparme, señor, pero debo irme.

«Ella lo encontraba desagradable, poco agraciado. ¿Cómo si no podría explicarse la necesidad de irse justo cuando acababa de sentarse?».

—Discúlpeme si la he molestado.

—No, no —dijo ella—, en absoluto, pero se está haciendo tarde, y me esperan en casa.

—Por supuesto —contestó él.

Había algo sobrenatural en aquellos ojos azules, en su pálida piel, y en sus maneras en general, en el sinuoso bamboleo de sus piernas mientras se alejaba, como una aparición del camino. Sí, algo sin pretensión, equilibrado, desconocido, estaba

completamente seguro, y lo confirmó cuando la vio alejarse, girando luego al final de la valla.

Con el anochecer medrando en los terrenos del jardín, se sintió incapaz. Se suponía que no debería haber terminado tan rápido. Se suponía que para ella, él debería haber sido interesante, único, un espíritu libre, tal vez. Entonces, ¿por qué aquella incapacidad, esa carencia de sí mismo? ¿Por qué si cada molécula de su ser se sentía atraída por ella, ella había abandonado su encuentro con tanta rapidez? ¿Y qué era eso que le hizo seguirla, incluso cuando parecía que ella se había ido por sentirse molesta? No tenía respuesta, así como tampoco podía decir por qué su mente y su cuerpo estaban en aquel momento tan en desacuerdo. Uno actuaba con más juicio que el otro, pero el más racional de los dos parecía también el menos determinado.

Incluso así, parecía que una última oportunidad le esperaba más allá del cercado, ya que ella, por lo visto, no se había dado prisa en dejar el lugar, o eso creyó él. Estaba agachada junto a las flores de iris, con el dobladillo de aquel vestido gris rozando la gravilla. Había dejado el libro y el parasol en el suelo, y no se había percatado de que él se estaba acercando, ni tampoco se dio cuenta de que su sombra la había cubierto, debido a la poca luz que había. Y mientras él estaba allí de pie, junto a ella, miró fijamente cómo sus dedos presionaban cuidadosamente una de las lineales hojas de las flores. Cuando retiró su mano, Stefan observó que una abeja obrera se había quedado en su guante. Ella no se sobresaltó, ni removi6 la mano intentando espantarla, ni tampoco la aplastó. En su cara apareció una leve sonrisa, mientras observaba a la abeja de cerca, con cierta reverencia, incluso dedicándole amables susurros. La abeja obrera, a cambio, se quedó en su mano, tranquila y apaciguada, sin enterrar el aguijón en su guante.

Qué comunión tan inusual, pensó él, nunca había visto nada parecido. Al final, ella liberó a la pequeña criatura, dejándola en la misma flor en la que estaba, cogiendo luego el parasol y el libro.

—Iris significa «arco iris» —dijo él tartamudeando, a pesar de que ella todavía no se había dado cuenta de su presencia.

Mientras se levantaba, mirándolo de manera muy templada, él notó cierto grado de desesperación en su voz, pero sin embargo, no pudo evitar el seguir hablando:

—Es fácil deducir el porqué. Suelen crecer con tantos colores... azules o púrpuras, blancas o amarillas, como estas, o incluso de color rosa, naranja, rojo o negras. Es una flor fuerte y elástica, ¿sabe? Con la luz suficiente, crecen en regiones desérticas, o en el invierno glaciario del lejano norte.

Su expresión ausente se tornó en otra más permisiva, y, al poco tiempo, ella le dejó el espacio suficiente a su lado para que caminara junto a ella, escuchando todo lo que él decía sobre la flor. Iris era la diosa griega del arco iris, la mensajera de Zeus y Hera, su labor era llevar las almas de las mujeres muertas a los campos Elíseos.

Como resultado, los griegos plantaban flores de iris, o de lis, de color púrpura en las rumbas de las mujeres. Los antiguos egipcios adornaban los cetros con iris, los cuales representaban fe, sabiduría y valor. Los romanos honraban a su diosa Juno con la flor, usándola durante las ceremonias de purificación.

—Puede que usted ya sepa que la iris florentina *Il Giaggiolo* es la flor oficial de Florencia, y si alguna vez ha visitado la Toscana, seguramente habrá inhalado las flores de lis púrpura que han sido cultivadas entre la multitud de olivos que allí crecen, una esencia muy parecida a la de las violetas.

Ahora lo miraba con atención y fascinación, como si este encuentro fortuito hubiera iluminado aquel aburrido anochecer.

—La forma en la que lo describe es realmente interesante —dijo ella—, pero no, nunca he visitado la Toscana, o ni tan siquiera Italia.

—Oh, pues debería, querida, debería. No hay lugar mejor que su Ciudad de las Colinas.

Justo después de eso, en ese mismo instante, no se le ocurrió nada más que decir. Las palabras, temía, se le habían gastado, y en lo que a él respectaba, quedaba poco más por añadir. Ella parecía ausente, mirando hacia delante. Esperaba que ella le pudiera ofrecer algo que comentar, pero estaba seguro de que no lo haría. Y así fue. Ya fuera por pura frustración, o por pura impaciencia, decidió liberarse de la carga insostenible de sus propios pensamientos, y decidió hablar sin considerar antes el sentido de lo que iba a decir.

—Me pregunto, si se me permite, ¿qué es lo que la atrae tanto de las flores de lis?

Ante la pregunta, ella aspiró profundamente la brisa nocturna primaveral, y sin ninguna razón aparente, sacudió su cabeza.

—¿Que qué es lo que me atrae de una flor como el iris? Es una cosa que nunca me he preguntado.

Aspiró de nuevo profundamente, y sonrió para sí misma, diciendo finalmente:

—Supongo que la flor crece incluso en las condiciones más adversas... ¿No es así? El iris es una flor resistente. Después de que haya sido cosechado, crece otro exactamente en el mismo lugar. En este aspecto, las flores tienen una corta esperanza de vida, pero son persistentes, así que sospecho que les afecta poco lo bueno y lo malo que ocurra a su alrededor. ¿Contesta eso a su pregunta?

—De alguna manera, sí.

Llegaron a un punto donde el camino se bifurcaba con el paseo principal. Stefan aminoró sus pasos, mirándola, y cuando finalmente se detuvo, ella también lo hizo. Pero ¿qué era lo que quería decirle, mientras la miraba interrogante? ¿Qué era lo que, en las últimas luces del día, se agitaba de desesperación una vez más?

Ella se quedó mirando sus ojos, esperando que continuara.

—Tengo una virtud —se escuchó que le decía a ella—. Me gustaría compartirla

con usted, si me lo permite.

—¿Una virtud?

—Más bien un hobby, aunque uno que ha demostrado ser muy beneficioso para con los demás más de una vez. Verá, soy un quiromántico *amateur*.

—No le entiendo.

Extendiendo un brazo hacia ella, le mostró su palma.

—Mirando aquí, puedo discernir los eventos futuros con cierto grado de exactitud.

Podría estudiar la palma de la mano de un desconocido, explicó, y descifrar el curso de su vida. Sus posibilidades de encontrar el amor verdadero, de disfrutar de un matrimonio feliz, el número exacto de descendencia, asuntos espirituales, y si va a tener una larga y próspera vida.

Así que si me permitiera un momento, me gustaría poderle ofrecer una demostración de mis capacidades.

Cuan despreciable se sintió y qué sibilino tuvo que haberle parecido a ella. La extraña expresión que mostró le hizo saber que era muy posible que a continuación recibiera una educada reprimenda.

Sin embargo, si bien aquella expresión permaneció en su rostro, se arrodilló, depositando el parasol y el libro a sus pies, y luego, se irguió de nuevo. Sin dudarle, se quitó el guante de su mano derecha, fijando sus ojos aún más sobre él, y le presentó su mano, palma arriba.

—Muéstremelo.

—Muy bien.

Él tomó su mano entre las suyas, a pesar de que era difícil ver nada en las últimas luces del atardecer. Inclinandose para tener una mejor visión, solo podía ver la blancura de su carne, la pálida piel eclipsada por algunas sombras, en la oscuridad del final del día. En su superficie no se distinguía nada, sin líneas, sin marcas. Nada más que una capa suave y fina. Todo lo que podía percibir de la palma, era su falta de textura. Estaba impoluta más allá de cualquier medida, carente de las marcas básicas de existencia, lo que, de hecho, parecía querer mostrar que aquella mujer no había nacido en realidad.

Un efecto óptico, un truco visual, razonó él. Incluso así, seguía escuchando aquella voz procedente de su interior que le causó preocupación.

Es alguien que nunca va a envejecer, le decía la voz, alguien que nunca terminaría temblequeando y llena de arrugas de una habitación a la otra.

De todas formas, la palma de su mano le reveló otro tipo de hecho, uno que contenía tanto pasado como futuro.

—Sus padres han muerto —le dijo él—. Su padre cuando usted era tan solo una niña, su madre algo más recientemente.

La mujer no se movió, ni tampoco dijo nada. También le habló sobre sus hijos nonatos y sobre la preocupación de su marido. Le dijo que la amaban, que recuperaría la esperanza, y que, con el tiempo, encontraría la felicidad.

—Hace bien en creer que usted es parte de algo más grande —le dijo—. Algo benevolente, como Dios.

Y allí, a la sombra de los jardines y los parques, estaba aquella confirmación que ella buscaba. Allí era libre, protegida de aquellas calles atiborradas de coches y carros, donde la muerte siempre estaba rondando, y donde los hombres se pavoneaban, proyectando sus largas y sospechosas sombras tras ellos. Sí, pudo ver todo eso en su piel, se sentía viva y protegida cuando estaba rodeada de naturaleza.

—No puedo discernir nada más, está oscureciendo, pero estaría más que dispuesto a hacerlo cualquier otro día.

Su mano había empezado a temblar, y, sacudiendo su cabeza con consternación, rechazó la oferta apartando la mano como si esta hubiera quedado prendida en llamas.

—No, lo siento —dijo algo aturdida, hablando mientras se agachaba para recoger sus pertenencias—. Debo irme, de verdad que tengo que irme. Muchas gracias.

Y tal como dijo esto, como si no hubiera estado caminando a su lado, se puso en marcha y caminó a paso ligero a lo largo del paseo principal. Pero la calidez de su mano persistió en las suyas, así como su fragancia. No intentó llamarla o ir tras ella para salir juntos del jardín. Aquello era lo correcto. Era una estupidez tener la esperanza de conseguir algo aquella tarde. Definitivamente, era lo correcto, pensó, viendo cómo seguía su camino hacia delante, alejándose.

Lo que pasó después, sin embargo, era difícil de creer. Más tarde, él insistiría en que no había ocurrido tal y como lo recordaba y, además, así era como lo recordaba. Ante sus ojos, la mujer se desvaneció, disolviéndose como una nube del más blanco éter. Pero lo que quedó, flotando como una hoja en el aire, fue el guante que había sostenido a la abeja. Totalmente perplejo, él corrió hacia el punto donde la mujer había desaparecido, parándose y agachándose para recoger el guante.

Una vez en Baker Street, puso en duda la exactitud de su memoria, incluso estando seguro de que el guante se alejó al intentar cogerlo, como si fuera un espejismo, hasta que quedó fuera de su alcance.

Al igual que la señora Keller y el guante, Stefan Peterson también terminó por desaparecer, perdido para siempre entre el cambio de extremidades, el cambio de características faciales, el desabotonar y el recoser de vestimentas.

Una vez finalizada su desaparición, sentí como si me quitaran un gran peso de los hombros. Aunque no estaba plenamente satisfecho, pues había demasiadas cosas sobre aquella mujer que todavía me intrigaban. Cuando una preocupación permanecía así en mi mente, volvía a los días en los que no dormía, reflexionando sobre las

evidencias y considerándolas desde cualquier punto de vista.

Así, con la señora Keller deambulando entre mis pensamientos, me di cuenta de que cualquier tipo de descubrimiento iba a esquivarme durante un tiempo.

Esa noche, di muchas vueltas vestido con mi larga bata de color azul, agrupando almohadas de mi caja y cojines del sillón, improvisando un diván oriental, en el cual me acomodé, con una buena provisión de cigarrillos, y la fotografía de la mujer. La vislumbraba aparecer bajo la luz del parpadeo de la lámpara, a través del velo de humo azul, con sus manos extendidas hacia mí, sus ojos mirándome fijamente, mientras yo colocaba otro cigarrillo en mis labios, a la vez que la luz perfilaba su suave y definida figura. Parecía como si su aparición resolviera los intrincados interrogantes que me agobiaban. Vino, tocó mi piel y, en presencia suya, fui arrullado hasta caer en el más descansado de los sueños. Al tiempo, me desperté, para descubrir que un sol de primavera matinal iluminaba toda la habitación. Los cigarrillos, consumidos, y el olor a tabaco todavía en el aire, pero de ella no había ni rastro, tan solo aquel rostro ensimismado, aprisionado tras el cristal.

La mañana llegó. Su bolígrafo se quedó sin tinta. Las hojas en blanco de papel de escribir se habían acabado, y la mesa estaba repleta con el febril trabajo nocturno de Holmes. Al contrario que a las desordenadas notas sin sentido, esta había sido una labor más concentrada que había tenido a su mano en movimiento. La continuación de aquella historia concerniente a una mujer que conoció hacía décadas, y de quien, por alguna razón aparente, había aflorado en sus pensamientos nocturnos, volvió a él como un vívido y formado espectro mientras descansaba en su mesa del despacho, con los pulgares sobre sus párpados cerrados.

—¿No me ha olvidado, verdad? —preguntó la difunta señora Keller.

—No —susurró él.

—Ni yo a usted

—¿Es eso posible? —preguntó él levantando la cabeza—. ¿Cómo es eso posible?

Ella, al igual que el joven Roger, caminó entre las flores y los caminos de grava, hablando muy poco, con su atención saltando de un sitio a otro, y a los curiosos objetos que iba encontrando durante su caminata, y, al igual que el chico, su vida, su existencia, fue efímera, dejándolo bastante perturbado e insensible después de que dejara este mundo. Por supuesto, ella nunca supo nada al respecto de su verdadero yo, no tenía ni idea de que era un renombrado investigador que la seguía disfrazado. En lugar de eso, siempre lo vio como un tímido coleccionista de libros, un hombre apocado que compartía su amor por la flora con el de la literatura rusa. Un personaje extraño que conoció en el parque un día, pero que era un alma única, a la vez que se acercaba nerviosamente hacia ella mientras compartían un banco, y que le preguntó educadamente sobre la novela que estaba leyendo:

—Disculpe, no he podido evitarlo. ¿Es ese un ejemplar de *Las vísperas del otoño* de Menshov?

—La escritura es excepcional, ¿no cree? —dijo a continuación, hablando con entusiasmo, como para esconder su propia vergüenza—. Sin un fallo, excepto en la traducción, claro, esos errores siempre se prevén y, de alguna manera, se perdonan.

—Yo no he podido percibir ninguno. De hecho, lo acabo de empezar.

—Aun así, los notará —dijo él—. Posiblemente, todavía no se ha percatado de ellos, es fácil pasarlos por alto.

Ella lo miró con cautela cuando se sentó a su lado. Sus cejas oscuras eran muy espesas, casi tupidas, dándole a sus ojos azules una apariencia dura y austera. Parecía enfadada por algo. ¿Era la imposición de su presencia, o simplemente la reticencia de una mujer cautelosa?

—Si me permitiera... —dijo, señalando con la cabeza el libro. Después de un silencio, se lo dio y, tras marcar la página con el dedo, mirando la portada del libro,

dijo después:

—Mire aquí, por ejemplo. Al principio de la historia, los estudiantes de gimnasia van sin camiseta, ya que Menshov escribe: «El rudo profesor dispuso a los muchachos de torsos desnudos en línea, y Vladimir, sintiéndose expuesto junto Andrei y Sergei, estiró sus largos brazos todo lo que pudo a ambos lados». Sin embargo, en la página siguiente, escribe: «Antes de oír que el hombre era un general, Vladimir puso los brazos tras su espalda y estiró sus puños, y después irguió los hombros». Puede encontrar cantidad de párrafos de este tipo en los escritos de Menshov o, al menos, en la traducción de los mismos.

A pesar de los esfuerzos, Holmes no pudo recordar con exactitud la conversación que provocó el inicio de su amistad, marcando tan solo el hecho de que le preguntó sobre el libro, y que luego se sintió cohibido por la continua y fría mirada que ella le lanzó, desde su cautivador y asimétrico rostro, con su ceja levantada, y aquella media sonrisa que había estudiado por primera vez al ver la fotografía, y que había calificado como la de una heroína impasible. Había algo sobrenatural en aquellos ojos azules, en su pálida piel, y en sus maneras en general, en el sinuoso bamboleo de sus piernas mientras se alejaba, como una aparición en el camino. Sí, algo sin pretensión, equilibrado y desconocido, aparentemente.

Dejando a un lado su pluma, Holmes volvió a la cruda realidad de su estudio. Desde el amanecer, había estado ignorando sus necesidades físicas, pero ahora abandonaría el ático (por mucho que hubiera evitado la idea). Vacío su vejiga, bebió agua, y, antes de almorzar, fue al colmenar a la luz del día. Cuidadosamente, una vez que había reunido los papeles de su mesa, los ordenó y los dispuso después en una pila. Luego bostezó y se estiró. Su cuerpo y sus ropas olían a tabaco, rancio y acre, y se sintió un poco embotado por haber estado trabajando toda la noche, inclinado sobre la mesa del despacho. Con los bastones bien firmes en su sitio, se levantó del asiento, lentamente sobre sus pies. Luego se dio la vuelta, y empezó a caminar lentamente hacia la puerta, ignorando el chascar de los huesos de sus piernas, y el amable crujido de las articulaciones puestas en movimiento.

Los sentimientos para con Roger y la señora Keller se mezclaban en su cerebro. Holmes abandonó aquella sala llena de humo, buscando casi por instinto la bandeja en la que el chico solía dejar su almuerzo en el pasillo, y recordando antes casi de cruzar el umbral que no estaría allí. Atravesó el pasillo, siguiendo el mismo camino que cuando subió apenado esas mismas escaleras. Sin embargo, el estupor que sufría en aquel momento había desaparecido, aquella negra nube que había embotado sus sentidos, y que había transformado aquella placentera tarde en la más negra de las noches, se había disipado y, en aquel momento, Holmes tenía una tarea por realizar: Descender a una casa en la que no había nadie más, ataviarse de la manera correcta, el lento caminar a través del jardín, donde se aproximaría al colmenar como un

fantasma oculto tras un velo, y se acercaría vestido completamente de blanco.

Pero durante un rato bastante largo, Holmes se detuvo al principio de las escaleras, esperando como hacía cuando Roger venía a ayudarlo a bajar. Mantuvo sus cansados ojos cerrados y, entonces, el chico empezó a subir por la escalera con ligereza. Subsecuentemente, el chico también se materializó en otros lugares, sitios en los que Holmes lo había visto en el pasado, como por ejemplo, estirado en toda la longitud de su delgado cuerpo en uno de los estancamientos de la playa, mientras que la espuma de las frías aguas golpeaba su pecho y era engullido por la marea, o corriendo a través del follaje alto con su cazamariposas sujeto con fuerza, vestido con una camisa de algodón con las mangas enrolladas hasta el codo, o con el expendedor de polen cerca de las colmenas, dejándolo en una zona donde diera el sol para que las criaturas que tanto amaba se alimentaran. Curiosamente, cada una de estas visiones del chico tenía la primavera o verano como trasfondo. Incluso así, Holmes también sintió el frío del invierno cuando, de repente, imaginó al chico sepultado bajo la fría tierra.

Las palabras de la señora Munro penetraron en su cabeza sin previo aviso:

—Es un buen chico —le dijo cuando entró a trabajar como ama de casa—. Se ocupa de sí mismo, es un poco tímido, pero muy serio y callado, como su padre. No le va a suponer ninguna carga, se lo prometo.

Y sin embargo, ahora se había dado cuenta de que el chico se había convertido en una carga, en una dolorosa carga. Al mismo tiempo, no paraba de decirse a sí mismo, (ya fuera con respecto a Roger o a cualquier otra persona) toda vida tiene un final. Fijó su vista al final de la escalera, y al comenzar su descenso, se volvió a repetir aquellas preguntas que no habían pasado por su mente desde su juventud:

—¿Qué significado tiene todo esto? ¿Qué objeto servía a este círculo de miseria? Tiene que tener algún fin. ¿O es que el universo estaba regido por la casualidad? Y si era así, ¿con qué fin?

Llegando a la segunda planta, se dirigió al lavabo, donde se refrescó la cara y el cuello con agua fría. Por un momento, Holmes oyó un leve zumbido que imaginó procedía de un insecto, o de un pájaro cantando, y pensó en las frondosas ramas en las que estos suelen ocultarse. Pero ni los insectos, ni los pájaros ni las ramas suelen tomar parte en las miserias de la humanidad.

Puede, pensó, que esa fuera la razón por la que, al contrario de la gente, vuelven y vuelven en cada migración. Tan solo más tarde, cuando llegó a la primera planta de su casa, se dio cuenta de que el zumbido procedía del interior de la casa, un tono bajo, esporádico, humano, procedente de la cocina. Era la voz de una mujer, o de un niño, no estaba seguro, pero no era la señora Munro, y, con toda seguridad, no se trataba de Roger.

En media docena de pasos, Holmes llegó a la puerta de la cocina, viendo cómo

una de las teteras estaba puesta en el fogón, hirviendo. Al entrar finalmente, la vio junto a la mesa, dándole la espalda, mientras pelaba una patata y canturreaba una canción. Pero fue aquella larga melena negra, la piel rosada de sus brazos, y su diminuta forma las que le hicieron asociarla con la desafortunada señora Keller.

Se quedó allí, quieto y mudo, incapaz de asumir la presencia de aquella aparición, hasta que, finalmente, abrió la boca, dijo con voz desesperada:

—¿Por qué has venido?

Diciendo eso, la figura dejó de canturrear, giró su cabeza para mostrar a una chica de mirada perdida, una niña de no más de dieciocho años, con unos ojos enormes, apacibles, de una expresión que rozaba la estupidez.

—Señor...

Holmes se puso delante de ella.

—¿Quién es usted, qué está haciendo aquí?

—Soy yo, señor —dijo—. Soy Em, la hija de Tom Anderson, creía que usted ya lo sabía.

Se hizo un silencio. La chica bajó la cabeza, evitando su mirada.

—¿La hija del agente Anderson? —preguntó Holmes.

—Sí, señor. No creía que fuera a desayunar, así que estaba preparando el almuerzo.

—¿Pero qué es lo que está haciendo aquí? ¿Dónde está la señora Munro?

—Está dormida, la pobre.

La chica no parecía sentirlo en realidad, sino más bien parecía feliz de tener algo que contar. Siguió con la cabeza agachada, cogiendo los bastones y poniéndolos junto a sus pies. Mientras hablaba, le salía un extraño sonido silbante de la nariz, como si estuviera soplando las palabras a través de sus labios.

—El doctor Baker ha estado con ella toda la noche, excepto ahora, que está durmiendo. No sé lo que le habrá dado de medicación.

—¿Está en la casa de invitados?

—Sí, señor.

—Entiendo. ¿Y ha sido Anderson el que la ha mandado aquí?

La chica parecía algo confusa.

—Sí, señor —dijo—. Pensé que ya lo sabía. Pensé que mi padre ya le había avisado de que él me había mandado.

Fue entonces cuando Holmes se acordó del momento en el que Anderson tocó a la puerta de su estudio la noche antes. El agente le hizo algunas preguntas, dijo un par de cosas triviales, poniendo amablemente una mano sobre su hombro, pero todo estaba entre brumas.

—Por supuesto —dijo finalmente, mirando a través de la ventana que estaba sobre el fregadero. El sol iluminaba toda la encimera. Respiró hondo y después

volvió a mirar a la chica, dando muestras de sentir su comportamiento.

—Lo siento, han sido unas horas muy difíciles.

—No tiene por qué disculparse, señor —dijo ella levantando la cabeza—. Lo que necesita ahora es comer algo.

—Tan solo un vaso de agua, por favor.

Apático por la falta de sueño, Holmes se rascó la cabeza, y se mesó la barba, y bostezó, viendo cómo la chica le servía rápidamente lo que había pedido, cogiendo el vaso, y dejando sus manos en las caderas mientras esperaba a que el vaso se llenara de agua del grifo (vaso que luego le ofreció con una simpática y agradecida sonrisa).

—¿Algo más?

—No —dijo, alargando el brazo para coger uno de sus bastones, dejando la otra libre para poder sostener lo que le estaba ofreciendo.

—He dejado la tetera hirviendo lista para su almuerzo —le dijo, volviendo a la mesa de la cocina—, pero si cambia de idea respecto al desayuno, hágamelo saber.

La chica cogió otra vez el cuchillo de pelar de la encimera, y volvió con desgarbo al trabajo, cortando una patata mientras se aclaraba la garganta, y después de que Holmes dejara vacío el vaso, y lo dejara en el fregadero, empezó de nuevo a canturrear. Así que dejándola allí, salió de la cocina sin decir nada más, cruzó el corredor, y salió por la puerta principal, escuchando aquel fluctuante y disonante canturreo, el cual le acompañó durante un rato, ya en el patio, frente al cobertizo del jardín, e incluso cuando la distancia le impedía ya escucharlo.

Pero mientras se aproximaba al cobertizo, el canturreo de la chica se perdió en el ambiente, como las mariposas que volaban a su alrededor, siendo reemplazado por sus cavilaciones al respeto de la belleza de su propio jardín. Las flores miraban hacia el cielo, la esencia a altramuces flotaba en el aire, los pájaros cantaban en los pinos, y las abejas zumbaban por aquí y por allá, saliendo de los pétalos, o desapareciendo en el interior de las flores.

Trabajadores obstinados, pensó. Insectos de costumbres inquietas.

Mirando desde el jardín, encarado hacia el cobertizo de madera justo delante de él, el consejo de un antiquísimo escritor romano acudió a la mente de Holmes. No recordaba el nombre del autor, aunque el mensaje estaba bastante claro en su cerebro:

«No deberás jadear o soplar sobre ellas, ni tampoco hacer aspavientos a su alrededor, ni tampoco deberás defenderte cuando creas que te atacan. En su lugar, mueve cuidadosamente la mano ante su rostro, empujándolas amablemente, y finalmente, no seas un extraño para ellas».

Cuando descerrajó y empujó la puerta del cobertizo, la abrió completamente para que la luz del sol le precediera antes de entrar en aquella cabaña llena de sombras y polvo. Los rayos iluminaron las estanterías repletas de bolsas de tierra, semillas, herramientas de jardinería, tarros vacíos, y los ropajes doblados del que una vez fuera

aprendiz de cuidador de abejas. Colgando su abrigo en un rastrillo que estaba instalado de pie en una esquina, se puso la levita blanca de cuidador, los guantes de color claro, el sombrero de ala ancha, y el velo. Al poco tiempo, salió del cobertizo transformado. Examinó su jardín tras la gasa del velo, caminando lentamente por el camino, cruzando los pastos hacia el colmenar, con los bastones como única marca visible de su identidad.

Al mismo tiempo que Holmes se acercaba a las colmenas, todo parecía normal y ordinario, pero súbitamente se sintió agobiado dentro de aquel traje. Mirando dentro de la oscuridad de una de las colmenas, luego en otra, vio a las abejas en sus ciudadelas de cera, limpiando sus antenas, frotando las patas delanteras vigorosamente sobre sus complejos ojos, preparándose para salir volando al exterior.

En aquel primer vistazo, todo parecía normal en el mundo apícola. La vida casi mecánica de aquellas criaturas socialmente avanzadas, aquel armonioso y constante zumbido... No había ningún signo de rebelión creciente entre la rutina ordenada que era aquella *commonwealth*^[24] de insectos. En la tercera colmena encontró lo mismo, así como en la cuarta y en la quinta. Cualquier tipo de duda o reserva que hubiera mantenido se evaporaron rápidamente, quedando reemplazadas por un sentimiento de humildad y asombro mucho más familiar ante la complejidad de la civilización de las colmenas. Cuando cogió de nuevo sus bastones de donde los dejó antes de empezar la inspección de las colmenas, le invadió de repente una sensación de invulnerabilidad.

No me haréis daño, fue el pensamiento que le cruzó la cabeza. No hay nada que temer.

Sin embargo, mientras estaba allí agachado frente a la sexta colmena, una aciaga sombra le sobrecogió. Mirando a través del velo por el rabillo del ojo, vio primero un vestido negro, una camisa de mujer, con flecos y un lazo, luego una mano derecha, con unos dedos delgados que sostenían un gran recipiente de lata, pero fue aquella cara estoica que lo miraba fijamente lo que le causó la mayor exasperación. Aquellas grandes y sedadas pupilas, la amargura que solo podía ser transmitida por la insensible ausencia de cualquier emoción, le recordaban a aquella mujer que sostenía a su bebé muerto en mitad de su jardín, a pesar de que ahora se trataba de la señora Munro.

—No creo que este lugar sea seguro —le dijo, poniéndose en pie—, debería volver de inmediato.

Su mirada no varió en lo más mínimo, ni tan siquiera respondió con un parpadeo.

—¿Me ha oído? —dijo—. No es seguro que se encuentre en peligro, pero es posible.

Ella siguió mirándolo, aunque esta vez sus labios se movieron, mas sin producir sonido alguno, hasta que preguntó en un susurro:

—¿Va a matarlas?

—¿Qué está diciendo?

Esta vez habló un poco más alto.

—Digo que si va a destruir las colmenas.

—Por supuesto que no —fue su fría respuesta, a pesar de sentir pesar por ella, ignorando la creciente sensación de que estaba entrometiéndose.

—Yo creo que debería —dijo ella—. Si no lo hace, lo haré yo por usted.

De repente, se dio cuenta de que lo que llevaba en la lata era gasolina, ya que reconocía aquella lata, era la que utilizaba para quemar los árboles muertos en el bosque cercano. Además, acababa de ver la caja de cerillas que la mujer llevaba en su otra mano, aunque en su estado no pensaba que fuera a tener la entereza como para incendiar las colmenas. Aun así, había determinación en aquel sonido átono de su voz, había resolución. Holmes sabía que los que sufren de un hondo pesar, a veces quedaban poseídos por una poderosa y bárbara indignación, y la señora Munro que estaba ante él, resueltamente fría, de alguna manera impasible, no tenía nada que ver con aquella ama de casa gregaria y charlatana que le había acompañado durante años. Esta señora Munro, a diferencia de la otra, lo ponía nervioso.

Holmes se alzó el velo, mostrándole una expresión tan comedida como la suya.

—Mi buena señora, está furiosa, y confundida. Le ruego que vuelva a la casa de invitados y le diré a la muchacha que vaya a buscar al doctor Baker.

La mujer no se movió, ni tampoco apartó la mirada de él.

—Voy a enterrar a mi hijo dentro de dos días —le dijo con una voz fría—. Me voy esta noche, y él viene conmigo. Va a venir conmigo en una caja. Eso no está bien.

Un hondo pesar se apoderó de Holmes.

—Perdóneme, querida. De verdad, lo siento tanto...

Y mientras su gesto se suavizaba, la voz de la mujer se solapó con la de Holmes.

—No tuvo la decencia de decírmelo ¿no? Se escondió en su ático, y no quiso verme.

—Lo siento.

—Creo que es un viejo egoísta, es verdad, y también creo que es el responsable de la muerte de mi hijo.

—Eso no es cierto —dijo, pero todo lo que pudo recibir como respuesta fue su agonía.

—Usted tiene la misma culpa que esos monstruos. Si no hubiera sido por usted, él no hubiera estado aquí. ¿No es cierto? Debería haber sido usted el que tendría que haber sido agujoneado hasta morir, no mi niño. Ni tan siquiera era obligación suya el estar aquí, ¿no? No debería haber estado aquí solo, no debería haber estado solo, así.

Holmes estudió su rostro austero, las mejillas huecas, los ojos rojizos. Intentó encontrar las palabras y, finalmente, le dijo:

—Pero él quería estar aquí. Debería saber eso. Si hubiera podido prever el

peligro, ¿cree usted que le hubiera dejado atender las colmenas? ¿Sabe lo que me duele su pérdida? También sufro por usted. ¿No se da cuenta?

Una abeja pasó alrededor de la cabeza de la mujer, pero ella tenía sus pupilas fijadas en Holmes, sin prestarle ninguna atención a la criatura.

—Las matará a todas —dijo—. Si en algo le importamos, las matará a todas. Usted hará lo que debe hacer.

—No voy a hacer eso, querida. Hacer eso no le haría ningún bien a nadie, ni tan siquiera al chico.

—Entonces lo haré yo, y usted no podrá detenerme.

—Usted no va a hacer nada.

La mujer permaneció quieta y, unos segundos después, Holmes contempló su forma de actuar. Si se enfrentaba a ella, haría poco por amainar su descontrol. Ella era más joven que él, y él era un frágil anciano, pero si era él el que atacaba, podría golpearla con un bastón en su frente o en el cuello, haciendo que cayera al suelo, y si caía al suelo, ambos rodarían contra las colmenas. Holmes le devolvió la mirada. Pasaron minutos de silencio sin que ninguno de los dos se moviera un centímetro. Finalmente, ella se rindió, moviendo su cabeza mientras decía con una voz temblorosa:

—Desearía no haberlo visto nunca, señor. Me gustaría no haberme encontrado con usted nunca, y no derramaré una sola lágrima cuando pase a mejor vida.

—Por favor —le imploró, alcanzando sus bastones—, este no es lugar seguro para usted. Vuelva a la casa de invitados.

Pero la señora Munro ya había vuelto sobre sus pasos, lentamente, como si estuviera andando en un sueño. Para cuando llegó al borde del colmenar, ya había soltado la lata de gasolina y la caja de cerillas. Luego siguió caminando a través de las hierbas altas, donde desapareció de la vista y, sin embargo, Holmes podía oír sus lamentos, y sus llantos más profundos, aunque cada vez era más difícil oírla a medida que se alejaba camino de la casa de invitados.

Caminando hasta ponerse delante de las colmenas, siguió mirando hacia la zona de pastos, viendo cómo las hierbas altas se mecían tras el paso de la señora Munro. Había perturbado la ecuanimidad del colmenar, pero ahora todo el prado estaba de nuevo en tranquilidad. Había un trabajo importante por hacer. Quería gritar, pero se reprimió, ya que la mujer se había marchado destrozada por el pesar, y por ahora solo podía pensar en la tarea que había que llevar a cabo, que era inspeccionar las colmenas para comprobar su grado de quietud.

Tiene razón, pensó. Soy un viejo egoísta. La realidad de este pensamiento hizo que su ceño se frunciera. Alcanzando de nuevo sus bastones, se dejó caer en el suelo, sentándose mientras una sensación de vacío le inundaba. Sus oídos recogieron el bajo y constante murmullo de la colmena, el sonido que, en aquel momento, no le recordó

sus años de soledad en los cuidados de las colmenas. En lugar de ello, le hizo darse cuenta de la insondable soledad de su existencia.

Qué fácil hubiera sido que aquel vacío lo hubiera consumido entonces, qué fácil hubiera sido caer en el llanto al igual que la señora Munro, si no hubiera sido por aquel extraño ser de rayas amarillas y negras que se posó en uno de los lados de la colmena, atrayendo la atención de Holmes, quieto en aquel lugar durante el tiempo suficiente para que el anciano dijera su nombre, *vespula vulgaris*, antes de que tomara vuelo de nuevo, zigzagueando y sobrevolando el lugar donde Roger murió. De manera ausente, cogió sus bastones. En sus cejas podía verse la perplejidad. ¿Dónde estaban los agujones? ¿Dónde estaban los agujones que debería haber en la ropa o en la piel del chico?

En aquel momento, intentó recordar el estado en el que se encontró el cuerpo del chico; sin embargo, solo veía sus ojos.

No podía estar seguro. Incluso así, tenía la certeza de haber alertado a Roger sobre las avispas, mencionando el peligro que puede suponer para una colmena. Estaba casi seguro de recordar cómo le explicó que la avispa era el enemigo natural de la abeja, y que era capaz de destrozar larva tras larva con sus mandíbulas (algunas especies tenían la capacidad de matar hasta cuarenta abejas por minuto), barriendo la colmena al completo, llevándose las larvas. Sí, estaba seguro de haberle explicado al chico las diferencias entre el agujón de una abeja y el de una avispa. El órgano velludo de la abeja penetraba en la piel, destripando a la criatura. El menos velludo agujón de la avispa apenas penetraba en la carne, pudiéndose retraer y ser reutilizado múltiples veces.

Holmes se puso en pie. Rápidamente, cruzó el colmenar y las hierbas altas, haciendo un surco paralelo junto al que Roger había realizado con anterioridad, con la esperanza de discernir el trayecto que efectuó el chico desde el colmenar hasta el lugar en donde falleció.

«No, no estabas huyendo de las abejas —pensó—. No estabas huyendo de nada, aún no».

El rumbo de Roger giraba bruscamente en un punto a mitad de su camino, virando hacia donde ocultó el cadáver, para finalizar en el sitio donde el chico cayó, un pequeño claro de piedra caliza rodeada de hierba. Allí, Holmes vio dos surcos más hechos por el hombre, estrechándose desde el camino del jardín a lo lejos, circunvalando el colmenar, y luego dirigiéndose hacia, o desde, el claro. Uno había sido realizado por Anderson y sus hombres, el otro por Holmes después de encontrar el cuerpo. Se preguntó si, simplemente, podría seguir su camino a través de las hierbas altas, buscando lo que tarde o temprano iba a encontrar. Pero cuando se dio la vuelta, mirando hacia los surcos, observó el giro que condujo al chico al claro. Luego volvió sobre sus pasos.

Deteniéndose cerca de la zona del giro, miró de nuevo el surco que había realizado el chico. Allí, la hierba había sido aplastada deliberadamente, alisándola, sugiriendo que el chico, al igual que él, se alejó lentamente del colmenar. Miró de nuevo al claro. La hierba en esa parte había sido aplastada intermitentemente, indicándole que el chico había corrido. Estudió el giro, aquel cambio de rumbo, tan abrupto.

«Desde ahí viniste andando —pensó—, y aquí empezaste a correr».

Siguió avanzando, intentando rastrear el recorrido que siguió el chico, mirando la hierba que había justo después del giro. Bastantes metros más allá, de repente vio un brillo plateado entre el denso follaje.

«¿Qué es eso? —se dijo a sí mismo, buscando de nuevo el brillo».

No, no estaba equivocado. Había algo que brillaba entre aquellas hierbas altas. Siguió adelante, y buscó una mejor perspectiva, dejando la dirección que seguía el chico. Pronto se dio cuenta de que había entrado en otra senda, mucho menos obvia. Un desvío que había seguido el chico en la zona más densa de los pastos. Apresurado por la impaciencia, Holmes aceleró su paso, pasando cuidadosamente por los puntos que había pisado el chico, ignorante de la avispa que tenía posada en el hombro, o de las otras avispas que revoloteaban alrededor de su gorro. Medio agachado, le llevó un par de pasos más encontrar la fuente de aquel extraño fulgor. Era una regadera, perteneciente a su jardín, estaba caída de lado, la boquilla todavía goteaba, y había tres avispas, tres obreras de rayas amarillas y negras saciando la sed y revoloteando mientras buscaban gotas más grandes.

—Una grave decisión, chico —dijo a la vez que golpeaba la regadera con el bastón para ver cómo las avispas levantaban el vuelo—. Un terrible error.

Antes de proseguir, se bajó el velo, preocupándose un tanto por la avispa que pasó zumbando al lado de su gorro como un centinela. Por lo que preveía, estaba cerca de su avispero, y, según supuso, no podían hacer nada para defenderse. Holmes estaba, después de todo, mucho mejor equipado para su destrucción de lo que lo había estado el chico, así que él terminaría lo que Roger empezó, pero no pudo acabar. Mientras inspeccionaba el suelo, intentando adivinar todos los pasos que llevó a cabo, estaba lleno de remordimientos. De entre todo lo que le enseñó al chico, por lo visto se olvidó de uno de los factores más importantes: verter agua sobre un nido de avispas solo provoca la ira de los insectos. Era como echar gasolina sobre un fuego. Holmes hubiera deseado habérselo dicho al muchacho.

—Pobre niño —dijo mirando un agujero del suelo que curiosamente parecía una boca bostezante—. Mi pobre niño.

Holmes hundió uno de sus bastones justo al lado de los *labios* y, luego, sacándolo, estudió la punta, y observó las avispas que habían sido extraídas, seis o siete criaturas, algo agitadas por la violación del bastón, que inspeccionaban furiosas la

circunferencia del ofensor. Sacudió el bastón y espantó a las avispas. Luego miró de nuevo hacia el agujero, con sus *labios* húmedos por el agua vertida, observando que la oscuridad tomaba forma y se retorció hacia el exterior, como las avispas que una tras otras surgían de la abertura, la mayoría para salir volando por el aire, algunas posándose en el velo, mientras que otras se quedaron deambulando alrededor del agujero.

«Así que es así como pasó —pensó—. Así es como te cogieron».

Sin pánico alguno, Holmes se retiró, dirigiéndose angustiado hacia el colmenar. Pasado el tiempo, telefonaría a Anderson, contándole exactamente al agente todos los pormenores, algo que la señora Munro oiría durante la investigación que se produciría durante la tarde.

El cuerpo y la ropa del chico carecían de picaduras, lo que indicaba que Roger fue víctima de las avispas, no de las abejas. Además, Holmes quiso dejar claro que el chico estaba intentando proteger las colmenas. Roger sin duda había visto a las avispas en las colmenas, encontró su avispero, y, en un intento de erradicar a aquellas criaturas ahogándolas, provocó un ataque en masa de todo el enjambre.

Holmes dio un par de detalles menores más a Anderson. El chico huyó en la dirección opuesta al colmenar mientras recibía el ataque, tal vez intentando alejar a las avispas de las colmenas.

Antes de llamar al agente, sin embargo, cogió la lata de gasolina y las cerillas que la señora Munro había dejado caer. Dejó un bastón en el colmenar, y llevando con la mano libre la lata, volvió a la zona de hierbas altas, para verter la gasolina en el agujero mientras que las avispas, empapadas, intentaban inútilmente salir. Una cerilla terminaría el trabajo, la llama lo quemaría todo a su paso, incendiando aquella boca abierta produciendo un siseo, y creando una pequeña erupción, despidiendo llamas más allá de los *labios* de tierra. Del interior del nido no surgió nada, excepto una única estela de humo retorcida que se dispó sobre la hierba, eliminando en pocos segundos a la reina y todos los huevos fértiles, así como a todas las obreras que quedaron atrapadas en el interior de la colonia. Un enorme e intrincado imperio delimitado por el amarillento adobe del nido, que desaparece en pocos minutos, como el joven Roger.

«Bueno trabajo —pensó Holmes mientras volvía a través de la zona de pastos».

—¡Buen trabajo! —dijo en voz alta, con la cabeza mirando el cielo, y con la visión distorsionada por la extensión del éter azul. Y mientras decía esas palabras, le embargó una inmensa melancolía que se quedaría con él de por vida, todo lo que hizo, hiciese o haría algún día quedaría bajo ese manto de tristeza.

—Buen trabajo —se repitió, y empezó a llorar en silencio tras el velo de apicultor.

¿Por qué brotaron las lágrimas? ¿Por qué, mientras descansaba en la cama, mientras caminaba hacia el estudio, mientras iba luego al colmenar a la mañana siguiente, y a la siguiente a esta, Holmes dejaba descansar su cabeza en sus manos, con las yemas de sus dedos húmedas de limpiarse los bigotes, si bien ni un solo sollozo o lamento salía de su garganta, ni ninguna parálisis transfiguraba su rostro?

En algún lugar, posiblemente un pequeño cementerio a las afueras de Londres, la señora Munro y alguno de sus familiares más allegados estarían vestidos con ropajes oscuros y fríos, como las nubes grises que se concentran sobre la tierra y el mar.

¿Lloraba ella también? ¿O puede que la señora Munro hubiera gastado todas sus lágrimas en su solitario viaje a Londres, recuperándose en la ciudad gracias a la presencia de sus familiares y al consuelo de los amigos?

No tiene relevancia, se dijo a sí mismo. Ella está en alguna parte, y yo estoy aquí, no puedo hacer nada por ella. Pero aun así, se esforzó en ayudarla. Antes de que la mujer partiera, por dos veces mandó a la hija de Anderson a la casa de invitados con un sobre con dinero más que suficiente para cubrir los gastos del viaje y del funeral. Las dos veces, la chica volvió, con el gesto austero aunque amable, diciendo que la mujer había rechazado el sobre.

—No quiso cogerlo ni hablarme, señor.

—Está bien, Em.

—¿Quiere que lo intente de nuevo?

—Mejor no, no creo que cambie de opinión.

Ahora, solo en el colmenar, su expresión estaba abstraída, petrificada en la consternación, como si él también estuviera junto a los asistentes del funeral de Roger. Incluso en las colmenas, con las filas de celdas blancas, formas rectangulares sin adornos surgiendo de la hierba, le parecían monumentos memoriales de cementerio. Un cementerio pequeño es parecido a un colmenar. Un lugar simple, bien atendido, con verdor, sin malas hierbas, sin edificios ni caminos cercanos, sin coches a motor, ni el bullicio humano perturbando el descanso de los muertos. Un lugar apacible, alineado con la naturaleza, un buen sitio para que el chico descansara, y para que la madre le pudiera decir adiós.

Pero aún se preguntaba ¿por qué lloraba sin quererlo, por qué las lágrimas caían casi por iniciativa propia, sin esfuerzo, sin emoción alguna? ¿Por qué no podía sollozar en alto? ¿Y por qué, en el caso de las otras muertes, cuando el dolor era igual al que ahora sentía, había asistido a los funerales de todos los seres queridos que había perdido, y nunca había derramado ni una sola lágrima, como si la misma tristeza fuera algo que ocultar?

—No importa —dijo en un murmullo—. Carece de todo sentido.

No se esforzó en encontrar ninguna respuesta. Hoy al menos, no. Ni tampoco creía que aquel vertido de lágrimas fuera el producto de la suma concentrada de todo lo que había visto, conocido, perdido, silenciado o importado durante décadas. Fragmentos de su juventud, la destrucción de grandes ciudades e imperios, aquellas enormes guerras causantes de cambios en la geografía. Luego la lenta atrofia de los queridos compañeros, e incluso la salud de uno mismo; la memoria, el historial personal, todas las complejidades que implican el transcurso de una vida, cada momento, profundo, cambiante, condensado en una sustancia salina acumulada en sus cansados ojos. En lugar de eso, se fue hundiendo lentamente, agachándose hasta llegar al suelo, sentándose como si fuera una figura de piedra que había quedado allí dispuesta inexplicablemente en aquel lugar de césped recortado.

Había estado allí sentado anteriormente, en aquel mismo lugar, cerca del colmenar. El lugar había sido marcado por cuatro piedras traídas desde la playa dieciocho años antes. Cuatro piedras de color gris oscuro, alisadas por la marea, que encajaban perfectamente en sus manos, dispuestas de una manera precisa: Una frente a él, una detrás, una a la izquierda y otra a la derecha, formando una discreta y humilde parcela, la cual, en el pasado, contenía y hacía desaparecer sus pesares. Era un pequeño truco mental, una especie de juego, a menudo muy beneficioso. Dentro de la zona delimitada por las rocas, podía meditar, pensar tranquilamente en aquellos que se habían ido, y, pasado el tiempo, cuando salía de aquella parcela, toda la pena que había traído consigo antes de entrar, quedaba allí. *Mens sana in corpore sano*, era su mantra, repetido una y otra vez mientras estaba allí.

—Todo viene en ciclos, incluso el vate Juvenal.

Utilizó aquella zona como punto de comunión con los muertos. Primero en 1929, luego de nuevo en 1946, enterrando sus penas en la armonía del colmenar.

1929 fue su año negro, una época que le trajo pesares mucho mayores que los actuales, ya que la anciana señora Hudson, su ama de llaves y cocinera desde sus días en Londres, la única persona que le había acompañado a su hacienda en Sussex después de su retiro, tuvo una caída en la cocina, rompiéndose la cadera, la mandíbula y perdiendo algunos dientes, para finalmente caer inconsciente. Más tarde se supo que la cadera se le había roto justo antes de la fatal caída, ya que sus huesos se habían vuelto demasiado frágiles para el sobrepeso que sufría su cuerpo. Finalmente, falleció en el hospital de neumonía («Un final apacible», según le escribió el Dr. Watson a Holmes una vez supo del fallecimiento. «Como bien sabe, la neumonía es una bendición para los agónicos, un ligero empujón para aquellos ancianos que no terminan de partir»).

Pero no fue mucho después de que la carta del Dr. Watson fuera guardada, y las pertenencias de la señora Hudson fueran recogidas por su sobrino, y una nueva ama de llaves fuera contratada para las tareas del hogar en la hacienda, cuando aquella

compañía de tantos años, el buen doctor, falleciera sin previo aviso por causas naturales. Una noche en la que había disfrutado de una buena cena y de la visita de sus hijos y sus nietos, bebió tres vasos de vino tinto, rio con el chiste que el mayor de sus nietos le susurró al oído, y a las diez de la noche, deseó a todo el mundo buenas noches. Antes de las doce había muerto.

La noticia de la tragedia llegó en un telegrama enviado por la tercera señora Watson, entregado informalmente a Holmes por la joven ama de llaves (la primera de muchas mujeres que pasarían por la hacienda, y que, tras soportar a su irascible señor durante un tiempo, terminaban dimitiendo de sus labores antes de que pasara un año de servicio).

En los días que siguieron, Holmes deambuló por la playa durante horas, del amanecer al anochecer, contemplando el mar y, durante largos periodos, las piedras que había bajo sus pies. No había hablado directamente con el doctor Watson desde el verano de 1920, cuando el doctor y su esposa pasaron un fin de semana junto a él. A pesar de que había sido una visita algo comprometida, más por Holmes que por sus invitados, ya que no se sentía muy afín a la tercera esposa, a la cual encontraba árida y mandona, y, aparte de recordar algunas de sus antiguas aventuras juntos, se dio cuenta de que ya no tenía nada en común con el doctor Watson. Sus conversaciones de sobremesa terminaban disipándose en silencios, rotos tan solo por la vacua necesidad de la señora Watson de hablar de sus hijos, o de su amor por la cocina francesa, como si el silencio fuera su enemigo declarado.

Sin embargo, Holmes consideraba al doctor Watson como alguien de su familia, así que la súbita muerte del hombre, junto con la pérdida de la señora Hudson, fueron como si una puerta se cerrara de golpe, terminando con todo lo que antes era él, y mientras caminaba por la playa, parándose para mirar cómo las olas crecían y rompían, se dio cuenta de que iba a la deriva. En un mes, las más directas conexiones con su yo habían desaparecido. Sin embargo él aún estaba allí.

Al cuarto día de caminar por la playa, empezó a examinar las piedras, y al observarlas las acercaba a la cara, descartando una a favor de otras, quedándose al final con las cuatro que más le habían gustado. Según decía, el más pequeño de los guijarros contiene los secretos de un universo entero. Las piedras que llevó camino arriba en sus bolsillos le precedían. Estas piedras, mientras él era concebido, criado, educado, y envejecía, habían esperado en la orilla, imperturbables. Estas cuatro piedras comunes, iguales a las otras sobre las que había caminado, estaban imbuidas de todos los elementos que formaban el gran logro de cualquier posible criatura o cosa imaginable. Sin lugar a dudas, poseían las marcas rudimentarias del doctor Watson y la señora Hudson y, obviamente, también de él mismo.

Así que Holmes dejó las piedras en un lugar específico, sentándose entre ellas con las piernas cruzadas, limpiando su mente de problemas, del dolor que causa la

ausencia de dos personas que le importaban mucho. Pero estaba determinado, sentir la ausencia de alguien era, de alguna forma, sentir también su presencia. Respirar el aire del colmenar en otoño, escupir su resentimiento (*La tranquilidad del pensamiento*, era su mantra silencioso, *la tranquilidad de la psique*, tal y como le habían enseñado los lamas en el Tíbet). Poco a poco, comenzó a sentir el inicio del fin de sí mismo, empezó a sentir la muerte, como si ellos refluyeran gradualmente, intentado partir y dejarlo en paz y quietud, permitiéndole finalmente levantarse e ir adelante, dejando la pena atrás entre aquellas venerables rocas.

«*Mens sana in corpore sano*».

Durante la segunda mitad de 1929, se sentó en aquel lugar en seis ocasiones diferentes, acortando el tiempo de meditación subsecuentemente (tres horas y dieciocho minutos, una hora y dos minutos, cuarenta y siete minutos, treinta y tres minutos, nueve minutos, y cuatro minutos). En Año Nuevo, la necesidad de sentarse entre las rocas desapareció y, a partir de entonces, si le procuraba alguna atención al lugar era por mantenerlo limpio (arrancando malas hierbas, cortando el césped, ajustando las rocas en la tierra, al igual que se hacía con las piedras de los caminos del jardín). Pasarían doscientos meses antes de que bajara allí de nuevo, pasando muchas horas de meditación después de que se le informara del fallecimiento de su hermano Mycroft. Exhaló su último suspiro una fría tarde de noviembre, disipándose como una visión etérea.

Los recuerdos tomaron forma en su mente, viendo cómo le daba la bienvenida en el salón para visitas del club Diógenes, cuatro meses antes, donde Holmes tuvo una cita con el último familiar vivo que le quedaba. Los dos disfrutaron fumando y bebiendo brandy. Mycroft tenía buen aspecto. Sus ojos estaban claros, e incluso tenía un poco de color en sus mejillas, a pesar de que su salud había decaído, y era propenso a exhibir algunas pérdidas en sus facultades mentales, pero aquel día estaba increíblemente lúcido, narrando historias de sus tiempos de guerra. Parecía entusiasmado con la compañía de su hermano menor, y ya que Holmes acababa de empezar a mandar jarras de jalea real al club Diógenes, creyó que la sustancia realmente hacía mejorar el estado de Mycroft.

—Incluso usando tu imaginación, Sherlock —dijo Mycroft, con su enorme constitución temblando por las carcajadas—, no creo que puedas recrear el momento en el que salí a gatas de una barcaza de desembarco con mi viejo amigo Winston. «Yo soy el señor Bullfinch, —dijo Winston, ya que ese era su nombre en clave—, y he venido a ver con mis propios ojos cómo van las cosas por el norte de África».

Sin embargo, Holmes sospechaba que las dos grandes guerras habían causado terribles estragos en su brillante hermano. Mycroft había continuado en el servicio hasta bien pasada su edad de jubilación, dejando muy pocas veces su sillón del club Diógenes, a pesar de que le era indispensable al gobierno. Como el más misterioso de

los hombres y una de las figuras más importantes del Servicio Secreto Británico, su hermano mayor podía mantenerse en activo durante semanas sin dormir, cogiendo energías al comer vorazmente, mientras supervisaba multitud de intrigas, tanto domésticas como ajenas. No le supuso ninguna sorpresa el saber que, tras el término de la segunda guerra mundial, la salud de Mycroft empeoró rápidamente. Tampoco le sorprendió ver que la mejora en la salud de su hermano, y de esto estaba seguro, venía del uso diario de la jalea real.

—Me alegro de verte, Mycroft —le dijo Holmes una vez frente a él—. Te has convertido en la antítesis del letargo una vez más.

—¿Cómo un tranvía cuesta abajo y sin frenos? —dijo Mycroft, sonriendo.

—Algo así, sí —dijo Holmes, estrechando la mano de su hermano—. Las pausas entre las visitas son cada vez más largas, me temo. ¿Cuándo nos veremos otra vez?

—Me temo que no volveremos a hacerlo.

Holmes se reclinó hacia delante en la silla de su hermano, cogiéndole la enorme y suave mano. Hubiera reído si no hubiera visto los ojos de su hermano, en contraste directo con su sonrisa. Con resignación, irresoluto, cruzó durante un rato la mirada con él, comunicándose como mejor podía.

«Como tú —parecía decir—, he vivido en dos siglos diferentes. Mi marcha está a punto de finalizar».

—Querido Mycroft —dijo Holmes, golpeando suavemente la espinilla de su hermano con el bastón—, me temo que has cometido un grave error en ese cálculo.

Pero, como siempre, Mycroft no se equivocaba, y no pasó mucho tiempo antes de que la última puerta de Holmes con el pasado quedara totalmente sellada cuando recibió una carta sin firmar del club Diógenes. Su contenido no daba ningún tipo de condolencia, constatando simplemente que su hermano había muerto el martes 19 de noviembre, y anunciando que, cumpliendo con su última voluntad, su cuerpo había sido enterrado anónimamente y sin ceremonias.

Típico de Mycroft, pensó, doblando la carta y guardándola entre los otros papeles del escritorio. Cuánta razón tenías, caviló más tarde, mientras estaba sentado entre las piedras, quedándose allí durante la helada noche, sin percatarse de que Roger lo espiaba desde el camino que llevaba al jardín desde que empezó a anochecer. Tampoco se dio cuenta de la presencia de la señora Munro, cuando dio con el chico, amonestándole:

—Déjalo en paz, hijo. Hoy no está de humor, Dios sabrá por qué.

Por supuesto, Holmes no dijo nada de la muerte de Mycroft a nadie, ni tampoco lo hizo del segundo envío que recibió del club Diógenes: un pequeño paquete, acompañado de una carta fechada hacía una semana exacta. Encontró el envío a los pies de la escalera de la entrada, y casi lo aplasta con el pie cuando salía a dar un paseo matutino. Envuelto en papel marrón, encontró una vieja edición de *El martirio*

de un hombre, de Winwood Reade. Era la misma copia que su padre, Siger, le dio mientras era un joven convaleciente, que convaleció durante meses en el ático del dormitorio de sus padres en la casa de campo de Yorkshire. Al libro lo acompañaba una pequeña nota de Mycroft adjunta. Aquel era un libro triste y depresivo, pero que causó una gran impresión en el joven Holmes. Mientras leía la nota, sosteniendo el libro una vez más entre sus manos, los recuerdos largamente ignorados se revelaron por sí solos. Le prestó el libro a su hermano en 1867, insistiéndole para que lo leyera:

—Cuando lo termines, deberás compartir conmigo tu opinión, quiero saber lo que piensas sobre él.

«Un buen montón de interesantes cavilaciones, —fue la breve declaración de Mycroft sobre el manuscrito, setenta y siete años después—, aunque un poco vago en sus conclusiones, para mi gusto. Me ha llevado años acabarlo».

No fue la única vez que recibió mensajes de los fallecidos. Había notas que la señora Hudson había escrito para sí misma, posiblemente, recordatorios garabateados en trozos de papel y remetidos en lugares insospechados, como los cajones o el armario de la cocina, dispersas por la casa para invitados, encontradas por casualidad por sus sustitutas, las cuales entregaban estas notas a Holmes con cara de perplejidad. Durante un tiempo, guardó estas notas, estudiando cada una de ellas como si fueran piezas de un puzzle sin sentido. Al final, no pudo discernir ningún significado definitivo para los mensajes de la señora Hudson. Todos estaban compuestos por sustantivos: Sombrerera, Zapatilla, Cebada Esteatita, Candelabro Mazapán, Sabueso Tendero, Calendario Cospel, Zanahoria Housecoat, Gajo Preliberado, Tallo Plato, Pimienta Torta. Las notas, concluyó, deberían terminar en la chimenea de la biblioteca. Los crípticos garabatos de la señora Hudson cayeron presos de las llamas un día de invierno, ardiendo lentamente hasta convertirse en nada, junto a varias cartas enviadas por gente que no conocía.

Tres diarios no publicados del doctor Watson corrieron el mismo destino anteriormente, y por una buena razón. De 1874 a 1929, el doctor había registrado casi hasta el minuto su vida diaria, escribiendo incontables volúmenes que llenaban la biblioteca de su estudio. Pero tres de esos diarios fueron legados a Holmes tras su fallecimiento, que cubrían el periodo de tiempo comprendido entre el 16 de mayo de 1901, miércoles, hasta finales de octubre de 1903. Eran de naturaleza sentimental. En su mayor parte, sin embargo, los diarios recogían cientos de casos menores, un par de éxitos notables, y también una anécdota particularmente graciosa que tenía que ver con un fraude en las carreras de caballos (*Un caso al trote*), entremezclado con trivialidades, y solo destacaban un par de asuntos sórdidos y potencialmente peligrosos. Varias indiscreciones relativas a la familia real, un dignatario extranjero con una especial predilección por los muchachos negros, y un escándalo de prostitución que amenazó con manchar a catorce parlamentarios.

Así que fue un acto muy prudente que el doctor Watson le dejara en herencia esos tres diarios, impidiendo así que cayeran en las manos equivocadas. Además, Holmes había decidido que era importante que aquellos diarios fueran destruidos. Si no lo hacía, después de que él mismo falleciera, aquellos textos del doctor saldrían a la luz pública. Los que se pudieran perder, imaginó que ya habrían sido publicados como relatos de ficción, sin ninguna consecuencia, o merecían perecer en las llamas para mantener el secreto de aquellos que exponían su confidencialidad. Y con esto, evitando hojear las páginas, resistiéndose a leer todo lo que el doctor Watson había escrito, aquellos tres volúmenes terminaron en la chimenea. El papel humeó bastante, irrumpiendo en llamas de color azul y naranja.

Muchos años después, mientras viajaba por Japón, Holmes recordó la destrucción de aquellos diarios con ciertas dudas. De acuerdo con la historia de Umezaki, se supone que había dado consejo a su padre en 1903, lo que significaba, si la historia tenía algún valor real, que los detalles de aquel encuentro seguramente habían quedado reducidos a cenizas. Mientras descasaban en aquella posada en Shimonoseki, de nuevo vio aquellos diarios ardiendo en la chimenea, aquellas cenizas brillantes que una vez estuvieron repletas de días pasados, desintegrándose y subiendo por la chimenea como almas ascendentes que terminan disipándose mientras viajan por el cielo. Aquel recuerdo golpeó su mente. Tumbado en un futón^[25], con los ojos cerrados, le invadió una sensación de vacío, de pérdida inexplicable. Aquella aguda y desesperanzada sensación volvió a él meses después, encontrándolo mientras estaba sentado entre las piedras bajo el cielo de una mañana gris.

Con Roger enterrado, Holmes sentía como si no pudiera entender nada, no pudo deshacerse de la asfixiante sensación de verse a sí mismo totalmente desnudo, expuesto. Sus disminuidas facultades ahora viajaban por una región deshabitada, exiliado de lo familiar, poco a poco, sin posibilidad de volver a la normalidad.

Una sola lágrima lo revivió, deslizándose por sus pómulos y dirigiéndose hacia su mentón, donde quedó suspendida entre el vello de su barbilla.

—De acuerdo —dijo en un suspiro, abriendo sus inflamados ojos hacia el colmenar y levantando los dedos de la hierba para enjugar la lágrima antes de que terminara por caer.

Allí, cerca del colmenar, luego allí, más allá. La luz del sol lo fue iluminando todo. La nublada mañana veraniega cambió a un ventoso día de primavera, alcanzando otra orilla, en aquellas tierras tan lejanas. Yamaguchi-ken, el pico más occidental de Honshu, la isla de Kyushu, visible más allá del estrecho río.

—*Ohayo gozaimasu* —dijo la posadera a Holmes y Umezaki mientras se sentaban junto a una mesa en las esterillas del tatami. Ambos iban vestidos con kimonos de color gris, y tenían una bonita vista del jardín.

Estaban en Shimonoseki Ryokan, una posada tradicional donde a cada huésped se le adjudicaba un kimono y se le ofrecía la oportunidad, a petición, de probar la pobre comida local en cada comida (una variedad de sopas, bolas de arroz, y diferentes platos con la carpa como ingrediente principal).

La posadera fue del salón a la cocina, y de la cocina al salón, portando varias bandejas. Era una mujer con sobrepeso. La barriga le sobresalía del cinto que llevaba alrededor de la cintura. Los tatamis vibraban cuando se aproximaba. Umezaki se preguntó, en voz alta, por qué estaría tan gorda, si la comida local era tan pobre. Pero ella simplemente se inclinaba ante sus huéspedes sin entender el inglés de Umezaki, yendo y viniendo de la cocina como un perro obediente y bien alimentado.

Cuando los cuencos, los platos y la humeante comida fue dispuesta en la mesa, el señor Umezaki se quitó sus gafas mientras alcanzaba los palillos de comer. Holmes mientras estudiaba su desayuno e intentaba coger correctamente los palillos, bostezó por la falta de sueño, ya que el viento había estado sacudiendo los muros con fuerza hasta el amanecer, con un leve aullar que lo mantuvo medio despierto toda la noche.

—Si no le importa que le pregunte, ¿qué soñó usted anoche? —le dijo abruptamente Umezaki mientras cogía una bola de arroz.

—¿Que qué estuve soñando anoche? Estoy seguro de no haber soñado nada nunca.

—¿Cómo es posible? Seguro que sueña de vez en cuando. ¿No lo hace todo el mundo?

—De niño lo hacía, eso sí. No puedo precisar cuándo cesaron, posiblemente después de la adolescencia, o tal vez más tarde. En cualquier caso, no recuerdo los detalles de los sueños que tuve. Tales alucinaciones son infinitamente más útiles a artistas y demás mentes teístas. ¿No está usted de acuerdo? Para los hombres como yo, sin embargo, son una incómoda molestia.

—He leído sobre personas que afirman no soñar, pero nunca lo he creído. Simplemente, supuse que tenían la necesidad de suprimirlos por alguna razón.

—Bueno, si es cierto que todo el mundo sueña, entonces yo me he acostumbrado a ignorarlos. Pero ahora soy yo el que le pregunta, amigo mío: ¿Qué es lo que pasa

por su cabeza cuando sueña por la noche?

—Multitud de cosas. Los sueños a veces pueden ser muy precisos, sitios en los que he estado, caras con las que me haya cruzado durante el día, normalmente situaciones mundanas. Otras veces, son cosas lejanas, escenas desconcertantes, mi niñez, amigos muertos, gente que conozco bien, pero que no parecen ellos mismos. A veces me levanto confuso, inseguro de dónde estoy, quién soy, o de lo que he visto. Por un corto espacio de tiempo, es como si me viera atrapado entre el mundo real y el imaginario.

—Conozco esa sensación —dijo Holmes sonriendo, mirando por la ventana. Más allá del salón, en el jardín de fuera, la brisa mecía los crisantemos de color rojo y amarillo.

—Recuerdo mis sueños como trozos fragmentados de mi memoria —dijo Umezaki—. La misma memoria es como un tejido que compone la existencia de uno mismo. Yo creo que los sueños son hilos rotos de nuestro pasado, hebras deshilachadas que todavía permanecen unidas al tejido. Puede que sea una idea fantásica, no sé. Aun así, ¿no cree usted que los sueños son un tipo de memoria, una abstracción de lo que fue?

Por un momento, Holmes continuó mirando por la ventana. Luego dijo:

—Sí, es una idea un tanto fantásica. En lo que a mí respecta, mi piel se ha caído y regenerado durante noventa y tres años, así que tengo que estar repleto de esos deshilachados de los que usted me habla, pero incluso así, soy positivo, y no sueño absolutamente nada. O puede que el tejido de mi memoria sea extremadamente resistente, de otra manera, por lo que saco en claro de su metáfora, hubiera terminado perdiéndome en el tiempo. De todas formas, no creo que los sueños sean una abstracción del pasado. Pueden ser fácilmente signos de nuestros miedos o deseos, tal y como aquel doctor austríaco señaló de manera bien correcta.

Holmes cogió de un cuenco un trozo de pepino con los palillos. Umezaki lo observó mientras se lo llevaba lentamente a la boca.

—Miedos y deseos —dijo Umezaki—, eso también son productos del pasado. Cargamos con ellos durante nuestra vida. Pero se puede soñar con muchas cosas más. ¿No? Cuando soñamos ¿no parece que ocupemos otra región? ¿Un mundo construido con las experiencias que sufrimos en este?

—Yo no diría tanto.

—¿Cuáles son sus miedos y deseos? Yo tengo multitud.

Holmes no contestó, incluso cuando Umezaki guardó silencio esperando una respuesta. Se quedó mirando fijamente el cuenco de pepino escabechado, con un gesto de profunda preocupación. No, no contestaría aquella pregunta, no diría que sus miedos y deseos eran, de cierta manera, lo mismo. El olvido, que poco a poco iba plagándose en su interior, manteniéndolo despierto, acezante, la sensación de que lo

familiar, lo seguro, se tornaba en su contra, dejándolo indefenso y expuesto, luchando por poder respirar, un olvido que rendía sus propios pensamientos, enmudeciendo la ausencia de aquellos que no vería nunca más, anclándolo en el presente, donde todo lo que quería o necesitaba estaba al alcance de su mano.

—Discúlpeme —dijo finalmente Umezaki—. No pretendía ser grosero. Debimos haber hablado de esto anoche, pero no me pareció el momento apropiado.

Holmes dejó sus palillos. Usando sus dedos, cogió dos trozos del cuenco, y se los comió. Cuando terminó, se limpió los dedos en el kimono.

—Mi querido Tamiki, ¿acaso sospecha que soñé algo con respecto a su padre anoche? ¿Es por eso por lo que me pregunta?

—No exactamente.

—O tal vez fue usted el que soñó con él, y ahora desea contarme su experiencia mientras tomamos el desayuno, de alguna manera rimbombante.

—Efectivamente, soñé con él, aunque hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Ya veo —dijo Holmes—. Se lo ruego entonces, dígame. ¿Qué relevancia tiene todo esto?

—Lo siento —dijo Umezaki inclinando la cabeza—. Le pido disculpas.

Holmes se dio cuenta de que estaba siendo innecesariamente reservado, pero era muy incómodo ser presionado continuamente para que contestara preguntas de las que no sabía la respuesta. Además, aún estaba molesto por la intromisión de Umezaki en su habitación la pasada noche, para arrodillarse junto al futón mientras él dormía. Cuando estaba en duermevela por culpa del viento y su continuo ulular contra las ventanas, la presencia fantasmal de una figura le dejó sin aliento, flotando justo por encima como una nube negra, preguntándole en un susurro «¿Está usted bien? Contésteme». Holmes no pudo articular palabra, ni tampoco mover sus brazos o sus piernas. En aquel momento, le resultó muy difícil recordar exactamente dónde estaba, o comprender a la voz que le estaba hablando:

—Sherlock. ¿Qué le pasa? Dígamelo, me lo puede contar.

Solo cuando Umezaki dejó la habitación, cruzándola silenciosamente, abriendo y luego cerrando el panel deslizante que separaba sus dos habitaciones, Holmes volvió en sí. Poniéndose de lado, escuchó el lamento melancólico del viento. Tocó el tatami bajo el futón pensando en lo que Umezaki le había preguntado, sus últimas palabras: *Dígamelo, me lo puede contar.*

En verdad, a pesar de todo lo que había dicho su acompañante anteriormente al respecto de disfrutar de aquel viaje juntos, Holmes sabía que Umezaki estaba obstinado en descubrir algo sobre su padre, incluso si eso significaba pasar la noche en vigilia al lado de su cama. ¿Por qué otro motivo entraría Umezaki en su habitación, qué otra explicación cabría esperar? En alguna ocasión, Holmes también había interrogado a durmientes; ladrones, adictos al opio, sospechosos de asesinato,

de una manera similar, susurrándoles al oído, recabando información de los murmullos de los soñadores, soñolientas confesiones que más tarde sorprenderían a los acusados por su exactitud. No desaprobaba las maneras, pero hubiera deseado que Umezaki dejara el misterio de su padre donde estaba, al menos hasta que su viaje hubiera finalizado.

Holmes quería hacerle ver que aquellos hechos pertenecían al pasado, y que poco se ganaría desenterrándolos ahora. Los motivos de Matsuda para abandonar Japón posiblemente eran justificables, y puede que los mejores intereses familiares no fuesen más que un factor. Incluso así, sin la figura real de un padre para Umezaki, entendió que este se sintiera incompleto como persona. Y así, a pesar de todo de lo que Holmes se convenció durante aquella noche, nunca pensó que la búsqueda de Umezaki fuera irrelevante. Todo lo contrario. Holmes siempre había creído que los enigmas de la vida de uno mismo merecían el esfuerzo de realizar una incansable investigación, pero en el caso de Matsuda, Holmes sabía que cualquier pista con la que pudiera dar, en el caso de que hubiera alguna, habría sido destruida años atrás.

La recolección de los diarios incinerados del doctor Watson le causo una gran preocupación, embotando su mente, y, al poco tiempo, no pudo recapacitar en nada más. También dejó de oír el aullar del viento, aunque lo sentía, surcando las calles, rajando el entramado de papel que cubría algunas ventanas.

—Soy yo el que debo disculparme —dijo Holmes durante el desayuno, estirando el brazo para alcanzar la mano de Umezaki—. He pasado una mala noche, por culpa del mal tiempo, y me he levantado con mal pie.

El señor Umezaki, con la cabeza aún inclinada, asintió.

—Simplemente es que estoy preocupado. Creí oírle llorar mientras dormía. Era un sonido terrible.

—Por supuesto —dijo Holmes, tratando de hacerle reír—. Sabe, he caminado por páramos en los que el viento daba la impresión de ser alguien llorando, un plañido o gemido distante, casi como el grito de alguien pidiendo ayuda. Una tempestad podría muy bien engañar a sus oídos. Yo mismo he caído en ese engaño más de una vez, se lo aseguro.

Sonriendo, retiró su mano, y dirigió sus dedos hacia el cuenco de pepinos.

—¿Cree que estaba equivocado entonces?

—Es posible, ¿no cree?

—Sí —dijo Umezaki, levantando la cabeza en un gesto de respiro—. Es posible, supongo.

—Muy bien —dijo Holmes, sosteniendo una rodaja entre sus labios—. Esto pone fin a este asunto. ¿Podemos empezar de nuevo entonces? ¿Qué planes tenemos para esta mañana? ¿Otro paseo por la playa? ¿O tal vez el propósito de nuestra visita, la búsqueda de aralias?

Pero Umezaki parecía perplejo. A menudo discutían sobre las razones por las que Holmes visitó Japón. La curiosidad de probar la cocina preparada con aralias, y el deseo de ver crecer el arbusto en plena naturaleza, y su destino actual, el cual los conduciría, más tarde en aquella misma jornada, a un rústico *izakaya* junto al mar, una versión japonesa del *pub* inglés, tal y como Holmes comprobaría una vez pasada la puerta principal.

Cuando entraron en el *izakaya*, vieron un caldero hirviendo dentro, y hojas de aralia recién cortadas por la esposa del propietario. Las caras de los parroquianos se levantaron, algunos con cierto gesto de desconfianza, todos con vasos de cerveza o sake. Desde que llegó Holmes, ¿cuántas veces había comido Umezaki del pastel que se vendía en los *izakaya*, ese que se cocinaba con frutas silvestres asadas y semillas de aralia y cuyos ingredientes se molían junto a la harina para darles sabor? ¿Cuántas veces mencionó aquellas cartas que se habían mandado durante los últimos años, tratando siempre su interés común en aquel arbusto de lento crecimiento, tal vez incluso medicinal, nutrido con la exposición a *sprays* salinos, el sol en pleno, y los vientos áridos? Ni una vez, por lo que podía recordar, cosa que le extrañó.

El *izakaya* olía a pimienta y pescado. Se sentaron en una mesa, sorbieron té y escucharon la bulliciosa mezcla de conversaciones de alrededor.

—Esos de ahí son dos pescadores —dijo Umezaki—. Están discutiendo sobre una mujer.

El propietario, saliendo de detrás de una cortina que llevaba a una habitación trasera, mostraba unas encías desdentadas al sonreír, saludaba a cada uno de sus clientes con una voz autoritaria aunque cómica, se reía junto a los que conocía personalmente, y luego se dirigió hacia su mesa. El hombre se sorprendió al ver en su establecimiento a aquel anciano inglés, y a su refinada compañía, palmeando felizmente a Umezaki en el hombro, y guiñando a Holmes como si fueran amigos íntimos. El hombre tomó asiento en la mesa, mirando a Holmes mientras le mencionaba algo a Umezaki en japonés, algo que hizo que todos los clientes del *izakaya* rieran, excepto Holmes.

—¿Qué ha dicho?

—La verdad es que ha tenido gracia —le dijo Umezaki—. Me ha dado las gracias por traer a mi padre a su establecimiento, me ha dicho que era su vivo retrato, pero cree que usted es más agradable a la vista.

—No puedo sino estar de acuerdo con eso último —dijo Holmes.

Umezaki tradujo el mensaje al propietario, el cual luego rompió a reír a carcajadas, asintiendo con la cabeza.

Una vez acabado su té, Holmes le dijo a Umezaki:

—Me gustaría echarle un vistazo al caldero. ¿Podría preguntarle a su amigo si puedo? ¿Le podría decir de mi parte que me interesaría mucho ver cómo se cocina la

aralia?

Cuando le hizo llegar la petición, el propietario asintió sin dudarle.

—Dice que se lo mostrará gustoso —le dijo Umezaki—, pero es su mujer la que cocina. Ella le mostrará el proceso.

—Perfecto —dijo Holmes, levantándose—. ¿Viene conmigo?

—En un momento, en cuanto acabe mi té.

—Es una oportunidad única, ¿sabe? Espero que no le importe si no le espero.

—En absoluto —dijo Umezaki, aunque al decirlo miraba fríamente a Holmes, como si de algún modo estuviera desertando de una posición.

Sin embargo, en poco tiempo, ambos estaban junto al caldero, sosteniendo las hojas del arbusto en sus manos mientras miraban cómo la cocinera removía el caldo. Luego, irían hacia donde crecía la aralia, caminando a lo largo de la playa, en un lugar entre las dunas.

—¿Podríamos ir mañana por la mañana? —preguntó Umezaki.

—No creo que hoy se nos haga tarde para ir.

—Está bastante lejos, Sherlock-san.

—¿Podríamos recorrer parte del camino, al menos hasta el anochecer?

—Si ese es su deseo.

Le echó una última mirada al *izakaya*, al caldero, la sopa, los parroquianos con sus vasos, antes de salir; caminó a través de la arena, avanzando hacia las dunas. Al anochecer, no habían encontrado rastro de los arbustos, así que decidieron volver a la posada para la cena, cansados ambos de tan larga excursión, así que decidieron retirarse temprano, en lugar de quedarse tomando copas como iba siendo habitual, pero esa noche, la segunda que pasaron en Shimonoseki, Holmes se despertó a media noche, sobresaltado por otro apopléjico sueño. Lo primero que le llamó la atención fue que ya no escuchaba el viento como en la noche anterior. Luego recordó en lo que pensó durante los minutos previos a caer dormido: el *izakaya* junto al mar, las hojas del arbusto bullendo en el caldero de caldo. Estaba bajo las sábanas, mirando hacia el techo en la penumbra. Después de un rato, se quedó dormido de nuevo, cerrando sus ojos, aunque se quedó un rato en vigilia, pensando en el propietario desdentado, Wakui era su nombre, y aquellos humorísticos comentarios que tanto divirtieron a Umezaki, entre los que soltó un chiste sin gusto alguno a expensas del Emperador:

—¿Por qué es el General MacArthur el ombligo de Japón? Porque está por encima del gran pepino.

Aunque ninguno de aquellos comentarios divirtieron más a Umezaki que aquel que dejaba a Holmes como su padre. Al final del atardecer, mientras caminaban juntos por la playa, Umezaki recordó la anécdota de nuevo, diciendo:

—Es extraño pensar en ello: si mi padre viviera, sería tan solo un poco más viejo que usted.

—Sí, supongo —dijo Holmes, mirando hacia las dunas, examinando el lugar en busca de la planta.

—Usted es mi padre inglés, ¿de acuerdo? —Umezaki había tomado sin previo aviso a Holmes por el brazo, con su mano libre sujetándolo fuertemente mientras caminaban.

—Wakui es un tipo divertido. Me gustaría visitarlo mañana.

Entonces fue cuando Holmes se dio cuenta de que había sido elegido, puede que no conscientemente, como sustituto de Matsuda. Era obvio que tras la madurez de Umezaki, aquel comportamiento circunspecto deambulaba por las heridas de su niñez. El resto no lo vio llegar hasta que Umezaki no repitió la anécdota de Wakui mientras sus dedos lo conducían hacia la playa. Después, se hizo claro: la última vez que oyó algo sobre su padre, pensó Holmes, fue la primera vez que oyó hablar de mí. Matsuda se desvaneció de su vida, y yo llegué, en forma de libro. Uno reemplaza al otro.

Por eso las cartas desde Asia, y la invitación que siguió a aquellos meses de correspondencia, el viaje hasta Japón, los días que pasaron juntos, como padre e hijo reunidos de nuevo después de años de separación. Y si Holmes no podía ofrecerle respuestas concretas, puede que entonces, si viajaba una gran distancia con Umezaki, dormía en la casa familiar Kobe, y finalmente, se dirigía hacia la zona oeste del país, visitando el jardín de Hiroshima, donde Matsuda llevó una vez a Umezaki de niño, podría resultar algo parecido. Lo que también se había vuelto claro era que a Umezaki le importaba bien poco la aralia, o la jalea real, o cualquier otra cosa que hubieran discutido en aquellas cartas. Una estratagema simple, pero efectiva. Todos los temas de conversación, específicos o casuales, habían sido olvidados.

«Estos son los hijos con padres desaparecidos —caviló Holmes, pensando en Umezaki y en el joven Roger mientras caminaban entre las dunas—. Esta es una de las almas solitarias» —pensó, mientras los dedos de su acompañante apretaron con más fuerza su brazo.

Pero al contrario de Umezaki, Roger entendió el destino de su padre, asumiendo la creencia de que su muerte, si bien fue trágica en lo personal, también fue heroica desde una perspectiva general. Umezaki, sin embargo, no podía refugiarse en nada parecido, así que lo hacía en aquel frágil anciano inglés al cual acompañó a aquellas arenosas colinas de la playa, asiendo con fuerza su huesudo codo, adhiriéndose a él, más que guiándolo.

—¿Podríamos volver?

—¿Se ha cansado de buscar?

—No, más bien estaba preocupado por usted.

—Creo que estamos muy cerca para abandonar ahora.

—Está oscureciendo.

Holmes abrió sus ojos, y miró de nuevo hacia el cielo, sopesando la solución del problema. Para satisfacer a Umezaki debía revelar algo que tenía que estar concebido como si fuera la verdad de antemano, al igual que el doctor Watson cuando trabajaba en el hilo de una historia, mezclando lo que fue y lo que nunca fue en una misma e innegable realidad. Sí, su relación con Matsuda no era un imposible, y sí, la desaparición podría explicarse, pero se debería hacer de manera muy elaborada. ¿Cuándo habían sido presentados? Puede que fuera en la sala para visitantes del club Diógenes, por medio de Mycroft, pero ¿por qué?

—Si la labor detectivesca comienza y termina razonando en esta habitación, Mycroft, tú serías el criminal más grande de todos los tiempos. Sin embargo, ahora eres totalmente incapaz de discurrir a través de los puntos básicos que deben seguirse antes de llegar a cualquier resolución. Lo que me pregunto es por qué me has convocado aquí de nuevo.

Se imaginó a Mycroft sentado en su sillón. Cerca, estaba sentado T. R. Lamont (¿o era R. T. Lanner?), un austero y ambicioso hombre de ascendencia polinesia, miembro de la Sociedad Misionaria de Londres, que había vivido en la isla Mangaia, situada en el océano Pacífico, como espía para el Servicio Secreto Británico, y que mantuvo una rígida supervisión policial sobre la población indígena en nombre de la moralidad. Con la esperanza de poder ayudar a las ambiciones expansionistas de Nueva Zelanda, a Lamont, o Lanner, se le consideró para un puesto más importante que la de súbdito británico. Una posición que le permitiera negociar con los jefes de las islas Cook para allanar el camino de la anexión de las islas a Nueva Zelanda.

¿O tal vez era J. R. Lambeth? No, no, recordó Holmes, era Lamont, seguro que era Lamont. En cualquier caso, era 1898, o 1899, o tal vez 1897. Holmes había sido llamado por Mycroft para pedirle su opinión sobre Lamont («Como sabes, puedo dar una excelente opinión como experto —escribió su hermano en un telegrama—, pero recabar los detalles del verdadero valor de alguien no es mi *métier*^[26]»).

—Debemos saber jugar nuestras cartas —explicó Mycroft, conocedor de la influencia de Francia en Tahití o en la Sociedad de Islas—. Naturalmente, la reina Makea Takau quiere anexionar sus islas a nosotros, pero nuestro gobierno sigue siendo un administrador lleno de dudas. El primer ministro de Nueva Zelanda, por otro lado, ya tiene puestas sus miras, así que estamos obligados a ayudar en todo lo que podamos; viendo cómo el señor Lamont se familiariza con los nativos, tenemos pensado que comparta algo más que unos pocos tratos básicos, ya que creemos que nos será muy útil al respecto.

Holmes observó a aquel individuo de baja estatura y callado, sentado a la derecha de su hermano, mirando hacia el suelo a través de sus gafas, con el sombrero en el regazo, empequeñecido por la enorme figura que estaba a su izquierda.

—Aparte de ti, Mycroft, ¿a qué nos te refieres?

—Eso, querido Sherlock, como todo lo que se comenta en mi presencia, es estrictamente secreto, y no viene al caso actualmente. Lo que necesitamos es tu consejo sobre nuestro colega.

—Ya veo.

Sin embargo, ahora, Holmes no veía a Lamont, o Lanner, o Lambeth tras su hermano, sino que veía la alta figura de rostro alargado de chivo de Matsuda Umezaki. En aquel salón privado, fueron presentados y, casi inmediatamente, Holmes se percató de la situación. Por el *dossier* que le había pasado Mycroft, era evidente que Matsuda era un hombre inteligente, autor de multitud de libros notables, uno de los cuales tenía que ver con la diplomacia encubierta, con capacidades para ser un agente, ya que su trasfondo dentro del ministerio de Asuntos Exteriores japonés confirmaba este hecho, un anglófilo desencantado con su propio país, deseoso de viajar siempre que le fuera posible, de Japón a las Islas Cook, luego a Europa, luego de vuelta a Japón.

—¿Cree que es nuestro hombre? —preguntó Mycroft.

—Lo es, de hecho —dijo Holmes, sonriendo—. *Pensamos* que es nuestro hombre.

Porque, al igual que Lamont, Matsuda sería discreto en cualquier maniobra o política, mediando por la anexión de las Islas Cook, mientras que su familia pensaba que estaba investigando leyes constitucionales en Londres.

—Le deseo la mejor de las suertes, señor —dijo Holmes, estrechando la mano de Matsuda al finalizar la entrevista—. Estoy seguro de que realizará su misión sin ningún problema.

Se encontraron de nuevo una vez más, en el invierno de 1902, o, mejor dicho, a principios de 1903 (dos años después de que se iniciara la ocupación de las islas por parte de Nueva Zelanda), cuando Matsuda fue en busca del consejo de Holmes al respecto de los problemas en Niue, una isla anteriormente asociada con Samoa y Tonga, pero arrebatada un año después de la anexión. Una vez más, Matsuda iba tras una nueva posición de influencia, aunque ahora en beneficio de Nueva Zelanda, y no de Inglaterra.

—Es una oportunidad muy lucrativa, Sherlock, lo admito. Permanecer en las Islas Cook indefinidamente, suprimiendo las protestas en Niue y trabajando para poner a la isla rebelde bajo la jurisdicción de una administración aparte, mientras que superviso la mejora de las instalaciones públicas de las otras islas.

Estaban sentados en el estudio de Baker Street, hablando mientras bebían una botella de clarete.

—¿Teme que su labor sea vista como una traición al Salón Blanco^[27]? —preguntó Holmes.

—En cierta manera, sí.

—Yo que usted no me preocuparía, viejo amigo. Ha cumplido con lo que se le pidió, y ha realizado un trabajo admirable. Sospecho que a partir de ahora, podrá utilizar sus capacidades en cualquier lugar que se le antoje, ¿no cree?

—¿Realmente piensa eso?

—Lo hago, efectivamente.

Y, al igual que Lamont, Matsuda le daría las gracias a Holmes, pidiéndole que su conversación quedara entre ellos dos. Luego terminaría su copa de vino, y se inclinaría en un saludo antes de salir por la puerta principal de la casa, hacia la calle. Volvería a las Islas Cook de inmediato, y viajaría de isla en isla, encontrándose con los cinco jefes nativos mayores, y los siete menores, planificando sus ideas para el futuro Concilio Legislativo, para trasladarse después a Erromango, en las Nuevas Híbridas, donde fue visto por última vez cuando se dirigía hacia las regiones interiores, una zona aislada, con una densa vegetación, conocida por sus enormes tótems erigidos sobre cráneos de esqueletos, adornados con collares hechos de huesos humanos. Rara vez era visitada por extranjeros.

Por supuesto, la historia tenía unas cuantas lagunas. Si Umezaki hacía demasiadas preguntas, Holmes temía que pudiera confundir detalles, nombres, fechas, o varios hechos históricos. Además, no podría dar una explicación convincente de por qué Matsuda había abandonado a su familia para vivir en las Islas Cook. Desesperado por encontrar respuestas, al igual que Umezaki, Holmes concluyó que la historia debería ser suficiente. Fueran cuales fueran las razones desconocidas que empujaron a Matsuda a comenzar una nueva vida, imaginó, no eran de su incumbencia, ya que esas razones, sin lugar a dudas, se basaban en consideraciones personales o privadas, situaciones que estaban más allá de su conocimiento. Aun así, lo que Umezaki sabría de su padre no era insignificante. Matsuda jugó un papel crucial a la hora de impedir la invasión francesa de las Islas Cook, así como en la supresión de la revuelta en Niue, hechos anteriores a su desvanecimiento en la jungla, buscando que los nativos formaran algún día su propio gobierno.

—Su padre —le diría a Umezaki— era una persona muy respetada por el gobierno británico, pero ante el Consejo de Ancianos de Rarotonga, y aquellos de las islas colindantes que eran lo suficientemente viejos para recordarlo, era una figura legendaria.

Finalmente, ayudado por el suave resplandor de la lámpara que estaba encendida al lado del futón, Holmes alcanzó sus bastones y se levantó. Después de ponerse el kimono, cruzó la habitación, intentando no tropezar mientras lo hacía. Cuando llegó al panel del muro, se quedó de pie ante él durante unos momentos. Más allá, estaba la habitación de Umezaki, podía oírlo roncar. Mientras seguía mirando el panel, golpeó levemente el suelo con el bastón. Luego oyó lo que parecía una tos procedente del interior, seguida por unos suaves movimientos. Era el cuerpo de Umezaki

moviéndose, y el crujir de las sábanas. Escuchó durante un rato, pero no oyó nada más. Al poco rato empezó a buscar un pomo, pero en su lugar encontró una hendidura, que le ayudó a deslizar el panel y abrirlo.

La habitación adyacente era un duplicado de la que Holmes utilizaba, iluminada por la tenue y amarillenta luz de una lámpara, con un futón en el centro de la habitación, un escritorio empotrado, y, apoyados sobre una de las paredes, los cojines que se utilizaban para sentarse o arrodillarse. Se aproximó al futón. Las sábanas estaban tiradas en el suelo, y apenas podía ver al señor Umezaki durmiendo medio desnudo, de espaldas, sin moverse, ahora en silencio, sin aparentar siquiera estar respirando. A la izquierda del colchón, al lado de la lámpara, había un par de zapatillas, alineadas la una con la otra. Cuando Holmes se agachó, Umezaki se despertó de repente, y hablando aprehensivamente en japonés, miró hacia la misteriosa figura que estaba junto a él.

—Debo hablarle —le dijo Holmes, poniéndose los bastones en el regazo.

Umezaki, aún mirando hacia delante, se sentó. Alcanzó la linterna, e iluminó el gesto severo de Holmes.

—¿Sherlock-san? ¿Está usted bien?

Holmes parpadeó ante el resplandor de la lámpara. Posó la palma de su mano sobre la mano alzada de Umezaki, apartando amablemente la lámpara. Después, desde las sombras, habló:

—Solo le pido que escuche y, cuando termine, le pediré que no me presione más respecto a ese asunto.

Umezaki no le dio ninguna respuesta, así que Holmes continuó.

—A lo largo de los años, me he autoimpuesto una regla. Nunca, bajo ninguna circunstancia, discutiría con nadie aquellos casos que fueran estrictamente confidenciales, o que tuvieran que ver con asuntos nacionales. Espero que entienda que hacer excepciones en esta regla podría arriesgar las vidas, y poner en peligro mi situación actual, pero ahora me doy cuenta de que soy un hombre viejo, y creo que es justo decir que las personas cuyas confidencias guardé tan celosamente, ya no están con nosotros en este mundo. En otras palabras, he sobrevivido a todo lo que una vez me definió.

—Eso no es verdad —dijo Umezaki.

—Por favor, no me interrumpa. Si mantiene el silencio, seré sincero en lo que respecta a su padre. Verá, me gustaría explicarle lo que sé sobre él antes de que lo olvide y, simplemente, quiero que me escuche. Y cuando haya finalizado y abandone esta habitación, le pido que nunca me haga ninguna pregunta respecto a lo que ha oído, porque esta noche, amigo mío, recibirá la primera excepción a una regla que he mantenido durante toda mi vida. Ahora, por favor, vamos a intentar relajar nuestras mentes todo lo que podamos.

Y con esto, Holmes empezó a relatar su historia, haciéndolo con un tono lento, susurrante, creando un ambiente casi onírico. Una vez que su susurro cesó, se quedaron mirando durante un rato, sin moverse ni decir una palabra, ninguno de los dos. Dos formas indistintas sentadas la una frente a la otra, como si fueran el reflejo oscuro el uno del otro, con el suelo brillando debajo de ellos, hasta que Holmes se levantó sin producir ningún sonido, y se dirigió a su habitación, moviéndose de forma cansada hacia su cama a la vez que sus bastones golpeaban las esterillas del suelo.

Desde su vuelta de Sussex, Holmes nunca caviló demasiado sobre lo que le dijo a Umezaki aquella noche en Shimonoseki, ni tampoco parecía que se viera preocupado por el enigma de Matsuda durante el resto de su viaje. Cuando se encerraba en su estudio del ático, su mente lo transportaba de nuevo allí, en las lejanas dunas donde él y Umezaki pasaron. Concretamente, se veía a sí mismo dirigiéndose hacia ellas de nuevo, caminando por la playa con Umezaki, parándose para admirar el océano y las pocas nubes que flotaban en el horizonte.

—Qué buen tiempo hace, ¿verdad?

—Espléndido —dijo Holmes.

Fue su último día de visita en Shimonoseki, y aunque ninguno de los dos había dormido bien (Holmes caía y salía del sueño continuamente, antes de ir hacia la habitación de Umezaki, y este permaneció despierto durante mucho tiempo cuando Holmes lo dejó), estaban de buen humor, mientras volvían a la búsqueda de aralia. Aquella mañana, el viento había cesado, y resplandecía un espléndido cielo primaveral. La ciudad parecía viva también, al dejar la posada después de un último desayuno. Algunas personas salieron de sus casas y tiendas para barrer el suelo que el viento había ensuciado.

En el hermoso templo cinabrio de Akamajingu, una pareja de ancianos entonaban *sutras* al amanecer. Caminaron hasta la playa, donde vieron a varios vagabundos en la orilla. Aproximadamente una docena de mujeres y ancianos rebuscaban entre los escombros, recolectando mariscos o cualquier utensilio que pudiera haber traído la marea. Algunos cargaban con hatillos a sus espaldas, otros llevaban trozos de algas marinas sobre sus cuellos, como si se tratara de húmedas y sucias boas. Pronto estuvieron caminando entre aquellos vagabundos, surcando el estrecho camino que se dirigía hacia las dunas, el cual se ensanchaba a medida que se avanzaba por él, hasta convertirse en el radiante terreno que se extendía a su alrededor.

La superficie de las dunas, moteada por brotes de hierba, conchas y piedras, bloqueaba la visión del océano. Aquellas colinas en pendiente parecían extenderse sin fin por toda la costa, ascendiendo y cayendo hacia la lejana cadena de montañas que se alzaban en el este, y hacia el cielo en dirección norte. Incluso en un día sin viento como aquel, la arena se removía mientras avanzaban con paso lento, espolvoreando las perneras de sus pantalones con sal. Detrás de ellos, las huellas de sus pisadas desaparecían lentamente, como si fueran borradas por una mano invisible. Delante, donde las dunas coincidían con el cielo, el panorama quedaba emborronado como por vapores que surgieran del suelo. Todavía podían oír las olas rompiendo contra la orilla, a los vagabundos hablándose a voces, y a las gaviotas graznando sobre el mar.

Para sorpresa de Umezaki, Holmes apuntó hacia el lugar donde habían estado

buscando la noche anterior, y donde creía que debían buscar ahora. Al norte, junto a aquellas dunas que declinaban hacia el mar.

—Como verá, la arena allí es más húmeda, y crea una zona ideal para el crecimiento de arbustos.

Siguieron caminado sin detenerse, entrecerrando los ojos debido a la claridad, escupiendo la arena que se les metía en la boca. Ocasionalmente, había agujeros cubiertos en las dunas que se tragaban sus pies. A veces a Holmes le costaba mantener el equilibrio, pero siempre era rescatado por el firme agarre de Umezaki. Finalmente, la arena se endureció bajo sus pies. El océano parecía estar a muchos metros de distancia y, finalmente, llegaron a un área abierta comprendida entre hierbas silvestres, varias agrupaciones de follaje, y un único trozo de madera que parecía haber pertenecido a algún barco pesquero. Durante un tiempo se detuvieron, recuperando el aliento y limpiándose los pantalones de arena. Luego Umezaki tomó asiento en el trozo de madera, enjugándose la cara con un pañuelo y limpiándose el sudor que caía de su frente hacia su cara y barbilla. Mientras tanto, Holmes se había encendido un jamaicano, y había empezado a inspeccionar los crecimientos silvestres de las cercanías, estudiando el follaje que los rodeaba, dando finalmente con un arbusto repleto de moscas, la mayoría de ellas agrupadas en gran cantidad sobre las floraciones.

—Así que aquí estás, amigo —dijo Holmes casi gritando, soltando sus bastones.

Tocó suavemente los tallos, los cuales estaban protegidos por un par de espinas en la base de cada una de las hojas. Vio que las flores macho y hembra estaban en plantas diferentes: Agrupaciones inflorescentes axilares. Flores unisexuales, diminutas y verdes, aproximadamente de milímetro de largo, de pétalos blancos. Las flores macho tenían alrededor de cinco estambres, las flores hembra cuatro o cinco carpelos libres, cada uno de los cuales con al menos dos óvulos. Encontró las semillas, redondas y negras.

—Qué hermosura —dijo, habiéndole a las aralias con intimidad.

Umezaki se agachó junto al arbusto, encendiéndose un cigarrillo, exhalando el humo hacia las moscas para dispersarlas, pero no eran las aralias lo que atraían su atención, sino el embelesamiento de Holmes con la planta. Se fijó en las yemas de sus dedos acariciando las hojas, las palabras que murmuraba a modo de mantra.

—Poseen una extraña forma de pluma compuesta, de uno o dos centímetros de largo, con el tallo principal algo abierto, espinoso, con hojas en pares de tres y siete, con una hoja terminal, reluciente.

Aquella complacencia se hacía más que evidente en la leve sonrisa del anciano, y aquella mirada maravillada.

Y cuando Holmes miró a Umezaki, él también observó su expresión, una que no había visto en su compañero en todo el viaje, una mirada de alivio y aceptación

verdaderos.

—Hemos encontrado lo que buscábamos —dijo, mirando su propio reflejo en las gafas de Umezaki.

—Sí, así lo creo.

—Sé que es una cosa muy simple, de verdad, pero aun así, me emociona, y soy incapaz de decir por qué.

—Comparto sus sentimientos.

Umezaki se inclinó, irguiéndose de nuevo casi inmediatamente. Entonces reaccionó como si tuviera algo que expresar, pero Holmes negó con su cabeza, disuadiéndolo.

—Vamos a disfrutar el resto de este momento en silencio, ¿de acuerdo? Sería injusto no hacerlo ante tan rara oportunidad, y no deseamos eso, ¿verdad?

—No.

—Perfecto —dijo Holmes.

Después de eso, no hablaron durante un tiempo. Umezaki terminó su cigarrillo y se encendió otro, observando cómo Holmes miraba con toda la atención la aralia, mientras que mascaba lentamente su jamaicano. A lo lejos, las olas se encrespaban sobre sí mismas, mientras oían acercarse a los vagabundos.

Fue su acuerdo de silencio lo que, más tarde, formó una impresión vivida de aquel momento. Los dos hombres junto al océano, junto a la aralia, en las dunas, en un día primaveral perfecto. Cuando intentaba recordar la posada donde se habían hospedado, o las calles por las que habían caminado juntos, o los edificios por los que habían pasado, casi no podía recordar nada. Aun así, grabó aquellas imágenes de las colinas arenosas, el mar, el arbusto, y la compañía que lo había invitado a Japón. Recordaría su breve acuerdo de silencio y, también, recordaría el extraño sonido que flotaba en el aire desde la playa, primero levemente, luego más fuerte, un sonido atenuado, como una suave melodía, unos acordes pulcramente entonados, que dieron fin a su acuerdo de silencio.

—Es un músico de *shamisen* —dijo Umezaki, poniéndose de pie para ver por encima de los crecimientos silvestres. La punta de los tallos cosquilleaba su barbilla.

—¿Un músico de qué? —dijo Holmes cogiendo sus bastones.

—De *shamisen* —es como un laúd.

Con la ayuda de Umezaki, Holmes también se levantó, mirando más allá de la vegetación. Vieron una larga fila de niños, que se dirigían hacia la orilla, moviéndose lentamente en dirección a los vagabundos. A la cabeza de la procesión iba un hombre de pelo alborotado y kimono negro, tocando un instrumento de tres cuerdas con una enorme púa, mientras que el dedo medio y el índice de la otra mano presionaban las cuerdas.

—Ya había visto esto antes —dijo Umezaki después de que la procesión pasara

—. Son vagabundos que tocan por comida o dinero. La mayoría lo hacen bien, y en las grandes ciudades puede encontrar consumados artistas.

Como los niños del cuento *El flautista de Hamelin*, estos seguían al hombre muy de cerca, escuchando lo que cantaba y tocaba para ellos. Cuando la procesión llegó hasta los vagabundos, paró, al igual que la música y el cántico. La procesión se disolvió, y los niños rodearon al músico, sentándose en la arena. Uniéndose a los niños, los vagabundos deshicieron los nudos de sus hatillos, esparciendo su carga, y se sentaron o arrodillaron entre la chavalería. Una vez que todo el mundo estuvo acomodado, el músico *shamisen* comenzó a tocar de nuevo, cantando de una forma narrativa, con un tono de voz alto, entremezclado con acordes que daban la sensación de causar vibraciones eléctricas.

Umezaki ladeó su cabeza, mirando hacia la playa, y luego, después de un rato, dijo:

—¿Le gustaría ir a escucharlo?

—Me encantaría —contestó Holmes, mientras miraba a los congregados.

Pero no dejaron las dunas con prisa. Holmes le echó un último vistazo al arbusto, tirando con fuerza de un puñado de hojas, que luego guardó en su bolsillo. Al final, extravió aquellas muestras en algún lugar durante el viaje hacia Kobe. Antes de cruzar la playa, sus ojos se demoraron una vez más en la aralia.

—No me ha dado tiempo a conocerte bien —le dijo a la planta—, y mucho me temo que no nos volveremos a ver.

Holmes siguió caminando, apartando los crecimientos silvestres junto a Umezaki, abriéndose camino hacia la playa, donde se sentó entre los vagabundos y los niños, escuchando al *shamisen* cantando y tocando el instrumento, un hombre ciego, el cual, como sabría con el tiempo, había viajado por casi todo Japón a pie.

Las gaviotas se precipitaban y planeaban en el cielo, animando el cántico, mientras que un barco cruzaba el horizonte, navegando hacia el puerto. Todo esto, el cielo perfecto, la audiencia fascinada, el estoico ejecutante, la música extranjera, y el océano comedido, Holmes podía verlo de nuevo con total claridad, grabando esa escena como una encantadora culminación de su viaje. Lo que quedaba del resto, sin embargo, pasaba por su mente como parpadeos en un sueño. La procesión reuniéndose de nuevo al final de la tarde, al músico medio ciego dirigiendo al grupo a lo largo de la playa, guiando a sus seguidores entre las piras de madera encendidas. Finalmente, la procesión entró en un *izakaya* con el techo de paja junto al mar, y recibió la bienvenida de Wakui y su esposa.

La luz del sol iluminó las ventanas cubiertas de papel. Las sombras de los árboles eran oscuras, difuminadas. «Shimonoseki, último día, 1947», escribió Holmes en una servilleta que guardó como recuerdo de aquella tarde. Al igual que Umezaki, ya iba por su segunda cerveza. Wakui les habló del pastel hecho con aralia, el cual se había

vendido al completo en pocas horas. De todas formas decidieron quedarse en el *izakaya* para refrescarse. Disfrutaron de un par de copas y de lo que habían descubierto. Más tarde, a finales del día, mientras bebía con Umezaki, vio el arbusto solitario, creciendo más allá de la ciudad, repleto de insectos, cubierto de púas, carente de belleza, pero aun así, único y útil, no muy diferente de él, se dijo a sí mismo.

Los parroquianos abarrotaban el *izakaya*, atraídos por la música del *shamisen* que sonaba al fondo del bar. Los niños volvían a sus casas, con las caras enrojecidas por el sol, y sus ropas llenas de arena, diciéndole adiós con la mano al músico mientras le daban las gracias.

—Su nombre es Chikuzan Takahashi, viene aquí cada año, según me cuenta Wakui. Los niños se pegan a él como moscas.

Los botes pesqueros descargaron en la orilla. Los pescadores caminaron calle abajo cansados, aspirando el aroma del alcohol cuando llegaron a las puertas abiertas del establecimiento, la cual les golpeó suavemente en la cara como una suave brisa. El sol poniente anunciaba el anochecer, y entonces Holmes los sintió, ya en su segundo, tercero o cuarto vaso de cerveza. ¿Era acaso por el encuentro de la aralia? ¿Era la música en aquel día de primavera? Una sensación de plenitud, de algo inefable, pero pleno, como el paso gradual hacia una noche de descanso.

Umezaki bajó su cigarrillo, inclinándose sobre la mesa, y dijo lo más bajo que pudo.

—Si me lo permite, me gustaría agradecerse.

Holmes miró a Umezaki con cierta incomodidad.

—¿Por qué? Yo debería ser el que le diera las gracias. Ha sido una experiencia espléndida.

—Pero si tan solo me permitiera... Ha traído la luz a mi vida de oscuridad. Puede que todavía no haya recibido todas las respuestas que busco, pero me ha dado más que suficiente, y le agradezco el que me haya ayudado.

—Amigo mío, le aseguro que no tiene ni idea de lo que está hablando —dijo Holmes con obstinación.

—Es importante que lo diga, eso es todo. Le prometo no volver a hablar de ello de nuevo.

Holmes jugueteó con su vaso unos momentos, y finalmente dijo:

—Bueno, si tan agradecido está, será mejor que me lo demuestre rellenando mi vaso, ya que por lo que parece, me estoy quedando sin líquido que beber.

Umezaki se lo agradeció sobremanera, en más de un sentido, pidiendo otra ronda rápidamente, y pronto otra, y otra, sonriendo a lo largo de toda la noche sin ninguna razón aparente, haciendo preguntas sobre las aralias como si de repente le interesaran mucho, brindando con los parroquianos (inclinándose y asintiendo mientras levantaba

su vaso). Una vez intoxicado, se levantó, ayudando a Holmes a levantarse cuando acabó su bebida. A la mañana siguiente, mientras viajaban en el tren con destino a Kobe, Umezaki conservó atenta y gregaria compostura, sonriendo y relajándose en el asiento, aparentemente sin verse afectado por la misma resaca que parecía embotar a Holmes, señalando algunas vistas a lo largo del camino, como un templo entre los árboles, o una aldea famosa por una batalla feudal que ocurrió en ella. De vez en cuando preguntaba:

—¿Se siente usted bien? ¿Necesita algo? ¿Quiere que abra la ventana?

—Estoy bien, gracias —es todo lo que Holmes pudo contestar. Cuánto echaba de menos las horas de retraimiento que caracterizaban sus anteriores viajes. Aun así, sabía que los viajes de vuelta solían ser más tediosos que los de ida. La salida, en la que quedas maravillado por todo lo que encuentras, y cada nuevo destino que te ofrece multitud de descubrimientos. Por lo tanto, durante la vuelta, es mejor dormir todo lo posible, descansar mientras se recorren kilómetros y kilómetros, mientras que tu cuerpo inconsciente vuelve a casa. Sin embargo, se sentía incómodo en su asiento, parpadeaba continuamente y bostezaba bajo su mano, cuando se percató de aquel rostro excesivamente atento, y de aquella exagerada sonrisa.

—¿Se siente usted bien?

—Perfectamente.

Holmes nunca imaginó que agradecería volver a ver la acusadora expresión de Maya, o que, una vez en Kobe, el afable Hensuiro fuera a mostrar menos entusiasmo que el extralimitado Umezaki. A pesar de aquellas odiosas sonrisas y aquel vigor fingido, Holmes sospechó que las intenciones de Umezaki eran, al menos, honorables. Tenían el fin de crear una impresión favorable durante los últimos días que pasaría allí su invitado, para así eliminar el aura de su propio humor errático, y de su infelicidad; quería hacerse ver como un hombre distinto, como alguien que hubiera recibido el regalo de la confianza de Holmes, y como alguien que apreciaría de por vida lo que ahora creía que era la verdad. Sin embargo, esto no cambió la opinión de Maya.

«¿Le habría contado Umezaki algo de lo que ahora sabía a su madre? —se preguntó Holmes—. ¿Le importaría algo a ella si se enteraba?». Evitó a Holmes en todo lo posible, apenas percatándose de su presencia, gruñendo con desdén cuando se sentaba en su mesa. En realidad, no había diferencia en el hecho de que le hubiera hecho saber la historia que Holmes le había contado sobre Matsuda o no, ya que la noticia no sería de ningún alivio. De cualquier forma, le seguiría echando las culpas, ya que la realidad de la situación tendría pocas consecuencias, naturalmente. Además, aquellos últimos descubrimientos solo sugerían que Holmes, inadvertidamente, había mandado a Matsuda a un lugar donde posiblemente había sido tragado y, como resultado, su único hijo había perdido a su padre, siendo para él un golpe terrible,

pues, en el interior de la mente de la mujer, le despojó de una figura paterna, apartándolo del amor de cualquier mujer, excepto del suyo. Sin importar qué mentira eligiera, el contenido de una carta enviada hace años por Matsuda, o la historia que Umezaki le contó aquella noche, Holmes sabía que se habría ganado su desprecio, era una tontería esperar lo contrario.

Incluso así, sus últimos días en Kobe fueron muy placenteros, aunque tal vez demasiado tranquilos, incontables caminatas a lo largo de la ciudad con Umezaki y Hensuiro, beber después de la cena, e irse pronto a la cama. Los detalles de lo que se había dicho o intercambiado estaba más allá de la retención de su memoria, sustituyendo el vacío de aquellos días por los días pasados en la playa y las dunas. Y aun así, habiendo aumentado su suspicacia ante las atenciones de Umezaki, se llevó de Kobe una verdadera sensación de afecto hacia Hensuiro. El joven artista sujetaba su codo sin ningún motivo oculto, invitando con mucha amabilidad a Holmes a su estudio, mostrándole sus pinturas, con aquellos cielos rojos, los escenarios negros, los cuerpos contorsionados de color gris azulado, mientras que, con modestia, miraba hacia el suelo manchado de pintura.

—Son bastante, no sé cómo explicarlo, modernos, Hensuiro.

—Gracias, *Sensei*, gracias.

Holmes observó los lienzos sin acabar. Desolador, dedos descarnados brotando de los escombros, buscando una salida desesperadamente, con un gato anaranjado al fondo, arrancándose su propia pata a mordiscos. Luego observó a Hensuiro. Aquellos sensitivos, casi tímidos ojos marrones, y aquella cara tan afable e infantil.

—Un alma tan gentil, con un punto de vista tan desapacible: es difícil ver una reconciliación entre esos dos aspectos.

—Sí, gracias, sí.

Mirando entre las pinturas colgadas a lo largo de las paredes, Holmes se paró ante una que era diferente al resto de las obras de Hensuiro. Era un retrato de un hermoso joven de unos treinta y tantos años, posando tras un telón de fondo lleno de hojas color verde oscuro, y portando un kimono, con unos pantalones *hakama*^[28], una camisa *haori*^[29], calcetines *tabi*^[30] y zuecos *geta*^[31].

—¿Quién es? —preguntó Holmes, sin estar seguro de que se tratara de un autorretrato, o tal vez un retrato de Umezaki cuando era más joven.

—Hermano, ser hermano —dijo Hensuiro, y, de la mejor manera que pudo, explicó que había muerto, pero no por causas de la guerra, o de una gran tragedia. Según indicó moviendo su dedo índice alrededor de sus muñecas, su hermano se suicidó.

—La mujer amada, entiende, ella también —dijo volviendo a atravesar sus muñecas—. Hermano único.

—Un doble suicidio.

—Sí, *creer* que sí.

—Ya veo —dijo Holmes, acercándose más al lienzo, y al rostro coloreado con óleos—. Es una obra magnífica. Me gusta mucho.

—*Monto ni arigato gozaimas, sensei*. Gracias.

Más tarde, minutos antes de su partida de Kobe, Holmes sintió la extraña necesidad de darle a Hensuiro un abrazo de despedida, pero se resistió a ello, despidiéndose con una inclinación de cabeza y un suave golpe con el bastón en el gemelo. Sin embargo, Umezaki avanzó un par de pasos en el andén para depositar sus manos en los hombros de Holmes, y ofrecerle una reverencia, al mismo tiempo que decía:

—Espero volver a verle algún día, tal vez en Inglaterra. Tal vez podría ir a visitarle.

—Quizás —dijo Holmes.

Luego, subiéndose al tren, se sentó junto a una ventanilla. Fuera, Umezaki y Hensuiro se quedaron en el andén, con la cabeza levantada para mirarlo, pero Holmes, que no era amigo de las despedidas emotivas, que siempre eran exageradas, evitó mirarlos, manteniéndose ocupado disponiendo de sus bastones, y estirando sus piernas. Más tarde, cuando el tren empezó a arrancar, miró brevemente hacia donde estaban los dos hombres, y, contrariado, vio que los dos ya se habían ido. Hasta que llegó a Tokio no descubrió los regalos que secretamente habían dejado en los bolsillos de sus chaquetones. Un pequeño vial con un par de abejas japonesas, y un sobre con el nombre de Holmes escrito sobre él. Dentro, encontró un *haiku* escrito por Umezaki.

«Mi insomnio,
alguien llora fuera mientras estoy despierto,
el viento le responde.

Buscando en la arena,
andando arriba y abajo por las dunas,
se esconde la aralia.

Un *shamisen* toca,
mientras que el anochecer busca las sombras,
y los árboles abrazan la noche.
El tren y mi amigo,
se han ido, el verano comienza,
la duda primaveral ha quedado resuelta».

Si bien conocía los orígenes del *haiku*, Holmes quedó perplejo mientras sostenía

el vial frente a su cara, contemplando las dos abejas muertas selladas en su interior, una sobre la otra, con sus patas entrecruzadas. ¿De dónde habían salido? ¿De las colmenas de Tokio? ¿De alguno de los viajes de Umezaki? No estaba seguro, como tampoco sabía la procedencia de la mayoría de las cosas que terminaba encontrando en sus bolsillos, pero tampoco se podía imaginar a Hensuiro cogiendo las abejas, y poniéndolas cuidadosamente en el vial antes de introducirlo sutilmente en uno de los bolsillos de su abrigo, compartiendo espacio con trozos de papel y restos de tabaco, una concha azul, algunos rastros de arena, un guijarro de color turquesa del jardín de Shukkei-en, y una semilla de aralia.

«¿Dónde te he encontrado? —pensó». Por mucho que lo intentara, no podía recordar en qué momento aquel vial había pasado a pertenecerle. Aun así, no recordaba cuándo había cogido aquellas abejas por alguna razón, tal vez para investigarlas, como recuerdo, o, posiblemente, como obsequio para el joven Roger, un regalo por atender las labores del colmenar durante su ausencia. Eso era, estaba claro.

Dos días después del funeral de Roger, Holmes estaba leyendo de nuevo el *haiku* escrito a mano por Umezaki, ya que había encontrado el papel en el que fue escrito debajo de una pila de otros papeles, encima de la mesa de su despacho. Sus dedos lo sujetaban por el borde, manteniendo su cuerpo inclinado sobre la silla, mientras fumaba un jamaicano, cuyo humo ascendía lentamente hacia el techo. Al poco rato, bajó el papel, inhalando una profunda calada de humo y exhalándolo por la nariz. Miró por la ventana, y luego al calinoso techo. Vio cómo el humo del cigarro flotaba como vestigios de éter. Luego se volvió a ver a sí mismo viajando en el tren, con el abrigo y los bastones en su regazo, pasando junto a los bosques, a las afueras de Tokio, y bajo los puentes erigidos sobre las vías del tren. Se vio en un barco de la Armada Real, entre los soldados que lo miraban, como una reliquia de una era pasada. Evitando la conversación, la comida de abordo y la monotonía del viaje eran difíciles de recordar. Después volviendo a Sussex, y a la señora Munro cuando lo encontró dormido en la biblioteca. Yendo al colmenar, dándole a Roger el vial de abejas.

—Esto es para ti. *Apis cerana japonica*. Las llamaremos, para simplificarlo, abejas japonesas. ¿Qué te parecen?

—Gracias, señor.

Se vio despertándose en la noche, escuchando sus propios jadeos, sintiendo que su mente finalmente lo abandonaba, pero encontrándola intacta a la luz del día, chirriando hasta ponerse de nuevo en marcha como un aparato antiguo. Y cómo la hija de Anderson le traía el desayuno de jalea real untada sobre una tostada.

—¿Sabe algo de la señora Munro? —preguntó él. Luego se imaginó a sí mismo negando con la cabeza, diciendo—: No, todavía nada.

«¿Pero, y las abejas japonesas? —Alcanzó los bastones con rapidez—. ¿Dónde las había guardado el chico? —se preguntó, levantándose mientras miraba por la ventana y veía el cielo gris de la mañana procedente de la noche, ahogando al amanecer como cuando trabajaba en su mesa del despacho».

«¿Dónde os ha puesto? —pensó cuando salió de la hacienda, con la llave de la puerta de la casa de invitados apretada contra su palma, envuelta en la mano que agarraba uno de sus bastones».

Mientras las nubes de tormenta se extendían hacia el mar y su propiedad, Holmes abrió la habitación de la señora Munro, y anduvo lentamente hacia el interior, las cortinas aún permanecían echadas, las luces apagadas, y el olor a bolas de naftalina sustituía cualquier otro tipo de olor. Cada tres o cuatro pasos se paraba, mirando en la oscuridad, reafirmando su asidero en los bastones, como si se anticipara ante cualquier forma vaga e inimaginable que pudiera surgir de entre las sombras. Siguió avanzando con el golpeteo de sus bastones haciéndose cada vez más leve, hasta que tras pasando la puerta de la habitación de Roger, entró en la única habitación de la casa de invitados que no permanecía cerrada durante el día. Por primera y única vez, estaba entre las pocas posesiones del muchacho.

Se sentó al borde de la cama de Roger, pulcramente hecha, mirando los objetos de la habitación. La maleta de la escuela colgando del pomo de la puerta del armario; el cazamariposas de pie, en un rincón. Luego se levantó, y empezó a caminar lentamente por la habitación. Los libros, las revistas de *National Geographic*, las rocas y conchas en la cajonera, las fotografías y los dibujos de vivos colores de las paredes, los objetos que cubren la mesa de cualquier estudiante: seis libros, cinco afilados lápices, rotuladores, folios, y el vial con las dos abejas.

—Vaya —dijo, levantando el vial y mirando brevemente el contenido de su interior. Las criaturas permanecían inmutables en su interior, al igual que cuando las encontró en el bolsillo de su chaquetón en el tren de Tokio. Dejó el vial sobre la mesa, asegurándose de no cambiar su emplazamiento original. Qué metódico había sido el chico, qué preciso, todo ordenado, todo alineado. Los objetos que había en su mesita de noche también estaban ordenados con esmero. Unas tijeras, un bote de pegamento, un libro de recortes con una portada negra, sin adornos.

Holmes cogió el libro de recortes entre sus manos. Sentándose de nuevo en la cama, empezó a pasar cuidadosamente las páginas, examinando los intrincados *collages* que mostraban la vida salvaje y los bosques, los soldados y la guerra y, ya por último, la desolada imagen del edificio de la prefectura del gobierno de Hiroshima. Cuando terminó de ver el libro de recortes, la fatiga que venía arrastrando desde el amanecer le invadió completamente. Fuera, la difusa luz del sol se iba apagando lentamente. Los delgados ramajes arañaban las ventanas, casi sin hacer ruido.

—No lo sé —murmuró incomprensiblemente, allí sentado en la cama de Roger.

—No lo sé —dijo de nuevo, apoyando la cabeza en la almohada del muchacho, cerrando los ojos con el libro de recortes sujeto contra su pecho.

—No tengo las pistas suficientes.

Después de eso, se dejó llevar, pero no al tipo de sueño en el que uno cae

exhausto, o a este tipo de sueños donde casi no se descansa, en los que la realidad y el sueño se entrelazan, sino en un insulso estado que lo sumergió en una quietud enorme. Ese enorme agujero sin fondo que era su sueño lo llevó más allá, alejándolo de la habitación donde descansaba su cuerpo. Durante más de seis horas, se fue, manteniendo su respiración lenta y firme, sin mover tampoco sus extremidades.

Los truenos que se produjeron al mediodía no llegaron a sus oídos, como tampoco pudo percibir la tormenta que aulló y sopló por todo el lugar, mientras las hierbas altas se doblaban por la fuerza del viento, y las punzantes y duras gotas de agua humedecían el suelo. Cuando la tormenta pasó, no escuchó que la puerta principal se abría de un bandazo, esparciendo un golpe de aire frío mezclado con lluvia por el recibidor, a lo largo del corredor, hasta llegar a la habitación de Roger, pero Holmes terminó por sentir cómo un escalofrío acarició su cara y su cuello, como si unas frías manos pasaran por su piel, despertándolo.

—¿Quién está ahí? —murmuró mientras se desperezaba.

Abriendo y cerrando los ojos, miró hacia la mesita de noche, en la que estaban las tijeras y el bote de pegamento. Luego miró hacia el corredor de más allá, el oscuro pasaje entre la iluminada habitación del chico y la puerta principal abierta, donde, después de algunos segundos, se dio cuenta de que alguien lo estaba esperando entre las sombras, sin moverse, mirándolo, perfilado por la luz que procedía de atrás. El fuerte viento movió el borde de sus ropajes.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sin ser capaz de sentarse, y solo cuando la figura retrocedió, flotando hacia atrás, hasta la puerta de la entrada, se hizo visible. Vio cómo ella llevaba un maletín antes de que cerrara la puerta principal, y una vez entró de nuevo en la oscuridad de la casa de invitados, se desvaneció tan pronto como había aparecido.

—Señora Munro.

Se volvió a materializar, gravitando hacia la habitación del chico, con su cabeza flotando como una esfera informe de tonalidad blanca que iluminaba su alrededor. La oscuridad que la acompañaba no parecía su sombra, ya que se removía y fluctuaba debajo de ella. Era, según sospechaba Holmes, el vestido de luto que arrastraba. De hecho, iba vestida de negro, con flecos y un lazo de austero diseño. Su piel estaba pálida, y bajo sus ojos había visibles ojeras. La pena se había llevado su juventud, su cara estaba descompuesta, y sus movimientos eran lentos y pesados. Cuando atravesó el umbral, saludó con la cabeza sin expresión al aproximársele, sin mostrar nada de la agonía del día en el que se le comunicó la muerte de Roger, o la rabia que había demostrado en el colmenar. En lugar de eso, había algo apacible en ella que Holmes podía sentir, algo dócil y tranquilizador.

«No puedes echarme la culpa —pensó—, ni tampoco a mis abejas. Nos has juzgado erróneamente, hija mía, y te has dado cuenta de tu error». Sus pálidas manos

llegaron hasta él, quitándole cuidadosamente el libro de recortes de sus dedos. Evitó su mirada, pero él la contempló con las pupilas dilatadas, reconociendo las mismas características vacuas que había visto en el cadáver de Roger. Sin decir nada, puso de nuevo el libro de recortes en la mesita de noche, dejándolo tal y como el chico lo había hecho.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Holmes después de poner los pies en el suelo, enderezándose mientras se apoyaba en el colchón y quedándose sentado.

Cuando oyó su voz, su cara enrojeció de vergüenza, ya que ella lo había pillado durmiendo en sus aposentos, abrazado al libro de recortes de su hijo. Si alguien tuviera que hacer alguna pregunta, tendría que ser ella, y no él. Aun así, la señora Munro no parecía molesta por su presencia, un hecho que le hacía sentir incómodo. Miró a su alrededor, buscando sus bastones, que había dejado apoyados en la mesita de noche.

—No esperaba que volviera tan pronto —dijo, intentando coger a tientas los bastones—. Espero que haya tenido buen viaje.

Avergonzado por la superficialidad de sus palabras, su cara se tornó aún más roja.

La señora Munro se paró delante del escritorio, dándole la espalda, al mismo tiempo que él, sentado en la cama, se la daba a ella. La mujer explicó que se sentiría mejor en la casa de invitados, y una vez Holmes oyó aquella voz calma, su desasosiego desapareció.

—Tengo mucho que hacer aquí —dijo ella—. Asuntos que deben resolverse. Asuntos míos y de Roger.

—Debe estar hambrienta —dijo él, disponiendo por fin de los bastones—. Le diré a la chica que le traiga algo. ¿O tal vez quiere cenar en mi mesa?

Se preguntaba si la hija de Anderson habría terminado ya de realizar las compras en la ciudad y, mientras lo pensaba, la señora Munro contestó tras él:

—No tengo hambre.

Holmes se giró hacia ella, viendo que lo miraba de reojo, con aquellos ojos renuentes, vacíos que nunca lo miraban fijamente, encontrándolo siempre en la periferia.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —fue todo lo que pudo preguntar—. ¿Desea algo?

—No se preocupe por mí, gracias —dijo ella, evitando sus ojos completamente.

Entonces Holmes comprendió la verdadera razón por la que había vuelto tan pronto, y, mientras ella empezaba a recoger los objetos del escritorio, desdoblado los brazos de debajo de su pecho, vio a una mujer que estaba cavilando sobre cómo terminar aquel capítulo de su vida.

—Me va a dejar, ¿no es así? —dijo él abruptamente, con las palabras saliéndole de la boca casi sin pensarlo.

Los dedos de la mujer se deslizaron por la mesa, pasando por los rotuladores, los folios, parándose por un momento en la superficie pulida de la parte de madera conglomerada, donde Roger terminaba sus deberes, o realizaba aquellos dibujos que luego colgaba en la pared, y donde seguro leía sus revistas y libros. Incluso ya muerto, veía al chico allí sentado, mientras ella cocinaba, limpiaba y se mantenía ocupada en la casa principal. Holmes, también, había imaginado a Roger allí sentado, inclinado hacia delante, al igual que hacía él, hasta que el día se hacía tarde, y la tarde, noche. Quería compartir aquella visión con la señora Munro, diciéndole que creía que los dos podían imaginarla a la vez, pero en lugar de eso, mantuvo silencio, anticipando la respuesta que finalmente salió casi confidencialmente de sus labios:

—Sí, señor, dejo la casa.

«Por supuesto que la dejas —pensó Holmes, como si se sintiera compasivo ante su decisión». Aun así, se sintió tan herido por la firmeza de su respuesta, que su réplica salió balbuceante de su boca, como si suplicara por una segunda oportunidad:

—Por favor, no tiene por qué tomar esa decisión tan apresurada, de verdad, especialmente, en estos momentos.

—No la he tomado apresuradamente. He pasado horas meditando sobre ello, pero me es imposible no tomarla. Aquí ya hay muy pocas cosas de valor para mí, solo estas, y nada más.

Cogió un rotulador rojo, y lo hizo rodar entre sus dedos.

—No, no ha sido precipitada.

De repente, el aullido de la brisa sonó por encima del escritorio de Roger, haciendo que las ramas rasparan el cristal. La brisa aumentó momentáneamente, removiendo el árbol de fuera, haciendo que las ramas golpearan aún con más fuerza. Abatido por la respuesta de la señora Munro, Holmes suspiró con resignación, y luego preguntó:

—¿Y dónde va a vivir en Londres? ¿Qué será de usted?

—Honestamente, no lo sé. No veo que mi vida me importe de una manera o de otra.

Su hijo había muerto. Su marido había muerto. Hablaba como aquellos que han enterrado a los seres más queridos, y que, haciéndolo, se habían enterrado a ellos mismos en aquellas mismas tumbas. Holmes recordó un poema que había leído en su juventud. Una única línea, que le había asustado durante toda su niñez:

«Iré al más allá solo, así que búscame allí».

Sobrecogido por su complaciente desesperación, caminó hacia ella, diciéndole:

—Por supuesto que importa. Abandonar la esperanza es abandonarlo todo, y

usted no debería, querida. En cualquier caso, tiene una obligación que cumplir, si no lo hace, su amor por el chico no perdurará.

Amor. Era una palabra que la señora Munro nunca había oído pronunciarle. Nuevamente lo miró de reojo, haciendo que se detuviera por la frialdad de sus ojos. Entonces, como para evitar la situación, miró de nuevo al escritorio, diciendo:

—He aprendido mucho sobre ellas.

Holmes vio que había alcanzado el vial con las abejas.

—¿De verdad lo ha hecho? —preguntó.

—Son japonesas, insectos amables y tímidos, ¿no? No como esas tuyas.

Sostuvo el vial en la palma de su mano.

—Está en lo correcto, veo que se ha informado.

Había quedado sorprendido por la pequeña cantidad de conocimientos que la señora Munro poseía, pero se decepcionó cuando vio que no tenía nada más que decir, mirando el vial, con sus ojos fijos en las abejas muertas del interior.

Incapaz de aguantar por más tiempo el silencio, prosiguió:

—Son unas criaturas excepcionales, tímidas, como usted ha dicho, aunque incansables cuando tienen que matar a un enemigo.

Le contó que los tábanos gigantes cazaban diversos tipos de avispas y abejas. Una vez que un tábano descubría un nido, dejaba una secreción que marcaba el lugar. La secreción hacía que otros tábanos de la zona se congregaran para atacar la colonia. Las abejas japonesas, sin embargo, podían detectar esas secreciones, permitiéndoles prepararse para el inminente ataque. Cuando los tábanos entraban en el nido, las abejas rodeaban al atacante, envolviéndolo con sus cuerpos y exponiendo a la criatura a temperaturas superiores a los cuarenta y siete grados (demasiado para un tábano, pero perfecta para una abeja).

—Son realmente fascinantes, ¿no está de acuerdo? —dijo concluyendo. Tuve la oportunidad de ver una colmena en Tokio, y pude ver a estas increíbles criaturas con mis propios ojos.

La luz del sol rompió el cielo, iluminando las cortinas. Solo entonces, Holmes se dio cuenta de lo desafortunado del discurso en aquel momento tan inapropiado. El hijo de la señora Munro acababa de ser enterrado, y todo lo que él podía ofrecer en consuelo era un discurso sobre las abejas japonesas. Avergonzado, sacudió la cabeza ante su propia estupidez, y mientras pensaba una manera de disculparse, la mujer puso el vial sobre la mesa, y con la voz temblándole de emoción, dijo:

—No tiene sentido, no son humanas, no caminan. Nada de esto es humano, solo ciencia y libros, cosas metidas en botellas y cajas. ¿Qué es lo que sabe sobre querer a alguien?

A Holmes se le pusieron los vellos de punta ante aquel tono de voz cáustico y lleno de odio, ante aquel énfasis despectivo de su susurrante voz, y luchó por

mantener la calma antes de contestar. Se dio cuenta de que sus manos estaban sujetando los bastones, y que sus nudillos se habían tornado blancos.

«No tiene ni idea —pensó».

Lanzando un suspiro exasperado, perdió el asidero de sus bastones, y cayó de espaldas sobre el colchón de Roger.

—No soy tan rígido —dijo, intentando tomar asiento en el cabecero de la cama—. Al menos, no tanto como usted cree, pero ¿cómo puedo convencerla de lo contrario? ¿Y si le dijera que mi pasión por las abejas no viene de ninguna rama de la ciencia, ni de ninguna página de ningún libro? ¿Me encontraría entonces menos inhumano?

Aún mirando el vial, la mujer no respondió, ni se movió.

—Señora Munro, temo que mi avanzada edad haya causado algún estrago en mi retentiva, tal y como sin duda se habrá dado usted cuenta. A menudo, olvido dónde he dejado las cosas, mis cigarros, mis bastones, a veces incluso mis propios zapatos, y encuentro cosas en mis bolsillos que no recuerdo de dónde las cogí. Es sorprendente y horrible al mismo tiempo. También hay periodos en los que no puedo recordar por qué he ido de una habitación a otra, o incluso no puedo descifrar frases que acabo de redactar en mi escritorio. Pero otras muchas cosas quedan indeleblemente grabadas en mi paradójica mente. Por ejemplo, puedo recordar la época en la que tenía dieciocho años con claridad absoluta, como un estudiante de Oxford muy alto, solitario, poco agraciado, pasando tardes en la única compañía de un catedrático aficionado a las matemáticas y la lógica. Un chico hombre, estirado, perteneciente a la Iglesia de Cristo, y que posiblemente conozca por el nombre de Lewis Carrol, pero al que yo conocí como Reverendo C. L. Dodgson, inventor de increíbles juegos de palabras y matemáticos. El recuerdo de sus juegos de manos y de papiroflexia están ahora tan vividos en mi mente como entonces. De la misma manera, recuerdo el pony que tuve de pequeño, y me veo a mí mismo trotando entre los páramos de Yorkshire, perdiéndome gozosamente en un mar de olas. Hay multitud de recuerdos en mi cabeza, todos fácilmente accesibles. ¿Por qué algunos permanecen en mi memoria y otros no? No sabría decirle, pero deje que comparta algo más de mí con usted. Cuando me mira, creo que ve a un hombre incapaz de sentir. Me doy más cuenta de eso de lo que usted cree, querida. Me ha conocido en mis años de decadencia, enclaustrado en esta hacienda y en el colmenar. Si hablo con alguien, es con esas criaturas. Así que no voy a reprocharle que piense de mí de esa manera. En cualquier caso, hasta la edad de cuarenta y ocho años, apenas había tenido ningún interés por el mundo de las abejas. Sin embargo, cuando cumplí cuarenta y nueve años, no podía pensar en otra cosa. ¿Cómo explica eso?

Aspiró aire, cerrando sus ojos por un momento, y luego continuó.

—Mire, una vez investigué sobre una mujer, una mujer joven, un tanto extraña, pero atractiva. Al poco tiempo, me sentí atraído por ella, una cosa que nunca llegué a

comprender. Pasamos muy poco tiempo juntos, menos de una hora, y ella no sabía nada de mí, y yo, muy poco sobre ella, excepto que le gustaba leer libros, y caminar entre las flores. Así que paseamos juntos, entre las flores. Los detalles de aquel caso no son importantes, aparte del hecho de que, con el tiempo, desapareció de mi vida, y, fíjese, inexplicablemente, sentí que había perdido algo esencial de mi vida, creándome un vacío en mi interior. Y ahora, sí, ahora, ha empezado a aparecer de nuevo en mis pensamientos, en un momento lúcido, tan insignificamente corto como cuando ocurrió originariamente, pero que está presente de nuevo, y no me ha abandonado.

Quedó en silencio, con los ojos entrecerrados, mientras conjuraba de nuevo al pasado. La señora Munro lo miró, contrayendo su cara levemente.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué tiene que ver con nada?

Cuando habló, su impoluto rostro mostró arrugas en su frente. Aquellas arrugas eran lo más expresivo que había en su rostro. La mirada de Holmes se había fijado en el suelo, en algo que solo él podía ver.

—Fue de consecuencia menor, —le dijo él a ella, a pesar de que la señora Keller se le apareció estrechándole con su mano enguantada a través del tiempo.

Allí, en el jardín de la Sociedad Física y Botánica, había tocado con sus dedos el *echium*, y la *atropa belladonna*, el belcho y la quitafiebres, y ahora, sostenía y acariciaba un iris con su mano. Retirándola, se dio cuenta de que una abeja obrera se había quedado en su guante, pero no la espantó, ni tampoco la aplastó con el puño. En su lugar, la observó de cerca, haciéndolo como con reverencia y una curiosa sonrisa, y suspiros de afecto. La abeja obrera, en respuesta, se quedó en la palma de su mano, sin preocuparse, sin clavarle su aguijón en el guante.

—Es imposible dar una descripción justa de aquella íntima comunión, una de la que no he visto nada parecido nunca más —dijo Holmes, levantando la cabeza—. En total, el episodio duró como mucho diez segundos, estoy seguro de que no fueron más. Luego, ella tuvo a bien dejar libre a la criatura, depositándola en la misma flor donde la había encontrado. Este simple intercambio, la mujer, su mano, y la criatura que permaneció en ella confiada, me hizo caer de cabeza en la que ha sido mi mayor preocupación. Como ve, no es una ciencia exacta y calculada, querida, y tampoco carece de sentimiento, tal y como usted ha sugerido.

La señora Munro le siguió mirando.

—Pero tampoco es amor verdadero, ¿verdad?

—No entiendo de amor —dijo él en un reproche—. Nunca he dicho que lo hiciera.

Y a pesar de quién o de qué había iniciado aquella fascinación, sabía que la meta de su solitaria vida recaía completamente en métodos científicos, que sus ideas y escritos no estaban dirigidos para los sentimientos y entendimientos del hombre

común. Aun así, allí estaban los brillantes enjambres. Las brillantes flores. El brillante polen. El milagro de una cultura que había sabido labrar una manera de vivir, siglo tras siglo, año tras año, eón tras eón, demostrando que su comunidad había superado los problemas de la existencia. La autosuficiencia de una colmena, en la que ni una sola obrera caía en la dispensación humana. El compañerismo del hombre y la abeja es apreciado solamente por aquellos que las atienden y salvaguardan la evolución de su complejo reino. La medida de la paz descubierta en la armonía del murmullo de los insectos, calmaba la mente y la proveía de seguridad contra la confusión de un planeta siempre cambiante. El misterio, el asombro y la deferencia, y acentuando aún más esto, la luz del atardecer perfilando el colmenar de amarillo y naranja. Roger experimentó y valoró todo eso, sin lugar a dudas. Más de una vez, mientras estaban juntos entre las colmenas, Holmes vislumbró el embelesamiento en el rostro del chico, la sensación de no poder describir lo que le estaba consumiendo al percibir aquello.

—Algunos tal vez lo llamarían amor.

Su expresión cambió hasta mostrar un profundo pesar.

La señora Munro se dio cuenta de que Holmes estaba llorando casi imperceptiblemente. Las lágrimas habían inundado sus ojos, y sus lágrimas caían por sus mejillas hasta su barba. Sin embargo, las lágrimas cesaron tan rápido como comenzaron, y Holmes enjugó la humedad de su piel, suspirando. Finalmente, se oyó a sí mismo decir:

—Me gustaría que lo reconsiderara, me haría un gran favor si se quedara.

Pero la señora Munro se negó a hablar, mirando hacia los dibujos de la pared, como si no estuvieran allí. Holmes bajó de nuevo su cabeza.

«Me lo merezco —pensó».

Las lágrimas empezaron a caer de nuevo, luego, pararon.

—¿Lo echa de menos? —preguntó ella de repente, rompiendo el silencio.

—Claro —fue su inmediata respuesta.

Su mirada seguía pasando de un dibujo a otro, parándose en la fotografía tintada de color sepia, que mostraba a Roger cuando era niño, en los brazos de su orgulloso padre.

—Lo admiraba, lo hacía. ¿Lo sabía usted?

Holmes levantó la cabeza, asintiendo con un gesto de alivio mientras ella se daba la vuelta para mirarlo.

—Fue Roger el que me contó lo de las abejas de ese vial. Me contó todo lo que usted le dijo sobre ellas. Me contaba todo lo que le decía.

El tono cáustico y despectivo había desaparecido. De repente, la señora Munro sintió la necesidad de mirarlo directamente. La suavidad de su melancólica voz, su mirada fija en la de Holmes, hizo que este sintiera como si lo hubiera absorbido de

alguna manera. Si bien solo podía oír y asentir, mirándola fijamente.

Haciéndose su angustia evidente, buscó su decaído rostro.

—¿Qué es lo que se supone que debo de hacer ahora, señor? ¿Por qué me han quitado a mi niño? ¿Por qué tuvo que morir de esa forma?

Pero Holmes no podía pensar en nada que le sirviera como respuesta. A pesar de que ella se lo estaba implorando, como si necesitaran tan solo de una cosa: algo de valor, algo resolutivo y beneficioso. En aquel momento, dudó que hubiera algún estado mental más despiadadamente cruel que el deseo de encontrar un significado a una circunstancia que carecía de respuesta. Además, sabía que no podría inventarse ninguna excusa falsa para aliviar su sufrimiento, tal y como hizo con Umezaki, y que tampoco podría rellenar los vacíos hasta crear una satisfactoria conclusión, como hacía el doctor Watson con sus historias.

No, la verdad era demasiado evidente como para negarla. Roger había muerto, víctima del infortunio.

—¿Por qué tuvo que pasar, señor? Tengo que saber por qué.

Habló como tantos otros lo habían hecho antes. Aquellos con los que se había encontrado en Londres, y aquellos que habían invadido su propiedad en Sussex, pidiéndole ayuda, suplicándole para que encontrara una solución que aliviara sus penas, sus problemas, y pusiera orden en sus vidas.

«Si fuera tan fácil —pensó—. Como si cada problema tuviera una solución garantizada».

Entonces, la perplejidad que precedía a aquellos periodos en los que su mente no podía retener sus propios pensamientos lanzó su sombra sobre él, pero, en un último momento, pudo articular una frase lo mejor que pudo y, solemnemente, dijo:

—Según parece, o mejor dicho, algunas veces, las cosas ocurren más allá de nuestro entendimiento, querida, y la injusta realidad se hace ver durante estos sucesos, mostrándose ilógica ante nosotros, carente de cualquier tipo de explicación; son exactamente lo que son y, lamentablemente, nada más. Según creo, realmente es la situación más dura que cualquiera de nosotros puede vivir.

La señora Munro lo miró durante unos momentos, como si no tuviera intención de responderle y, luego, con una amarga sonrisa, le dijo:

—Sí, de hecho lo es.

En el silencio que prosiguió, miró de nuevo el escritorio. Los lápices, el papel, los libros, el vial. Ordenó todo lo que había tocado previamente. Cuando terminó, se volvió hacia él y le dijo:

—Me deberá disculpar, señor, pero necesito dormir. Han sido unos días muy duros.

—¿Se quedará aquí en la casa principal esta noche? —preguntó Holmes,

preocupado por ella, impulsado por una sensación que le advertía que no debía quedarse sola—. La chica de Anderson está haciendo la comida, y creo que la encontrará bastante apetitosa. Estoy seguro de que hay sábanas limpias en el dormitorio de invitados.

—Estoy bien aquí, señor, gracias.

Holmes consideró insistir en que le acompañara, pero la señora Munro ya no lo miraba, sino que fijaba su vista en el oscuro corredor. Su cuerpo encorvado, sus pupilas dilatadas y negras, rodeadas de unas ojeras verduscas, habían terminado por ignorar su presencia. Había entrado en la habitación de Roger sin hablar, así que imaginó que se iría de la misma manera. Mientras se dirigía hacia la puerta, la interceptó, cogiendo su mano e impidiendo que siguiera andando.

—Querida...

Ella no se soltó, ni tampoco él intentó inhibirla más. Simplemente, sostuvo su mano mientras ella sostenía la suya, sin decir nada, sin mirarse el uno al otro, palma contra palma, comunicándose en una mutua y afectuosa presión de los dedos, hasta que, asintiendo con la cabeza a la vez, liberaron sus manos; ella cruzó el portal, desapareciendo por el corredor y dejando él que se fuera a través de la oscuridad.

Después de un momento, Holmes se levantó y, sin mirar atrás, dejó la habitación de Roger. En el corredor, sus bastones golpeteaban delante de él como si fueran las guías de un ciego. Tras de sí alumbraba la luz de la habitación del chico, delante, estaba la oscuridad de la casa de invitados y, más allá, la señora Munro. Llegando a la entrada, tanteando en el aire en busca del pomo de la puerta, lo encontró finalmente y, no sin esfuerzo, abrió la puerta. La luz del exterior lo cegó por unos momentos, impidiendo que siguiera avanzando y, mientras tanto, estaba allí de pie, parpadeando, respirando aquel aire saturado de lluvia, donde recibió la llamada del santuario de las abejas, de la quietud del colmenar, de la tranquilidad de sentirse de nuevo sentado entre aquellas cuatro piedras. Aspiró profundamente antes de ponerse en marcha, entrecerrando aún los ojos a causa de la luz al tiempo que avanzaba por el camino. A lo largo de la senda, se paró, buscando en sus bolsillos un jamaicano, pero tan solo encontró una caja de cerillas.

«Está bien —pensó, retomando su marcha».

Sus zapatos pisaron sobre el barro, la hierba a ambos lados del camino brillaba a causa de la humedad. Una vez ya cerca del colmenar, una mariposa roja se acercó a él volando. Otra mariposa le siguió, como si estuvieran compitiendo, y luego, otra más. Cuando la última mariposa pasó por su lado, fijó sus ojos primero en las colmenas, en las filas de colmenas, y luego en el punto donde estaban las cuatro piedras, todo húmedo y embarrado a causa de la lluvia.

Finalmente siguió hacia delante, encaminándose hacia el lugar en que su propiedad se encontraba con el cielo, donde la blanquecina tierra se desviaba

perpendicularmente bajo la hacienda, el jardín de flores, y la casa de invitados. El estrato que quedaba al descubierto mostraba la evolución del tiempo, mostrándose abrupto junto al empedrado y estrecho camino que llevaba a la playa. Cada una de las capas indicaba un progreso disparejo, transformándose gradualmente, de forma persistente, aunque repleto de fósiles y raíces presionadas las unas contra las otras.

Cuando empezó a descender por el camino, con sus piernas ansiosas por seguir adelante, y la marca de sus bastones agujereando la tierra húmeda repleta de charcos, pudo escuchar las olas rompiendo contra la orilla, un rugido distante seguido de un siseo y un breve silencio, como si fuera el dialecto de creación utilizado para dar inicio a la vida humana. La brisa de la tarde y el sonido del agua se mezclaron en un acorde, y pudo ver, kilómetros más allá de la costa, cómo el sol se reflejaba en el agua, desgranándose entre las olas. Con cada minuto que pasaba, el océano crecía radiante. El sol parecía surgir de las profundidades, las olas se encrespaban expandiendo ondas de color naranja y rojo.

Pero todo aquello le pareció muy lejano, abstracto y extraño. Cuanto más miraba al mar y al cielo, más alejado se sentía de la humanidad, y eso era, según razonó, porque los humanos eran extraños en sí mismos. Este era el producto inevitable de las especies acelerándose mucho más allá de sus capacidades innatas, y este hecho lo consumía en un pesar enorme que casi no podía resistir. Sin embargo, las olas seguían rompiendo, los acantilados se alzaban, la brisa traía el olor a agua salada, y el fin de la tormenta templó el calor veraniego. Siguiendo senda abajo, el deseo de ser parte de lo natural, de lo primigenio, lo empujaba a seguir. Un deseo de escapar de las ataduras de la gente, y de aquel clamor sin sentido que era el heraldo de su egolatría. Este deseo se había metido en su interior, incomparable a cualquier cosa que hubiera atesorado, o que hubiera creído, como lo eran sus muchos escritos y teorías, sus investigaciones, y toda esa gran cantidad de cosas que había hecho. Los cielos ya se estaban oscureciendo mientras el sol declinaba. La luna, del mismo modo, empezó a ocupar su puesto en el firmamento mientras reverberaba la luz del sol, quedándose allí suspendida, oculta, como un semicírculo transparente en el cielo azul oscuro. Por unos momentos, se imaginó al sol, aquella estrella incandescente, y a la luna, aquel astro frío y sin vida, maravillándose al contemplar cómo orbitaban realizando su propio movimiento, siendo cada uno esencial para el otro. Las palabras brotaban de su mente como una fuente olvidada: «El sol no debe coger a la luna, al igual que la noche no debe dejar atrás al día». Y, al final, al igual que las muchas otras veces que había estado admirando la vista desde aquella ventosa senda, la noche cayó.

Cuando llegó a la mitad de la senda, el sol ya casi había desaparecido en el horizonte, derramando sus últimos rayos sobre las marismas, y las rocas adyacentes mezclaban su luz con las largas sombras alargadas. Acomodándose en el banco, y poniendo sus bastones a un lado, miró hacia la orilla, luego hacia el océano y,

finalmente, hacia el infinito cielo cambiante. Todavía había unas cuantas nubes de tormenta, rezagadas a lo lejos, relampagueando esporádicamente como luciérnagas, y un buen grupo de gaviotas, que parecían gritarle, nadaban una tras otra, surcando las aguas con facilidad. Bajo ellas, las olas eran anaranjadas y brillantes. Al final del camino, formando un ángulo con la playa, Holmes vio nuevos brotes de hierbas y zarzamoras, como si fueran partes exiliadas y proscritas de las fértiles tierras de arriba.

Empezó a oír el sonido de su propia respiración, en un ritmo sostenido, desigual al ulular del viento. ¿O tal vez era otra cosa, algo que emanaba de las proximidades? Puede, pensó, que fuera un murmullo procedente del acantilado, las vibraciones de las profundidades inconmensurables del interior de la tierra, de las rocas y de las raíces que daban a conocer su permanencia sobre la humanidad, tal y como lo habían hecho a lo largo de los siglos, dirigiéndose a él como el mismo tiempo.

Cerró sus ojos.

Su cuerpo flojeó. La debilidad inundaba sus miembros, impidiendo que se moviera de aquel banco.

«No te muevas —se decía a sí mismo—, y admira las cosas que perduran en el tiempo. Los narcisos silvestres y los lechos herbales. La brisa que mece los pinos, tal y como lo hacía antes de que nacieras». Empezó a sentir una sensación de hormigueo en su cuello, luego en el vello de su barba. Levantó una mano, lentamente. Los abrojos gigantes se abrieron paso hacia arriba. Las budleias púrpuras estaban en floración. Hoy había llovido. Toda la hacienda estaba mojada; el suelo, húmedo. Mañana posiblemente llovería de nuevo. La tierra olía más a mojado después de un chaparrón. La profusión de las azaleas y los laureles y los rododendros inundaban sus pastos. ¿Qué era todo eso? Su mano captaba aquella sensación, el cosquilleo pasó de su cuello a su puño. Su respiración era poco profunda, pero sus ojos se abrieron. Allí, desplegándose entre sus dedos, moviéndose con la rapidez de una mosca común, una solitaria abeja obrera, con sus bolsas de polen llenas. Una rezagada de la colmena, buscando algo más que cosechar.

Qué admirable criatura, pensó, mirando cómo caminaba por su mano. Finalmente la sacudió, devolviéndola al aire, envidioso de su velocidad, y de cómo, sin esfuerzo, tomó vuelo hacia aquel mundo inconstante, e inconsistente.

EPÍLOGO

Incluso después de todo este tiempo, he tenido que realizar un gran esfuerzo para coger mi pluma y algo de papel y escribir en estos últimos párrafos lo relativo a las circunstancias en las que la vida de la señora Keller fue cortada de raíz. De una manera inconexa, y, cerciorándome ahora, completamente irresponsable, intenté presentar algún registro de mi conexión con aquella mujer, desde la primera vez que vi su fotografía, hasta la tarde en la que, al fin, me ofreció una fugaz visión de su rostro. Siempre fue mi intención dar por concluido el tema allí, en la Sociedad Física y Botánica, y no asociar nada de lo que allí pasó con el extraño vacío que se había ubicado en mi mente, que el paso de estos cuarenta y cinco años parece haber apaciguado o desplazado.

Sin embargo, mi pluma parece haberse sentido coaccionada en esta oscura noche por mi deseo de dar a conocer en todo lo que me sea posible tales hechos, pero es mi titubeante retención la que elige, sin mi control, desterrar el recuerdo de aquella dama. Temiendo lo inevitable, siento como si no tuviera elección de presentar los detalles tal y como ocurrieron.

Según recuerdo, había una breve acotación en la prensa pública el viernes que siguió a su marcha del jardín de la Sociedad Física y Botánica, que apareció en una primera edición del *Evening Standard*. Parecía, por su emplazamiento en el periódico, que el suceso carecía de mayor importancia, y decía lo siguiente:

«Un trágico accidente de ferrocarril ha concurrido esta tarde en las vías cercanas a la estación de St. Pancras Station, donde se ha visto involucrada una locomotora, y que ha culminado con la muerte de una mujer. El conductor Ian Lomas, de la línea London & North Western Railway, se vio sorprendido al ver cómo una mujer con un parasol caminaba hacia el ferrocarril hacia las dos y media. Incapaz de detener la locomotora antes de que la alcanzara, el ingeniero intentó darle aviso utilizando el silbato, pero la mujer permaneció en las vías, sin intentar apartarse, por lo que finalmente fue atropellada. La fuerza del impacto destrozó el cuerpo de la joven, mientras era lanzado a una distancia alejada de la vía. La inspección de los restos de la desafortunada mujer la identificaron como Ann Keller, de Fortis Grove. Su desconsolado marido ha sido incapaz de hacer ningún pronunciamiento oficial, y tampoco ha podido decir por qué caminaba su esposa por los raíles, aunque la policía está realizando una investigación con la intención de determinar las razones».

Estos son los únicos hechos en lo concerniente a la trágica y violenta muerte de la señora Ann Keller. Incluso así, si bien ya me he extendido demasiado, prolongaré un poco más esta narración para mencionar cómo, a la mañana siguiente a su muerte, utilicé de nuevo mi disfraz de gafas y falso bigote, con las manos algo temblorosas, y cómo recobré mi compostura mientras me dirigía a pie desde Baker Street a la casa

en Fortis Grove. Una vez allí, la puerta de entrada se abrió lentamente, y todo lo que pude ver fue la figura de Thomas R. Keller semiescondido en la penumbra. No parecía ni desganado ni alentado por mi visita, ni tampoco pareció percatarse de mi disfraz. Inmediatamente detecté un olor a jerez, La Marque Speciale, para ser precisos, que, apestando, provenía del hombre. Al cabo de unos segundos, me dijo con desgana:

—Por favor, entre.

Pero lo poco que quería compartir con aquel hombre permanecería conmigo por el momento, mientras lo seguía silenciosamente a través de las habitaciones con las cortinas aún echadas, pasando la escalera, y entrando en el estudio iluminado por una única lámpara. Su resplandor iluminaba dos sillas y, entre ellas, había una mesa con dos botellas del mismo alcohol que había olido en su aliento al entrar.

Allí fue donde eché más de menos a John. Con detalles precisos y grandes hipérboles confinando la grandeza, podía transfigurar la historia más mundana en una de interés, lo cual era la verdadera capacidad de un escritor con talento. Aun cuando escribo mi propia historia, me siento incapaz de pintar las escenas con esas derrochantes, pero refinadas pinceladas. Sin embargo, me esforzaré para dibujar cual vivido retrato la palidez y el pesar que había engullido a mi cliente. Me senté junto al señor Keller, expresándole mis más profundas condolencias, pero apenas dijo nada a cambio, quedándose allí quieto, con su mentón sin afeitar hundido en el pecho, sumido en el más profundo estupor. Su mirada vaga e inanimada estaba fija en el suelo. Con una mano sujeta al reposabrazos de la silla, mantenía la otra como un fuerte asidero alrededor del cuello de la botella de jerez, pero dado su debilitado estado, era incapaz siquiera de levantar la botella desde la mesa hasta su boca.

El señor Keller se comportaba de la manera que yo imaginaba que lo haría. No se echaba las culpas por su muerte, y cuando absolví a su mujer de cualquier acto malintencionado, mis palabras sonaron vacías y sin importancia. ¿Qué importancia tenían, si ella no había estado tomando lecciones de armónica, o si Madame Schirmer había sido erróneamente juzgada, o si su esposa había sido, en su mayor parte, sincera con él?

Aun así, le hice saber la poca información que yo había recabado, explicándole el pequeño jardín que había junto a Portman, los libros que tomaba prestados de las estanterías, las lecciones de música que sonaban para ella mientras leía. Mencioné la puerta trasera que la llevaba a un callejón tras la tienda, y también lo indeterminado de sus paseos, a lo largo de calles, estrechas avenidas, al lado de las vías del tren, y cómo se dirigió hacia el jardín de la Sociedad Física y Botánica. Del mismo modo, no vi la necesidad de hacerle saber de Stefan Peterson, o cómo su esposa había pasado la tarde con alguien que no buscaba intenciones nobles.

—Pero no lo entiendo —dijo él, removiéndose en la silla y mirándome con su

penoso rostro—. ¿Qué es lo que le hizo hacer eso, señor Holmes? No lo entiendo.

Me he repetido esa misma pregunta muchas veces, pero he sido incapaz de dar con una respuesta. Le di un suave golpe en la pierna, luego miré sus ojos inyectados en sangre, los cuales, como heridos por mi mirada, se dirigieron de nuevo hacia el suelo.

—No sabría decirle con exactitud. Realmente, no podría.

Podría haber miles de razones, pero cavilé y cavilé mucho sobre el asunto y no se me ocurrió ninguna convincente. Una posible explicación podría haber sido que la pérdida de sus hijos nonatos se hubiera convertido en una carga demasiado pesada para ella. Otra, podrían haber sido los posibles poderes que los tonos de la armónica hubieran ejercido sobre ella, algún tipo de control sobre su frágil psique, o puede que se volviera loca por culpa de las injusticias de la vida, o que padeciera alguna enfermedad que la hubiera llevado a la locura. No pude encontrar ninguna otra solución que fuera adecuada, así que esas fueron las explicaciones en las que pasé horas meditando, sopesando las unas y las otras, sin encontrar nada satisfactorio.

Durante un tiempo, escogí la locura como la conclusión más plausible. Aquella obsesiva preocupación por la armónica me sugería que poseía una naturaleza psiconeurótica. El hecho de que más de una vez se encerrara en el ático durante horas y creara música para invocar a sus hijos nonatos daba fuerza a la idea de que estaba loca. Por otro lado, aquella mujer leía literatura romántica en los bancos del parque, pareciendo en paz consigo misma y el mundo que la rodeaba. Sin embargo, no era imposible que una mentalidad disorde pudiera empujarla a realizar diferentes actos contradictorios. Aun así, no mostraba ningún signo externo de locura. De hecho, no había nada en ella que diera muestras de que fuera una mujer capaz de caminar sin apartarse mientras un tren se le echaba encima, pero así había sido ¿Por qué, entonces, había mostrado aquel apego por todo lo que vivía, florecía, y crecía en primavera? Una vez más, no pude llegar a una conclusión que hubiera dado sentido a los hechos.

Aún quedaba, sin embargo, una última teoría, que parecía plausible. El envenenamiento por plomo, en estos días, es una dolencia bastante frecuente, especialmente desde que el plomo se puede encontrar en cualquier instrumento, candelabros, tuberías, ventanas, pinturas, e incluso en los cubiertos de cocina. Sin duda, también había plomo en el cristal y la pintura empleada en la armónica, y en las diferentes rodela para así poder diferenciar las notas. Sospeché durante mucho tiempo que la exposición continuada al plomo fue la causa de la enfermedad de Beethoven, su sordera y, finalmente, su muerte. Así que para ella también, todas aquellas horas que había pasado frente a la armónica de cristal, practicando, podrían haberle causado un envenenamiento. Por lo tanto, aquella teoría era bastante sólida. Tan sólida que determiné que su validez podía ser completa. Pero lo que se hizo

aparente es que la señora Keller no mostraba ninguno de los síntomas que acusan un envenenamiento por exposición al plomo. Sus andares eran normales, no padecía de vómitos, ni de convulsiones, o de una disminución de las capacidades intelectuales y, si bien podría haberse envenenado sin haber tocado nunca la armónica, entiendo que aquel mal general que experimentaba al principio había sido aliviado por la práctica de tocar el instrumento, y no provocado por este. Además, sus manos descartaban aquella posibilidad. Carecían de mancha alguna, o de la decoloración azul oscuro que debería haber tenido en las yemas de sus dedos.

No, finalmente concluí que ella nunca había perdido la cabeza, ni había estado enferma, no hasta ese punto de locura. Ella, por razones desconocidas, simplemente fue extraída de la ecuación humana, y dejó de existir. Tal vez simplemente hizo lo contrario de sobrevivir, e incluso ahora, me pregunto si la creación es demasiado hermosa y demasiado horrible a la vez para un puñado de almas perceptivas, y si el darse cuenta de esta dualidad opuesta puede ofrecerles la única opción de abandonar por propia voluntad. Más allá, no puedo dar otra explicación que pueda acercarse más a lo que es la verdad. Aun así, nunca he deseado tanto el poder dar con una razón para poder vivir más tranquilo.

Estaba finalizando este análisis sobre su esposa al señor Keller cuando este se dejó caer hacia atrás en la silla, con su mano deslizándose lentamente por la botella para terminar con la mano boca arriba a un lado de la mesa, pero por una vez, su rostro sombrío y ojeroso se apaciguó, con un suspiro de alivio que surgió de lo profundo de su pecho. Demasiada pena y muy poco sueño. Demasiado jerez también. Así que me quedé allí un rato, sirviéndome yo mismo un vaso de La Marque Speciale, y luego otro, y solo me levanté para irme cuando el licor se me subió a las mejillas y pulió la melancolía que había inundado todo mi ser. Pronto cruzaría las habitaciones de la casa, buscando la luz del sol que apenas sobresalía por debajo de las cortinas echadas, pero no sin antes coger la fotografía de la señora Keller que guardé en el bolsillo de mi chaquetón y, con cierta renuencia, la dejé sobre la flácida mano de mi cliente, a la vez que se la estrechaba. Después de esto, salí sin mirar atrás, atravesando el espacio que había entre la oscuridad y la luz lo más rápido que pude, impulsándome hacia un atardecer que aún persiste en mi memoria, tan brillante, azul y despejado como lo era en aquel día tan lejano.

Pero aún no deseaba volver a Baker Street. En lugar de eso, en aquella soleada tarde primaveral, me dirigí hacia la calle Montague, saboreando la experiencia de caminar entre las calles que la señora Keller conocía tan bien, y durante todo el trayecto, me imaginé que me estaría esperando cuando entrara en el jardín junto a la tienda de Portman. En poco tiempo me vi allí, pasando junto a la tienda vacía, cruzando las sombrías callejuelas, y, finalmente, en el centro del jardín donde estaba aquel pequeño banco rodeado por una cerca. Me paré para admirar la vista, y

observar los crecimientos perennes y las rosas que crecían en el muro del perímetro. Había una suave brisa, y mirando más allá de la cerca, vi los geranios y las lilas meciéndose al viento. Me senté en el banco, y esperé a que la armónica empezara a sonar. Había traído conmigo una buena provisión de cigarrillos John Bradley y, quitándome mi chaleco, empecé a fumar mientras escuchaba la música. Mientras permanecí allí, mirando la cerca, disfrutando de las esencias del jardín que se mezclaban con el aroma del tabaco, una sensación de ansia y aislamiento empezó a apoderarse de mí.

La brisa aumentó su fuerza, pero solo por un momento. La cerca crujió, las flores se doblaron, y luego la brisa se calmó y, en el silencio, me di cuenta de que la música, mientras el día caía, no sería de mi agrado. ¿Rechazaría aquellos atrayentes sonidos, tan posesivos, tan emblemáticos, que ahora fracasaban a la hora de avivarlo como antes? ¿Cómo iba a ser lo mismo? Ella se había quitado la vida, se había ido. ¿Y qué importaba si con el tiempo todo se perdería, se desvanecería, si en realidad no existía una razón definitiva, ni ningún patrón ni lógica, para todo lo que había sido creado en la tierra? Ella ya no existía, pero yo permanecía allí. Nunca me había sentido tan incomprensiblemente vacío, y, solo entonces, mientras mi cuerpo se levantaba del banco, empecé a darme cuenta de cuán profundamente solo estaba en el mundo. Así que, mientras el anochecer avanzaba, no tomé nada del jardín, excepto aquel vacío imposible, aquella ausencia en la que cabría otra persona, una cavidad que formaba el contorno de una singular y curiosa mujer, que nunca contemplaría mi verdadero ser.

Agradecimientos

A los siguientes les agradezco profundamente su apoyo, información, consejos, amistad e inspiración: Ai, John Barlow, Coates Bateman, Richard E. Bonney, Bradam, Mike y Sarah Brewer, Francine Brody, Joel Burns, Anne Carey y Anthony Bregman y Ted Hope, Neko Case, Meter I. Chang, The Cristians (Charise, Craig, Cameron, Caitlin), John Convertido, a mi padre, Charles Cullin, Elise D'Hane, John Dower, Carlol Edwards, Demetrios Efstratiou, Tood Field, Mary Gaitskill, Dr. Randy Garland, Howe and Sofie Gelb (www.giantsand.com), Ferry William, Jemma Gómez, El Colectivo del Abuelito, Tony Grisoni, Tom Harmsen, la Familia Haruta (cuya ayuda para la realización de este libro siempre será muy apreciada), a la encantadora Kristin Hersh, Tony Hillerman, Robyn Hitchcock, Sue Hubbell, Michele Hutchison, Reiko Caigo, Patti Keating, Steve y Jesiah King, Roberto Koshikawa, Ocean Lam, Tom Lavoie, Patty LeMay y Paul Niehaus, Russell Leong, Werner Melzer, John Nichols, Kenzaburo Oe, Hikary Okuizumi, Dave Oliphant, a Los Parras (Chay, Mark, Callen), Hill Patterson, Chad y Jodi Piper, Kathy Portes, Andy Quan, Michael Richardson, Charlotte Roybal, Saito Sanki, Daniel Schacter, Marty y Judy Shepard, Meter Steinberg, Nan Talese, Kart Wagner y Mary Mancini, Billy Wilder y a I. A. L. Diamond, Lulu Wý, y a William Wilde Zeitler.

*También le mando un saludo especial a William S. Baring-Gouldy a su excelente libro *Sherlock Holmes of Baker Street* (Braham House, 1962), uno de mis libros favoritos desde mi niñez, el cual ha sido de un valor incalculable a la hora de escribir esta novela. La mención de Mycroft a su «Viejo amigo Winston» ha sido tomada directamente de esa edición.*



MITCH CULLIN es un escritor, fotógrafo y productor norteamericano con ascendientes escoceses, irlandeses y cherokees. Nació el 23 de marzo de 1968 en Santa Fe, Nuevo México. Estudió en la Universidad de Houston y en la actualidad vive con su compañero y colaborador habitual Peter I. Chang entre Arcadia, California y Tokio, Japón.

Notas

[1] Paño escocés de lana, rayón o algodón, cálido, fuerte y resistente, que rechaza el agua por la pelusa que tiene en su superficie. <<

[2] *Zanthoxylum americanum*. La corteza y, en ocasiones, las bayas de esta especie de árboles americanos se usan con fines medicinales. <<

[3] Tipo de queso inglés. <<

[4] Un tanto (o arma de mano japonesa) de 23 centímetros de largo. <<

[5] La armónica de cristal es un instrumento idiófono inventado por Benjamin Franklin en 1762. Consiste en una serie de platos o boles de cristal de diferentes tamaños superpuestos y alineados horizontalmente, atravesados por un eje conectado por correa a un pedal que los hace girar mientras se toca, a la manera de una vieja máquina de coser. Actualmente tiene un registro de cuatro octavas. Se toca mojando los dedos ligeramente y tocando los platos mientras giran, lo que produce un sonido cristalino. <<

[6] Arbusto araliáceo, de hojas gruesas, graneles y recortadas; y flores blancas, pequeñas, en corimbos. <<

[7] Gorra de cazador con visera al frente y atrás. <<

[8] Casa típica rural japonesa compuesta de una sola planta. <<

[9] «Buenos Días» en el idioma japonés. <<

[10] Como comúnmente se le llama al lugar de nacimiento de Shakespeare, municipio situado en Stratford-upon-Avon, Warwickshire al sur de Birmingham. <<

[11] Una de las más famosas aventuras de Holmes, en la que investiga los asesinatos cometidos por un fantasmagórico perro. <<

[12] Cántico medieval compuesto por el sonido de varias voces. <<

[13] Del latín, significa gran obra, u obra maestra; se refiere a la mejor o a la más renombrada producción de un autor, artista, o compositor. <<

[14] Sustancia resinosa que las abejas obtienen de las yemas de los árboles y que tiene un efecto antibiótico natural. <<

[15] Canopia era una antigua ciudad portuaria egipcia, localizada cerca del río Nilo, en las inmediaciones de lo que seria la actual Alejandría. <<

[16] Utensilio utilizado para guardar las entrañas de los faraones muertos. <<

[17] El climaterio es una etapa, por lo general en la vida adulta de la mujer, caracterizada por la aparición de signos y síntomas asociados a una disminución en la producción de estrógenos. Es un periodo de involución, acompañado de una serie de manifestaciones físicas y emocionales relacionados con cambios biológicos y sociales. <<

[18] Las especies de *Ambrosia* son hierbas o arbustos poco altos, aunque en alguna especie alcanzan los cuatro metros. Tienen tallos erectos e hispídos, que se presentan en matas densas de hasta medio metro de diámetro, con ramificaciones basales. <<

[19] *Estudio en escarlata* es la primera obra de Arthur Conan Doyle en la que aparece Sherlock Holmes. <<

[20] Un tori (en japonés) es un arco tradicional japonés que suele encontrarse a la entrada de los santuarios Shinto (Jinja), marcando la frontera entre el espacio profano y el sagrado. Consiste de dos columnas sobre las que se sustentan dos travesaños paralelos, frecuentemente coloreados de tonalidades rojas o bermellonas. <<

[21] La nube cumulus (Cu) o cúmulo es una nube que comienza un proceso para ser de clase algodonosa, con tómulos y/o torres, de base achatada, con topes que se parecen a coliflores. <<

[22] La anafilaxia es una reacción inmunológica generalizada del organismo, una de las más graves complicaciones y potencialmente mortales, ante el contacto con un alérgeno con el que anteriormente ya había tenido contacto. <<

[23] Árboles o plantas decorados con formas fantásticas e imaginativas. <<

[24] La Mancomunidad Británica de Naciones (en inglés, Commonwealth of Nations, antiguamente British Commonwealth of Nations) es una organización compuesta por 53 países independientes que, con la excepción de Mozambique comparten lazos históricos con el Reino Unido. <<

[25] Tipo de cama japonesa. <<

[26] Labor, en francés. <<

[27] El Palacio de Westminster, centro gubernamental del Reino Unido. <<

[28] Pantalón largo con pliegues (cinco por delante y dos por detrás). Era tradicionalmente llevado por los nobles japoneses en la época medieval, especialmente por los samuráis. <<

[29] Una chaqueta larga, abierta por delante, sin botones, con el mismo largo que el kimono. <<

[30] Calcetines tradicionales japoneses que utilizaban indistintamente hombres y mujeres. <<

[31] Zuecos de hierro. <<